



1911

ANO IV

NÚM. XXXVIII

LA

ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
FEBRERO — 1892  
~~~~~

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

à cargo de D. Agustín Avrial,

SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

(*Conclusión*)

Había en París una clase muy numerosa á quien importaba poco la escasez general. Los defensores de la patria, reclutados entre el paisanaje, recibían del Gobierno rancho y fuerte soldada, sin que necesitase exponerse mucho. A éstos se unían todos aquellos vagabundos que en la continuación del desorden hallaban su negocio. Estos se encontraban contentísimos con la situación que había creado la revolución del 4 de Septiembre, y dentro de poco iban á inaugurar el horrible régimen de la Commune. Ya durante el sitio no se había podido dispersar á los bullangueros, sino recurriendo á las armas, y una parte de la Guardia nacional se había asociado á aquellas manifestaciones subversivas. Apoyados por la prensa, los clubs demagógicos pedían otra vez que se intentasen nuevas empresas hasta la salida en masa de toda la población de París. Así, el Gobierno, muy débil, porque sólo se sostenía por el favor popular, se encontraba cogido entre las irrealizables exigencias de una ciega muchedumbre y la ineludible gravedad de la situación real de las cosas.

Indudablemente, la única solución posible era capitular. Cada día de retraso iba aumentando la penuria é induciendo al enemigo á imponer condiciones más duras. Si no se empleaban inmediatamente en el abastecimiento de París todas las vías férreas en una zona muy extensa, dos millones de personas iban á experimentar los horrores del hambre, que ya no se podría remediar si se aguardaba todavía más. Pero nadie se atrevía

á pronunciar la funesta palabra capitulación, ni á asumir la responsabilidad de una cosa que absolutamente se imponía.

El 21 se celebró un gran Consejo de guerra, en el que todos los generales de cierta edad declararon imposible intentar nuevas empresas ofensivas, por lo cual se creyó deber consultar á militares más jóvenes. No se tomó resolución alguna; pero como había que hacer á alguien responsable de todas aquellas desdichas, se destituyó del cargo de Gobernador de París al general Trochu, en otro tiempo el miembro más popular del Gobierno, y se dió el mando en Jefe de todo el ejército al general Vinoy. El general Ducrot hizo dimisión de su jefatura.

No por eso mejoraba la situación; así que, el 23 de Enero, Mr. Jules Favre se dirigió á Versalles para entablar las negociaciones preliminares de un armisticio.

El Estado Mayor alemán se mostró dispuesto á concederle, pero con la condición de que se le garantizase que, una vez abastecida la capital, no continuaría la resistencia. Exigió, pues, la entrega de todos los fuertes, incluso el Mont-Valerien y la ciudad de Saint-Denis, y el desarme del cuerpo de plaza. El negociador aceptó estas condiciones.

El 26 por la noche debían cesar las hostilidades delante de París, y los alemanes tenían que permitir la entrada en la ciudad de todos los convoyes de donde quiera que viniesen. Se convino en que el 31 de Enero comenzaría un armisticio general de veintiún días, del que sólo se exceptuaban los departamentos del Doubs, del Jura y de Côte-d'Or, así como la plaza de Belfort, donde en aquel momento estaban en vías de ejecución operaciones de las que por ambas partes se esperaban felices resultados.

Este armisticio daba al Gobierno de la defensa nacional el tiempo necesario para convocar en Burdeos una asamblea libremente elegida, que decidiría del término ó de la continuación de las hostilidades, ó bien de las condiciones para el ajuste de la paz. La elección de diputados había de ser enteramente libre, aun en los territorios ocupados por los alemanes, que no habían de ejercer la menor presión sobre el ánimo de los electores.

La guarnición de París, tropas de línea y de marina, y guardias móviles, debían deponer las armas inmediatamente. Tan sólo doce mil habían de quedar en armas con la Guardia nacional en el interior de la ciudad para velar por la conservación del orden. Durante el armisticio, la guarnición sería internada allí para quedar prisionera al espirar su plazo. Se había renunciado á transportarlas inmediatamente á Alemania, donde por otra parte todas las localidades que de algún modo podían servir para internarlas, estaban atestadas de prisioneros, puesto que había probabilidades de que la paz se concertase muy pronto.

El 29 de Enero se procedió á la ocupación de los fuertes que nada vino á estorbar.

El ejército del exterior entregó seiscientas dos piezas, un millón setecientos setenta mil fusiles y más de mil furgones de municiones; la plaza, mil trescientas sesenta y dos piezas de grueso calibre, mil seiscientas ochenta cureñas, ochocientos sesenta avantrenes, tres millones quinientos mil cartuchos de cañón y de otras armas, cuatro mil quintales de pólvora, doscientos mil granadas y cien mil bombas.

Había llegado el término del cerco de París, que había durado ciento treinta y dos días. La mayor parte de las fuerzas alemanas inmovilizadas por este asedio, se encontraban disponibles para terminar la guerra operando en campaña abierta.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO DEL SUR Á LAS ÓRDENES DEL GENERAL MANTEUFFEL

Los dos cuerpos de ejército, á las órdenes del general Manteuffel, reunían cincuenta y seis batallones, veinte escuadrones y ciento sesenta y ocho piezas. Cuando el General llegó el 12 de Enero á Châtillon-sur-Seine, el segundo cuerpo estaba apostado á la derecha, el séptimo á la izquierda de Noyers á Montigny, sobre un frente de setenta y dos kilómetros. Una brigada, á las órdenes del coronel Dannenberg, que habia estado ya varias veces en contacto con el ejército de los Vosgos, ocupaba una posición avanzada en Vilaines, y estaba encargada de cubrir el flanco derecho del ejército del Sur.

Desde los alojamientos de marcha que ocupaba, varios caminos excelentes conducían á Dijon, mientras que para llegar á Vesoul sólo se disponía de malos caminos, obstruidos en aquel momento por las nieves, y que pasaban por la vertiente Sur de la planicie de Langres, poco transitable. El general en Jefe no dejó por eso de resolverse á marchar en esta segunda dirección, á fin de socorrer lo antes posible al general Werder, siquiera indirectamente, presentándose á retaguardia del enemigo que le amenazaba.

Había que hacer pasar al ejército entre Dijon y Langres, ciudades que los franceses tenían fuertemente ocupadas. Las columnas marchaban aisladas unas de otras por altos montes y profundos valles de rocas, sin poder prestarse mutuo auxilio, y teniendo que proveer cada una de ellas á

su propia seguridad en todas direcciones. Las tropas iban á tener que hacer los mayores esfuerzos, y por grande que fuese su necesidad de descanso, no se podía ni concederles un sólo día de respiro, ni dar á los soldados buen calzado, como tampoco había sido posible herrar de nuevo á los caballos. El 14 de Enero, se pusieron en marcha en medio de espesa niebla, con un frío penetrante y por caminos que la helada había puesto lisos como un entarimado.

Lo más difícil era proveer á su subsistencia, y desde el comienzo, la octava brigada tuvo que quedarse atrás para custodiar el trozo de ferrocarril de Tonnerre á Châtillon por Nuits, sumamente importante, hasta que pudieran establecerse las líneas de abastecimiento por Epinal.

El mismo día de la marcha la vanguardia del séptimo cuerpo tuvo que sostener un encuentro delante de Langres. Una parte de la guarnición, fuerte de quince mil hombres, fué rechazada contra la plaza, con pérdida de una bandera; pero hubo que decidirse á dejar un destacamento en observación ante aquella ciudad. Formaba, por otra parte, una cortina, por detrás de la que pasó al día siguiente todo el cuerpo por delante de la plaza, mientras que el segundo avanzaba hacia Ignon.

En la noche del 15 al 16 de Enero cambió el tiempo. La temperatura había llegado á catorce grados bajo cero, y á la sazón llovía y hacía viento. Por cima de la capa de hielo que cubría los caminos había otra de agua, y sólo á costa de las mayores fatigas pudo llegar el séptimo cuerpo á Pranthoy y el segundo, después de haber apoyado á la izquierda, á Moley.

El 18, el ala izquierda avanzó en la dirección del Sudeste sobre Frettes y Champlitte; el ala derecha se reunió en los alrededores de Is-sur-Tille, y su vanguardia, haciendo una marcha de cincuenta kilómetros, llegó á los puentes de Gray. Sobre el flanco y las retaguardias de los dos cuerpos habían ocurrido ligeros encuentros, pero se había logrado atravesar la meseta de Langres, cosa no muy hacedera, y se encontraban ya en el valle del Saône, bien cultivado.

Ya el general Manteuffel estaba informado del buen giro que había tomado la batalla durante el primer día de lucha sobre el Lisaine. Despachos telegráficos que más tarde le envió el general Werder, le permitieron comprender que muy probablemente el ejército francés del Este se vería obligado á hacer una retirada que podría acarrearle funestas consecuencias, y desde aquel momento el General alemán tomó la resolución de cortársela, dirigiéndose sobre el Doubs, por bajo de Besançon.

El ejército enemigo, aunque derrotado, era realmente superior en fuerza numérica al alemán. Iba á ser preciso imponer á las tropas nuevas

fatigas, nuevos esfuerzos. Otra vez iban á operar en un país montañoso, en que los pueblos se hallaban desparramados, y en donde había de costar mucho trabajo abastecerlas y alojarlas á cubierto durante la noche. No se podía evitar, además, que quedasen á espaldas del ejército fuerzas enemigas considerables en Langres, en Dijon y en Auxonne, que simplemente tenían en observación cortos destacamentos alemanes. A despecho de todos estos obstáculos, el 19 de Enero se emprendió la marcha hacia Besançon.

Al principio, el Saône, río profundo de sesenta metros de anchura, que en aquel momento arrastraba témpanos de hielo, podía servir al enemigo de línea de defensa; pero éste había abandonado á Gray, y cuando la vanguardia del segundo cuerpo llegó allí, halló intactos los dos puentes y ocupó la ciudad. La vanguardia del séptimo cuerpo pasó igualmente el río por el puente del camino de hierro en Savoyeux, que tampoco se había cuidado de destruir el enemigo, y por otro de pontones que establecieron los pontoneros más arriba.

Al día siguiente los dos cuerpos avanzaron en dirección al Sur, el séptimo sobre Gy, y el segundo sobre Pesmes. Allí atravesó el Ognon por un puente militar, después que la artillería hubo dispersado un destacamento enemigo que intentaba estorbar la construcción.

El 21, la vanguardia del segundo cuerpo llegó delante de Dôle á las dos y media, hallándola ocupada por el enemigo. El general Koblinski procedió inmediatamente al ataque, trabándose en las calles una reñida pelea en que tomaron parte los habitantes; lo que no impidió á los granaderos del regimiento de infantería núm. 2, entrar en la ciudad, atravesarla, apoderarse en el extremo opuesto de un tren de doscientos treinta vagones cargados de víveres y equipos, que debía haber sido expedido á Besançon, pero que había quedado abandonado en la estación.

El segundo cuerpo había pasado el Doubs por Dôle, y el séptimo el Ognon, por Marnay y Pin, habiéndose vuelto á poner en marcha.

Al general Werder se le había indicado que persiguiese al enemigo que se batía en retirada estrechándole de cerca, y mientras que delante del frente del cuerpo décimo cuarto los franceses se mantenían aún sobre su posición, la segunda brigada de Baden, en el ala derecha había avanzado sobre Etobon, y el coronel Willisen con sus doce escuadrones sobre Lure y más allá. En el ala izquierda el coronel Zimmermann, á la cabeza de la Landwehr de la Prusia oriental, había desalojado al enemigo de Sainte-Marie. Por todas partes iban encontrando las tropas alemanas, armas y efectos de equipo arrojados por los franceses, que se dejaban coger prisioneros por centenares sin oponer la menor resistencia.

Durante los pocos días que siguieron, el general Werder hizo dar á todo su cuerpo de ejército una vuelta á la derecha, frente al Sur. El ala derecha ocupó á Villersexel, y sólo el ala izquierda encontró masas enemigas considerables, primero en la Isle-sur-le-Doubs, y luego además en Clerval y en Baume-les-Dames.

Desde el 18 el general Bourbaki había abandonado el Lisaine. Sólo su cuerpo vigésimo cuarto permaneció en la orilla izquierda del Doubs. Tenía que defender contra el enemigo que venía avanzando por el Norte, los desfiladeros de la escarpada sierra del Lomont, al Este de Clerval. Todos los demás cuerpos se retiraron entre el Doubs y el Ognon, con la división Cremer como retaguardia. El Ognon hubiera podido constituir un apoyo natural por el flanco derecho del ejército francés, y se había dado orden de destruir todos los puentes; pero, como vimos más arriba, el plan no había pasado adelante.

El 21, los cuerpos décimo quinto y vigésimo habían llegado á las cercanías de Baume-les-Dames, y el décimo octavo á Marchaux, y en esta posición, con Besançon á sus espaldas á muy corta distancia, es como el general Bourbaki quería ver venir al enemigo. Para concentrar más aún sus fuerzas, dió orden al Jefe de la plaza de enviar adelante sobre Blamont todos los batallones de Guardia móvil de que pudiera desprenderse, para relevar sobre aquel punto al cuerpo vigésimo cuarto. En efecto, poco tiempo antes, habían llegado á Besançon nueve batallones de Guardia nacional movilizada, que hubieran podido destinarse á reemplazar las bajas; pero se tropezó con que estaban armados de fusiles Enfield, para los cuales la plaza no tenía cartuchos. Como esto los convertía en bocas inútiles, el general Rolland se había limitado á despedirlos. El Intendente general declaró que le era imposible suministrar por más tiempo víveres al ejército; pero lo que colmó la medida, fué la noticia que se recibió aquel mismo día de que no solamente estaba perdida la línea del Ognon, sino que el enemigo había llegado á franquear el Doubs.

En tales circunstancias, el general en Jefe francés se decidió á continuar la retirada sobre Besançon y á pasar junto á esta ciudad á la orilla Sur del Doubs, para no verse reducido á dar la batalla dejando el río á sus espaldas. Los convoyes del ejército salieron aquella misma noche; pero ante todo, el cuerpo décimo quinto recibió orden de que una división entera ocupase á Quingey, y se mantuviese á toda costa sobre aquella posición, para impedir que quedasen cortadas las comunicaciones con el interior de Francia. Todos los demás cuerpos recibieron orden de acercarse á Besançon, sin exceptuar el vigésimo cuarto, que desde aquel momento tuvo que renunciar á defender los desfiladeros del Lomond.

El general Bourbaki envió al Ministro de la Guerra una relación acerca del estado de su ejército, al que se contestó que la fracción del cuerpo décimo quinto, que había quedado en el Loire, debía seguir adelante. Más pronto hubieran llegado y más eficaces hubieran sido algunos socorros enviados desde Dijon.

En esta ciudad el Gobierno había concentrado, en efecto, fuerzas considerables para reemplazar á la división Cremer, agregada al ejército del Este, con objeto de cubrir la antigua capital de Borgoña, y de que sirviese de punto de apoyo para las operaciones del general Bourbaki. Un cuerpo de veinte mil hombres estaba destinado á defender la ciudad, al mismo tiempo que un ejército, llamado con gran impropiedad, de los Vosgos, y que se dotó con más de cuarenta mil hombres, debía operar en campo abierto. Aunque se disponía de gran número de tropas, no se había hecho casi nada para estorbar la marcha tan penosa de los alemanes á través de la meseta de Langres. Los destacamentos destinados á observarla, se dejaron derrotar por el general Kettler que flanqueaba por la derecha á los dos cuerpos durante su marcha, y habían acabado por replegarse sobre Dijon. Inútilmente el coronel Bombonnel, apostado en Gray, pidió refuerzos con insistencia para poder defender los pasos del Saône; pues se le negó el apoyo, alegando que Dijon estaba gravemente amenazado, y el general Garibaldi no se puso en marcha hasta que los prusianos pasaron el río.

El 19 se dirigió en tres columnas sobre Is-sur-Tille, donde ya no había más que una fracción de la cuarta división de infantería. Sólo anduvieron siete kilómetros y medio. Garibaldi se contentó con observar desde la altura de Messigny, al destacamento alemán enviado á reconocer por su lado, y después volvió á entrar en Dijon al compás de la *Marsellesa*.

No por eso es menos cierto que el Estado Mayor del general Manteuffel exageraba la debilidad del enemigo al dar al general Kettler la orden de tomar á Dijon.

Los franceses habían puesto el mayor cuidado en fortificar la ciudad. En la dirección del Norte estaba protegida por numerosas obras de tierra y edificios puestos en estado de defensa; pero lo esencial era que Talant y Fontaine-les-Dijon habían sido convertidos en dos fuertes independientes y armados de piezas de grueso calibre que barrían todas las líneas de marcha en aquella dirección. En su conjunto, la ciudad constituía una posición que hubiera sido fácil defender de fuerzas mucho más considerables que los cinco batallones y medio de la octava brigada, á cuya cabeza avanzaba el general Kettler.

COMBATES DE DIJON

(21 y 23 de Enero.)

El general había llegado á Turcey y á Saint-Seine. El 21 se puso en marcha en dos columnas, desde el Oeste sobre Dijon, distante todavía veintidos kilómetros y medio. El Mayor Conta, le traía de Is-sur-Tille, y por consecuencia del Norte, un refuerzo poco considerable. Ciertamente no les costó mucho trabajo á los alemanes rechazar á los francotiradores de la Muerte, á la compañía de la *Revanche* y á otros cuerpos francos, así como á los guardias móviles, de las localidades situadas delante de la ciudad, arrojándolos al lado allá del Suzon, arroyo de hondo cauce. En la derecha, tomaron á paso de carga el pueblo de Plombières, que fué vigorosamente defendido, y en la izquierda se habían apoderado de Daix; pero los audaces agresores iban á verse forzosamente detenidos ante el frente de la posición de los franceses, convertida en fortaleza, y en la zona batidas por sus baterías de artillería gruesa. Por su parte, el Mayor Conta había avanzado librando una serie de encuentros, pero no logró reunirse á la brigada hasta la caída de la noche. El general Kettler, descubriendo la superioridad triple ó cuádruple del enemigo, se limitó por último, á rechazar las salidas.

Se habían cogido á los franceses, siete oficiales y cuatrocientos treinta hombres; pero la brigada había perdido diez y nueve de aquéllos y trescientos veintidos de los últimos. Antes de entrar en acción las tropas habían tenido que hacer marchas muy largas, con mal tiempo y por caminos destruidos, y ni antes ni después del combate habían podido comer el rancho; las municiones estaban agotadas, y hasta el día siguiente no debía llegar la columna que había de traer el repuesto. A pesar de todo, el general Kettler no vaciló en mantenerse durante la noche en las posiciones que acababa de conquistar, y eso en la proximidad misma del enemigo. A la mañana acantonó sus tropas en las poblaciones más cercanas para que pudieran rehacerse.

El enemigo le dejó obrar libremente, sin intentar ningún ataque serio. Al verle tan absolutamente inactivo, el general Kettler supuso que acaso

el grueso de las fuerzas francesas se habría puesto en marcha para ir por Auxonne, al socorro del ejército del Este, y resolvió obligarle á volver á Dijon, atacando nuevamente la ciudad.

Haciendo una marcha de flanco, pasó por el frente del enemigo, y el día 20 á las once llegó al camino de Langres, en la granja de Valmy. Después que su vanguardia hubo dispersado un destacamento de guardias móviles en aquel camino, avanzó con sus dos baterías contra el pueblo de Pouilly, rodeado de muros y fuertemente ocupado. Sobre este punto, como por otra parte sucedía las más veces cuando se trataba de defender habitaciones y edificios, los franceses opusieron una resistencia muy tenaz. El regimiento número 61, tuvo que tomar por asalto las casas una por una, y los defensores muy numerosos del fuerte, no consintieron en rendirse hasta que los alemanes prendieron fuego al edificio.

Al salir de la población los alemanes encontraron al enemigo desplegado detrás de una posición atrincherada entre Talant, convertido en fuerte, y una vasta fábrica situada sobre el camino, y tuvieron que detenerse hasta que el resto del regimiento llegase de la Granja de Vam. En algunos puntos rechazaron á los defensores hasta el arrabal.

Se había comprendido que todas las fuerzas enemigas se encontraban en Dijon, y desde aquel momento el objeto de la operación estaba conseguido; desgraciadamente se obstinaron en querer tomar la fábrica, vasta construcción que la infantería era incapaz de tomar por sí sola, y con tal motivo ocurrió un episodio muy sensible.

Habiendo quedado muertos ó heridos el oficial superior y los capitanes, un teniente á quien habían matado al caballo, y que estaba herido, había tomado el mando del segundo batallón. Cuando la quinta compañía con solos cincuenta hombres desembocó de la cañada próxima, fué recibida por una granizada de proyectiles que partían de todas partes. El jefe de la compañía fué inmediatamente herido, y el sargento que llevaba la bandera lo fué asimismo después de haber dado algunos pasos. Lo propio sucedió al subteniente y al teniente que hacía las funciones de ayudante mayor que le habían sucesivamente relevado. La bandera fué pasando de mano en mano, llevada primeramente por los oficiales y después por soldados rasos. Todos perdieron la vida. Pero no fué aquello obstáculo para que los valientes de la Pomerania dejaran de avanzar hasta la fábrica. Desgraciadamente por la parte que llegaron no había puerta, y al fin el sargento primero logró volver aquel puñado de su gente á la cañada. Sólo allí se echó de ver que la bandera había desaparecido. Unos cuantos voluntarios volvieron ya de noche á buscarla, y sólo uno volvió ileso. Hasta más tarde no la encontraron los franceses, agujereada por las balas en un charco de

sangre y bajo un montón de cadáveres. Aquella fué la única bandera que perdieron los alemanes durante toda la campaña, y puede decirse que la perdieron honrosamente.

Habianse hecho prisioneros ocho oficiales y ciento cincuenta soldados, pero la brigada por su parte había sufrido de nuevo graves pérdidas, diez y seis oficiales y trescientos sesenta y dos soldados. Rehízose en PoUILLY, y quedó sobre las armas hasta las ocho para oponerse á la persecución que tal vez intentase el enemigo; después fué á ocupar sus cantones en las localidades más próximas.

OPERACIONES DEL EJÉRCITO DEL SUR

La orden dada de tomar á Dijon no había podido ejecutarse; pero al menos una débil brigada había hecho permanecer inactiva en aquella ciudad á todo el ejército enemigo, de modo que el general Manteuffel había podido continuar su marcha sin verse detenido.

El objetivo que había indicado á sus dos cuerpos, eran las líneas de retirada del enemigo al Sur de Besançon.

Desde esta plaza, sólo un corto número de caminos que pudieran servir para los movimientos de las tropas, conducen hacia el Sur de Francia pasando por las escarpadas mesetas del Jura. La comunicación más directa es el camino y la vía férrea de Besançon á Lous-le-Saulnier, y sobre estas dos vías, los pueblos de Quingey y de Byans son puntos importantes de parada. Más al Este pasa el camino de Saint-Laurent y de Morez por Onans, Salins y Champagnole que describe un gran rodeo. Por el contrario, muchos caminos convergen en forma de abanico hacia Pontarlier, pasando por las « Cluses », especie de desfiladeros particulares de la cadena del Jura que, cortando sus largas aristas, unen entre sí los valles longitudinales. Pero saliendo de Pontarlier ya no hay más que un solo camino, el que pasa por Mouthe, y que tiene el grave inconveniente de estar muy próximo á la frontera suiza.

22 de Enero.—Este día la vanguardia de la división décima tercera avanzó desde Audeux sobre Saint-Vit. Allí destruyó la vía férrea, se apo-

deró de un gran número de vagones cargados, y luego subió por el valle del Doubs hasta Dampierre. Allí también se encontraron hasta cuatro puentes que el enemigo no había podido hacer volar, y que se ocuparon. La vanguardia de la división décima cuarta avanzó desde Emagny para observar á Besançon. El segundo cuerpo marchó en filas cerradas sobre Dôle enviando destacamentos para reconocer la orilla opuesta del Doubs.

23 de Enero.—Todas las fracciones del ejército alemán continuaron aquel día su movimiento concéntrico.

Adelantándose por el Norte, el general Debschitz no encontró ya al ponerse en marcha desde Roches, sino los sitios de los vivacs del cuerpo vigésimo cuarto francés. La cuarta división de reserva ocupó á Isle-Sur-le-Doubs, sin lucha; sólo en Clerval y en Baume le opuso el enemigo alguna resistencia.

Sobre el Ognon la división de Baden desalojó al enemigo de Montbozon.

En el centro, donde iba caminando el séptimo cuerpo, la vanguardia de la división décima cuarta avanzó hasta Dannemarie en las cercanías de Besançon. Hubo un encuentro; pero casi no fué más que un cañoneo que duró hasta muy entrada la noche. Por su parte, la división décima tercera que había pasado el Doubs por Dampierre, avanzó sobre Quingey.

Como faltaba material de transporte en el camino de hierro, el enemigo sólo había podido conducir allí una brigada, y los últimos trenes, á su entrada en la estación de Byans, habían recibido ya algunas granadas prusianas. Las tropas estaban en un estado tan deplorable que ni siquiera habían logrado establecer puestos avanzados. Renunciaron defender á Quingey, tras débil resistencia, y después emprendieron sobre Besançon y detrás del Loue una retirada muy semejante á la fuga, y que impidió que llegasen al sitio los refuerzos que se les enviaban. La vanguardia prusiana hizo ochocientos prisioneros, se apoderó de un convoy de cuatrocientos convalecientes, y se puso inmediatamente á destruir la vía férrea en Abans-Dessous.

En el ala derecha, las tropas que marchaban á la cabeza del segundo cuerpo habían llegado al valle del Loue por la orilla Sur. A lo largo del camino habían hallado gran número de cortaduras, puestas en estado de defensa, pero abandonadas por el enemigo. Sólo en Villers-Farlay les hizo cara una porción considerable de fuerzas enemigas.

Por parte de los franceses, el vigésimo cuerpo estaba situado, la no-

che del 23 de Enero, al Norte de Besançon y el décimo octavo al Oeste, ambos á distancia de siete kilómetros y medio tan sólo de la ciudad. La caballería, la artillería y los convoyes del ejército atravesaban la ciudad ó acampaban sobre el glacis de la plaza. El vigésimo cuarto marchaba sobre Besançon, mientras que las divisiones segunda y tercera del cuerpo vigésimo quinto ocupaban la orilla Sur del Doubs en Beaume y en Sarnod. La primera no había logrado sostenerse en Quingey.

Desde luego, la línea de comunicación más directa y más importante del ejército estaba cortada, y la situación de ésta se había agravado considerablemente por consecuencia de este nuevo contratiempo. Recibíanse de Burdeos unos tras otros nuevos planes, nuevos consejos imposibles de realizar y de seguir, y el 24, el general Bourbaki reunió en un Consejo de guerra á los generales en Jefe de ejército y de las divisiones.

24 de Enero.—Los generales declararon que ya casi no tenían en pie de guerra sino la mitad de su gente, y que ésta estaba más dispuesta á huir que á pelear. Sólo el general Pallu creyó poder responder de las tropas que formaban la reserva general. El Intendente general, por su parte, declaró que á menos de empezar á consumir las raciones de la guarnición no quedaban víveres sino para dos días á lo sumo. Ciertamente, el general Billot votó la proposición de abrirse paso sobre Auxonne; pero cuando se le ofreció el mando de las tropas que habían de ejecutar el movimiento se excusó. En efecto; estaban aquéllas demasiado extenuadas y la indisciplina crecía por momentos; no quedaba, por tanto, sino poca esperanza de buen éxito para cualquier operación ofensiva. No quedaba otro recurso que votar la proposición que había suscrito el general en Jefe, de retirarse á Pontarlier.

Mas hasta esta retirada se hallaba seriamente comprometida. Para poder desembarazarse en la dirección del Norte, el general Bourbaki dió orden al cuerpo vigésimo cuarto de avanzar de nuevo y mantenerse en los desfiladeros del Lomont. Al Sur, el décimo quinto debía defender la profunda cortadura por donde corre el Loue. Al general Cremer se confió la empresa principal, que consistía en cubrir el flanco derecho, el más directamente amenazado, del ejército que se batía en retirada.

Para que pudiese realizar aquella difícilísima empresa, se le agregó una división del vigésimo cuerpo y la reserva general, es decir, las tropas en que parecía podía confiarse más. El cuerpo décimo octavo y las

demás divisiones del vigésimo, debían estar por bajo de Besançon, prontas á marchar en cuanto recibiesen la orden.

No hay necesidad de decir que el Cuartel general alemán ignoraba las resoluciones tomadas por el Estado Mayor francés, y por consiguiente las de aquél tenían que fundarse en diferentes hipótesis, todas posibles.

Si los franceses permanecían al amparo de Besançon, no era necesario atacarlos allí, puesto que la plaza no se prestaba á recibir un ejército considerable, y era imposible alimentarle en ella durante cierto tiempo.

Era casi inadmisibile que dirigiesen su marcha hacia el Norte, porque entonces se habrían alejado de la región en que hallaban todos sus recursos, y en el Ognon forzosamente hubieran tropezado con el grueso del cuerpo décimo cuarto.

Más bien podía sospecharse que el enemigo intentaría abrirse paso hacia Dijon. Allí encontraba en su camino á la división décima tercera en Saint-Vit, en Pesmes, al destacamento del coronel Willisen, y por último, al general Kettler.

Lo que parecía más verosímil era la retirada sobre Pontarlier. Para impedir al enemigo que continuase su marcha hacia el Sur, una vez que hubiese llegado á aquella ciudad, sólo se disponía por el momento del segundo cuerpo, entanto que el séptimo tendría que observar al enemigo concentrado junto á Besançon, y observar los ataques que pudiera intentar sobre las dos orillas del Doubs.

El general en Jefe se limitó á enviar á los generales, Jefes de cuerpo de ejército, extensas instrucciones, autorizándolos formalmente para obrar según su inspiración propia, en las eventualidades que pudieran ocurrir, imposibles de preveer.

Se indicó al general Werder que se acercase por Marnay con la división de Baden y la brigada Goltz á la división décima cuarta, y luego que la relevase sobre la orilla derecha del Doubs. La cuarta división de reserva reparó los puentes en Isle-sur-le-Doubs y en Baume, y pasó á la orilla izquierda. Al coronel Willisen se le agregó el séptimo cuerpo, que no tenía caballería, y el segundo se reunió detrás de Villers-Farlay.

25 de Enero. — Se había dispuesto que aquel día fracciones considerables de tropas hiciesen reconocimientos. El destacamento del séptimo cuerpo tuvo que sostener vivo combate en Vorges. Las cabezas de columna del segundo encontraron al enemigo en Salins y en Arbois; pero vieron que todavía no había llegado á Poligny.

26 de Enero. — Este día la vanguardia del segundo cuerpo avanzó sobre Salins. Dos fuertes, el de Saint-André y el de Belin, á corta distancia de la ciudad y en una gran altura, dan frente á la Suiza; pero su artillería domina por igual el terreno que se extiende hacia el Sur y el Oeste, en la dirección de marcha del enemigo. Salins constituye un punto de parada muy fuerte en el camino de Saint-Laurent, y manteniéndose allí, se cubría además el camino de retirada de las columnas que marchaban de Besançon sobre Pontarlier.

Las dos baterías de campaña de la vanguardia eran, como puede comprenderse, impotentes frente á las piezas de grueso calibre de los fuertes; pero el tercer batallón del regimiento núm. 2, se adelantó en pequeños grupos, por saltos sucesivos, por el estrecho valle formado por muros de rocas, trepó por ellos, y apoyado por los otros dos batallones, entró á las dos y media en la estación y arrabal de Saint-Pierre, aunque con pérdida de tres oficiales y ciento nueve hombres.

Poco después llegaba allí el general Koblinski desde Saint-Thiébaud con el regimiento núm. 42 de infantería. Ante las observaciones del alcalde, el Comandante de los fuertes había renunciado á romper el fuego sobre la ciudad; así que, la vanguardia alemana pudo acantonarse allí, mientras que el grueso de la tercera división, abandonando la peligrosa zona de los fuertes, se retiraba á Mouchard. Pero desde aquel momento el desfiladero ya no pudo servir para el paso de las tropas alemanas, que tuvieron que flanquearle por el Sur.

La cuarta división, por otra parte, había marchado ya en aquella dirección sobre Arbois, y su cabeza había llegado á Pont-d'Héry. En la derecha comprobó que Poligny y Champagnole todavía no estaban ocupados por los franceses.

El séptimo cuerpo había hecho reconocimientos en ambas orillas del Doubs, encontrando al enemigo sólidamente establecido en Busy y en Vorges.

La cuarta división de reserva avanzó por la orilla Sur del Doubs hasta Saint-Juan-d'Adam, en las cercanías de Besançon; las demás tropas del cuerpo décimo cuarto se dirigieron sobre Etuz y Marnay.

Las relaciones enviadas por el general Kettler acerca de los encuentros que había sostenido el 21 y 23, decidieron al general Manteuffel á hacer otra tentativa contra Dijon. Encargó de ello al general Hann de Weyhern, y para ello puso á sus órdenes, además de la octava brigada, las tropas del coronel Willisen y la brigada de Baden de Degenfeld.

Por parte de los franceses el general Bressolles, conforme á órdenes recibidas, se había puesto en marcha el 24 para ocupar nuevamente los pa-

sos del Doubs y los desfiladeros del Lomont. Empezó por dirigir la división Dariès sobre Baume; pero no habiendo logrado ni siquiera arrollar las avanzadas enemigas de Pont-les-Moulins, tuvo que replegarse sobre Vercel. En consecuencia, la división Carré que había hallado desocupadas las salidas del Lomont, tuvo igualmente que volverse atrás, el 26 muy de mañana, sobre Pierre-Fontaine. La división Comagny se había retirado ya sobre Morteau, y continuó su marcha sobre Pontarlier sin inquietarse por las demás.

El retroceso de su ala derecha causaba vivas inquietudes al general Bourbaki, á quien traía más preocupado que lo que ello merecía, porque en el Norte no había en efecto más que una sola división enemiga que podía á lo más rechazar á su retaguardia sobre Pontarlier. Al Oeste, por el contrario, el grueso de las fuerzas alemanes le amenazaba mucho más seriamente. Sin embargo, no por eso dejó de dar orden al cuerpo vigésimo cuarto de marchar de nuevo el día 26. Esta vez el décimo octavo cuerpo debía apoyarle, pero éste empleó todo el día y debiera haberse consagrado al ataque en atravesar Besançon, cuyas calles estaban cubiertas de escaracha, tanto que la empresa no pudo ejecutarse.

La reserva general había llegado á Ornans y allí se mantenía dispuesta á cerrar el paso al enemigo. Las otras dos divisiones del general Cremer avanzaron por el camino de Salins; pero mientras continuaban su camino les llegó la noticia de que el enemigo acababa de tomar aquella ciudad. Entonces ocuparon á Deservillers y á Villeneuve-d'Amont, los caminos que desde estos dos puntos conducen á Pontarlier.

En el intervalo, el Ministerio de la Guerra, se había negado á aprobar la retirada general del ejército, sin tener en cuenta lo más mínimo la situación que obligaba al general Bourbaki á adoptar aquella determinación.

Lo que mejor caracteriza el diletantismo militar de los hombres, que desde Burdeos creían poder dirigir los movimientos de los ejércitos, es el telegrama expedido el 25 por la tarde. M. de Freycinet, declara en él que su convicción profunda es que el general Bourbaki, reuniendo sus cuerpos y entendiéndose en caso de necesidad con Garibaldi, sería bastante fuerte para pasar por Dôle, por Monchard, por Gray ó por Pontailier (al Norte de Auxonne). Dejaba plena libertad al General para escoger una ú otra de estas líneas de marcha.

La proposición que enseguida se le hacía, es todavía más extraña: era embarcar el ejército, si el estado en que se encontraba no debía realmente permitirle hacer una larga marcha por el camino de hierro á Chagey, y por consecuencia indudablemente, en frente del enemigo que le estrechaba de cerca.

Semejantes proposiciones eran á propósito para quebrantar aún más la confianza del valiente general en Jefe. Las funestas noticias que de todas partes le llegaban, y el estado deplorable de las tropas de que se había enterado al ver pasar el décimo octavo cuerpo por Besançon, le arrebataron su última esperanza y le impulsaron á quererle quitar la vida.

El general en Jefe tenía evidentemente la culpa de que la expedición concebida por M. de Freycinet hubiese totalmente fracasado, y así el decreto en que se le despojaba del mando estaba ya extendido. El general Clinchant fué puesto á la cabeza del ejército, y tomó el mando en las condiciones más desventajosas que es posible imaginarse.

La preocupación dominante de todos los generales, no cabe dudarlo, era evitar un choque cualquiera entre el enemigo y sus tropas extenuadas y desalentadas. Todas las líneas de retirada estaban á punto de ser interceptadas por el enemigo. Sólo estaba todavía libre el camino de Pontarlier. El nuevo general en Jefe no tenía, pues, otro partido que tomar que conformarse á las disposiciones que su predecesor había tomado. Inmediatamente dió orden de continuar la marcha, y él se dirigió en persona á Pontarlier. En esta fuerte posición esperaba poder al menos conceder algún tiempo de respiro á las tropas. Todavía no había encontrado fracciones enemigas considerables; se había conseguido hacer pasar las columnas de municiones, y si lograba llegar antes que los alemanes á los desfiladeros de Vaux, de las Planches y de Saint-Laurent y mantenerse en ellos, se podía esperar todavía escapar en dirección al Sur.

El 27 por la noche, la división Pouillet estaba situada en Levier lo más cerca del enemigo; las otras dos divisiones del general Cremer, así como las de los cuerpos décimo quinto y vigésimo, estaban escalonadas sobre el camino de Ornans á Sombacourt; todo el cuerpo décimo octavo se encontraba en el camino oriental por Nods. El vigésimo cuarto llegó á Montbenoît, yendo las tropas en un estado deplorable; la cabeza llegaba á Pontarlier; otras dos divisiones habían quedado en Besançon.

Aquel mismo día el general Fransecky concentró el grueso del segundo cuerpo en Arbois, y al mismo tiempo reforzó las tropas del general Trossel que ocupaban posiciones en Pont-d'Héry.

En cuanto al séptimo cuerpo, la décima cuarta división había sido relevada por el décimo cuarto en Saint-Vit, dirigiéndose á la derecha de la décima tercera sobre la cortadura del Loue, que el enemigo había ya abandonado.

Al Norte, el general Debschitz ocupaba á Blamont y á Pont-de-Roide, mientras que el general Schmeling observaba desde Saint-Juan á Besançon, y el general Goltz avanzaba sobre Arbois para formar allí la reserva.

28 de Enero.—Suponiendo á los franceses ya en marcha sobre Saint-Laurent por Champagnole, el general Fransecky, para cortarles la retirada sobre aquel camino, marchó al día siguiente en dirección al Sur.

El general Trossel llegó á Champagnole sin haber tenido que empeñar acción, é inmediatamente hizo avanzar su caballería por el camino de Pontarlier. El teniente coronel Guretzky llegó á Noseroy con un escuadrón del regimiento núm. 11 de dragones y se cercioró de que la población estaba ocupada por el enemigo, lo que no le impidió apoderarse de un convoy de víveres de cincuenta y cuatro carros con la caja de guerra y hacer prisionera á la escolta. Las brigadas quinta y sexta avanzaron hasta Poligny y Pont-du-Navoy.

Por lo que hace al séptimo cuerpo, la décima tercera división, después de haber sido relevada en Quingey por tropas de Baden, se concentró en la Chapelle, mientras que la décima cuarta se dirigía adelante sobre Deer-villers. La cabeza ya no encontró en Bolandoz al enemigo, sino simplemente los fuegos de su vivac mal apagados; como que aquel día todavía no había podido alcanzar el grueso del ejército francés.

En efecto, el general Clinchant había aproximado á Pontarlier los cuerpos de ejército. Pero bien pronto pudo comprobarse que no se podía hacerlos permanecer allí algún tiempo, por la imposibilidad de procurarse los víveres necesarios. Aquella misma noche, el general Cremer recibió orden de avanzar inmediatamente sobre las Planches y Saint-Laurent con tres regimientos de caballería apostados ya sobre el camino de Mouthe. Aquella fuerza hizo una marcha extraordinaria por los caminos de la montaña, obstruidos por las nieves, hasta el punto de que por la tarde ya había llegado á los puntos que se la habían indicado. El cuerpo vigésimo cuarto y una brigada de la división Pouillet la siguieron allí al día siguiente; y esta última hizo también ocupar por dos batallones á Bounevaux, á la entrada del desfiladero de Vaux.

El 28 por la noche, las demás fracciones del ejército estaban situadas en este orden: el cuerpo décimo octavo detrás del Drugeón, en Houtand, en las inmediaciones de Pontarlier; á la primera división del décimo quinto se la había hecho avanzar al otro lado de aquel arroyo hasta Sombacourt; la tercera se encontraba en el mismo Pontarlier. A la izquierda, las divisiones segunda y tercera del vigésimo cuerpo ocupaban todas las poblaciones, desde Chaffois hasta Frasne, y á la derecha, la reserva general estaba apostada en Byans.

El general Manteuffel había dado orden al ejército de avanzar en toda la línea el 29 hacia Pontarlier, donde al cabo debía encontrarse al enemigo.

29 de Enero.—En cuanto á las tropas del segundo cuerpo, el general Koblinski se había puesto en marcha con las suyas desde Poligny durante la noche. Después de haber llegado á Champagnole y reunido todas las fracciones de la quinta brigada, partió de allí á las siete. El general Tros-sel, haciendo avanzar la séptima brigada, había llegado á Censeau sin haber encontrado al enemigo.

En la derecha, el coronel Wedell, á la cabeza de cuatro batallones de la sexta brigada había salido del Pout-du-Navoy en dirección á las Plan-ches. En cuanto á enemigos, sólo halló ginetes que habían desmontado; sin duda puestos que el general Cremer había dejado á su retaguardia. Los cazadores los dispersaron fácilmente. Luego algunos destacamentos continuaron avanzando en diferentes direcciones. Por todas partes encontraron grupos aislados; pero en Foncine-le-Bas encontraron la cabeza del cuerpo vigésimo cuarto, al que el coronel Wedell cortó la última línea de retirada que quedaba á los franceses.

El general Hartmann marchó con las demás fracciones del segundo cuerpo sobre Nozeroy, sin hallar resistencia.

Por lo que hace al séptimo cuerpo, la división décima cuarta había recibido demasiado tarde la orden de avanzar hacia Pontarlier, y no habiendo salido de Deservillers hasta medio día, no pudo llegar hasta las dos á Levier, donde llegaba al mismo tiempo la cabeza de la división décima tercera desde Villeneuve-d'Amont, porque el estado de los caminos había hecho muy difíciles los movimientos de las tropas.

La vanguardia, fuerte de tres batallones, medio escuadrón y una batería, no había encontrado más allá de este punto sino rezagados, y el general Zastrow le dió orden de marchar hasta el arroyo del Drugeon. En el bosque, á izquierda del camino, tropas enemigas se retiraban en apretada formación sobre Sombacourt, y el Mayor Brederlow hizo un rodeo con el primer batallón del regimiento núm. 7 contra aquel pueblo, situado sobre el flanco de la vanguardia. La segunda compañía, capitán Vietinghoff, entró por Sept-Fontaines en la localidad dando hurras, viéndose al principio rodeada por todos lados por las masas enemigas; pero pronto las demás compañías del batallón acudieron en su socorro. La primera división del cuerpo décimo quinto francés fué totalmente dispersada, sin que la reserva general, apostada allí cerca en Byans, fuese á apoyarla. Cincuenta oficiales, dos de ellos Generales, y dos mil setecientos hombres quedaron prisioneros, y cayeron en poder del batallón hannoveriano que quedó apostado en Sombacourt para vigilar al enemigo, diez cañones, siete ametralladoras, cuarenta y ocho furgones, trescientos diez y nueve caballos y tres mil quinientos fusiles.

Entretanto, el resto de la vanguardia se había acercado á Chaffois, donde desemboca el camino desde la montaña en el dilatado valle del Drugeon. Aquella localidad estaba ocupada, como vimos, por la segunda división del cuerpo vigésimo.

El coronel Cosel emprendió inmediatamente el ataque. Tres compañías del regimiento de infantería núm. 53, sorprendieron el cuerpo de guardia francés, y se apoderaron de las primeras casas del pueblo; pero allí el cuerpo décimo octavo francés entero vino á detener á los alemanes. Unas tras otras, hubo que echar mano de todas las fuerzas disponibles, y hasta el grueso de la división décima cuarta se vió obligada á suministrar refuerzos. Hora y media hacía que duraba aquel reñido combate, cuando de repente los franceses suspendieron el fuego y rindieron las armas, invocando el armisticio que decían acababa de concertarse.

En efecto, M. Jules Favre había teleografiado á las once y cuarto de la noche del 28 al 29 á Burdeos, que acababa de firmar un armisticio de veintiún días; pero sin añadir, que por su propia iniciativa, los tres departamentos del Este habían sido exceptuados. La delegación de Burdeos comunicó este despacho incompleto el 29 á la una y cuarto de la noche á las autoridades civiles, mientras que M. de Freycinet no dió parte de ello hasta las tres y media de la noche á las autoridades militares, á quien sin embargo interesaba muy especialmente la noticia.

Así es como el general Clinchant pudo de buena fe comunicar al General de división Thornton que mandaba en Chaffois, la noticia del armisticio, inexacto en lo tocante al ejército del Este. Envió aquél inmediatamente al oficial de Estado Mayor á sus órdenes y al Jefe de la vanguardia prusiana que todavía se estaba batiendo, á invitarle, en vista de los despachos oficiales, á que suspendiese el fuego.

A las cinco, el general Manteuffel había sido informado en Arbois por el gran Cuartel general de las condiciones completas con que se había firmado el armisticio, y según las cuales, las operaciones emprendidas por el ejército del Sur se debían continuar hasta conseguirse un resultado definitivo. Inmediatamente redactó una proclama al ejército, en que se daba conocimiento de estos hechos á todos los cuerpos de tropa; pero aquel día no llegó ya á noticia del séptimo cuerpo.

El Estado Mayor de aquel cuerpo nada sabía del armisticio, pero podía sospechar que de un momento á otro recibiría la noticia. Así, pues, el general Zastrow autorizó á sus subalternos á suspender por el momento las hostilidades y á poner en libertad los prisioneros, sin devolverles sus armas.

Chaffois, á excepción de algunas granjas, quedó en poder de la décima

cuarta división, que se acantonó en el pueblo lo mejor que pudo, mientras la tercera se alojó en los pueblos, detrás de Sept-Fontaines, hasta Deservillers.

30 de Enero.—No poniendo en duda las comunicaciones que le había dirigido el Gobierno, el general Clinchant había suspendido el 30 el movimiento de retirada de su ejército. El general Comagny, que acababa de ser nombrado para el mando del cuerpo décimo cuarto, renunció también, por su parte, al intento que tenía de abrirse paso en Foncine con diez mil hombres, arrollando la débil brigada del coronel Wedell. Después de los desgraciados encuentros que habían sostenido la víspera, los otros cuerpos habían venido á amontonarse delante de Pontarlier, y habían dejado destacamentos de caballería en los caminos de Bensaçon y de Saint-Laurent para estar en comunicación, por una parte, con la fortaleza, y por la otra, con el Sur de Francia, cuando se trazase una línea de demarcación con el enemigo.

A las once, el general Zastrow recibió la proclama del general en Jefe é hizo saber al enemigo, frente al cual se hallaba, que iba á reanudar las hostilidades, declarando que por el momento se contentaría con la evacuación total de Chaffois, á lo que se comprometieron los franceses. Por lo demás, el séptimo cuerpo permaneció en sus posiciones estrechando las filas.

Por lo que hace al segundo cuerpo, el general Trossel había salido por la mañana de Censeau; pero habiéndose presentado un parlamentario francés, temió obrar contra el derecho de gentes y suspendió su marcha. Unicamente, al llegar la noche desalojó al enemigo de los bosques de Frasne. El teniente coronel Guretzky entró á la cabeza de un pelotón en el pueblo de aquel nombre, donde hizo prisioneros doce oficiales y mil quinientos soldados, cogiendo además dos banderas. [La quinta brigada llegó también á Frasne, y el resto del segundo cuerpo permaneció sobre las posiciones que ocupaba la víspera.

En las Planches se habían presentado también parlamentarios; pero el coronel Wedell se había negado á recibirlos. Lo mismo sucedió á los puestos avanzados del cuerpo décimo cuarto.

Al Norte de Pontarlier el general Schmeling avanzó más allá de Pierre-Fontaine, y el general Debschitz sobre Maiche.

31 de Enero.—Este día, muy temprano, el coronel francés Varaigne se había presentado en el Cuartel general del general Manteuffel en Ville-neuve á proponer una suspensión de hostilidades de treinta y seis horas para que hubiese tiempo de aclarar los puntos litigiosos. Desechóse su proposición, porque el Estado Mayor alemán tenía perfecta seguridad del contexto del armisticio. Convínose en enviar un despacho á Versalles, pero declarando que era imposible interrumpir las operaciones del ejército del Sur hasta que hubiese llegado la respuesta.

Aquel día el segundo cuerpo, manteniéndose simplemente en la línea del séptimo, avanzó hasta Dompierre, en tanto que su vanguardia llegaba al Drugeon, á Sainte-Colombe y á la Rivière. Desde este último punto una compañía del regimiento de granaderos de Colberg atravesó la noche del mismo día las escarpadas alturas, y llegó á la Planée donde hizo quinientos prisioneros. Un destacamento de dos batallones y de una batería á las órdenes del teniente coronel Liebe, flanqueando el cuerpo á la derecha, atravesó sin encontrar resistencia el largo desfiladero de Bonnevaux á Vaux; cogió prisioneros dos oficiales y seiscientos ochenta y ocho soldados. El enemigo abandonó además el desfiladero de las granges Sainte-Marie, y se retiró á la montaña hasta Saint-Antoine.

Aquel cuerpo había encontrado todos los caminos cubiertos de armas y de material de campaña, y cogido hasta cuatro mil prisioneros.

El séptimo cuerpo dió segundo aviso al enemigo de haberse reanudado las hostilidades, y luego la división décima cuarta se extendió por la izquierda á lo largo del Drugeon y hasta Vrine, desde donde se establecieron en Saint-Gorgon las comunicaciones con la cuarta división de reserva del décimo cuarto cuerpo. La décima tercera división avanzó sobre Sept-Fontaines. Desde aquel momento Pontarlier se encontraba rodeado por todas partes, y el general Manteuffel resolvió que el 1.º de Febrero se procedería al ataque sobre toda la línea. El segundo cuerpo debía avanzar por el Suroeste, y el séptimo por el Noroeste, mientras que el general Goltz se situaría como reserva delante de Levier.

Entre tanto el general en Jefe francés empezaba á sospechar de la completa exactitud de las comunicaciones que le había dirigido su Gobierno. Todos los desfiladeros que conducen al Sur estaban ocupados por el enemigo; no tenía, pues, que contar con escaparse en aquella dirección. El general Clinchant había enviado ya sus convoyes y sus columnas de municiones, sus enfermos y sus heridos por la Cluse á resguardarse bajo el fuerte de Joux y el Fort-Neuf. En el curso de la tarde llegó de Burdeos la noticia de que efectivamente el ejército del Este no estaba comprendido en el armisticio. Reunió á sus generales en Consejo de guerra, y todos

declararon que no podían responder ya de sus tropas. Por consiguiente, el general en Jefe se dirigió por la noche á Verrières á fin de pactar un convenio cuyos preliminares se habían ya concertado, y según el cual el ejército francés tenía que atravesar al día siguiente, 1.º de Febrero, la frontera suiza por tres caminos.

A fin de proteger la marcha del ejército, la reserva general recibió orden de mantenerse en Pontarlier hasta que todos los convoyes hubiesen pasado de la Cluse, mientras que el cuerpo décimo octavo tomaría posiciones entre los dos fuertes para apoyar á los demás. Inmediatamente se procedió á reforzar las obras. Todas las fracciones del cuerpo décimo quinto que no habían podido retirarse con la caballería por Morez, en dirección al Sur, tenían que procurar el paso de la frontera suiza por un punto cualquiera.

1.º de Febrero.—Cuando la vanguardia del segundo cuerpo avanzó este día desde Sainte-Colombe sobre Pontarlier, sólo encontró una resistencia bastante débil en la estación. Los granaderos de Colberg ocuparon la ciudad sin disparar un tiro, é hicieron en ella muchos prisioneros. Pero al querer marchar más adelante, hallaron el camino obstruido por los convoyes; no pudiendo salvar el obstáculo sino con gran trabajo, abriéndose paso á través de montones de nieve. Muy cerca de la Cluse, el camino pasando entre dos muros de rocas escarpadas, penetra, describiendo una curva, en el espacioso anfiteatro del Doubs, que está totalmente dominado por la fortaleza de Joux, situada sobre una roca cónica. Al salir á este anfiteatro, las compañías de cabeza fueron acogidas por un fuego bien nutrido. A costa de los mayores esfuerzos se consiguió poner en batería cuatro piezas, que fueron impotentes para reducir al silencio á las del fuerte, tomando á su vez los franceses la ofensiva.

Pero entre tanto, el tercer batallón del regimiento de Colberg había subido á las alturas á la izquierda del fuerte; siguióle el segundo batallón y otro del regimiento núm. 49. Estas fuerzas desalojaron al enemigo de las granjas situadas sobre la planicie cortada por numerosos barrancos. El muro escarpado á la derecha del fuerte fué igualmente escalado; varias líneas de tiradores del cuadragésimo noveno bajaron las pendientes, ayudándose de pies y manos, hasta la Cluse, y los granaderos de Colberg avanzaron hasta el pie del Fort-Neuf.

No hay que decir que no podía tratarse de tomar por asalto aquellos fuertes. Generalmente hablando, casi es imposible perseguir seriamente

al enemigo en un terreno como aquel. Los alemanes les habían cogido veintitres oficiales y mil seiscientos soldados, y apoderándose de cuatrocientos carros cargados; mas á costa de la pérdida de diez y nueve oficiales y trescientos sesenta y cinco soldados, en su mayoría pertenecientes al regimiento de Colberg. Las tropas durmieron en las posiciones que habían conquistado.

Como era imposible desplegar en la Cluse fuerzas de consideración, el general Fransecky había dado orden al grueso del segundo cuerpo de marchar con dirección al Sur sobre Sainte-Marie. El general Hartmann, para no tener que pasar las escarpadas vertientes del Jura, se dirigió primero sobre Pontarlier, para desde allí seguir un camino algo mejor; pero se vió detenido cuando el combate de la Cluse se hizo inopinadamente muy reñido. El séptimo cuerpo, así como la cuarta división de reserva que llegó á medio día sobre el Doubs, tampoco lograron ponerse en contacto con el enemigo.

Durante todo el día estuvieron atravesando columnas francesas la frontera suiza. La reserva general, situada en Pontarlier, había sido arrastrada desde el principio por el tren y por los convoyes que se sucedían y se apiñaban sin interrupción, y hasta la Cluse no pudo recogerla el cuerpo décimo octavo. Ambos siguieron durante la noche á las demás tropas. Únicamente la caballería y la primera división del cuerpo vigésimo cuarto se habían escapado en dirección al Sur, pasando al departamento limítrofe del Ain. Esta última sólo contaba algunos centenares de hombres. Ochenta mil franceses habían pasado al territorio suizo.

El general Manteuffel había trasladado su Cuartel general á Pontarlier, haciendo esto por haber recibido á media noche la noticia del convenio terminado entre el general Clinchant y el coronel federal Herzog.

El general Manteuffel había conseguido este notable resultado de una campaña de tres semanas, librando sin cesar combates, pero sin una batalla, desde la de la Lisaine, únicamente por medio de marchas; pero marchas como sólo pueden hacerlas tropas escogidas, con un jefe audaz y hábil á su cabeza, y en la estación del invierno, en una región montañosa, á costa de las mayores fatigas y de privaciones de toda clase.

Desde aquel punto, dos ejércitos franceses estaban prisioneros en Alemania; el tercero, internado en la capital misma de la nación, y el cuarto, desarmado en tierra extranjera.

LAS OPERACIONES DEL GENERAL HANN DE WEYHERN CONTRA DIJON

Nos falta echar una ojeada retrospectiva sobre la expedición de que fué encargado el 26 de Enero el general Hann de Weyhern contra Dijon.

Aquel día mismo se había invitado á Garibaldi á intentar una acción enérgica sobre Dôle y Mouchard.

A fin de apoyarle, el Gobierno, que no se cansaba jamás de constituir nuevas unidades, quería poner en movimiento desde Lyon sobre Sons-le-Saulnier quince mil guardias móviles mandados por el general Crouzat, mientras que el cuerpo vigésimo sexto, que se estaba formando en Châtelherault, debía enviar destacamentos sobre Beaune. No se podía ya dudar de que el general Manteuffel no hubiese cortado con fuerzas considerables las líneas de comunicación del ejército del Este; y así el general en Jefe del ejército de los Vosgos, recibió el 27 orden formal de no dejar más que ocho ó diez mil hombres en Dijon y de avanzar con el grueso de sus fuer-sobre Dôle y más allá.

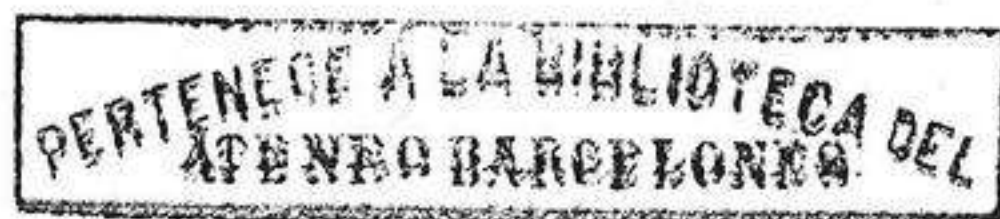
Pero el General continuaba inquieto con respecto á la suerte de Dijon. Hizo ocupar los puntos más importantes de la vertiente de la Côte-d'Or, y sólo envió un cuerpo de muy pocas fuerzas á Saint-Jean-de-Losne, detrás del canal de Bourgogne. Setecientos hombres pertenecientes á los cuerpos francos avanzaron sobre Dôle, pero en la ciudad nadie ha visto jamás uno sólo de ellos.

La guarnición de Langres se había mostrado más activa, llevando á cabo repetidas expediciones que muchas veces tuvieron buen éxito, y que habían tenido por objeto sorprender pequeños puestos y tropas que hacían el servicio de salvaguardias y de los transportes.

El general Hann de Weyhern había tenido primero la intencion de atacar á Dijon por el Sur, teniendo que renunciar á ello porque el puente de Saint-Jean-de-Losne sobre el Saône había sido destruido. Por consecuencia, pasó el río por Apremont, y reunió el 31 los diferentes cuerpos de la subdivisión en Arc-sur-Tille. Allí el general Bordone, Jefe de Estado Mayor del ejército de los Vosgos, se presentó en el Cuartel general para invocar el armisticio que, según decía, acababa de concertarse; pero no se le admitió. El 31, el general Kettler avanzó á la cabeza de la vanguar-

dia sobre Varois. Para cortar las comunicaciones del enemigo con Auxonne, los flanqueadores de la izquierda se apoderaron del puente de Fauverney sobre el Ouche. Apenas la artillería hubo lanzado algunas granadas, cuando el enemigo se retiró sobre su posición fortificada, que se extendía desde Saint-Apollinaire hasta Miranda.

No habiendo tampoco logrado el general Bordone concluir una suspensión de hostilidades, se decidió á evacuar á Dijon la noche siguiente, y á retirarse á un territorio que estuviese realmente comprendido en el armisticio. Así, pues, el 1.º de Febrero la extrema vanguardia encontró abandonada la posición delante de la ciudad, y el general Kettler entró en ella sin hallar resistencia, en el momento en que el primer tren cargado de tropas enemigas salía de la estación. El día 2 se ocuparon además Sombernon y Nuits.



OCUPACIÓN DE LOS DEPARTAMENTOS DEL DOUBS, DEL JURA Y DE LA COTE-D'OR

Incumbía también al general Manteuffel ocupar militarmente los tres departamentos que había conquistado, y ponerlos á cubierto de las empresas que pudieran intentarse desde el interior de Francia.

Sobre el territorio de estos departamentos, el general Pellissier mantenía la campaña en los alrededores de Lons-le-Saulnier con los quince mil hombres de guardia móvil, enviados desde Lyon, con los que habían venido á reunirse los batallones de la Guardia nacional movilizada que el general Rolland había vuelto á enviar desde Besançon.

Era un cuerpo numéricamente considerable, pero del que no se podía sacar partido dada su composición. El Estado Mayor del ejército del Sur avisó al general Pellissier que para evitar una efusión de sangre inútil se le dejaba en libertad de retirarse, lo cual ejecutó él en cuanto algunas fracciones del segundo cuerpo avanzaron sobre Lons-le-Saulnier y Saint-Laurent. Otras tropas alemanas vinieron á ocupar á Mouthe y á los Allemands, donde se encontraron veintiocho piezas de campaña abandonadas por el enemigo. Para prevenir todas las eventualidades, ocho batallones estaban colocados en observación á lo largo de la frontera suiza. El fuerte de Salins, la pequeña plaza de Auxonne y el frente Este de Besançon quedaron asimismo en observación.

Aunque el departamento de la Haute-Marne estuviese comprendido en

el armisticio, el Comandante de Langres se había negado á reconocer el convenio firmado por su Gobierno. Había, pues, que cercar aquella plaza, y acaso también sitiaria más tarde. Desde luego, el general Goltz recibió segunda vez el encargo de situarse delante de Langres, cuando ya el general Krenski avanzaba á la cabeza de siete batallones, dos escuadrones y dos baterías, con un parque de sitio de Longwy al que acababa de obligar á capitular el 25 de Enero, después de haberle bombardeado durante seis días. Pero ya no debía haber más combate en Langres. El general Manteuffel no pretendía ya alcanzar nuevos triunfos haciendo trabajar á sus tropas; quería evitarlas nuevas pérdidas y concederlas todo el alivio posible, después de las fatigas extraordinarias que había tenido que imponerlas. Al llegar al Jura, todos los trenes de los regimientos habían tenido que quedarse atrás, y hasta aquel momento no se reunían con sus cuerpos. Los Estados Mayores de las divisiones y cuerpos de ejército habían tenido que pasarse sin sus bagajes. Las tropas, perfectamente dispuestas á reanudar las operaciones, quedaron acantonadas en un radio muy extenso á fin de poderse rehacer: el segundo cuerpo en el departamento del Jura, el séptimo en la Côte-d'Or, y el décimo cuarto en el Doubs. Sólo restaba impulsar con toda la energía posible el sitio de Belfort.

CONTINUACION DEL SITIO DE BELFORT

Inmediatamente después de la batalla del Lisaine, el cuerpo que sitiaba á Belfort había sido aumentado hasta veintisiete batallones, seis escuadrones, seis baterías de campaña, veinticuatro compañías de artillería de sitio y seis compañías de zapadores, con un total de diecisiete mil seiscientos dos soldados de infantería; cuatro mil seiscientos noventa y nueve de artillería y mil ciento sesenta y seis zapadores; ó sean, veintitres mil cuatrocientos sesenta y siete hombres, setecientos siete caballos y treinta y cuatro piezas de campaña.

Por el Norte y Oeste sólo cercaban la plaza algunos batallones; el grueso del cuerpo de sitio estaba reunido al Sur y al Este.

El 20 de Enero las baterías situadas al Este de la plaza habían roto un fuego muy nutrido sobre Pérouse. El coronel Denfert reconoció en ello el indicio de un ataque inminente, é hizo ocupar aquel pueblo, preparado para una defensa tenaz por cuatro batallones de sus mejores tropas.

En efecto, dos batallones del regimiento núm. 67 salieron á media noche de Chévremont hacia el bosque del Haut-Taillis, sin disparar un tiro. Unicamente en el interior del bosque fué donde se trabó encarnizado combate; mas sin embargo, los defensores fueron arrojados hacia el pueblo. Apesar del violento fuego de los fuertes, los zapadores cubrieron inmediatamente de trincheras el lindero del bosque que hacia frente á Pérouse.

Media hora más tarde dos batallones de la Landwehr salieron de Besoncourt hacia las arboledas del Norte del pueblo. Allí los recibieron con un violentísimo fuego, pero no les impidió salvar las estacadas, fosos y setos de alambre y arrojar al enemigo á las canteras.

Entonces se empeñó un combate de fuego pausado, pero no por eso menos violento. Mas pronto el regimiento núm. 67 se lanzó á un nuevo ataque, entrando, sin hacer caso de las obras de tierra, en el pueblo de Pérouse. A las dos y media se había hecho dueño de la parte oriental de aquella localidad muy extensa, y desde allí amenazaba á los defensores de las canteras, que las abandonaron. A las cinco el coronel Denfert renunció á resistir en la parte occidental, y quedó todo el pueblo ocupado por los alemanes.

Estos habían perdido ocho oficiales y ciento setenta y ocho soldados, haciendo prisioneros á los franceses cinco de los primeros y noventa y tres de los últimos.

21 á 27 de Enero.—Al día siguiente se procedió á establecer la primera paralela que se extendía desde Danjoutin hasta el Haut-Taillis, en una longitud de mil ochocientos metros. Cinco batallones y dos compañías de zapadores ejecutaron este trabajo sin ser molestados por el enemigo; pero la naturaleza del terreno, todo de rocas, no les permitió dar inmediatamente á la paralela la anchura reglamentaria.

El general Tresckow creyó que podía proceder desde luego al asalto de los dos fuertes de los Perches. Para resguardarse, los defensores disponían de dos semi-reductos con fosos de tres metros de profundidad y cortados á pico en la roca, de traviesas guardafuegos y de blockhaus á prueba de bomba establecidos en la gola. Cada una de ellas estaba armada de siete cañones de doce centímetros. Estaban unidas entre sí por cortes tras de los que las reservas se mantenían dispuestas á intervenir en el combate. Cubrían el flanco derecho de esta posición un batallón y una batería de salida apostadas en Fourneau: en la izquierda, el bosque estaba cortado á distancia de seiscientos metros, y se habían unido entre sí los troncos por medio

de setos de alambre, que constituían un obstáculo casi insuperable. Delante del frente, la pendiente de la altura era batida por los fuegos cruzados de los dos fuertes.

Habiéndose dado la víspera á la paralela una extensión suficiente para que en ella pudieran alojarse fracciones bastante considerables de tropas, se procedió al asalto el 27. Dos columnas, compuestas de un batallón, de una compañía de zapadores y de dos piezas, avanzaron para atacar los fuertes el 27 de Enero al anochecer. El de las Bases-Perches fué acometido de frente por dos compañías del batallón de la Landwehr de Schneidemühl. Al llegar una á sesenta y otra á cien metros de la obra, se echaron á tierra. Un pelotón de tiradores y algunos zapadores llegaron al foso, y sin vacilar saltaron á él. Las otras dos compañías, flanqueando el fuerte por la izquierda, habían llegado á las espaldas de la obra, y aquí también cierto número de hombres saltaron al foso de la gola. Pero en aquel momento, los franceses, desalojados de sus trincheras, se habían reunido y avanzado el batallón apostado como reserva en el Fourneau. Todos los fuertes de la plaza dirigieron sus fuegos sobre el terreno descubierto y sin abrigo alguno delante de la paralela, y los refuerzos no pudieron franquearlos. La séptima compañía del batallón de la Landwehr se vió rodeada por enemigos muy superiores en número, que la hicieron prisionera en gran parte, después que les hubo opuesto una resistencia tenaz. La mayor parte de los hombres que habían saltado á los fosos pudieron escapar.

El ataque dirigido contra las Hautes-Perches por la columna derecha fracasó igualmente. Tenía que atravesar mil metros por un terreno descubierto. Se trató de envolver el fuerte, pero no se consiguió avanzar, á causa de las estacadas, de los otros obstáculos y del fuego mortífero del enemigo.

Este asalto frustrado costó á los alemanes diez oficiales y cuatrocientos veintisiete soldados. Hubo que volver al ataque de sitio, que no permitía hacer sino progresos muy lentos.

Del 28 de Enero al 15 de Febrero.—Al acercarse más á los fuertes, se pudo, sin verse inquietado por el enemigo, adelantar poco á poco la zapa volante trescientos metros. A pesar de todas las dificultades que presentaba la naturaleza del terreno, el 1.º de Febrero se abrió la segunda paralela á mitad de distancia de las Perches.

El fuerte de la Justicia era el que más estorbaba los trabajos de sitio. Construyéronse, pues, para combatirle dos nuevas baterías al Este de Pé-

rouse. Cuatro baterías de morteros, establecidas sobre las alas de la paralela, rompieron su fuego á corta distancia sobre las Perches. Además se establecieron tres baterías en el bosque de las Perches contra la ciudadela y una contra el recinto de la ciudad sobre la extremidad del bosque en Bavilliers. Tirábanse mil quinientos cañonazos al día contra la plaza y sus obras avanzadas.

Pero iba haciéndose cada vez más difícil hacer adelantar el ataque por medio del sitio, y habiendo sido llamado el general Debschitz, el cuerpo de sitiadores disponía de un número de trabajadores muy restringido. Nueve batallones solamente hacían el penoso servicio de trincheras. Las compañías de zapadores, sobre todo, sufrían graves pérdidas; hubo que llamar otras dos de Strasburgo. Había luna todas aquellas noches, y la guarnición veía todo lo que pasaba sobre el terreno cubierto de nieve delante de la plaza, y ya no se pudo emplear la zapa volante. Hubo que recurrir á la zapa doble de tierra movediza, cubriendo la cabeza de aquélla con sacos de trigo y los lados con gaviones. En cuanto á la tierra que servía para el encajonado, había que ir frecuentemente á buscarla muy lejos.

Para colmo de desgracias vino el deshielo el 3 de Febrero. El agua que corría desde los altos llenó las trincheras, y las tropas tuvieron que circular sobre el terreno descubierto. Las lluvias torrenciales estropearon los trabajos ya terminados; el parapeto de la primera paralela se socavó por varios sitios, y ya no se veía la banqueta. Los caminos estaban destruidos; no se pudo proceder á armar las baterías sino á costa de las mayores fatigas y esfuerzos, y para renovar las municiones hubo que echar mano de los tiros de caballos de las columnas y de la artillería de campaña. Muchas piezas estaban fuera de servicio á consecuencia de erosiones que había sufrido su ánima, y el enemigo además se mostraba muy hábil para estorbar los trabajos, haciendo romper de pronto el fuego á piezas que retiraba casi inmediatamente. No sólo tuvieron que continuar las baterías cañoneando las Perches durante la noche, sino que la infantería estaba igualmente obligada á tirar sin interrupción con los defensores. Las baterías nuevamente establecidas en las paralelas, no conseguían sino por el momento reducir al silencio la artillería de las Hautes-Perches. Contra el fuerte de Bellevue y las obras de la estación hubo que recurrir á masas protectoras, y además volver á empezar á batir el fuerte de las Barras. No hay que decir que en esta situación, y ayudando á ello el mal tiempo, el estado sanitario de las tropas era cada vez menos satisfactorio. Frecuentemente ocurría que los batallones no podían hacer que tomasen las armas trescientos de sus soldados.

A pesar de todo, la artillería del sitiador había adquirido incontestable ventaja sobre la del defensor, y á despecho de todos los obstáculos, las zapas se habían llegado al borde del foso de las Perches.

El 8 de Febrero, á la una de la noche, el capitán Roese hizo echar gabiones de zapa en el foso de las Hautes-Perches; saltó á él con cincuenta zapadores, y tallando rápidamente escalones en la escarpa, trepó al parapeto. La guardia de trincheras le siguió inmediatamente, pero no se encontró más que un corto número de franceses en los traveses para fuegos.

La situación de las tropas que defendían los fuertes había llegado á ser de las más críticas. Ya quisiesen renovar las municiones, ya buscar agua en el estanque de Vernier, ya hacer el rancho en el interior de la obra, todo tenían que hacerlo bajo el fuego del enemigo. Así que el coronel Denfert había ya dado orden de poner en seguro el material. Las piezas cuyas cureñas permitían aún el transporte, fueron llevadas sin noticia del sitiador, y en cada uno de los fuertes sólo se dejó una compañía con orden de retirarse en caso de ataque, tirando sobre el enemigo. En efecto, no se encontraron en la obra completamente destruida sino cureñas rotas y cuatro piezas fuera de servicio. Inmediatamente se la organizó para la defensa frente á la plaza; pero ésta rompió á las tres un fuego tan violento sobre la posición que acababa de perder, que los trabajadores tuvieron que ir á abrigarse á los fosos.

La guarnición de las Bases-Perches opuso cierta resistencia; pero recogida por la reserva, se batió en retirada sobre el Fourneau, dejando sólo en el fuerte cinco piezas y material estropeado por los proyectiles. Aquí, como en las Hautes-Perches, el fuego de la plaza obligó á los sitiadores á interrumpir sus trabajos de atrincheramiento sobre la contraescarpa; pero consiguieron llevar á la otra cuatro morteros de á quince centímetros y dos cañones de á nueve sobre el saliente de la colina al Oeste del fuerte. Estas piezas rompieron el fuego sobre el Fourneau y Bellevue. La noche del 9 al 10 de Febrero los dos fuertes de las Perches quedaron unidos entre sí por una trincheras de seiscientos veinticuatro metros, y establecida por tanto la tercera paralela.

Ya se estaba en disposición de atacar directamente la ciudadela, y sobre ella rompieron el fuego las baterías del bosque de las Perches y después las de la segunda paralela. Al mismo tiempo se bombardeaban los fuertes de la Justice, de la Miotte y de Bellevue. El general Debschitz había regresado; el cuerpo sitiador tenía nuevamente su efectivo completo, y habiendo vuelto los fríos, la situación mejoró. El día 13 había noventa y siete piezas en la tercera paralela, prontas á romper el fuego.

La ciudad había sufrido extraordinariamente á causa del largo bom-

bardeo. Casi todas las casas tenían deterioros; quince habían ardido por completo, y en los pueblos vecinos ciento sesenta y cuatro casas habían sido destruidas por los proyectiles de los defensores. Asimismo, las obras de la plaza estaban en muy mal estado, en particular la ciudadela. El revestimiento de piedra de sillería de su muro del frente había caído al foso; la mitad de las troneras blindadas se habían desmoronado; los almacenes de repuesto de las baterías habían saltado y varios traveses abovedados estaban agujereados por las balas. Sólo con auxilio de las escalas podía llegarse á las baterías más altas. La guarnición, cuyo efectivo consistía al principio en trescientos setenta y dos oficiales y diez y siete mil trescientos veintidos soldados, había perdido treinta y dos de los primeros y cuatro mil setecientos trece de los últimos, habiendo muerto además trescientos treinta y seis habitantes de la ciudad. La plaza no podía resistir ya más tiempo, y á tal situación vino á añadirse la noticia de que el único ejército que podía hacer levantar el sitio de Belfort acababa de rendir las armas.

Dada esta situación, el general Tresckow invitó al Comandante á rendir la plaza que tan valientemente había defendido, retirándose con los honores de la guerra, condición que había recibido previamente la aprobación de S. M., y que el Gobierno francés autorizaba al coronel Denfert para aceptar. Este, sin embargo, exigió una orden directa. Uno de sus oficiales se dirigió á Basilea para esperar aquella orden, y hasta su regreso hubo suspensión de hostilidades.

El día 15 se firmó en Versalles un convenio por el que se hacía extensivo á los tres departamentos, al principio exceptuados, y á la plaza de Belfort, el armisticio de 28 de Enero. El art. 1.º estipulaba la rendición de aquella ciudad.

Llevadas á buen término las negociaciones definitivas, la guarnición abandonó entre el 17 y 18 de Febrero el radio de la plaza fuerte con armas y bagajes, y se dirigió por la Isle-sur-le-Doubs y Saint-Hippolyte al territorio ocupado por las tropas francesas. Estas salieron en grupos de mil hombres, á distancia de cinco kilómetros uno de otro. El coronel Denfert salió con el último. Ciento cincuenta carros prusianos seguían á la columna con los víveres procedentes de los almacenes de la plaza. El 18 de Febrero, á las tres de la tarde, el Teniente general Tresckow hizo su entrada á la cabeza de destacamentos suministrados por todas las tropas del cuerpo de los sitiadores.

Halláronse trescientos cuarenta y un cañones, entre ellos cincuenta y seis inutilizados, y trescientos cincuenta y seis cureñas, de las cuales ciento diez y nueve estaban rotas, veintidos mil armas de fuego portátiles, y además provisiones considerables de municiones y de víveres.

El sitio había costado á los alemanes ochenta y ocho oficiales y dos mil cuarenta y nueve soldados; de los cuales doscientos cuarenta y cinco, que habían sido hechos prisioneros por los sitiados, recobraron su libertad á consecuencia de la capitulación.

Sin la menor dilación se procedió á la recomposición y al armamento de la plaza, así como á arrasar los trabajos de ataque.

EL ARMISTICIO

En ejecución del convenio del 28 de Enero, se trazó una línea de demarcación. Las avanzadas de una y otra parte debían retirarse á diez kilómetros de aquella línea, que llegaba desde la embocadura del Sena, en dirección al Sur, hasta el Sarthe; atravesaba el Loire en Saumur, seguía después el Creuse, volvía al Este hacia Vierzon, Clamecy y Chagny, y rodeando á Chalon-sur-Saône por el Norte, venía á tocar la frontera suiza al Sur de Lons-le-Saulnier y de Saint-Laurent. Dos departamentos, el Pas-de-Calais y el Nord, así como el Cabo del Havre, quedaban aislados por una línea de demarcación especial.

En cuanto á las plazas de guerra situadas en territorio ocupado por los alemanes, donde se habían mantenido tropas francesas, las asignó un radio proporcional á su extensión.

En la ejecución del convenio hubo cuestiones sobre varios puntos. Habíanle firmado en París los miembros del Gobierno de la defensa nacional presente en la ciudad. La delegación de Burdeos, encargada hasta entonces de la dirección de las operaciones, había permanecido extraña á su redacción, no habiéndosela comunicado todavía los diferentes artículos. Gambetta había dado, sí, la orden de suspender las hostilidades, pero no había podido dar instrucciones detalladas á los generales en Jefe de los ejércitos franceses.

Así es que el general Faidherbe no las tenía respecto á la evacuación de Dieppe y de Abbeville. El general Goeben se abstuvo de hacer entrar en ellas inmediatamente á las tropas alemanas. Al Oeste del Sena, el gran duque de Mecklemburgo tuvo que declarar formalmente que si no se tenía en cuenta la línea de demarcación, rompería al punto las hostilidades.

El Comandante de la plaza de Langres puso también dificultades, y

hasta el 7 de Febrero no retiró sus tropas al radio de la fortaleza. El general Rolland en Besançon no se decidió á hacerlo hasta algo más tarde. El de Auxonne no quiso al principio conceder el libre paso por el camino de hierro. La plaza de Bitché, que no había valido la pena de sitiar seriamente, se negó á reconocer el convenio. Hubo que reforzar las tropas del sedio, y la guarnición no abandonó su fortaleza hasta el mes de Marzo, cuando se la amenazó con el asalto.

Tampoco le reconocieron en seguida los cuerpos francos, siendo preciso sostener combates contra ellos en diversos puntos. Pero cuando al fin quedaron arregladas todas estas dificultades, ya no hubo colisiones serias entre la población y las tropas alemanas durante toda la duración del armisticio.

En París todos los cuerpos de ejército alemanes habían ocupado los fuertes situados delante de su frente, tomando el quinto posesión del Mont-Valerien y el cuarto de la ciudad de Saint-Denis. La zona entre los fuertes y el cuerpo de plaza fueron declarados neutrales, pero los paisanos no podían atravesarla sino por vías especificadas en el convenio y con la intervención de los piquetes alemanes encargados del examen.

El Gobierno francés, por excesivo temor de exasperar al pueblo, había tardado tanto en pronunciar la palabra capitulación, que París, cuando ya las comunicaciones estaban libres, corrían riesgo de sufrir hambre. Por consecuencia, se pusieron á disposición de las autoridades las provisiones de los almacenes alemanes de que no se tenía necesidad. Los generales en Jefe de los ejércitos alemanes, los Gobernadores generales y los oficiales encargados de la inspección del servicio de transportes, recibieron orden de no oponerse á la recomposición de las vías férreas y de los caminos de los territorios sobre que su autoridad se extendiese; y hasta las líneas férreas, destinadas al aprovisionamiento del ejército, se pusieron á disposición del Gobierno francés, continuando la explotación dirigida por el gran Estado Mayor. Apesar de todo, el primer cónvoy de víveres no llegó á París hasta el 3 de Febrero, y los franceses no consiguieron remediar hasta el 15 la penuria que en su capital se sentía.

Los prisioneros alemanes fueron inmediatamente devueltos. Más tiempo se tardó en entregar las armas y el material de guerra, y en pagar la contribución de doscientos millones que se había impuesto á la ciudad.

Pero todavía se ignoraba si el partido de la guerra *á todo trance*, la delegación de Burdeos, se sometería al Gobierno de Paris, y si la Asamblea nacional, convocada al cabo, aceptaría las condiciones del vencedor. Por ambas partes se adoptaron las medidas convenientes para reanudar la guerra si era necesario.

Al terminar el armisticio, los ejércitos franceses estaban distribuidos de modo que no facilitaban mucho aquella ruptura de hostilidades.

Por consejo del general Faidherbe, el ejército del Norte había sido totalmente licenciado porque era demasiado débil para hacer frente á las fuerzas alemanas que tenía frente á sí. El cuerpo vigésimo segundo había sido llevado á Cherbourg por mar, y con él se formó el ejército de Bretaña, uniéndole el vigésimo séptimo y fracciones del décimo noveno á las órdenes del general Colomb. Comprendiendo en ellos los cuerpos francos de Lipowski, de Cathelineau y otros, su efectivo llegaba á ciento cincuenta mil hombres. El general Loysel había permanecido en los atrincheros del Havre con treinta mil hombres de guardias móviles mal armados y poco aguerridos.

Después de haber retrocedido hasta la Mayenne, el general Chanzy había dispuesto una conversión á la izquierda para una nueva empresa que debía tener á Caen por punto de partida; pero no tuvo tiempo de ejecutarla. Los cuerpos décimo séptimo, vigésimo primero, décimo sexto y vigésimo sexto estaban situados entre el curso inferior del Loire y el Cher, desde Angers á Châteauroux. Su efectivo era de unos ciento sesenta mil hombres. En Bourges se encontraba el cuerpo vigésimo quinto, mandado por el general Pourcet, y en Nevers el cuerpo del general Pointe. El ejército de los Vosgos se había retirado al Sur de Chalon-sur-Saône, y los restos del ejército del Este se reunían en Chambéry para formar el cuerpo vigésimo cuarto á las órdenes del general Cremer.

El efectivo total de las tropas de campaña era de quinientos treinta y cuatro mil cuatrocientos cincuenta y dos hombres. Todos los cuerpos francos, menos aquellos sobre los que se podía contar, fueron licenciados, y la Guardia nacional fué declarada por el momento «incapaz de prestar ningún servicio de guerra». En cambio, en los depósitos, en los campos de instrucción y en Argelia había trescientos cincuenta y cuatro mil hombres. El contingente de 1871 debía dar ciento treinta y dos mil, pero todavía no se la había llamado.

En el caso de que se reanudasen las hostilidades, se contaba con limitarse á estar á la defensiva en el Sudeste de Francia; pero según la relación que el 8 de Febrero dió á la Asamblea nacional la comisión informadora, casi no se hubiera podido disponer para ello de más de doscientos cincuenta y dos mil hombres aptos para la campaña. Por otra parte, la flota había cedido fracciones tan considerables de tropas, y cañones en tanto número, que ya no estaba en estado de intentar grandes empresas marítimas.

Por parte de los alemanes la principal preocupación había sido recons-

tituir el efectivo de las tropas sobre el pie de guerra completo, y poner en buen estado el material.

Los fuertes de París quedaron inmediatamente armados frente á la ciudad. En el interior é intervalos se habían puesto en posición seiscientas ochenta piezas, ciento cuarenta y cinco de las cuales habían sido cogidas á los franceses. Era más de lo que se necesitaba para obligar al pueblo, muy agitado, á mantenerse tranquilo. Una parte de las fuerzas empleadas hasta entonces en el cerco, había quedado disponible, y sólo para poder alojar mejor las tropas, se la hizo abandonar las cercanías de la ciudad. Además se creía oportuno reforzar el segundo ejército que tenía frente á sí el grueso de las fuerzas enemigas. En consecuencia, el cuarto cuerpo fué enviado á Nogent-le-Rotrou, y el quinto á Orleans, donde relevaba al noveno, que fué trasladado á Vendôme. Así los acantonamientos de este ejército se extendían desde Alençon hasta Tours, y de allí, remontando el Loire, hasta Gien.

En el Norte, el primer ejército estaba situado tanto sobre el Somme (octavo cuerpo) como sobre ambas orillas del Sena inferior (primer cuerpo), y en el Sur, el ejército de esta región ocupaba posiciones á lo largo de la línea de demarcación de Baume hasta la frontera suiza y más atrás.

A fines de Febrero, el ejército de campaña alemán situado en territorio francés, contaba:

De infantería, cuatrocientos sesenta y cuatro mil doscientos veintiún hombres, con mil seiscientos setenta y cuatro piezas; de caballería, cincuenta y cinco mil quinientos sesenta y dos caballos.

Las tropas que hacían el servicio de plazas consistían en ciento cinco mil doscientos setenta y dos soldados de infantería, con sesenta y ocho piezas y cinco mil seiscientos ochenta y un caballos.

Total, seiscientos treinta mil setecientos treinta y seis hombres y mil setecientas cuarenta y dos piezas.

En el interior de Alemania había entre tropas de la reserva y de depósito, tres mil doscientos ochenta y ocho oficiales, doscientos cuatro mil seiscientos ochenta y cuatro hombres y veintiseis mil seiscientos tres caballos.

Estaban adoptadas las disposiciones necesarias para poder, en caso de romperse nuevamente las hostilidades, oponer en todas partes una vigorosa resistencia al enemigo.

El armisticio tocaba á su fin; el gran Estado Mayor había preparado ya la concentración de las tropas para tomar de nuevo la ofensiva, especialmente en el Sur, cuando el Canciller de la Confederación de la Alema-

nía del Norte le avisó que acababa de concederse una próroga al convenio hasta el día 24. Más tarde se prolongó hasta el 26 á media noche.

Habían surgido, en efecto, serias dificultades entre el Gobierno de París y la delegación de Burdeos; no se entendían respecto á las condiciones que debían exigirse á los candidatos de la Asamblea nacional para ser elegidos. El Gobierno alemán deseaba que por medio de unas elecciones absolutamente libres, no tal partido, sino la Nación entera pudiese expresar su voluntad. Pero Gambetta, contra lo estipulado en el armisticio, había dictado disposiciones en cuya virtud no podía ser elegible ninguno de los que después del 2 de Diciembre de 1851 hubiese tenido relaciones de cualquiera clase con el Gobierno imperial. El de París tuvo que enviar á Burdeos á varios de sus miembros, y así el dictador ya no tuvo mayoría. El 6 de Febrero presentó su dimisión, y las elecciones se hicieron rápida y tranquilamente.

El día 12 se reunieron los diputados en Burdeos. M. Thiers fué elegido Jefe del Poder ejecutivo, y el 29 salía para París, con Jules Favre, resuelto á poner término, de una manera ó de otra, á una guerra que sólo podía conducir á nuevos desastres.

Empezaron las negociaciones, y cinco días más tarde, á costa de mucho trabajo para entenderse y de consentir Alemania en la entrega de Belfort, se firmaron los preliminares el 26 de Febrero por la tarde.

Francia se obligaba á ceder al Imperio alemán una parte de la Lorena, la Alsacia, excepto Belfort, y á pagar una indemnización de cinco mil millones.

La evacuación del territorio ocupado por las tropas alemanas debía empezar en cuanto se ratificase el convenio, y continuaría á medida que fueran haciéndose los pagos. Mientras permaneciesen en territorio francés, las tropas debían mantenerse á costa del país ocupado; en cambio, el Gobierno alemán renunciaba á hacer nuevas requisas.

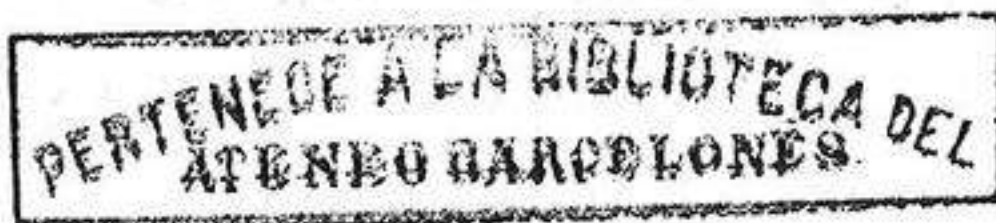
En cuanto las primeras tropas alemanas se pusieran en movimiento para evacuar cierto radio, las fuerzas francesas debían retirarse detrás del Loire, á excepción de cuarenta mil hombres que permanecerían en París y de las guarniciones indispensables de las plazas de guerra.

Ratificados estos preliminares, debían continuar las negociaciones en Bruselas y empezar entonces á repatriarse los prisioneros franceses.

Prolongóse el armisticio una vez más hasta el 12, quedando en libertad ambas partes para denunciarle desde el 3 de Marzo, después de un plazo de tres días.

Finalmente, se concedió al ejército alemán la satisfacción de hacer su entrada en París, y permanecer allí hasta la ratificación del convenio pre-

liminar. Sólo debían ocuparse los barrios que se extienden desde Point-du-Jour hasta el faubourg Saint-Honoré. El 1.º de Marzo, después que S. M. pasó revista al ejército en Longchamps, treinta mil hombres, de los cuales once mil pertenecían al sexto cuerpo, once mil al segundo bávaro y ocho mil al noveno, ocuparon aquella parte de París. Otros grupos con igual efectivo debían relevarlos el 3 y el 5 de Marzo; pero M. Thiers logró que el 1.º de Marzo votase la aceptación del convenio la Asamblea nacional de Burdeos, después de decretar la caída de la dinastía napoleónica. Cangeáronse las ratificaciones el día 2 por la tarde, y el 3, volvió á sus cantones el primer grupo.



MARCHA DE LOS EJÉRCITOS ALEMANES AL EVACUAR Á FRANCIA

El artículo tercero de los preliminares prescribía, que á excepción de París, todo el territorio comprendido entre el Sena y el Loire, debía quedar evacuado en el más breve plazo posible por las tropas francesas y alemanas, mientras que estas últimas no abandonaran la orilla derecha del Loire, sino después de la conclusión definitiva de la paz. Firmada ésta, los seis departamentos del Este continuarían ocupados por los alemanes, para servir de garantía de los tres mil millones últimos, no pasando de cincuenta mil hombres el efectivo de las tropas de ocupación.

Instrucciones detalladas remitidas por el gran Estado Mayor, regulaban la partida. Habíase preocupado igualmente así de dar buenos acantonamientos á las tropas, como de restablecer la organización y la composición primitiva del ejército, y también de poder concentrarlas rápidamente en caso de necesidad.

Las tropas destinadas á ocupar los territorios definitivamente adquiridos por Alemania, se pusieron inmediatamente en marcha hacia sus guarniciones.

Los reservistas y las tropas de la Landwehr fueron enviadas á sus casas, así como la división de Baden; pero esta última tuvo que permanecer por el momento en pie de guerra. Quedaron suprimidos los gobiernos generales de Lorena, de Reims y de Versalles, y sus atribuciones pasaron á los generales encargados de mandos superiores. Para el mantenimiento del orden á espaldas del ejército, los cuerpos sexto y séptimo, así como la di-

visión wurtemburguesa, quedaron definitivamente subordinados al gran Cuartel general.

El 31 de Marzo, el ejército había ocupado completamente los nuevos territorios que se le habían señalado, formando el Sena, desde su origen hasta su embocadura, la línea de demarcación al Oeste.

El primer ejército ocupaba los departamentos del Sena inferior y del Somme; el segundo, enfrente de París, los del Oise y de Seine-et-Marne; el tercero el Aube y el Haute-Marne, y el ejército del Sur los departamentos donde se encontraban en último lugar. Los fuertes de París, situados sobre la orilla izquierda, fueron entregados á las autoridades francesas, después que marchó el parque de sitio y se retiró de allí el material de guerra conquistado. Habiendo expresado el Gobierno francés el deseo de poder trasladar lo más pronto posible la Asamblea nacional de Burdeos á Versalles, el Cuartel general se había mudado á Ferrières antes de lo que se había convenido primitivamente. El 15 de Marzo S. M. regresó desde Nancy á Berlín.

Todas las tropas que habían quedado delante de París fueron puestas á las órdenes del Príncipe real de Sajonia, y el general Manteuffel fué nombrado general en Jefe del ejército de ocupación.

En el momento en que Francia se libertaba, á costa de los mayores sacrificios, un enemigo de los más peligrosos surgía en su mismo seno: era la Commune de París.

Los cuarenta mil hombres que allí se habían dejado, no se mostraron á la altura del deber que se les imponía de reprimir los movimientos revolucionarios, muchos de los cuales habían estallado durante el mismo sitio; pero que ahora degeneraban en verdadera guerra civil. Masas considerables del pueblo, en que la Guardia nacional fraternizaba con la Guardia móvil, se apoderaron de la artillería y opusieron resistencia al Gobierno á mano armada. El 18, M. Thiers dió orden á los regimientos que habían permanecido fieles, de replegarse sobre Versalles para sustraerlos á la influencia deletérea de los partidos y de los clubs, y para que protegiesen á la Asamblea nacional que acababa de trasladarse allí.

La capital de Francia quedó presa de los elementos revolucionarios de la peor estofa, y soldados franceses tuvieron que reconquistarla.

Pronto y á poca costa hubiesen podido los alemanes poner término á aquella revolución; pero, ¿qué gobierno hubiese podido aceptar la intervención de las bayonetas extranjeras? Los Generales alemanes se limitaron á estorbar en el radio sometido á su acción todo movimiento revolucionario y á impedir á las provincias que afluyesen á París. Interrumpiéronse los trabajos de desarme; las tropas del tercer ejército se aproxi-

maron á los fuertes, y se volvieron á colocar avanzadas á lo largo de la línea de demarcación, tras de la cual podían concentrarse doscientos mil hombres en menos de dos horas. Se advirtió á los que en París detentaban el poder, que toda tentativa para armar los fuertes que hacían cara á los alemanes tendría por consecuencia inmediata el bombardeo de la ciudad. Pero los bullangueros estaban demasiado ocupados en incendiar, en demoler y en fusilar, para asegurar su poder en el interior de París; no volvieron sus armas contra el enemigo de fuera, porque estaban en lucha con el Gobierno elegido por la nación y se preparaban á hacer una salida sobre Versalles.

Los gobernantes, ligados por las convenciones del armisticio, se encontraban casi desarmados frente á este peligro. Pero el Estado Mayor alemán se apresuró á concederles autorización para reunir fuerzas hasta el número de ochenta mil hombres, procedentes de los cuerpos situados en Besançon, en Auxerre y en Cambray, y se les concedió libre paso á través del territorio ocupado por los alemanes. En cambio, sólo se procedía con gran limitación á la repatriación de los prisioneros de guerra, en su mayor parte hombres aguerridos, que hubieran podido muy bien reanudar las hostilidades; así que sólo se despidieron para empezar veinte mil hombres de tropas de línea.

El 4 de Abril el mariscal Mac-Mahon empezó las operaciones contra París con las tropas del Gobierno. El 21 forzó la entrada de la ciudad. Ocho días estuvieron los insurrectos defendiendo sus barricadas, y como grandes masas de fugitivos amenazasen romper las líneas alemanas, el tercer ejército recibió orden de concentrarse más todavía. Las avanzadas quedaron establecidas en la proximidad de las puertas de la ciudad, y no dejaron salir á nadie hasta que á fin de mes París quedó de nuevo en poder del Gobierno.

Entre tanto, se habían llevado vivamente las negociaciones emprendidas en Bruselas y continuadas en Francfort, y el 10 de Mayo pudo concertarse definitivamente la paz sobre la base de los preliminares. Las ratificaciones se cangearon en un plazo de diez días, conforme á lo estipulado.

La guerra, que por una y otra parte se había hecho poniendo en juego fuerzas enormes, había seguido un curso rápido; y habiendo continuado sin tregua ni descanso, terminaba después de una duración de solos siete meses.

En las cuatro primeras semanas se dieron ocho batallas que ocasionaron la caída del Imperio y aniquilaron el ejército francés.

Francia levantó nuevos ejércitos, enormes en cuanto al número, pero de cualidades militares inferiores. Los alemanes tuvieron al principio superioridad numérica, después no. Tuvieron que dar otras doce batallas, á fin de cubrir el sitio de París, cuya rendición sólo debía poner término á la guerra.

Veinte plazas fuertes se tomaron, ni un solo día pasó en que no se librara un combate más ó menos importante.

Esta guerra impuso grandes sacrificios á Alemania, que perdió seis mil doscientos cuarenta y siete oficiales, ciento veintitres mil cuatrocientos cincuenta y dos soldados, una bandera y seis cañones.

Es imposible calcular el total de las pérdidas sufridas por los franceses. Sólo de prisioneros había en Alemania once mil ochocientos sesenta oficiales y trescientos setenta y un mil novecientos ochenta y un soldados; en París, siete mil cuatrocientos cincuenta y seis oficiales, y doscientos cuarenta y un mil seiscientos ochenta y seis soldados; desarmados en Suiza, dos mil ciento noventa y dos oficiales y ochenta y ocho mil trescientos ochenta y un soldados; en suma, veintiun mil quinientos ocho oficiales y setecientos dos mil cuarenta y siete soldados.

Se les habían cogido ciento siete banderas y águilas, mil novecientas quince piezas de campaña y cinco mil quinientas ventiseis de plaza.

Strasburgo y Metz, arrancadas á Alemania en época de suma decadencia para ella, habían sido reconquistadas, y el Imperio alemán acababa de renacer.

FIN

QUERIDA



XLII

No sólo antes, sino mucho después de transformarse en una «señorita», pasó Querida por un desarrollo de sensibilidad enfermizo, enteramente anormal.

Las menores contrariedades causaban á la joven penas inmoderadas, como si su sér físico hubiese contraído una susceptibilidad intolerable. Ni siquiera podía soportar la más ligera broma de ese querido abuelito, amigo de hacer rabiar por naturaleza, y que ahora llamaba á su nieta: «La señorita de las lágrimas en los ojos y de la gasa en el brazo».

También se despertaba en Querida la afición á la soledad, á la inmovilidad en un rincón, donde se complacía en permanecer á media luz, sumida en vanos ensueños y abstraída en esas suaves y dulces divagaciones del pensamiento de las

vírgenes púberes en torno de lo desconocido del amor.

En fin, en medio de esa metamorfosis moral, exaltábanse sus amistades hacia otras mocitas, fundiéndose en afectuosas expansiones, en ternezas, en caricias amorosas, y tomando todo el carácter de una pasión.

XLIII

Al año siguiente, año en que Querida cumplía los catorce, absorbía el interés de París entero una novela de folletín, publicada en un periódico de la noche, novela que relataba una historia libre de amor, una anécdota escandalosa, cuyos protagonistas, de nombres apenas

desfigurados, eran un hombre y una mujer que la niña veía en sociedad.

Querida no leía los libros que le decían que no leyese, ni siquiera les daba un vistazo á escondidas, cuando los tenía á su alcance; pero á propósito de ese folletín se murmuraban tantas cosas, y sorprendía la muchacha unas miradas tan singulares, unas sonrisas tan incitantes y gestos de tal especie, que le entraban unas tentaciones locas, una comezón irresistible de averiguar de qué se trataba, máxime al ver la impaciencia febril con que el Mariscal rompía la faja del periódico y lo desdoblaba para cerciorarse de que no se interrumpía el diabólico folletín.

Resuelta la duda, el Mariscal doblaba nuevamente el periódico, lo dejaba en la mesa del salón, no sin volver á pasar las manos por encima como para acabar de cerrarlo, y aguardaba el fin de la noche, el momento de quedarse solo para saborearlo á sus anchas.

Una, dos veces se levantó Querida muy temprano y bajó á las habitaciones de recibo, impulsada por un deseo invencible de enterarse de algunas líneas del folletín; pero ya estaba arreglado el salón, y los criados se habían llevado el periódico.

Una noche no podía dormir. Veía

el periódico con los ojos cerrados, lo mismo que si lo tuviese delante, tal y como se encontraba doblado en una esquina de la mesa del salón, con las letras de la mitad del título dentro del redondel de luz que proyectaba la pantalla de la lámpara. A pesar de las vueltas que daba en la cama para no verlo, el maldito periódico parecía adquirir mayor realidad con aquel principio de su título más iluminado cada vez. Y la importuna visión le sugería la idea persistente de leer el folletín aquella noche. De repente saltó de la cama; pero al cabo de algunos minutos volvió á acostarse.

Sin embargo, no conseguía dormirse, atormentada por el deseo de bajar al salón, aunque retraída aún por el miedo á la oscuridad de la noche en las escaleras y en los inmensos corredores del Ministerio.

Pero, con todo su miedo, no tenía fuerzas para resistir. Se echó encima un peinador, y cogiendo una bugía salió de su cuarto, volviéndose á mirar atrás á cada instante, asustada por el eco de sus pisadas, como si fuesen de alguien que la persiguiese.

Abrió la puerta del inmenso salón, que á la luz de su pobre bugía le parecía terriblemente grande y lleno de profundidades tenebrosas.

Pero allí, en la mesa, estaba el periódico, el impreso tentador. Se

fué derecha á él, lo arrebató con mano de ladrona y empezó á leerlo precipitadamente. De pronto se detuvo; le daba miedo el silencio que reinaba. Volviendo á coger el periódico caído en sus rodillas, alzaba á ratos la cabeza para mirar amedrentada á las puertas del salón, como si fuesen á dar paso á un asesino.

Seguía leyendo, alarmada unas veces por el blanco reflejo de su peinador en el espejo sombrío, alterada otras por el torpe revoloteo de una mariposa nocturna, fluctuando entre el interés de la novela y los pavores de la hora, sonriendo y temblando al mismo tiempo.

Todos los folletines que quedaban los leyó así Querida, de noche, en medio de las tinieblas del gran salón del Ministerio, atraída por una curiosidad malsana de virgen.

XLIV

En el fondo, el mayor atractivo de esa lectura nocturna de folletines fué el goce que se saborea en hacer una cosa prohibida, y á que siempre acompaña cierta inquietud, no exenta de encantos; pero Querida no sintió en realidad nada de esa

dulce emoción interior que provoca en la joven una lectura amorosa.

Mi hermano y yo lo hemos dicho en alguna parte: el libro obsceno, el libro erótico no ejercen ningún influjo sobre la joven francesa. Cuando ésta llega á perderse por la lectura, se pierde por un libro sentimental, por un libro castamente novelesco. Hay más: el amor, según lo entrevé en torno suyo, el amor reproducido en su realidad contemporánea, rara vez consigue interesar su corazón. Para que el libro que tiene entre las manos le llegue al alma, para que la conmueva y enternezca, para que la acerque á la tentación, ha de pintarle un amor que se desenvuelva en medios muy distintos de nuestros salones y aunque pertenezca algo al pasado, un amor contrariado por desgracias, peripecias y fatalidades, un amor rodeado, en fin, de circunstancias que lo conviertan en una especie de sentimiento ideal, ageno á la simple copia de lo que tiene delante de los ojos.

El libro en que encontraba todo eso era *Pablo y Virginia*, que se le permitía leer algunos meses después.

Aquel gracioso é interesante amor de dos niños, que comienza en la cuna; aquellas correrías por los bosques, con las dos cabezas guardadas bajo la misma saya; aquella

tierna asociación de sus débiles existencias; y las huidas de Pablo ante las grandes olas en medio de los gritos del terror amante de Virginia; y la súbita reserva de Virginia para con Pablo, que Querida recordaba haber sentido, al formarse, respecto de los niños que trataba; y la cándida ingenuidad del lenguaje del joven criollo; y todas aquellas frescas y conmovedoras escenas de amor entre esos corazones primitivos; y, en fin, aquella prosa impregnada de una pasión juvenil, pura, sincera, que hace de la magistral obrita un manual de amor para las jóvenes, producían en Querida un efecto desconocido hasta entonces para ella.

Leía con las mejillas encendidas, con el corazón palpitante, y poniendo de pronto una cara adorable de delincuente cuando la sorprendían leyendo, á pesar de ser lectura autorizada, el libro de Bernardino de Saint-Pierre.

Para que fuese más completa é intensa, para que penetrase más profundamente en todo su sér la íntima y grata emoción que la joven experimentaba leyendo *Pablo y Virginia* y otros libros honestamente amorosos, ¿adivinará nadie lo que había ideado? Humedecía, empapaba el libro que leía en esencias, y la historia de amores llegaba á su imaginación, á sus sentidos,

en alas de páginas mojadas, impregnadas de perfumes.

Un día que derramó un frasco de esencia de magnolia en una novela apasionada, se puso mala en mitad de su lectura.

XLV

El año anterior quiso el Mariscal pedir una licencia de dos meses durante el otoño para llevar á Querida al Mosa, á fin de que tomase algún tiempo el aire del campo; pero las complicaciones políticas del momento y ciertos temores de guerra le impidieron ausentarse del Ministerio. En aquel nuevo año, durante el cual se había despejado la situación, y en que su nieta seguía enfermiza, desmadejada, nerviosa, el Mariscal podía partir hacia mediados de Agosto para ir al Muguet, donde se habían hecho grandes innovaciones.

XLVI

Años hacía — desde que el Mariscal fué llamado al Ministerio — que se trabajaba en el Muguet.

Al principio sólo se trataba de habilitar en ese edificio mal distribuido tres ó cuatro aposentos para los invitados durante el mes de Septiembre. Pero en el momento de empezar los trabajos, el arquitecto convenció fácilmente al Mariscal de que la construcción, con sus demoliciones de principios del siglo, y en el estado ruinoso en que se hallaba, era verdaderamente indigna del parque que la contenía, un parque conocido treinta leguas á la redonda y que iban á visitar diariamente los bañistas de las estaciones termales del contorno.

Como la segunda construcción y el revestimiento exterior de la Abadía no remontaban más allá de 1750, el arquitecto aseguraba poder convertir muy fácilmente los edificios en un palacio, en un verdadero palacio, y sin que la obra costase millones. En apoyo de su aserto presentó al Mariscal un plano excelente de restauración, en que las pilastras jónicas de la arquitectura eclesiástica del siglo XVIII se armonizaban muy bien con la nueva construcción civil, en que los arcos de medio punto del antiguo claustro, cerrados por elegantes ventanas, formaban una soberbia galería-estufa, y en que tres pabellones que decoraban la fachada de trece huecos, daban al Muguet un carácter de palacio real.

En el momento de ver el plano, aunque aceptándolo en conjunto, el Mariscal se reservó modificarlo, reducirlo, simplificarlo y hacer que ciertas obras se ejecutasen de una manera menos decorativa y más barata. Pero á la hora de la ejecución el propietario se dejaba vencer siempre por el arquitecto, el cual le demostraba que la alteración más mínima del plano primitivo mataba el conjunto de su restauración.

Hay que confesar que el Mariscal, en sus cortas visitas al Muguet, se quedó fascinado por el rejuvenecimiento del edificio y por la hermosa mancha blanca que proyectaba la airosa arquitectura en el verde de aquel parque querido, al cual enviaba alguna que otra vez, para que lo colocasen bajo su purpúrea enramada, un rododendro de quinientos francos.

De esa suerte se dejó arrastrar el Mariscal al gasto fastuoso de un patio de honor digno de un pequeño Marly: un inmenso patio semicircular, cerrado por una balaustrada, que rodeaba un foso lleno de arbustos de flores. Estaba dividido á ambos lados en compartimientos circuidos de piedra, con callecitas de grava y macizos de césped, en cuyo centro se elevaba un jarrón de mármol blanco. En esa decoración, dibujada por las elegantes sinuosida-

des de la piedra, destacábanse dos grandes fuentes de rocalla, cuyos surtidores corrían toda la noche alegrando con su fresco ruido los insomnios del Mariscal. Alrededor del hemiciclo y á la parte adentro de la balaustrada, se veían los viejos naranjos del rey Estanislao, naranjos semejantes á los de las Tullerías.

Ese patio presentaba como fondo una escalinata de nueve peldaños inmensos, donde siempre aparecía echado el perro más admirable de la tierra, un sabueso inglés, un superviviente de esa raza anaranjada y blanca que poseía un lord de Escocia, el cual mandaba en una cláusula de su testamento que el día de su muerte se envenenase á todos los perros que dejaba vivos en su castillo. *Jamie* era un regalo que había hecho al Mariscal el conde de Cardigan después de la campaña de Crimea.

Era verdaderamente regio el aspecto que ofrecía aquel patio de honor con sus balaustres, sus surtidores y esa escalinata donde permanecía tendido en la piedra, bañada de sol, el hermoso perrazo adormecido en su aristocrática pereza.

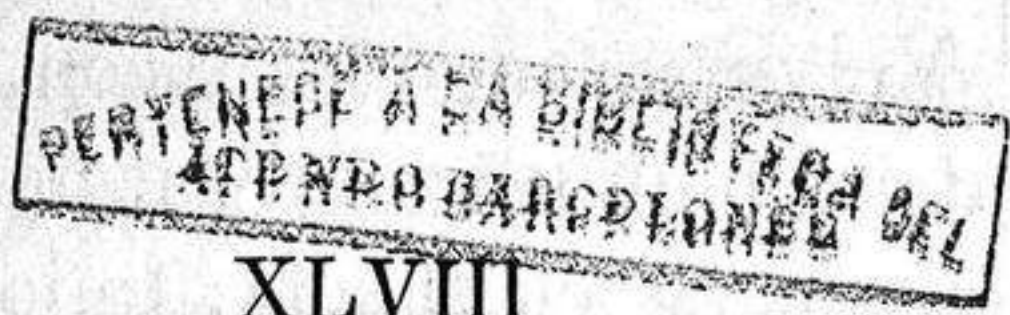
XLVII

En medio de su transformación, conservaba el Muguet el carácter

particular de las moradas donde se ha deslizado el fin de la existencia de los Mariscales de Napoleón I.

El recuerdo de la vida ambulante de los campamentos revivía en las imágenes de la guerra y en las reminiscencias de la historia romana que figuraban en la decoración. El soldado del segundo Imperio conservaba religiosamente todas las cosas de ornamentación militar que el soldado del primer Imperio había puesto y dejado en sus hogares. Las verjas del parque, con sus picas y sus hachas entrecruzadas de lictores, y sus pilares de piedra coronados por una granada inflamada, quedaron tales y como las mandó construir el coronel de los lanceros de la guardia. Cuando se convirtió el claustro en galería-estufa, el Mariscal quiso que se respetase un mosaico del pavimento que representaba una cruz gigantesca de la Legión de honor, y que era como el *cave canem* de la mansión gloriosa para las visitas que franqueaban el vestíbulo.

En su antiguo despacho, que permaneció intacto en la parte del edificio no restaurada, no quiso que se renovase siquiera el papel viejo del tiempo de su padre: un papel de listas azules y grises que representaba fidelísimamente el cotí de una tienda.



XLVIII

Aquel día hacía en el Muguet uno de esos calores sofocantes que se sienten en ciertas fincas de Francia situadas en el fondo de un vallezuelo rodeado de altas colinas.

Querida se había subido á su cuarto después del almuerzo, y tendida en su diván en la tibia penumbra de la estancia entornada, con el índice entre las hojas de un libro que no tenía fuerzas para seguir leyendo, con los párpados medio cerrados bajo el influjo de una indolencia soñolienta, aspiraba, en medio de estremecimientos voluptuosos de la nariz, el aroma de los naranjos, de donde á la sazón emanaban perfumes embriagadores.

Hallábase en ese estado vago de dejadez anodina que produce un comienzo de sopor cerca de un ramo demasiado fragante, cuando se sintió abstraída de repente por una conversación sostenida debajo de su ventana, una charla de voces juveniles en que rebosaban risas contenidas.

Querida se acercó á escuchar oculta tras las persianas.

Sobre una escalera doble, debajo de la cual había un paño blanco, estaban subidas dos mozuelas, cada una de ellas con una cestita, y ocupadas ambas en coger la flor de azahar.

Las dos campesinitas, con el cuerpo libre y holgado en su blanca camiseta y en su saya corta, estaban inclinadas, casi tendidas en la redonda copa de los arbustos recordados, con los miembros en un abandono amoroso y con lascivas perezas, dejando ver la llama de sus brillantes ojos en la sombra del tocado de muselina que llevan para el sol las lorenesas.

Bañadas en aquel calor y olor de Oriente, las dos mocitas se enjugaban el sudor de entre los senos al tiempo que conversaban en el dialecto local—en ese habla musical y cariñosa de la infancia de un país—ponderando la dulzura del primer beso de amor que se recibe en la boca.

Querida, sorprendida de recordar también la lengua de su infancia, permaneció escuchando mientras cogían la flor del naranjo que caía debajo de su ventana, dejando penetrar en su carne abierta el gorjeo sensual de las dos mozas, mezclado y confundido con el ardiente hálito de aquel medio día y con los aromas enervadores del azahar.

XLIX

Al declinar la tarde de ese día la gente del palacio se hallaba congregada en el claustro antiguo, por cuyas ventanas, abiertas de par en

par, empezaba á entrar algo de la frescura de la noche.

La galería del claustro, convertida en una especie de estufa, estaba llena de juegos de todas clases, de mesas cubiertas de libros de estampas, de diversidad de asientos de bambú y de caña guarnecidos de madroños de lana; en el muro del fondo se destacaban de trecho en trecho candelabros de pistolas de arzón, con sus bugías en los cañones.

Querida, con la cabeza reclinada en el respaldo de un sofá, con los brazos apoyados en el pecho en una graciosa actitud de pereza, hacía un capillo de lana roja para un niño pobre, interrumpiendo la labor de vez en cuando para descansar y dirigiendo á lo lejos la mirada errante y distraída.

—¡Eh, nena! ¿En qué piensas?... ¿En las musarañas?—dijo el Mariscal, alzando la cabeza de la mesa junto á la que estaba sentado con una pluma en la mano.

Querida se levantó, se acercó á su abuelo sin responder, lo abrazó por detrás, dejando caer un instante los brazos por su pecho, y miró distraídamente por cima de su hombro el geroglífico que se entretenía en dibujar (1).

(1) Suprimimos el geroglífico, porque, arreglado á nuestro idioma, perdería el carácter ingenioso que tiene en el original. — (N. DEL T.)

Volvió á sentarse, y con el capillo caído en las rodillas, hundida y acurrucada en el sofá, la joven seguía su labor, apretujando con los inquietos dedos un abanico de madera de violeta y aspirando á cada instante el perfume desenvuelto por el calor de sus manos. Luego volvía á quedar en una inmovilidad completa, sólo interrumpida alguna que otra vez por sacudidas nerviosas del brazo.

El abuelo empezó un segundo geroglífico militar, y el cura achacoso, que había comido aquel día en la casa, miraba su obra con cara de bienaventurado y con las manos apoyadas sobre los flacos muslos.

—Señor cura, ¿tendremos lluvia estos días?... ¡A los árboles del parque les hace una falta horrorosa!—dijo el Mariscal borrando su dibujo con un movimiento de impaciencia.

—Para responder á V., señor Mariscal—contestó el cura—necesitaría haber hecho cantar á mis niñas esta mañana... ¡Sí, es muy sencillo!... Cuando hay humedad en el aire, las cuerdas vocales de mis niñas se quedan siempre por debajo del órgano... Cuando el tiempo está seco, tienen una tendencia á dominarlo, á sobresalir...

El secretario del Mariscal, el hombre por quien Querida había tenido su pasioncilla infantil, y que,

vuelto á su gracia, se había hecho su confidente, acababa de ganar una partida de *ecarté* á un fabricante de los alrededores. Notando la abstracción de la joven, fué á sentarse á su lado, y empezó á gastar bromas sobre su taciturnidad y su extraño aspecto. Querida no respondía; escuchaba con expresión irónica, dirigiendo á su interlocutor esa mirada de esfinge de la mujer, esa mirada tan llena, á ciertas horas, de enigmas indescifrables.

— ¡Qué ojos!... Vamos, diga usted, ¡tras de esos ojos debe haber pensamientos muy originales!

— ¡Oh, no los diré á nadie!— exclamó la joven con un ademán de recogimiento de todo su sér.

— ¡Y el te, caramba! ¡Hoy se te va el santo al cielo, nena!— dijo el Mariscal.

Cuando todo el mundo subió á acostarse, acompañándose los unos á los otros por las escaleras y corredores entre risas y soplos de bujías, según la costumbre provincial que imperaba en el Muguet, Querida, al llegar á su cuarto, alargó á su antiguo amigo una mano inerte, diciéndole con un mohín de niña: ¡Me aburro! en ese tono indefinible, entre cuitado y picaresco, característico de las muchachas, cuando empieza á hablar en ellas la ternura de un corazón vacío.

L

— ¡Eh, monina!... ¡Aquí, á recibir órdenes!— gritaba á algunos días de allí á su nieta el Mariscal con su vozarrón cariñoso.— ¡Sabes que tienes una carita de miserias?... ¡Estás mala?

— No, abuelo... Es que no me encuentro animada; no tengo ninguna cosa más.

— ¡Señorita, hay que purgarse!— afirmó en tono de mando el Mariscal, cuya medicina se reducía casi exclusivamente al uso del aceite de ricino.

Querida andaba malucha; en medio de los mayores calores, sentía una sensación de frío, que la obligaba á echarse un chal sobre los hombros en ciertos momentos.

— Esto no puede seguir así— dijo una tarde el Mariscal.— Que vayan á buscar á Taboureur.

Taboureur, que ejercía la medicina en el pueblo próximo, era un médico improvisado por un decreto de 1793, un día que la República necesitó hacer una leva de oficiales de Sanidad para sus catorce ejércitos entre los mozos del Hôtel-Dieu y donde quiera que topó con hombres dispuestos á cortar brazos y piernas. Pero, ¡cosa extraordina-

ria! Taboureur, que apenas había visto los libros, era un *diagnostica-*
dor de primer orden, y tenía un golpe de vista tan certero que los mejores médicos de Nancy y de Metz, cuando tropezaban con un caso dificultoso, se acogían al oficial de Sanidad de la primera República, que jamás daba muestras de tanta lucidez como *en pleno vino*, según él decía, ó séase, un tantico borracho.

Ese viejo de noventa años era una verdadera especialidad para leer en un semblante lo que pasaba en el interior de un cuerpo, y veía cosas imperceptibles que escapaban en absoluto á la penetración de sus colegas.—¡Bueno, es una fractura del radio!—decía desde la puerta al entrar en casa de un campesino, y adivinaba la fractura de tal ó cual miembro por la índole de las contracciones de la cara, como adivinaba asimismo los padecimientos internos por ciertos signos exteriores que él solo conocía.

No habiendo dejado de ser un rústico, las dos ó tres veces que tuvo el honor de sentarse á la mesa del Mariscal, comió con el sombrero encasquetado, como los campesinos, y saludaba á cada pregunta que le hacían. Y aquel ente originalísimo era padre de una solterona de cuarenta años cumplidos, á la cual zurraba como á una chiqui-

lla de cinco, cuando se le socarraba un guiso ó hacía mal una legía.

El abuelo Taboureur llegó incontinenti.

Un viejo vivaracho, de miembros secos y sarmentosos como de añeja vid, y de ojos negros, que parecían más negros aún en contraste con el pelo enteramente blanco.

—Conque ¿y Elodías?—preguntó el Mariscal imitando con la mano la acción de azotar á un niño.—¿Hace mucho tiempo?...

—¡Ca! Se ha vuelto muy juiciosa, señor Mariscal... y hace ya tres meses... ¡Hola, hola! Me ha llamado V. para la señorita... Y dirigió la mirada á la paciente, una mirada de intensa fijeza, y que era como una luz aguda que os penetraba.

Luego el abuelo Taboureur se acercó á ella, le cogió la muñeca, soltándola en seguida, y dijo, volviéndose á la ventana abierta por donde se veía hasta el confín del horizonte la inmensa pradera segada:

—¡Eso es lo que pone mala á la señorita!

—¿Cómo eso?—interrogó el Mariscal.

—¡Caracoles!—Toda esa hierba recién cortada que se seca al sol... La señorita tiene la *fiebre del heno*... A Vds. los parisienses les choca esa fiebre... ¡claro! De fijo que eso

no brota en las piedras de París... Pero, quieras que no quieras, la cosa hace su camino lo mismo que la *fiebre de las rosas* á su debido tiempo... en los sitios donde se cultivan mucho... ¡Caramba! somos impresionables, sí, señor, somos nerviosos... ¡caramba! todavía tenemos en esta señorita tan guapa la niña que se achispó con el aguardiente alcanforado de las compresas.

LI

En la última semana de su estancia en el Muguet, el Mariscal quiso distraer á Querida con una pesca de cangrejos.

Como la pesca no era en el fondo más que el pretexto para una fiesta que el abuelo organizaba en celebridad de la convalecencia de su nieta, el Mariscal convidó á varios vecinos, á un subprefecto de los alrededores, á su mujer, á su joven cuñada, al fabricante, cuya linda esposa era la amiga íntima de Querida, y á otras mujeres y otros hombres, entre los cuales figuraba un joven del departamento á quien se citaba siempre por sus pertrechos de caza y por sus conquistas entre las mujeres de la Magistratura.

El lugar de reunión estaba á una legua del palacio, cerca de un riachuelo, llamado el *Glouglou*, cuyos cangrejos gozaban de gran fama entre los gastrónomos del Mosa. Allí, en un prado que había junto al río poblado de viejos sauces, se debía comer, ó mejor, cenar, yendo á levantar los aparejos entre cada dos platos.

Los moradores del palacio y los convidados encontraron puesta la mesa, á su llegada, en medio de la salceda, y á su alrededor un círculo de postes con hachones resinosos que se encendieron al poco rato, porque acababa de anochecer.

Como el rocío, ya copioso á la sazón, traspasaba con su fría humedad el calzado ligero de las mujeres, el Mariscal mandó encender una fogata, adonde las señoras, levantándose de la mesa de vez en cuando, se acercaban un minuto para secar las suelas mojadas de las botinas á la clara llama de la hoguera, sosteniéndose unas á otras por la cintura con abrazos cariñosos llenos de coquetería, hablándose al oído sonrientes, y enseñando en esa actitud por debajo de los pantalones bordados, lindas medias escocesas.

Siéntanse los comensales en medio del chisporroteo de los hachones, y oyendo subir al aire de las lejanas alturas, y como de los cuatro puntos del horizonte, sonorida-

des apenas perceptibles de trompas de caza.

Los criados llenan á cada momento las copas de Champaña, porque el organizador de la fiesta ha insistido en que todo el mundo había de acabar con su *ramalacito*.

—¡Pero vamos á ver! ¿Y esos cangrejos? ¿vamos ó no?—preguntó el Mariscal, sin dar grandes señales de querer abandonar la mesa.

Todo el mundo se interroga con los ojos; pero entre todos los comensales no se levantan más que Querida y la joven cuñada del subprefecto.

Anímase la cena con esa alegría parlera, ruidosa y sobreexcitada de las comidas al aire libre.

La mujer del subprefecto, una muñequita rubicunda, con melenillas de perro sobre la frente, que tiene las trazas *clownescas* y estrafalarias de las inglesas que sirven bebidas americanas en las Exposiciones, y que se ha alegrado un poquito, empieza á perorar hablando la lengua de los bufos parisienses en medio de desesperadas llamadas al orden de su marido, un marido pelirojo, taciturno é inquieto, que en esa gira campestre manifiesta su poquitín de atolondramiento á la manera de Pierrot en una pantomima sembrada de abrojos.

La vuelta de la hermana menor,

ataviada aún con un traje hecho en el convento, y cuyos ojillos negros envuelven á la hermana mayor en una mirada de agente de policía, calman por un instante á la subprefecta, que torna silenciosamente á sus libaciones de Champaña metiendo las narices en la copa.

Las trompas se aproximan y difunden por todo el saucegal los ecos moribundos de su música.

—¿Qué toque es ese?—interroga el Mariscal, volviéndose á su criado de confianza.

El criado señala con el rabillo del ojo al vecino de la subprefecta.

—¿Es á V., caballero Otón, á quien deben esa galantería las señoras?

El joven asiente con una inclinación de cabeza y dirige al lado una mirada para poner á los pies de su vecina el homenaje de la música de sus monteros.

Toda la mesa está pendiente de esas armonías, que en el campo sombrío, en medio de la vaguedad de los objetos desvanecidos en la sombra, parece cosa de ensueño y como acompañamiento misterioso de una cacería fantástica durante la media noche, cuando la subprefecta, que se agita hace un rato en su silla, se levanta de repente, y de su cuerpo de alfeñique surge una voz formidable, una voz de contralto,

que berrea *Niniche* con entonaciones de bronce, al paso que el enteco tronco de la cantante esboza un movimiento vivaracho de cancán.

Pero en medio de su copla la subprefecta pierde un mondadientes japonés que le ha dado el caballero Otón, y cátrate al currutaco buscando su mondadientes á cuatro pies por la húmeda hierba, con contorsiones de cuerpo estudiadas y muequecitas de niña, y repitiendo en un acceso de cólera sosa:

—¡No, déjenme Vds.!... Es preciso que lo encuentre... ¡Quiero ese, y no otro!

—¡Vamos, Magdalena, vamos! —suspira el desesperado marido, sin que se digne oírlo su mujer.

Las señoras han empezado á levantarse de la mesa. Magdalena las engatusa en seguida para jugar á la gallina ciega, sustituyendo el golpecito por un beso, y debiendo adivinar «la que se queda» el nombre de la que le ha cosquilleado con la boca en la palma de la mano.

Magdalena, enteramente desatada, atrae poco á poco á los hombres al círculo de los juegos inocentes, obligándolos á tomar parte en el escondite, ese juego en que las manos palpan con dedos libertinos para reconocer á las personas; y muy suavemente, alejándose de la mesa, y separándose poco á poco más cada vez, se lleva al joven

Otón para esconderse juntos, arriándose muy cosidita al mancebo por el terror que le causan repentinamente los bicharracos nocturnos, escurriéndose á poco de sus brazos por el gusto de que la vuelva á coger, y atravesando trozos de luna con el pelo desgredado y con la locura de movimientos de una *bacante*.

Pero la hermana pequeña vigila esas correrías de la mayor, y siempre que la situación se complica llega con toda oportunidad para restituirla al círculo de la luz y de la gente.

Entonces la hermana mayor, adoptando una postura inocente, tararea por lo bajo de una manera melancólica; después empieza á dar brinquitos como una cabra en un viñado, y, por fin, de repente se escurre, sustrayéndose á su vigilante.

En esos juegos, en medio del resplandor vacilante de la llama de los hachones, barrida á cada momento por la brisa nocturna, pasan corriendo de la sombra á la luz y de la luz á la sombra siluetas de mujeres, cuyos vestidos de verano iluminan un segundo el oscuro paisaje con los claros colores de dulces apariciones. Entre todas esas retonzos que se han puesto en la cabeza un chalito que les azota la cara, descuella la mujer del fabricante,

una mujer escuálida y larguirucha, de talle delgado desprovisto de redondez, de pecho casi liso, de ojos negros muy dulces, de una boca sentimental en que se dibuja como el mohín de una niña; una mujer que va esparciendo en torno de sí un ligero olor silvestre fundido en un perfume de heliotropo, y que con su flotante falda color de rosa al través de la oscuridad, parece un fantasma sonrosado.

No obstante, esa mujer, tipo físico de la castidad, parece gozarse en la desesperación cómica de los maridos, y sonreír al vislumbrar los deseos que acometen en la sombra á sus amiguitas, y sentir un íntimo regocijo por los nacientes adulterios que olfatea.

El Mariscal, desdichadísimo mentor de muchachas, se restriega las manos, repitiendo alguna que otra vez:

—¡La cosa marcha! ¡Se divierte la gente, qué demonio!

¡Y adelante con el escondite en las tinieblas!

—¡Pero empieza á caer un rocío de todos los diablos!—exclama el Mariscal. —¿Qué les parece á ustedes de un vaso de ponche en la casa?

La marcha se efectúa con el desorden de las partidas de campo muy alegres, asaltando cada uno á la

buena de Dios el coche más próximo.

La subprefecta, sin el menor asomo de aprensión, se abalanza al estribo del faetón de su vecino de mesa, y con el contratiempo de fallar el estribo y caer en brazos del doncel, que se ve obligado á levantarla. Pero al volverse, la subprefecta encuentra instalada ya detrás de sí á su hermanita que acaba de hacer subir con ella á Querida, y nada puede dar idea de la mirada que la hermana menor lanza á la mayor.

Durante todo el trayecto al palacio, la colegiala de convento, con la cabeza inclinada hacia adelante, y escudriñando con sus duros ojuelos la parejita de enamorados, esforzándose por distinguir lo invisible, indica á su vecina con un codazo, sin hablar, las miradas prolongadas, las húmedas sonrisas iluminadas por el farol, las tiernas aproximaciones de los dos cuerpos y todo lo que puede delatarse del contacto de dos deseos que se encuentran en la oscuridad dentro del mismo coche. El codo delgado de la joven, airado á ratos, atestigua con sus golpes repetidos la rabia envidiosa que le acomete por no tener su parte todavía en esa aventura de amor.

LII

Aquel año el Mariscal y su nieta no volvieron al Muguet hasta principios de Diciembre. Querida, muy bien ahora de salud, era ya á los quince años una joven muy seductora, de una madurez precoz, debida á la sangre española de su madre.

En París empezaban á abrirse los salones. Se habían celebrado ya varias recepciones brillantes, y Querida, desde su vuelta á la calle Saint-Dominique-Saint-Germain, importunaba á su abuelo para que la presentase en sociedad. Apoyada y secundada por Mad. Tony-Freneuse, una amiga íntima del Mariscal, que debía servir de rodrigón á la joven, Querida consiguió el permiso para hacer su primera aparición en la sociedad parisiense en el baile del Senado, que debía verificarse el 15 de Enero del año próximo.

LIII

Concedida al fin definitivamente, después de algunos aplazamientos,

la autorización prometida desde el principio, la nieta del Mariscal atravesaba en su coche el puente de la Concordia en dirección al establecimiento del gran modisto de París. «Sí, que lo sepan las amiguitas de Querida. ¡Querida luciría en su primer baile un vestido de Gentillat!» Y tanto la embargaba el júbilo, que iba silenciosa durante el camino.

Al propio tiempo se despertaba en la joven una curiosidad un poco recelosa á propósito del sitio adonde iba, y que su imaginación se representaba por los dichos de unos y otros como un sitio equívoco y atractivo á la vez, del cual salían ruinas y catástrofes. Allí vería quizá también muy de cerca esas mujeres cuyo nombre se murmuraba al oído delante de ella, esas mujeres á quienes Gentillat tenía la especialidad de vestir.

—Pero, ¿en qué piensas? Vamos á bajar; ya hemos llegado—decía Mad. Tony-Freneuse á la joven, que no había visto al lacayo abrir la portezuela.

El coche había parado en la calle Taitbout, muy cerca del *boulevard*, un poco más abajo de Tortoni, delante de una de esas casas feas y chabacanas construidas en tiempo de la Restauración, de puerta cochera casi más ancha que alta, con escalera pintada de mármol amari-

llo, y á cuyo pie se veía un banco para los criados.

Madame Tony-Freneuse y Querida pasaron por delante de los talleres de embalaje, que ocupaban todo el entresuelo, y donde se entrevían, por las puertas abiertas, obreras inclinadas á la luz del gas, en pleno día, sobre montones de telas que removían á brazadas.

—Enseguida viene Mr. Gentillat —dijo un elegante dependiente á Mad. Tony-Freneuse.

Un techo ennegrecido por el humo del gas, maderas imitando á ébano con filetes dorados, tapicería del verde más triste y como elegido exprofeso para hacer resaltar la alegre frescura de los satenes de las faldas y de los cuerpos: tal era la decoración del salón, cuya chimenea ostentaba un juego monumental compuesto de una estatuilla de Diana y dos lámparas artísticas fundidas en un metal blanco que tenía el brillo del azúcar cande. Entre aquellos muebles de telas pasadas, entre aquellos objetos de un arte industrial con el frío tono plateado de objetos de funeraria, en aquel ambiente apagado, empañado, atónico, veíanse mujeres fatigadas, de semblantes ajados y mustios, mujeres que habían perdido hasta cierto punto en su oficio de perchas la animación humana, mujeres dotadas del automatismo del maniquí,

que paseaban sobre sus cuerpos inertes vestidos vivos y luminosos.

En aquel momento aparecía en el marco de la puerta del salón una mujer conocida, una mujer mundana, que tenía algo que ver de lejos con el teatro. Iba bamboleándose con la indolencia del aburrimiento, distribuyendo apretones de manos distraídos á los dependientes; de pronto se paró, y apoyando las dos manos en el puño de la sombrilla con los codos sacados hacia adelante, gritó á Gentillat desde un extremo de la estancia en el tono de quien va á ventilar un negocio:

—Necesito un traje... para bailar... sí, es forzoso... hace falta una cosa buena.—Y dejándose caer en un canapé que tenía al lado, añadía:—Ya sabe V. que estoy hecha una lástima... Dentro de poco, mi buen Gentillat, tendrá V. que llevar flores á mi tumba.

—¡Ah, Mad. Tony-Freneuse! — exclama Gentillat, dirigiéndose á la mujer elegante con las muestras de consideración exterior que atestigua un industrial á una parroquiana que se deja en su casa treinta mil francos anuales.

Atormentado por las continuas neuralgias que le producen los olores y perfumes de las grandes mundanas, con quienes tiene que rozarse á todas horas, Gentillat, que las más de las veces no come por la

noche, tiene una tez roja y acardeñalada con blancuras de anemia. Es casi calvo, y la corona de pelo que rodea su terso cráneo y las patillas, parecen por su tenuidad el plumón de un ave color gris de polvo. Usa cuello de camisa muy escotado, lleva siempre prendidos en las solapas dos ó tres alfileres para las necesidades del oficio, y gasta monóculo.

Gentillat es redicho y habla pausadamente, con voz melíflua y seráfica, al tiempo que sus dedos cuajados de sortijas acarician casi voluptuosamente las sedosas telas que halla á su alcance.

—Pero á ver, aquélla, que enseñe esa falda á la señora...

Es Gentillat que llama á una señorita-maniquí, en el momento en que atraviesa por el fondo del salón, y á la cual hace dar vueltas para que se vea la falda bajo todos sus aspectos: una falda plegada de batista cruda, con adornos de cintas de terciopelo granate, y un encaje abajo.

¿Quién podrá traducir el tono con que dijo, pasando por la batista los apasionados dedos:

—¿Habría que ver esto... ondulando al sol?

—¡Eh, esa otra, acá también!— grita á una segunda señorita que pasea un abrigo sobre los hombros.

Gentillat está en vena aquel día

de discurrir sobre estética (1), y sin dejar de manosear satenes mientras habla, dice que él busca en verano, delante de las flores, la *gamma* de tonos para sus trajes, y se queja con acento de amargura de encontrar en sus parroquianas cierta resistencia á aceptar el amarillo.— El amarillo, el más soberano de los colores, ¿verdad?—suspira dirigiéndose al pintor de la mujer elegante que allí se encuentra, y cuyo nombre murmura á las dos mujeres.

—El amarillo, el color predilecto del Oriente—responde el artista—ha de costarle á V. mucho introducirlo en el traje de la mujer occidental... y sin embargo, en el siglo xviii estuvo un momento muy de moda el matiz *limón pálido*.

—¡Justo!— exclama Gentillat, volviéndose hacia el dependiente mayor, un guapo mozo, con el pelo cortado á lo York—¡justo! no hace ocho días que M. Cyprien, que está reuniendo una colección de libros sobre la moda, me trajo un tomito donde se describe un cuadro de Vanloo, en que Agar, la mujer de Abraham, ya saben Vds., lleva un corpiño de ese tono. Pero, hablando, hablando, me olvido... ¿La señora viene?...

—Señor Gentillat, vengo para

(1) «Estetizar» *esthetiser*, dice el autor.

—(N. DEL T.)

que nos haga V... pero, lo que se entiende así, literalmente, una obra maestra... ¿comprendido, verdad?... La señorita Haudancourt, la nieta del Ministro de la Guerra... va al baile del Senado del 15... Es su primer baile... necesita un traje en que se lea la firma de V.

Gentillat se quedó en actitud pensativa, con el codo apoyado en una mano, y la barba en la otra, mirando á Querida, cuya figura estudiaba gravemente.

Duró bastante tiempo el examen, al cabo del cual el modisto, como bajo la inspiración del dios del gusto, insinuó en frases entrecortadas:

— Todo de tul... para una señorita no hay nada como el tul... cuerpo plegado con cuatro volanti-
tos encañonados alrededor del escote... sí, en la inmediación del cútis, algo que se asemeje al cisne... Por detrás de la falda, paños de peplo de satén blanco con dos bellotas... dos bellotitas como un huevo de paloma... Ahora, en los hombros, un ramo de «no me olvides» y de violetas... Así es como veo yo á la señorita.

LIV

Días ocupadísimos los que siguieron: días consagrados á la prueba

del famoso vestido, á sesiones de dos horas, al cabo de las cuales Querida estaba á punto de desfallecer, y volvía al hotel del Ministerio con algo de jaqueca, teniendo que esperar la hora de la comida echada en un sofá.

En primer término, una sesión á solas con la encargada del cuerpo. La oficiala entra con un pedazo de tela recia para modelar el busto, y empieza á cortarla sobre el cuerpo de la joven y á prender alfileres hasta encerrar en su armadura los contornos vivos de aquel pecho virginal, de aquellos hombros, de aquella espalda: cosa que hace con una exactitud en que parece complacerse amorosamente, y de modo que, al concluir, se lleva un molde perfecto del tronco juvenil.

Vienen luego las sesiones en que intervienen simultáneamente la encargada del cuerpo, la que se ocupa de los cogidos de la falda y de los detalles de la cola, la oficiala que entiende en la armadura de la falda, y en fin, la que corre con los alfileres.

El cuerpo se presenta cosido y emballenado, pero hilvanado nada más por debajo de los brazos y por los hombros; y una vez en su sitio, *ris ras*, la oficiala correspondiente deshace los hilvanes, rompiendo el hilo con golpecitos iracundos de los dedos, para juntar después los tro-

zos desunidos de modo que ajusten exactamente sin fuelles ni arrugas, y volviendo á prenderlos con alfileres, muy embebida en esa obra que calma y apacigua su viveza hirviente del principio.

Llega su turno á la oficiala de la falda, que ha de tablear esta última sobre la inferior de seda, y que, arrastrándose por el suelo apoyada en una mano y una cadera, gira y gira sin fin á los pies de la mujer á quien viste, envolviéndola casi con su eterna rotación de lisiada.

Quizá sólo en las modas, ese producto exclusivo del gusto y de los dedos parisienses, subsiste aún en París ese amor propio del obrero, ese sentimiento que se desvanece ¡ay! de día en día, ese sentimiento de noble orgullo que comunicaba á nuestra industria de otras épocas algo de la ambición del artista, que no miraba sólo al salario, y que, al confeccionar nimiedades peregrinas, pugnaba por acercarse á la perfección, y hacer alarde de una maestría consumada. A la hora presente, esa febril emulación de la obrera maestra hay que buscarla en los talleres de modisto, en ese pequeño círculo de mujeres de ágiles manos asociadas á las invenciones del principal. Salir airoas con su empeño, sacar un primor que posea casi las cualidades de un objeto de arte, hé ahí lo que las im-

pulsa á trabajar á porfía, y sin cesar ni fatigarse un sólo momento, sobre todo, cuando la mujer es, como Querida, joven, guapa, elegante y parece «hecho de encargo,» como se dice en esos sitios, para significar que es una criatura divinamente formada.

Cuando parecía ya terminado el traje se presentaba Gentillat en el saloncito. Desde la puerta, casi á la distancia á que se mira un cuadro para juzgar del efecto general, inspeccionaba el traje durante algunos segundos con una mirada impasible en que nada podía leerse, y después de un silencio á lo Napoleón exclamaba: «¡No, no es eso!» y en un santiamén, con un pliegue por debajo de los senos, con otro cerca del sobaco, sin disminuir el escote, ni hacer más que modificar su ondulación, sus ágiles dedos lo transformaban todo, dando al cuerpo un carácter enteramente virginal.

Y con el mismo tejemaneje de dedos, cogiendo un instante el tul de la hombrera, aquel aéreo tejido que no ocultaba, que no velaba, que no disimulaba nada, envolvía públicamente el sobaco con algo así como la caída de un ala blanca que colgase por encima del musgo de un nido.

Después pasaba de plano los dos pulgares por las costuras de las piezas de delante, de los costados y de

la espalda, cuyas uniones se hubieran creído perfectas, definitivas, y las soldaba poco á poco, no dejando entre ellas más que la juntura invisible existente entre hojas de papel pegadas de canto; y á todo esto prende que prende alfileres y más alfileres.

Un trabajo de yuxtaposición sobre los salientes y entrantes de aquel cuerpo, comparable al afinamiento de un contorno, laboriosamente perseguido por un escultor: obra que de vez en cuando suspende, y á la cual vuelve de continuo, estrechando y adelgazando la línea á fuerza de adherir y ajustar las piezas hasta un extremo que parece increíble.

¡Los dedos, los dedos de aquel diablo de hombre, no es posible decir de lo que eran capaces ni encarecer el plegado que imprimían repentinamente á la tela que tocaban, ni la mágica visión que os ofrecían un momento de un remedo de traje, que parecía cosido y rematado, y que se deshacía en olas de tela en cuanto aquellos dedos aflojaban! Así, en el último instante, no encontrándose satisfecho aún de la forma de la hombrera, plantaba un puñado de tul sobre el hombro de Querida, y el tul, milagrosamente fruncido, dibujaba al través de sus dedos el abullonado y el bias de la más graciosa y casta

hombrera que se ha visto en vestido de joven.

Mientras el ilustre Gentillat daba la última mano á la creación de ese vestido, que era la ocupación que absorbía el interés del taller, se entreabría de vez en cuando la puerta del saloncito, é iba oyéndose la voz de cada uno de los oficiales, que preguntaba con tono mimoso: «¿Se me permite ver?»

LV

La noche en que Querida debía hacer su aparición en los salones, el Mariscal, que aquel día había convidado á su mesa cuatro ó cinco antiguos compañeros de armas, rogó á su nieta se vistiese antes de comer, muy orgulloso de que la viesan sus convidados.

La joven, algo retrasada por la atención concedida á su tocado, bajó á las habitaciones de recibo, preocupada exclusivamente de la contrariedad de su abuelo, y sin fijarse gran cosa en su escote, en la exhibición de sus hombros y de algo del lindo seno naciente.

Pero las miradas que veía vagar por su pecho, cuando estuvieron ya en el comedor, la llenaban de zozobra púdica por su desnudez, y

durante toda la comida no hacía más que subirse las hombreras del vestido con una insistencia casi cómica.

Sobre todo aquel Fremichamp, aquel viejo verde, sentado en el extremo opuesto de la mesa, con el monóculo encajado en la órbita, no le quitaba ojo, y de cuando en cuando sonreía é inclinaba con ademán protector la cabeza como dirigiendo á sus hechizos una felicitación llena de gratos augurios para el porvenir. Querida se consumía de rabia al ver la fijeza de aquella mirada inquisitorial, decía al hombre en sus adentros todas las insolencias imaginables, y de buena gana le hubiese pegado.

Después, en el saloncito donde se tomaba el café, y donde se encontraba en medio de seis hombres, en el íntimo contacto que la estrechez del local imponía, experimentaba tal confusión viéndose obligada á lucir sus carnes desnudas que, so pretexto de que aquella noche no ardía la leña, se echaba un chal de seda sobre los hombros.

Una vez en el Senado, donde la escoltaba Mad. Tony-Freneuse, disipóse al punto la vergüenza que sentía, al verse en medio de una población entera de señoras y señoritas escotadas, y embargada por la emoción febril del placer se dejaba fascinar un minuto

por el deslumbramiento del primer baile.

Pero luego, maquinalmente, dirigía los ojos á sus brazos, que siempre había visto cubiertos, y al encontrarlos desnudos, se le hacían tan largos, tan largos, que le parecían desgarrilados. También le parecía — cosa extraordinaria — le parecía que, al abanicarse, el abanico se encontraba mucho más lejos de su cara que de costumbre.

Un momento la distraía de su preocupación la petición de un baile que rehusaba, sin saber decir por qué... Pero casi enseguida volvían los ojos obstinadamente á los brazos, que trataba de disimular y tener lo menos posible á la vista, inventando ingeniosos escorzos; y pasaba toda la noche obsediada por la desconsoladora óptica bajo la cual veía su escote.

LVI

No sé quién ha dicho: «El amor es un episodio en la vida del hombre; es la historia de la vida de las mujeres.»

La naturaleza, en efecto, exige de la mujer que ame continuamente; y puede asegurarse que no existe una criatura femenina que no

dirija sus afectos declarados ú ocultos, mientras vive, á un sér del otro sexo, próximo ó lejano. Jamás se encontraría vacío de amor su corazón, y á la que no tiene marido ó amante, ó carece de él por el momento, ó no es bastante crecida aún para tenerlo, nunca le falta un adorador, un adorador por lo menos, cerebral.

Encontráis el amor en la niña, en la mocita y en la verdadera mujer, bajo tres formas, tres manifestaciones, tres aspectos diferentes. Capricho en la niña, amorío en la polluela, elévase á verdadero amor en la mujer: amor de la cabeza y del corazón, completado generalmente por la satisfacción de los sentidos.

Amorío: hé ahí el verdadero nombre del amor en la muchacha de quince años, con toda la frescura, ingenuidad y angelical picardía que el amorío tiene. No hay ninguna otra cosa en el cerebro de la mozuela, y el pensamiento de la más pura, de la más casta, no se ocupa sino de eso, de nada más que de eso. Creéis que piensa en aquello con que sus dedos se entretienen, y está embebida en el recuerdo de un agraciado joven que encontró ayer y volvió la cabeza, ó en otro que le flechaba los gemelos la última semana en los Campos Elíseos, admirando su personita: porque en me-

dio de las flores de los jardines públicos, bajo la sombra de los bosques de los alrededores de París, á la vista de esa naturaleza en que tanto aparenta recrearse, no mira ni siente nada; anda sólo en acecho de galanes «de buena figura».

Por lo común, la polluela se muestra sensible á la admiración del desconocido, del hombre que pasa, del transeunte á quien nunca volverá á ver, seducida por la impresión novelesca de ese cambio imprevisto y eléctrico de sentimientos que al azar provoca. Amoríos, por supuesto, en que no pasa nada, en que no se habla siquiera, ni se ven los enamorados sino en intervalos infinitos de tiempo, pero que cautivan su imaginación é interesan su corazón necesitado de latir.

Una curiosidad psicológica los tales amoríos—esos amoríos de ocasión, del propio modo que los que llegan á ser un poco más íntimos merced á las amistades y relaciones de los padres:—ninguno de ellos tiene nada de profundo; se abandonan y reanudan, se sepultan y resucitan de continuo; casi nunca se asocia estrechamente el deseo del matrimonio á la idea de la preferencia, ni siquiera está muy segura la enamorada de á quien prefiere. Se diría que aún alienta en su seno la niña, y que juega con el sentimien-

to, más deseosa de galanteos que de ser amada.

A esa hora de la vida lo que hay en la mujer, más que serio cariño, es en cierto modo un furor de inocente coquetería general, un estado singularísimo de mariposeo platónico, que á veces asombra á la veleidosa doncella y la hace enfocarse contra la *locura de su corazóncito*, sin poder traerlo á razones.

Y ese afán de atraerse, con gracias y travesurillas encantadoras, una corte de adoradores entre todos los muchachos guapos que la rodean, ese afán dura hasta que se posesiona de ellas un verdadero amor.

Ahora bien: como para las parisienses de quince á diez y siete años, el amorío y el baile van generalmente juntos, ambas cosas se confunden de tal modo que á los ojos de las muchachas de ese tiempo la humanidad se resume en sus parejas de baile, en donceles que tienen el privilegio de ver idealizados en las figuras de un cotillón celeste, y por los cuales, si llegan á morir, se vuelven un tantico piadosas y piensan en rezar un novenario.

Un librito de memorias, que lleva por título: *Cuaderno de problemas*, pero que, en plenas matemáticas, contiene un diario íntimo escrito con lápiz en inverso sentido que los trabajos aritméticos, un

diario de lo más rico que puede imaginarse en signos de admiración, en frases tachadas, en puntos suspensivos con los cuales se disimulan pensamientos que se ruborizan púdicamente de formularse, y sembrado además, al través de las páginas, de violetas, de pétalos de rosas, de briznas secas de reseda, de todo un herbario de dulces recuerdos, va á ofrecernos un año casi entero de ese estado de alma de Querida.

Mayo 18.—¡Estoy contenta! ¿De qué? No lo sé; creo que de ser joven y guapa.

13 de Junio.—Al fin estamos instalados desde esta mañana en una gran finca de Saint-Cloud; aunque digo Saint-Cloud, es enfrente, en Boulogne, á orillas del Sena, *boulevard* del Emperador. El abuelo anda muy atareado con sus asuntos. Este año no iremos al Muguet, y así estará más cerca de los Consejos mientras el Emperador se encuentre aquí. El abuelo me ha prometido que todos los domingos daríamos una comida y se bailarían después... Esta tarde le decido á dar una vuelta por el parque; encuentro á una de mis parejas del Senado; ha saludado, y se ha vuelto varias veces. Sigue mi dolor de cabeza. Me tambaleo y me acuesto. Buenas noches.

Jueves.—Se han olvidado de me-

ter el pajarín, y esta mañana andaba rota la jaula por el suelo. Gran sentimiento. Pero, en fin, está por los alrededores. Lo hemos visto y lo hemos oído cantar. De la canaria no hay noticias.

Domingo.—¡Vivo, vivo! Es hora de levantarse; la misa mayor es á las diez... Estoy disgustada; me he distraído continuamente, y no era, sin embargo, por culpa de los jóvenes. No había más que uno, y para eso ¡Dios mío, qué cabeza! Después de almorzar he estudiado al piano... He comido sola, y he salido á dar una vuelta con mi institutriz, pero me ha llevado por sitios solitarios donde no hemos encontrado un perro. No puedo dormir. A leer, pues. Empiezo la *Belle Drapiere*, de Eliás Berthet. Ahí viene el abuelo, de palacio; apago la luz.

Miércoles.—Ayer se tocó. Es original el día que sigue á esas fiestas; no tengo humor de hacer ninguna cosa de las que quieren que haga, y me aburre la rutina diaria de la casa.

Sábado.—He ido á París para sacarme un infame diente de leche. Es ridículo á mi edad... Me han mirado mucho en el tren.

Domingo.—La locaza de Dangirard ha entrado en mi cuarto con una carta de Lucía Preandean, y me ha dicho: «¿Sabes, Querida, que tienes un nuevo adorador? Adivina. Dice que está prendado

de una adorable morenita que lo ha condecorado en el cotillón, y guarda la insignia como un tesoro precioso. Debe ser de Joyenvalle».

Domingo 28.—Julianito me ha confirmado lo que me dijo Germana Dangirard; hablándole yo de eso, aunque sin decir, naturalmente, el nombre de la persona amada, nos contó que le oía cantar á menudo una romanza en la cual se hace su retrato; el retrato habla, entre otras cosas, de «labios que atraen los besos». ¡Oh, oh, vea usted una cosa novelesca!...

Hemos acompañado á nuestros convidados al ferrocarril. Yo llevaba el impermeable y la capucha; noté que me sentaba muy bien, porque... Vaya, ¿á qué hablar de eso? ¿De qué me sirve?

Lunes, 6 de Julio.—¿Pero de veras habrá dicho eso? Cuando lo pienso, no puedo menos de sollozar. ¡Oh, Dios mío, es posible!

Domingo, 12 de Julio.—Después de comer, todo el mundo ha ido á dar una vuelta por el parque. Había mucha gente, pero pocos jóvenes, aunque de muy buena presencia; uno, sobre todo, no apartó los ojos de mí, mientras estuvimos paseándonos... En fin, hoy me he divertido; ¿á qué decir por qué? Yo me entiendo, y nadie ha de leerme.

Domingo, 19 de Julio.—¡Decidi-

damente, es muy entretenido este paseo del parque! ¡Oh, qué ojos, qué ojos!

Domingo, 26 de Julio.—He tocado para que bailasen una polka que me ha valido felicitaciones, y he bailado á mi vez un vals con M. Henry. Yo iba al lado de él, cuando lo acompañamos, y me aburría de andar sola; así que pretexté encontrarme fatigada. Me ofreció el brazo. Yo tenía mucho calor, y al pasar por el puente, me cruzó el chal sobre el pecho, temiendo que cogiese frío, y luego, queriendo ver si iba abrigada, me pasó la mano por la cintura y por el cuello. Me estremecí. ¿Tendré jamás un marido tan solícito? Se ha conducido como si fuese mi papá, ó mejor, mi mamá. ¡Qué hombrecito más raro!

Lunes, 27 de Julio.—No sé lo que tengo, pero estoy triste; creo decididamente que me... (la palabra escrita había sido borrada con un tachón muy negro); pero ¿quién, qué? Esa es la cuestión. ¿Es el Consejo de Estado ó la Escuela politécnica? La verdad es que es una diversión estar enamorada de trescientos jóvenes. ¡Qué atrocidad!

Lunes, 1.º de Setiembre.—¡Pero que perezosa soy! Ya hace mucho que te abandono, querido diario; y eso que desde Julio han pasado muchas cosas... y he podido compren-

der que no me he afeado, porque él me miró bien y prestaba mucha atención á todo lo que yo decía. Vengamos á cuentas: hay tres, por lo menos, á quienes gusto. Pero, ¿y dónde me dejo á Portelette, que ya se me olvidaba? Puede estar todo lo enamorado que quiera de mí; por mi parte, no puedo simpatizar con él. ¡Qué ordinario, señor! Prefiero un hombre distinguido, así sea más feo que los siete pecados capitales, á un hombre ordinario. ¡Uf, qué horror! No puedo decir todo lo que me repugna.

Sábado, Setiembre.—Me dicen que León Cochemer, el hijo del director del Colegio de la Ferme-des-Mathurins, ha hecho cosas muy feas. Me acuerdo que, cuando hacíamos nuestros trabajos en casa de su padre, y se sabía que estaba allí León, había algunas que pedían permiso para salir de la clase con el fin de ir á verlo. De niño tenía una cara muy bonita.

Jueves, fin de Setiembre.—¡Qué de prisa pasa el tiempo! Cuando llegamos aquí, todo estaba verde... Cuando se piensa mucho en una cosa, al fin sucede: M. Henry se casa... ¿Podré volver á leer sin reirme mi diario del 26 de Julio? Lo evidente es que él estaba muy afectado, y todo el mundo lo estaba un poco, y yo no fuí una excepción de la regla. Según Mad. Tony-Fre-

neuse, aunque hace muy poco tiempo que se conocen, M. Henry está enamorado de su prometida. El dice que es muy guapa, que tiene un cutis muy blanco, y que el verde le sienta á maravilla. El hombre parecía otro; él, tan familiar, se había vuelto sumamente tímido. No se atrevía á acercarse; tuve que decirle que viniese á sentarse á mi lado, y aun así lo hizo lleno de cortedad. En fin, al marcharse, casi no se atrevía á darme la mano. Con ese motivo, yo le dije en tono de broma que estaba muy bien que no quisiese robar nada á su futura... Todo lo que acabo de escribir es de ayer; hoy no ha habido nada de interés.

Lunes, 3 de Octubre.—Hoy me he encontrado cara á cara con *Cielo Azul*. Y ahora veo que lo cito aquí como un antiguo conocido, olvidando que aún no he pronunciado su nombre en estas páginas. Pues bien: el que yo llamo *Cielo Azul* es un joven que vive en la finca contigua á la nuestra, y que hace esquina á la calle de la Mairie. Es de mediana estatura, de pelo más bien negro que castaño y ojos grandes azules. Le apunta el bozo. La nariz, entre paréntesis, es un poco larga. Posee un bote muy bonito amarrado á la orilla. Cuando está en el Sena, me mira, como quien no hace nada, por debajo de la vela;

cuando está en su casa, y paso yo por delante, en seguida se pone á tocar el piano con todas las ventanas abiertas.

9 de Octubre.—Desde el 3, *Cielo Azul* pasa una parte del día delante de la casa. Ha arbolado mis colores en su pabellón.

Sábado, Octubre.—Creo que se ha marchado. La casa está cerrada. Sin embargo, ha quedado abierta una ventana y debajo de ella hay una silla con un par de remos. El bote sigue en su sitio, y en lo alto del mástil se ve una plumita como para decirme: «No me he ido aún.»

Lunes 17.—Aún no se ha ido. Hacia las cuatro, estando yo trabajando en la ventana, volvía á caballo y se detuvo para acariciar al animal, que empezó á encabritarse y á hacer corvetas.

Jueves 22.—Al pasar por delante de su casa, la institutriz puso un pretexto para hacerme apretar el paso, pero él corrió á la verja y no se marchó hasta que ya no pudo vernos.

Fin de Noviembre.—He vuelto á ver en la calle del Faubourg-Saint-Honoré á M. L., que ha estado lo más amable del mundo; algo más que amable debería decir. Sorprendí muchas veces sus miradas. Se bailó un poco. Después de invitar á la hija de la dueña de la casa, se

vino á mí inmediatamente, y como iban á tocar un vals, pidió unos lanceros, porque son de más duración... Me siento muy inclinada á amarlo, sí, demasiado... pero no, trataré de vencer este sentimiento; y eso que me agradaría bastante casarme con él. ¡Es tan guapo! ¡Tiene unos ojos tan expresivos, cuando habla! Pero no, no quiero pensar más en ello.

Hacia el 10 de Diciembre.—Lo he vuelto á ver, y está dicho todo. Sus ojos me fascinan. ¡Son tan hermosos!

21 de Diciembre.—Allí estaba esta noche. He bailado varias veces con él. Después se jugó á juegos de prendas. Los caballeros se colocaron entre las señoras. El me ofreció una butaca, que acepté. Había un sitio á mi lado, y se quedó de pie apoyado en el respaldo de mi butaca y mirándome. Esperaba una mirada que le dijese: «Siéntese usted ahí.» Pero yo logré contenerme. Con que se jugó, como digo, á juegos de prendas. Cuando sacaron la mía, y me preguntaron: «¿A quién da V. esto» (un beso)? respondí: «A Mad. Tony-Freneuse.» «¿Y á quien da V. esto» (un capirotazo)? «A Emilina Lauverjat.» Después de acabado el interrogatorio, me vuelvo y lo veo con el antejo puesto mirándome de una manera que parecía decirme: «¡Ma-

liciosita, ya me las pagará V.!» A la segunda vuelta me senté en el sofá, y él puso su silla tan cerquita de mí que casi estábamos tocándonos.

Viernes, 24 de Diciembre.—Vino ayer á invitarme para el cotillón, pero ¡ay! demasiado tarde. Se lo reconvine en los lanceros, y como al fin de la noche se encontró sin pareja para el susodicho cotillón, le proporcioné á Blanca Champro-main. Me pasó la banda por la cabeza, y creí ver en sus ojos que pensaba en un b...

¡También yo he pensado!

Ultimo domingo de Diciembre.—Hoy he estado en los Campos Elíseos, y he visto á *Cielo Azul*, que se atrevió á saludarme... Rosalía me ha confesado que estaba aprendiendo á hacer labor de punto con la señorita de Montmelián, porque su hermano deseaba pedirla en matrimonio, y quería cerciorarse de que no le olía mal el aliento...

¡Qué desconsuelo! ¡No volveré quizá á la calle del Faubourg-Saint-Honoré! El abuelo no ve con buenos ojos que me encuentre á menudo con los mismos jóvenes... Yo no oigo más que alabanzas de él, y mis oídos las escuchan con satisfacción.

Domingo, 3 de Enero.—Ha bailado el cotillón conmigo, y me ha dado su ramo. Todos los demás caballeros dieron dos ramos, pero él

no dió más que uno, y á mí; por lo mismo, yo lo condecoré con mi color favorito: el azul. Una de las veces cogí una cinta; él también. Después me volví á mi sitio, y en seguida lo tuve á mi lado.

Jueves 7.—Si supiese V.—me decía Carlos Masselot.—¡La Escuela se encuentra desesperada!—Pero ¿por qué, Dios mío?—Pues se dice que este año no habrá baile en la Escuela politécnica, y por consiguiente, no veremos á V.—Pero, si no lo hay en la Escuela, lo habrá de seguro en las Tullerías.—No es lo mismo; á las Tullerías no vamos más que á cenar, excepto cuando está V. allí... ¡Oh, entonces!...

Domingo 10.—He vuelto á ver á *Cielo Azul*. No me ha olvidado; todos los días viene á los Campos Elíseos para encontrarme.

Miércoles 12.—A M. Lechasseux le parece que soy orgullosa y altanera; tanto mejor, eso deseo parecerle á él. Hardevilliers es encantador. Me ha presentado un monsieur Lambertton, de muy buena figura.

Viernes 29.—Ayer nos divertimos mucho en el Hôtel de Ville. No estábamos en la galería grande, pero iban á buscarnos nuestras parejas. En el momento en que yo valsaba con Carlos Masselot llegan dos parejas y nos tropiezan. Por poco no me caigo. El me levanta estrechán-

dome entre sus brazos con un poco de fuerza, y al advertirlo, vuelve la cabeza y me mira. Yo hago como que pienso en el tropezón, y me echo á reir... Los politécnicos son encantadores. Tienen esa particularidad: que os aprietan bien y os miran mucho.

5 de Febrero.—Un nuevo adorador antiguo, Widerspach... Sé el triste fin de aquel pobre Lagardère. No hace un año que, bailando conmigo, me decía á propósito de un sermón á que yo asistí: «No, yo no voy á sermones, pero si tuviese la seguridad de encontrar un sitio junto á V., siempre que fuese no faltaría á uno solo.» ¡Y decir que ahora está dando cuenta de sus acciones y que sufre quizá mil muertes! Mañana le empezaré un novenario.

7 de Febrero.—Mi pelo, que antes era tan rubio, se vuelve castaño, casi negro, y eso me desconciela.

Martes 9 de Febrero.—Había también un joven turco á quien gusté mucho y con quien bailé. Lo elegí en la figura de la *serpiente*, y en la *rueda* siento de pronto que me cogen suavemente por la cintura... Era mi turco. ¡Lástima que sea turco! Aparte de eso, es gallardo.

Sábado 21.—Mi corazón rebosa en afectos á que desearía dar rien-

da suelta. Siento necesidad de querer. Me hace falta un amigo... Tan pronto estoy triste hasta el punto de llorar—y entonces me engolfo en una novela—como estoy alegre y atropello á todo el mundo, empezando por Lina, que no se presta con mucha amabilidad á mis locuras. Otras veces me estaría horas enteras echada en un sofá pensando en él. ¡Hace tanto que no lo he visto! No hago más que pensar en ir á casa de los Erlanger, porque espero encontrarlo allí.

Domingo 7 de Marzo.—Salieron fallidas mis esperanzas, pero toda la noche he creído estarlo viendo, porque había un joven que se le parecía extraordinariamente. Bailé bastantes veces con él, y lo elegí en el cotillón... Esta tarde he ido á los Campos Elíseos con Julieta. Hemos visto á muchas de nuestras parejas, que nos han saludado. De repente me dice: «Querida, Querida, tu adorador tiene unas trazas singulares.» «¡Y qué!» le respondí con un tono glacial, que le hizo guardarse en seguida su ironía. Es verdad que no iba bien puesto, y que llevaba un sombrero que no era nuevo ya. Pero, en fin, con todo eso, no dejaba de ser él, y por nada del mundo consentiré que se toque á uno de sus cabellos... Hoy me ha hecho reír mucho Clotilde: me decía que se casaba únicamente

para que su madre no le hiciese acostarse todas las noches con dos pegotes de ternera en las mejillas, guantes aceitosos en las manos, y mecanismos en los pies para comprimirlos.

Lunes 9 de Marzo.—He estado en el sermón. El predicador ha dicho una cosa que me parece muy justa: que las jóvenes eran ángeles y los hombres egoístas que habían dejado un triste lote á la mujer en sus leyes.

Jueves 12 de Marzo.—Madame Tony-Freneuse lleva siempre corsés y faldas interiores de la misma tela y del mismo color, corsés y faldas de satén azul ó de satén rosa, ó de satén blanco, y hace que le pongan en los dobladillos de la falda interior bolsitas para llevar raíz de lirio. Es la primera que ha tenido en París la idea de esa moda.

16 de Marzo.—¡Oh! ¡qué airoso estaba ayer con su casaca y su calzón de terciopelo negro, con su chaleco blanco y sus medias coloradas! Con el pelo tan rizado, con sus ojos cariñosos y con su carita rolliza, el Príncipe imperial se parece algo á esos Infantes de España que se ven en cuadros viejos muy oscuros. Esto era en una función de niños en casa de la princesa Matilde. Subido en el escenario, después de la representación, entre los actorcitos que retozaban, esta-

ba muy serio, sin atreverse á jugar á causa del gran cordón de la Legión de honor que llevaba por primera vez... Pero eso no le impidió al picaruelo mirarme de lo lindo.

.....

26 de Mayo.—Tengo diez y seis años, y lloro mis quince. ¡Oh! ¡es que me he divertido tanto!

LVII

A los diez y seis años, sin ser precisamente hermosa, la nieta del Mariscal era una criatura adorable.

Apenas se dejaban ver, por decirlo así, sus facciones; desaparecían bajo la animación, la espiritualidad y el donaire parisiense de la fisonomía. Entreveíanse vagamente un fino óvalo de contornos delicados en las sienes y mejillas, una naricilla derecha con un achatamiento burlón en la punta y una boca bastante grande, cuya sonrisa descubría unos dientecitos diminutos nacarados. Los ojos no eran ni azules, ni pardos, ni verdes;

eran color de *avellana*, de ese tono castaño indescriptible, que hacía lucir bajo sus copiosos cabellos y sus negras pestañas como una cálida claridad con irisaciones violáceas de cristal de roca ahumado.

Y piececitos delgados, y manitas un sí es no es regordetas, que conservaban el carácter de las manos de los niños, y menudencias de su persona, como las uñas y las orejas, que ofrecían en Querida un sér humano acabado, y no una mujer fabricada á la ligera por el Creador, como existen á docenas en este bajo mundo.

Querida era de estatura media y tenía los hombros caídos, tan caídos que, cuando iba escotada, para no encontrarse desnuda á lo mejor, se veía obligada á apretar el escote en términos que al otro día solía llevar señales de equimosis en los brazos; y con esos hombros caídos poseía un talle citado por los modistos y las modistas entre los dos ó tres talles célebres de París: un talle, no de los que parece que van á quebrarse, sino redondo, flexible, unido á las caderas por graciosos movimientos, que convertían en el más lindo espectáculo del mundo la vista de Querida, cuando subía una escalera, sin chal ni manteleta, balanceando á vuestra vista la ondulante y blanda ascensión de su esbelto tronco.

LVIII

La inteligencia de los ojos, la sonrisa comprensiva de la boca, la irradiación de la frente, las poseía Querida en supremo grado. La joven leía poco y no reflexionaba más que á ratos perdidos, pero vivía en esa atmósfera sutil, excitante, sugestiva, en que la mujer se instruye naturalmente y piensa con más despejo que en otras partes. De modo que lo que decía siempre resultaba discreto, y jamás se le ocurría una vulgaridad en presencia de los grandes acontecimientos ó de los sucesos conmovedores de la vida.

Querida no revelaba interés por las cosas enteramente superiores, pero tampoco seguía de una manera servil las admiraciones de la gran masa del público; la vida en común con personas de gusto le había dado cierta independencia artística y literaria, que la inclinaba á apreciar, si no las obras muy elevadas, por lo menos las distinguidas.

No era un gran cerebro—repetámoslo—y la belleza, la belleza de primer orden no dejaba en él una impresión excesivamente profunda; sin embargo, la comprendía un poco, no con las circunvoluciones cerebrales, sino—me atreveré á de-

cirlo—sensitivamente, por medio de su delicado y susceptible sistema nervioso.

Lo que era verdaderamente genial en ella era la medida en las relaciones sociales, un tacto de exquisita cortesía que la ponía á salvo por siempre de incurrir en una torpeza, en un descuido, en una singularidad chocante, una intuición, en fin, de los usos de la alta sociedad que parecía un verdadero dón de Dios.

En el fondo, Querida representaba intelectualmente el promedio ordinario de las jóvenes, pero con la comprensión á media palabra de la parisiense, con un ingenio aguzado por la esgrima de las conversaciones de los salones, con el prestigio engañoso, en suma, de una inteligencia algo superficial y un poco á flor de cerebro. Y, si el juicio no fuese demasiado severo, diría que era la mujer *article-Paris*, un sér de gusto, con toda la monada de las chucherías que llevan ese nombre, pero también con una nota original de exotismo debida á su madre.

LIX

Pero no vaya á desdeñarse á Querida por esta definición, no vaya á creérsela indigna, ni mucho

menos, del amor de un hombre que se elevase algo sobre el nivel ordinario. Una mujer, ¿sólo merece ser amada, cuando es, cuando es... —califiquémosla sin respeto— una inteligencia *hombruna*? No, una mujer es hartó más seductora para nosotros por cualidades femeninas de inteligencia, que no son las facultades del entendimiento masculino, por un ingenio alegre, por una ironía jovial, por una observación más fina que profunda, por una impresionabilidad soñadora respecto de todo medio ambiente, por palabras preciosas que responden á sensaciones privativas de su sexo, por traducciones imprevistas y originales de emociones, entusiasmos y antipatías; en resolución: por manifestaciones del pensamiento que participan algo de la gracia, de la gentileza y aun de la nerviosidad de su persona.

Y, por vida mía, ¿no es á veces hasta adorable en la mujer civilizada la ignorancia, sí, la ignorancia, con la linda interrogación ingenua de sus ojos?

Y, en puridad de verdad, ¿hay derecho para censurarla porque sea más admiradora de una flor que de la paleta de un colorista, y porque la impresione más hondamente la tristeza de un crepúsculo que la melancolía de las páginas de un libro de genio?

LX

Pero lo que Querida poseía ante todo era la aristocracia de la mujer, ese mérito por excelencia que pide la reunión de tan múltiples y varias distinciones.

No ponía mano en ninguna cosa que no quedase marcada con el sello de una elegancia superior á la elegancia de la común humanidad, y eso sin pretenderlo, sin quererlo, y de la manera más natural del mundo. Parecía como si concentrase en su persona la última palabra de la civilización más exquisita y todas las adquisiciones y selecciones de una raza maravillosamente perfeccionada. Esa gracia soberana no tenía, con todo, nada de la gracia del pasado; era completamente moderna, y aparecía en ese tipo perfecto como la reunión de todas las elegancias físicas femeninas del siglo XIX. ¿Se sentaba, andaba, dirigía una palabra á alguien? Pues su inmovilidad sus ademanes, su porte, su tono, revelaban una originalidad, una seducción, un encanto, procedente de alguna cosa que las demás mujeres no poseían. Y esa originalidad de la distinción se manifestaba en cosas morales, en mo-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONES.

vimientos inconscientes del alma, en la alegría, en la pena.

Querida no era la mujer igual á todas, Querida era el sér raro.

La aristocracia personal de la joven, aunque perteneciese á una familia de clase media, no tenía ningún parentesco con la aristocracia de esa clase, un poco tosca siempre y exenta de flexibilidad.

LXI

El pensamiento de la joven de diez y seis años jamás se dirige á su pasado, y se detiene muy poco en el presente; cuando no se halla distraído ó entretenido, ese pensamiento está por entero en el porvenir, en espera del azar desconocido que le reserva el año venidero, ó el posterior, ó el siguiente, en fin, en expectación casi temerosa de la revolución afortunada ó desgraciada que va á producir el matrimonio en su existencia; todo ello en medio de una emoción llena de ansiedad durante largos meses, y que tiene algo de las congojas de un jugador ante la idea de fallar una carta.

Querida era semejante en esto á todas las jóvenes de diez y seis años.

LXII

Besos en ambas mejillas entre graciosas ternezas, y luego charlas aproximando las sillas y tocándose casi en un rinconcito de la espaciosa estancia: cuchicheos entre suaves sonrisas, en medio de los cuales la que escucha, con ágil y certero movimiento, que es casi una caricia, da de vez en cuando un golpecito en la falda de la que habla para ahuecarla: la escena pasa en el Ministerio de la Guerra, en el cuarto de la nieta del Mariscal, donde se celebra la reunión de las amigas de Querida, que tiene también su día de recepción, un día de señoritas.

El mobiliario del cuarto, un mobiliario antiguo del primer Imperio, tiene todo el carácter del ajuar de un gabinete de doncella: sillones y sillas de caoba con almohadones de piqué blanco, donde se ven, bordados muy en relieve y también en blanco, cuellos de cisne cruzados encima de una gran inicial, que por una rara coincidencia resultaba ser una Q.

Las chicas elegantes están discutiendo un sombrero de Laura, que llevaba la semana anterior madame Tony-Freneuse, cuando una de ellas, una muchachita guapa é in-

dolente, con una boca de forma italiana cuyos redondeados ángulos dibujan siempre una sonrisa, deja caer blandamente estas palabras, complaciéndose en el relato:

—Escuchad... La última vez que se bailó en casa de Mad. Dasonville... no sabéis vosotras... oí al dominguillo de Vatinelle pedirle uno de sus guantes á Mad. de Lunezy... Le pedía eso con su ojillo bizco y con aquel parpadeo que tiene cuando dice majaderías empalagosas... El guante era lo que más deseaba de una mujer, era el molde y la impresión de su mano, un objeto que conservaba algo de la vida de sus dedos... Mad. de Lunezy se reía mucho, diciéndole que era un loco, y que no sabía por lo visto que se dirigía á una madre de familia... Una hora después se sentaba ella al piano y se quitaba, naturalmente, los guantes... ya adivináis ¿eh? á dónde iba flechado el anteojo de Vatinelle... Por fin, la señora se levanta y deja olvidados los dos guantes... Un par de guantes, todo un par de guantes, eso no suele verse en una colección de prendas amorosas, ¿verdad?... parecería que se había comprado un lote en una venta... Así que el pobre Vatinelle permanece perplejo... Por fin, llega la hora de marchar... Mad. de Lunezy vuelve al piano y coge uno sólo de los guantes... Vamos á ver,

¿no era ya claro como la luz del día que le daba el otro?

—No hay como Anita para ver cosas allí donde nosotras no vemos nada—dijo una vocecita de acento infantil y malhumorado.

Se volvía de nuevo al sombrero de Mad. Tony-Freneuse, cuando una chiquilla diabólica, con la facha más desencuadernada del mundo, que hacía rato estaba riéndose de una cosa que recordaba, exclamó:

—¡Vaya!... es imposible que me guarde esto para mí sola... tengo que contároslo al oído... ¿Conocísteis á Elenita Brebión?

—Sí—contestó Querida—la que nos daba algodón en el colegio á cambio de perlas, diciendo que era *algodón del serrallo*, y era el algodón con que se rellenaba su madre... ¡Ah! ¡Ya era una buena piececita!

—Bueno. Pues esa es la que acaba de casarse con el estúpido de Montmelián... Y veréis, algunos días después del matrimonio... su suegro, que es sordo como una tapia... la acompaña á hacer la visita de bodas á una hermana de él... Ahora resulta que esa hermana, una solterona, se encuentra aquejada de un padecimiento raro... creo que los médicos llaman á eso una *timpanitis*... Sí, la pobre mujer produce á cada paso ruidos sospechosos, sin darse la menor cuenta.

—¡Uy qué sucia!... ¡Qué Germana ésta!—exclama una mozuela con entonación americana.

Germana sigue imperturbable.

—Con que el hermano y la hermana se ponen á hablar de negocios, del testamento... y la hermana, muy engolfada en detallar las disposiciones que deja á favor de su sobrino, del marido de la visita... sin dejar de salir á cada paso con sus... ya me entendéis... con sus sonoridades... y el suegro sin oír nada... y la muchacha reventando de risa... De manera que el suegro, muy preocupado, no cesa de repetir durante toda la visita: «Pero ¿qué tiene que reirse así la niña, cuando hablamos de cosas serias?»

La pequeña tertulia se retuerce, acometida de una de esas inocentes y avasalladoras hilaridades que las historietas inmundas tienen el privilegio de provocar en las mujeres aún niñas, y en las de más distinción.

En medio de la hilaridad general, entra una jovencita de cara melancólica.

—¡Calla! Georgina... ¿De dónde viene tan tarde Georgina?—exclama en coro el círculo juvenil, con lágrimas de risa en los ojos.

—¿De dónde vengo?...—dice la joven con acento triste.—Del convento de las Carmelitas... de ver á

Julia Cherizey... ¡Ah! Causa un efecto extraño hablar con una persona querida que se encuentra separada por una reja y una cortina... y que os habla arrodillada... Esperé mucho tiempo en el locutorio, mucho tiempo... y cuando llegó me dijo: «Hoy es día de recreo: limpiamos de orugas los groselleros, y por un favor especial se nos permite quitarlas con un palito.»

LXIII

Entre las jóvenes con quienes el comercio social ponía en contacto su existencia, Querida tenía dos amigas más íntimas que las otras.

Era la primera Julieta Tony-Freneuse, la hija de la mujer de moda que servía de rodrigón á Querida, y con la cual pasaba casi todas las noches.

Tenía ésta en los ojos el azul claro y frío de los del grajo, cabellos rojizos, talle envarado, movimientos desairados, que hacían parecer de un corte viejo sus vestidos, y una expresión indescifrable en el rostro, hundido siempre en sombrerones que le comían la cara. Esa joven, envidiosa de la belleza y de la arrogante figura de su madre, parecía una mosquita muerta, pero

era una burlona feroz que no respetaba nada y se ensañaba en sus sarcasmos á sangre fría con la seriedad implacable de un pedantuelo que se bromea con un pobre hombre. Su existencia era la burla fabricada con todas las ironías, desde la ironía bestial de plazuela hasta la más fina y delicada, y burla en un lenguaje acompasado, medido, con expresiones friamente meditadas, que descubrían una despiadada observación.

La segunda amiga, Georgina de Suzange, que había conquistado un puesto mayor y más profundo en el corazón de Querida, era una compañera de primera comunión.

Ojos azules, del azul sombrío de un pensamiento, cutis de una blancura particular, que á la luz artificial adquiría una palidez de luna, fisonomía en que se destacaban ojos tristes y una boca sonriente: tal era el retrato de esa joven tierna y soñadora.

Julieta Tony-Freneuse, que la detestaba, la ridiculizó en sociedad con esta frase: «¡Ya sabes, la señorita que quiere casarse con un hombre de talento!»

LXIV

Entre las otras jóvenes que había acercado á Querida el trato so-

cial, algunas ofrecían tipos originales de parisienses.

Germana Dangirad, hija de un refrendario del Tribunal de Cuentas, era una mocetona de cinco pies y medio, muy gruesa, muy fornida, muy colorada, sanota hasta un extremo repulsivo.

No tenía más que diez y siete años, pero representaba veinticinco, á pesar de haber conservado todas las chiquilladas de la primera edad, de brincar por encima de los muebles y de sentarse en el suelo en medio de la alfombra, para jugar con un perro, el día de su primera visita á una casa.

Esa niñona descomunal tenía también una lengua abominable. Desnaturalizaba todas las palabras de su vocabulario predilecto con extrañas terminaciones, y aderezaba su charla con locuciones nada propias de una señorita. En aquellos años en que el *gniouf gniouf* de Grassot, el repertorio de Teresa, las incongruencias chocarreras de los Bufos y las tonadillas de los cafés cantantes habían penetrado en el interior de las familias de la clase media y sazonzaban sus expansiones íntimas, la jovial chicarrona vulgarizaba en los rincones de las tertulias esas humoradas sin pies ni cabeza, salpimentándolas á veces con una sarta de patochadas de su propio magín.

La señorita Andrea Cheylus, á quien hacía pasar por tísica el médico de la familia, con la esperanza de que su madre, una viuda que no amaba en el mundo más que á su hija, se la diese un día en matrimonio como el único hombre capaz de conservarle la vida, la señorita Andrea Cheylus tenía una naricilla, una boquita, unas facciones que parecían hechas de menudencias, y una voz que era un soplo. Si despegaba los labios para decir más de cuatro palabras, la gente se sorprendía, y entonces la joven hablaba tan quedito, que su voz podía tomarse por el eco modulado de palabras pronunciadas en la alcoba de un enfermo. ¿Hacía un ademán, un verdadero ademán? Eso era ya cosa de milagro. Durante una hora conservaba la misma postura, sin que la vida de su cuerpo alterase un pliegue de su vestido, contentándose tan sólo con dirigir de vez en cuando hacia adelante algo de su mirada, velada por párpados semejantes á los que pone Overbeck á los personajes arrodillados.

En ese inmóvil recogimiento, parecía la heroína de una vida muerta y sumida en bienaventurada paz, ó una cuitada princesa de libros de caballería, esperando con tranquila confianza al generoso y enamorado libertador.

La vida de la señorita Cheylus se

deslizaba en medio de una especie de sonambulismo, que era una mezcla original de distracciones naturales y absorciones de comedia, una amalgama de ensimismamiento y de atención vigilante, una abstracción, en fin, entre real y artificial, en cuyo fondo velaba la taimada, espiando y sorprendiendo cuanto pasaba en torno suyo.

Linda, pero en el tipo de lo infinitamente pequeño y á la manera de una reducción, su figurilla se asemejaba un poco á la silueta lamida y angulosa de la virgen gótica, que siempre llevaba á la mano en un cofrecillo, cuando iba de viaje.

En el fondo, bajo esa apariencia de víctima, poseía una voluntad de hierro, al par que ocultaba la marrullería de un venerable consejero áulico bajo su aspecto interesante de falsa tísica.

Clara Dapogny, una rubita bastante agraciada, era en los salones el tipo y personificación de la señorita-actriz. Todas sus actitudes, sus posturas, sus movimientos, sus maneras de decir, parecían tomadas del teatro. Os daba la mano arqueándose á imitación de Mme. Plessy, y, cuando entraba en un salón, enderezaba el talle, levantaba los párpados y mudaba artificialmente el semblante, imprimiendo á su cuerpo y su rostro esa explosión repentina y ficticia de vida y amabilidad

que se observa en las cómicas al traspasar los bastidores.

Siempre estaba en escena, como si se encontrase representando sobre las tablas. Y no le divertía nada más que el teatro, ni leía más que obras teatrales, y hasta poseía un talento bastante distinguido como intérprete.

Emelina Lauverjat, un excelente corazón, pero una criatura con músculos de hombre y con unos brazos como palos, tenía afligida á su madre por su afición á los ejercicios masculinos.

Si en un paseo campestre atisbaba un nido en la copa de un árbol, ya estaba mi joven quitándose las enaguas apresuradamente, recogiendo el vestido entre las piernas con un alfiler y encaramándose en las últimas ramas. ¿Pasaba por una dehesa donde pastaban caballos de labor? Pues cádate á la chica, montándose de un brinco en un potro, galopando en pelo y vociferando como un carretero. En fin, no era dueña su madre de hacer una reparación en su hotel ó en su casa de campo, sin que se viese á Emelina amasando yeso con los albañiles.

Anita Malhotier, hija de un distinguido pedagogo que se había casado con su lavandera, era una muchacha bien parecida, de tez de un sonrosado pálido, de labios carno-

sos entreabiertos blandamente sobre el marfil de unos dientes de pala, de ojos soberbios guarnecidos de pestañas de animal, de pestañas duras semejantes á alfileritos negros y que no envolvían sus miradas en velada penumbra.

Tenía un semblante soñoliento, la apariencia letárgica de esas naturalezas de mujer que se llaman *aguas muertas*, y á veces casi espantaba á consecuencia de una especie de automatismo de los ademanes y movimientos en que se reconocen las modernas Pasifaes.

Adivinábase que esa joven era sensual de los pies á la cabeza: bastaba ver la manera cómo comía *foie gras* sin pan. También, cuando sorprendía frases picantes en una conversación entablada cerca de ella, dilataba una sola ventana de la nariz, una dilatación singular rarísima. Siempre estaba ociosa: no leía, no tocaba, aborrecía los trabajos de mujer, y se pasaba la vida muy metida en sí, en una inmovilidad sólo interrumpida á veces durante un segundo, por un temblor casi invisible de los labios, reflejo de una sensación interna repentina.

Como era sumamente miope, siempre gastaba lentes, y con su miopía os ponía en un aprieto acercándose á vosotros hasta rozaros y clavándoos descocadamente

la mirada escrutadora bajo la salvaguardia de los anteojos.

Por supuesto, á pocos años de allí, y casi inmediatamente después de su matrimonio, la mujer de la sociedad elegante descendía de escándalo en escándalo á la condición de loreta.

Blanca Champromain, un renacuajín que tenía el semblante cariacontecido de los niños que están echando los dientes y esos ojos como llenos de arenilla de las niñas que se están cayendo de sueño, parecía con su corto talle y sus canillas de perrito raposero esas mujercitas fantoches cromolitografiadas en las cajas de cerillas.

Luisa Neviance ofrecía una mezcla de viveza y de gracia, una sana jovialidad, una honrada y franca coquetería, una valentía de sentimientos nada común, con una buena dosis de esa deliciosa injusticia de las mujeres apasionadas para todas las personas que no son de su devoción, y con una voz una chispita nasal que, aunque parezca increíble, adquiría por esa circunstancia un encanto suave y velado.

Lucía Preandean: talle de 47 centímetros, y trajes de última novedad.

Delicada criatura de ideal apariencia, y bautizada en los salones con el sobrenombre de *la Distinción* atacada en ciertos momentos del

día, sobre todo después de comer, de accesos febriles especialísimos, que se traducían en risitas infantiles, en chillidos insensatos, en estolideces llenas de exaltación, en un furor imbecil de cosquillar á alguna amiga, en un revoltijo frenético de una baraja de naipes durante una ó dos horas. Después de lo cual, esa efervescencia cedía de repente, la muchacha volvía á quedarse tan formal, desaparecía un momento y volvía á aparecer á los pocos minutos, con un libro de misa encuadernado y dorado por Gruel, y se iba á una salve ó á cualquier otra cosa que hubiese en una iglesia.

Una cabeza, lo que se llama una cabeza á pájaros, donde jamás, jamás había hecho asiento una idea, y una lengua que, desde que la mujer se hallaba en edad de pensar, sólo estaba expedita para ocuparse de cosas absolutamente materiales, y eso con exclamaciones, admiraciones, suspiros y lamentaciones siempre á vueltas con la gentileza y hermosura.

Cuando no salía por la noche, se estaba en la cama frotándose las uñas con una piel hasta las dos de la mañana.

En el número de esas jóvenes con quienes Querida estaba en relación, figuraba una americana, Diana Peterson, cuyo ingenuo semblante

conservaba algo del encantador asombro de los ojos de la infancia, y cuyo cutis poseía esa láctea blancura, orgullo secreto del hijo del Nuevo Mundo, que se precia de blanco entre los blancos de la tierra.

Diana Peterson tenía la animación física, la gracia desenvuelta y conquistadora, la virtualidad de coquetería de una raza joven: un diablito muy divertido, con una indolencia pasmosa para aprender el francés; de donde resultaba que la seductora extranjera, residente años hacía en París, era una interlocutora que no os respondía más que con la expresión inteligente é insinuante de lindas sonrisas.

LXV

Pero entre los conocimientos de Querida había una joven, una recién casada—la mujer de M. Malvezin, el secretario particular del Ministro de Instrucción pública—que empezaba á ejercer sobre la nieta del Mariscal un influjo deletéreo, un influjo que debía crecer diariamente, gracias á la comunión de las dos amigas en el espiritismo, de que se declaraban apasionadas adeptas.

Susana Malvezin, la poseída, la

desequilibrada, ofrecía el tipo más perfecto de la enferma moral del siglo XIX, tipo que presentaron dos ó tres mujeres del mundo oficial del Imperio.

Una fuerza misteriosa la impulsaba invencible y fatalmente á lo excéntrico, á lo raro, á lo malsano, á cuyo dominio llevaba, no obstante, un sello original, personal. Porque Susana Malvezin tenía una inteligencia poco común y nutrida por inmensa lectura, la lectura de todos los libros posibles, si bien con su espíritu pesimista, ella no había extraído de todo ese bagaje más que las amarguras, irreverencias y blasfemias que encerraba, ni sacado á la postre sino un excepticismo de viejo, que hacía complacerse á la joven en las teorías del nihilismo, y afirmar entre dos bostezos esplenéticos de su linda boca que no hay bien ni mal, ni vicio ni virtud. Con ese excepticismo asociábase á la sazón por singular contraste una fe exaltada en las mesas giratorias, una especie de religión neurósica, á que la joven se entregaba con la fácil credulidad de una *cocotte* en achaques milagrosos.

Aquella cabeza estaba atestada de ideas tan antinaturales, tan desarregladas, tan chocantes, tan incongruentes é inconexas, que su conversación era casi siempre un escarceo insoportable, acompañado

de gestos sin relación con las palabras, y entrecortado por silencios repentinos, durante los cuales se encontraba uno de improviso frente á una cara inanimada, desvanecida, que os sonreía vagamente.

Devoraba su vida entera una actividad febril, sorda, concentrada, disimulada bajo la tranquilidad de las líneas generales de su cuerpo inmóvil, pero que delataba al fin de cada día el completo deterioro de los pulgares de sus guantes.

¡Cómo expresar bien la demencia de la coquetería de esa joven singular! Parecía empeñada en rebuscar efectos raros y terroríficos, pormenores de aderezo espectrales. Con auxilio de la belladona obtenía dilataciones de las pupilas que llenaban el espacio entero de los ojos de un foco difuso sin punto luminoso, y despojaban á la mirada de su carácter humano. Y con el humo de una bugía recogido en un plato de plata se afanaba por dar á su rostro encantador un aspecto afrodisíaco y cadavérico como de enferma escapada del hospital con cierto aire á la vez de novilla de lo más estrafalario y alarmante: un rostro que no trataba ya de despertar el amor, sino que parecía querer encender pasiones de ultratumba.

Criatura enigmática, así en lo físico como en lo moral, esa joven-cita se comía á bocados los li-

mones, y se alimentaba á más de eso de confites, de licores y de productos farmacéuticos, sobre todo de láudano, del cual se bebía dedales de oro casi llenos.

Como complemento de esta higiene, Susana Malvezin pasaba una parte de su existencia dentro del agua helada del más gigantesco de los *tub*, remojándose con fruición las carnes algo amoratadas, bien así como los terribles y graciosos monstruos femeninos forjados por la mitología escandinava.

LXVI

En los días de invierno de aquellos años de 1867 y 1868 todo eran bailes y más bailes, y apenas faltó á uno Querida.

Bailes de las Tullerías, en el primero de los cuales el vestido rosa guarnecido de plata de la joven causaba sensación, al par del vistoso vestido encarnado de la princesa de Metternich, al par del vestido de la señora de Korsakow, con su cinturón formado por un rosario de esmeraldas del tamaño de un huevo de paloma.

Bailes oficiales: bailes del Ministerio de Estado, en donde Querida se encontraba con la princesa de

Sagan, las señoras de Pourtalès, de Chasseloup-Laubat, de Leopold Magnan, la condesa de La Ferrounays, la condesa de Mercy-Argenteau, la marquesa de Cadorre, la condesa Walewska, la baronesa de Boigne y su hija, la señorita Heckeren, la condesa de Bastard, la vizcondesa de Aguado, la princesa de Alsacia de Hénin, las señoras de Janzé y de Halphen, la baronesa de Rothschild, la duquesa de Fernán-Núñez y su hija, la marquesa de Lima, la duquesa de San Cesarino, la señora de Haritoff y lady Tempest; bailes en casa de la baronesa Haussmann; domingos *dansant* en casa de la señora Troplong, y todavía los bailes entreverados de *converzatione* y de lecturas del duque Tascher de la Pagerie.

Bailes de la alta sociedad parisiense: bailes de la duquesa Pozzo di Borgo en su hotel de cuatro salones y galería blanco y oro; bailes de la marquesa de Lillers; bailes de la marquesa de Aoust, á que acudía el barrio de Saint-Germain, y en cuyos cotillones, dirigidos por M. de Barbantane, rival del marqués de Caux, se introducía por primera vez el *paso del dominó*; baile de la marquesa de Castellane para inaugurar su nuevo hotel, barrio de la Emperatriz; bailes de las señoras de Greffulhe y de Chanterac;

baile de la condesa de Kersaint; baile de la condesa de Nugent; bailes de la señora de Moitessier, madre de la encantadora marquesa de Flavigny.

Bailes de las familias extranjeras: baile de la señora de Algara en su hotel de la calle Blanca; baile de la señora de Louchet de Willork en sus salones de la avenida de los Campos Elíseos; baile de los señores Macokomb; baile de la señora de Ridgway en su hotel recién edificado de la calle Francisco I; baile del señor Werbruck, donde toda la colonia americana está representada por sus más lindas mujeres: la señora de Thompson, la de Clay, la de Spencer y su hija, la bella señorita Maden y la arrebatadora señorita Farnell; baile de la señora de Hoffman, mujer del primer secretario de la legación de los Estados Unidos.

Bailes especiales de señoritas: los de los sábados de la señora de Larbre, la graciosa criolla y mujer de uno de los directores del Ministerio de Marina; los de la marquesa de Aoust, de la marquesa Mortemart, de la marquesa de Moustier, cuyos grandes bailes alternaban con los bailecitos de *blanco*; los de la condesa de Caraman; el del marqués de Talhouët, uno de los más encantadores que se consagraban á las muchachas, y el de la condesa de

Cossé-Brissac, centro de reunión de las jóvenes del barrio de Saint-Germain.

LXVII

Hacía gracia de veras el bueno del Mariscal con su adoración fanática de Querida: «¡Mi nieta, oh, mi nieta!» decía á veces; y después de una oración interior en honor de su gracia, de su belleza, de su ingenio y de su originalidad, concluía con esta frase pronunciada en alta voz, sin dirigirse á ninguna persona: «En el fondo, yo no soy más que un viejo soldadote.»

Su nieta le parecía una criatura hecha de distinta carne que la suya, un sér de una naturaleza superior, y para él no había nada bueno más que lo que hacía ó decía Querida. Se inclinaba ante sus voluntades, deseos y caprichos, sin que la joven tuviese que molestarse mucho en defenderlos. Guardaba en reserva perdones, indulgencias y complacencias inagotables. Aun las cosas que en su fuero interno estimaba algo excéntricas en una joven, bastaba que ella las hiciese para que se trocaran á sus ojos en cosas naturalísimas: ¡era tan diferente de las demás su nieta! ¡estaba dotada de prendas tan singulares!

Así, en aquel tiempo en que una joven soltera apenas se arriesgaba á lucir una joya de marquesita, ni se atrevía á llevar una pluma más que en un sombrero de ala, ni podía usar la seda y el satén, sino sólo la tarlatana y el tul, Querida tenía permiso para vestirse como una mujer casada, sin más cortapisa que el uso de los diamantes.

En la apasionada paternidad de aquel soldado campechanote había á todas luces algo de la fe estúpida de un hombre perdidamente enamorado de una mujer, cuyas palabras encantadoras y cuyas seducciones personales, según la locución vulgar, tienen el poder de hacerle ver lo blanco negro.

He aquí la escena que había pasado la víspera entre el abuelo y la nieta. Un poco por verla y un mucho por obligarla á acostarse á una hora prudente, el Mariscal le hizo prometer que entraría á darle las buenas noches al volver del baile, siempre que fuese sin él. Como el Mariscal tenía el sueño muy ligero, bastaba que Querida rozase con las uñas su puerta para que él gritase enseguida: «Entra, hermosa.»

Entró, pues, la muchacha con su bujía, á cuya luz vió el Mariscal el reloj, y empezó á refunfuñar:

—¡Las cuatro!... Ya sabes... no debías pasar de las tres.

—¡Las cuatro!... ¡Las cuatro!...

¿Dónde has visto tú eso, abuelo?... por fuerza estás medio dormido.

Diciendo así, se dirigió al reloj, y abriendo el cristal, dió una vuelta entera hacia atrás al minuterero, exclamando: «Vamos, mira bien... ¡No son más que las tres!»

Todo eso hecho con una monería tan graciosa, y queriendo decir tan claramente: «¡Abuelo, para tí será la hora que yo quiera!» que el Mariscal, entre dos besos de la pica-ruela, aceptaba, sin volver á despegar los labios, la hora y la singular manera de poner corriente el reloj.

LXVIII

Si por caso extraordinario hallaba alguna resistencia á sus deseos, Querida sabía un medio infalible de arrancar la concesión á la debilidad bondadosa del Mariscal.

Los militares viejos que tienen una hija mayor disfrutaban de un goce especialísimo viéndola montar á caballo en su compañía, un goce que se asocia á la emoción del padre el orgullo del soldado. Los embelesa descubrir en aquella hija suya, en la débil y tímida criatura montada en un caballo rozagante, algo de su propia valentía, y es interesante sorprender la mirada ufana al par que inquieta en que

envuelven á sus audaces vástagos ecuestres.

Cabalgando al lado de sus hijas, los cuerpos achacosos de esos padres se yerguen con arrogancia como si recuperasen su juventud; hasta se les ve el sombrero un poquito ladeado con el aire de perdonavidas de sus mocedades, allá cuando eran subtenientes.

Así que nada puede dar idea del buen humor del Mariscal, cuando arrancaba á Querida la promesa de un paseo por el Bosque á la mañana siguiente.

Y ese día, esa mañana risueña, cuando la joven aparecía tan esbelta con su amazona, y con aquel sombrerito de copa alta que le daba cierto airecillo de mancebo travieso; cuando los dos caballos trotaban juntos y Querida se volvía al Mariscal un poco rezagado para dirigirle su petición con voz ligeramente jadeante, y con miradas y sonrisas que volaban de su velo azul como transportadas hasta él por el viento de la carrera, el abuelo no se sentía con fuerzas para negar nada de lo que le pidiese la aérea amazona.

LXIX

Era en el despacho de Siesmayer, el famoso horticultor de Versalles.

En las paredes, cubiertas de un papel alfónsigo con dibujos grotescos de color amaranto, se veían:

Un diploma de la Sociedad de Agricultura de Soissons.

Un mapa de Francia con el trazado de los ferrocarriles.

Un almanaque inglés: *Gardiner Chronicle Almanach*, 1867.

Un barómetro en una caja octógona negra.

Una cromolitografía puesta en un marquito de madera blanca barnizada, y que representaba un tronco de árbol de flores, con este letrero por debajo: *Ceanothus Marie Siesmayer*.

Un jarrón moderno de Sèvres, color azul, premio de un concurso floral, y donde se veía un medallón en que Venus azotaba al amor con una rama de rosal.

Una caja de seguridad coronada por un Bottin, sobre la cual había un tarro viejo de mostaza con un ramo marchito.

Una mesa con un montón de facturas sostenidas por un sujeta-papeles, que era una concha de fundición.

Una estantería acristalada llena de una colección de los *Buenos Jardineros* y de un diccionario de Larousse, con los tomos hundidos acá y allá por gigantescas manzanas y monstruosas peras, figuradas con toda exactitud en cartón coloreado.

Aunque sin mirarlos gran cosa, Querida tenía puestos los ojos en el *Gardiner Chronicle Almanach*, el *Ceanothus Marie Siesmayer*, las manzanas monumentales, etc.

Su abuelo la había llevado para que viese la rica colección de rododendros de Siesmayer, que estaba entonces en plena florescencia, pero la lluvia que caía los echaba del jardín y los tenía emparedados en aquel infame gabinetillo con una vieja que había ido también á ver los rododendros, una vieja que el Mariscal parecía conocer un poco y que iba acompañada de su hijo, un joven ni feo ni bonito.

Otras veces iban al salón de M. Joli-Adam, un notario de la escuela antigua, residente en un barrio del París viejo.

Allí se veían maderas blancas, inmensos armarios de legajos con alambreras y cortinillas verdes, y en la abertura de sus arcos, que llegaban al techo, bustos de filósofos antiguos hechos en yeso imitando á bronce.

Una gran mesa oblonga con tapete verde gastado á puro de contar encima de él monedas de cien sueldos.

Sillones de cerezo tapizados de terciopelo amarillo de Utrecht, y delante de cada uno, ora un cojinetado adornado de rosetones, de á 1, 75 francos, ora una escupidera llena de aserrín.

Sillas de cerda negra con la lira de Apolo en el respaldo.

Una chimenea, sobre la cual había dos lámparas Cárcel, de tiempo inmemorial, y entre ellas una litografía con un marcucho negro colocado dentro del espejo, y que representaba el retrato de DIONISIO DE VILLIERS, *decano de los notarios*, pintado por Roberto de Lefèvre y litografiado por Mauzaisse.

Aunque sin mirarlos gran cosa, Querida tenía puestos los ojos en los bustos de los filósofos, en las lámparas Cárcel y en el *decano de los notarios*.

Mejor hubiese querido ella quedarse á la puerta en el coche, pero el abuelo insistía en que entrase. El buen Joli-Adam, en cuanto se veían, lo mareaba para que le enseñase la nieta hecha una señorita, y no era posible que lo privasen de ese gusto; además, sólo le diría una palabra, y no harían más que entrar y salir.

Pero resultaba que el notario estaba ocupado con un cliente que no acababa nunca, y tenían que esperar mucho tiempo en compañía de un viejo que el Mariscal parecía conocer un poco, un viejo muy amable acompañado de su hijo, un joven ni feo ni bonito.

Al salir del despacho del horticultor, al salir del salón del notario, el Mariscal decía á su nieta:

—¿Te has fijado en el joven que estaba ahí?

Querida respondía á esa pregunta con una sonrisa de una malicia encantadora.

—Vamos á ver, ¿qué te parece?

—Yo no quiero casarme.

—Bien, pero si...

—Pues no quiero casarme, señor abuelo.

LXX

Querida decía la verdad.

La jovenzuela, mimada por sus padres, bien hallada en su familia, y en libertad de disfrutar de los placeres del mundo, no siente prisa por casarse. Desconociendo aún la pasión y los afectos violentos, encuentra muy agradable ese ligero y corriente coqueteo; con las inclinaciones que despierta en torno suyo, encuentra muy dulce ese reparto de sí misma entre las adoraciones de todos.

En el fondo, esa tierna titilación de su corazoncito, que no la arrebató á los besos de sus ancianos padres, que no la arranca brutalmente de su casa, de su cuartito y de sus hábitos virginales, que no trastorna de arriba abajo su vida; ese halagador cosquilleo le basta cum-

plidamente, y es acaso á esa edad de la mujer toda su concepción del amor.

Aun sintiendo cierta preferencia por alguno de los jóvenes á quienes trata, no se ofrece el matrimonio á su espíritu como un corolario del amor. Lejos de eso. Recuerdo á este propósito que en una representación de *Filemón y Baucis*, en la Opera Cómica, oí exclamar en alta voz á una muchacha de trece años: «¡Es ridícula de veras esa historia de personas que se aman después del matrimonio!» Y lo que decía esa niña era la conclusión lógica, rigurosa de lo que había leído. Porque en los libros, y en los libros que se permite leer á las jóvenes, ¿habéis visto jamás que se hable de amor entre marido y mujer?

Hoy las jóvenes de tres ó cuatro años, más que la chiquita de la Opera Cómica y de una posición elevada, experimentan mayor resistencia que otras hacia el matrimonio. Viven en un perpetuo recelo, temiendo ser cortejadas y pedidas por su fortuna, por su posición social. Piensan en tal amiga, cuyo marido se le ha comido el dote á los dos años de casados; en tal otra, abandonada ya por el suyo; en ésta, unida á un joven que había abusado mucho de la vida, y que al cabo de seis meses se pasa el día cortando estampas de Epinal, embutido en

un capotón; en aquélla, en fin, tan alegre, tan animada en otro tiempo, y que acaba de confesarles que la muelen á golpes, sin poder menos de sonreír, en medio de sus lágrimas, al comparar los brincos que da cuando la pega su consorte «á los saltos de un perro de circo.»

En fin, la razón más común y poderosa que suelen tener para no casarse las jovencuelas que desechan partidos, es que la muchacha de diez y seis ó diez y siete años cree firmemente, como Querida, que no han de faltarle á diario, hasta la consumación de los siglos, las proporciones de cien mil libras de renta.

LXXI

Lo increíble es que esta adolescente, que era mujer desde algunos años atrás, y cuya imaginación sólo se ocupaba de amor, nada sabía aún acerca de la unión de los sexos y del modo como se procrean los hijos. Sí, ignoraba las materialidades del amor; ó por lo menos sus supuestos sobre las relaciones entre hombres y mujeres eran tan vagos, tan turbios, tan confusos, que aún continuaba casi en su cerebro la casta oscuridad que sobre estas ma-

terias reiná en las cabezas de la infancia.

De niña, Querida no había tenido curiosidades viciosas; nunca solicitó confidencias de sus amiguitas mayores que ella. La casualidad no puso jamás en sus manos ningún libro de esos malos. Sus miradas vagarosas á las estatuas de los jardines públicos no dieron pábulo alguno á su pensamiento; y en el campo, ante el espectáculo fortuito del amor de los animales, jamás le ocurrió ni por un segundo la idea de que bestias y personas fuesen amantes que practican el amor de la misma manera.

En fin, esas cosas feas, reveladoras que amaestran á las niñas, esas nociones que proceden no se sabe de dónde, de las fachadas de la calle, de los cantares de la cuadra, esas nociones habían penetrado en Querida bajo sello, digámoslo así; permanecían en el fondo de ella dentro de su cubierta hermética, hasta la hora en que de pronto hácese la luz en la mujer é ilumina bruscamente todo cuanto en ella hay, sin saberlo, de adquisiciones durmientes en la oscuridad.

Así, pues, como acontece á gran número de señoritas, era inocente, todavía inocente, aún cuando eso no obstante, con cierta afectación de ciencia en el decir, donde se transparentaba la vanidad de la mu-

jercita de no parecer ignorar ninguna cosa. Aún quedaba en ella algo de la niña que en el circo llamaba la atención de sus vecinos con esta frase: «¡Ah, lo que es ahora si que decididamente es una yegua!» La angelical criatura anunciaba el sexo del animal por la silla con franjas que llevaba puesta el caballo.

¡Qué de candorosas creencias y quiméricos conceptos habían surgido en la mente de la niña por aquellos tiempos! Cuando su primera estancia en el Muguet, las criadas del castillo llevaban algunas veces á Querida de paseo á la Fuente de la Encina, que era una fuente que manaba á borbotones en un bosquecillo, por debajo de una piedra ancha y plana. De esta Fuente de la Encina decíaseles á los niños y niñas del país que por ella venían al mundo los nenes pequeñitos. Y las chicas como los chicos, inclinados sobre el claro álveo, por donde corría el fugitivo reflejo de su rostro arrebatado por la rápida corriente, esperaban en la próxima sacudida ver salir al fin el hermanito ó la hermanita por debajo de la gran peña, la cual de tiempo en tiempo parecíales conmoverse toda ella por el brote del agua. Sólo podía arrancárseles de su espera, declarándoles que los nenes chiquitines no salían de la fuente sino cuando la Récolène se

encontraba allí. La Récolène era la comadrona de la comarca. Además de la Fuente de la Encina para el nacimiento de los niños guapos, había también el Agujero de los Sapos, otro lugar en los alrededores del castillo, para el nacimiento de los niños malos y feos.

Esta leyenda, referida en ese bosque al pie de tal fuente, y que en el ánimo de Querida adquiría una como autoridad y confirmación por parte del paisaje en medio del cual había sido escuchada, penetraban hondamente en la pequeñuela; y, más tarde, la impresión de placer por la lectura de un cuento de ondina, de hada protectora de un manantial, retenía durante mucho tiempo y como perezosamente en la creencia de que los manantiales de la tierra eran las madres de los pequeños seres humanos.

Las ideas que la chicuela tenía sobre la unión amorosa del hombre y de la mujer eran también tan regocijadamente antinaturales. Las niñas no se imaginan el matrimonio sino por las nupcias, por la ceremonia. Cuando Querida era aún niña, se figuraba el matrimonio como una vuelta de vals dada por un caballero y una señorita en un cuarto oscuro, donde encerraban á los dos solos. El matrimonio, una simple figura de baile en la oscuridad: ni más ni menos. ¿De qué

modo nació esta idea, y de dónde provenía? Más adelante, cuando junto á ella se empezó á hablar de matrimonio, con los cuchicheos, las reticencias y la mímica usuales delante de adolescentes que se desarrollan, el matrimonio había experimentado en su espíritu una transformación, una metamorfosis. Habíase convertido en el hecho de acostarse desnuda del todo con un hombre, pero un hecho en que no mediaba ningún acto físico y sí tan sólo llenodel horror para una joven de ser vista en estado de completa desnudez.

Y ante esa tremenda perspectiva, Querida, como preparación *in anima vili*, todas las noches desnudaba á su muñeca, á quien había hecho que le hiciesen un traje de novia; y la acostaba toda desnudita, según el programa de su concepto del matrimonio, marchándose de junto á su querida muñeca con un poco de esas medrosas ternuras de una madre que se retira ante un yerno reputado como un horrible mal sujeto.

Poco á poco desapareció de su mente esta imaginación última, lo mismo que la vuelta de vals, pero sin que la reemplazase nada preciso, nada formulado; y la idea de la consumación del matrimonio permaneció en Querida como voluntariamente velada. Veía el ma-

trimonio en un medio de vida común, de cohabitación íntima, de ternuras recíprocas, sin dejar de comprender que existía en el fondo un algo desconocido, que se complacía en dejar en lontananza, y de cuyo conocimiento anticipado le apartaba la aprensión de un púdico instinto.

LXXII

El rayo de luz, la brusca iluminación, la repentina ciencia del mal llegaron á Querida de un modo bastante extraño.

La dirección escolar, ligeramente caprichosa, de M. Judocus Cochemer habíale parecido al Mariscal que dejó muchos «huecos» en la instrucción de su nieta. Por eso la sacó del colegio de la calle de la Ferme-des-Mathurins, cuando estaba en la segunda división, y la puso una institutriz obligada á hacer recomenzar por completo sus estudios á la polluela.

Cierto día (Querida tenía entonces más de diez y seis años), la institutriz dió á la señorita el tema siguiente, para composición de estilo: *Pantasilea, Reina de las Amazonas*.

Querida, muy ignorante de la *Mitología*, para ayudarse en su composición abrió un diccionario de historia y biografía, un diccionario autorizado por el Consejo de Instrucción pública, y donde halló la siguiente frase: «Cada vez que una amazona mataba á un enemigo recibía en sus brazos á un hombre.» ¿Por qué encadenamiento de ideas esta pobre frase torpe enseñó á la jovencilla lo que ignoraba? ¿Y cómo leyendo esta frase, todas las cosas en otro tiempo cazadas al vuelo por sus oídos, sin querer escuchar, como todas las cosas vistas por entre los párpados de sus ojos bajos para no ver nada, le dieron al instante la clave del amor y del matrimonio?

Esto es inexplicable, y sin embargo así fué.

LXXIII

—¡Un marido cualquiera, con tal de que me lleve á sociedad todas las noches!—exclamaba por entonces una amiga de Querida.

La vida fantaseada por esta futura madre de familia era precisamente la existencia real de la nieta del Mariscal, pasando todas sus noches

en bailes, conciertos, banquetes, fiestas, sin quedarse nunca una velada en casa, y siempre en sociedad, todo el invierno de 1868.

A los salones, abiertos el año anterior para la joven, vinieron á agregarse este año los salones de la duquesa Hamilton, con sus saraos íntimos de una admisión tan difícil; y el de la duquesa de Maillé y el del duque de Bisaccia y el de la duquesa de la Rochefoucault-Dondeanville: los tres ilustres salones de París donde se reunía la sociedad parisiense más encopetada.

Este mismo año 1868, á fines de Enero, Querida era objeto de una especie de ovación en una fiesta nocturna dada por el *Skating-Club* en el lago del Bosque de Bolonia á las patinadoras aristocráticas. Entre las pieles oscuras y bravías de las duquesas de la Trémouille y de Berghes, de las marquesas de Canisy, de Montsabré, de Crisenog, de Montgomery, de Galiffet, de las condesas de Pracomtal y de Tocqueville, de las baronesas de Poilly de Courval, de Briois, de las lindas señoritas Hamel y De Dian; á la luz eléctrica reflejada por el cristal del lago, la nieta del Mariscal apareció envuelta en blanquísimas pieles anudadas con cintas azules flotantes tras ella, lo cual dábala cierta semejanza con un delicioso corderillo de pastorela.

LXXIV

Bien pronto no hubo en Querida, convertida en locamente mundana, sino un sólo y único pensamiento: hacer sensación allí donde se presentase. Ser notada, ser señalada, que la encontrase bonita todo el mundo en medio de la balumba de una admiración casi molesta: tales fueron sus esfuerzos, su trabajo.

En los bailes, los teatros, las carreras, érale preciso hacer apariciones en que las miradas y los gemelos de todos se dirigiesen á ella; en que las gentes trepasen á las banquetas; en que su nombre corriera acá y allá, y aun acullá, desde los labios á los oídos arrimados á ellos; y en que á su paso se alzara ese leve rumor que deja tras de sí la estela de una mujer á la moda.

Encontrábase Querida en esa hora de coquetismo general porque pasan gran número de parisienses femeninos, de coqueterías sin deliquios del corazón y que se dirige á las muchedumbres, de coquetería implacablemente desdeñosa de los sentimientos de cualquiera, por digno que fuere de ser amado. En esta ambición afectada de los homenajes universales, llegaba hasta á *cuidar*

de sus «entradas» á manera de una actriz, y entregarse en cuerpo y alma á producir *efectos* todo el tiempo que pasaba en sociedad.

Todos los días escapábase de la nieta del Mariscal un poco de ese discreto pudor al cual alarman el elogio sin límites, de alabanzas pú-

blicas, toda admiración que ya no sea un murmullo discreto. Las elegancias de Querida se salían de lo anónimo, de la sombra, del silencio respetuoso en que se disimulan y se ocultan las púdicas victorias de las señoritas adolescentes; y un día publicaron descripciones de sus trajes y tocados los periódicos.

EDMUNDO DE GONCOURT.

(Se continuará).

EL DANDISMO

Y JORGE BRUMMELL

X

Aunque Alcibiades haya sido el más hermoso de los buenos generales, Jorge Bryan Brummell no tenía espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.º de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse — para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harta menoscupo que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no existe sin *cierta originalidad exquisita* (lord Byron) (1), ha de odiar por

fuerza el uniforme. Bien es verdad que, aun tratándose de cosas más serias que esta cuestión del traje, la índole de las facultades de Brummell lo condena á ser mal juzgado, una vez muerta su influencia. Mientras vivió, la sufrían los más recalcitrantes; pero ahora, y con los prejuicios corrientes, es una psicología asaz difícil el análisis de tal personalidad. Las mujeres no le perdonarán nunca haber tenido gracia, como ellas, ni los hombres el no tenerla, como él.

Lo hemos dicho más arriba, pero no nos cansaremos de repetirlo: lo

(1) Sólo un inglés puede emplear esa expresión. En Francia no tiene altares la originalidad; se le niega el agua y el fuego; se la odia como una distinción nobiliaria. Subleva

á las gentes mediocres, que siempre tienen preparada, con los que son *de otra manera que ellas*, una de esas mordeduras de encías que no desgarran, pero ensucian. *Ser como todo el mundo* es para los hombres el principio equivalente á ese otro de las *Bodas de Figaro* que se inculca en la cabeza de los jóvenes: *es menester que te hagas considerar.*—(N. DEL A.)

que crea al dandí es la independencia. De otro modo, habría una legislación del dandismo, y no la hay (1). Todo dandí es osado, pero un osado con tacto, que se detiene á tiempo, y que entre la originalidad y la excentricidad encuentra siempre el famoso punto de intersección de Pascal. He aquí por qué no pudo doblegarse Brummell á las exigencias del Código de la milicia, que es un uniforme también. Bajo este punto de vista, fué un oficial detestable. Mr. Jesse, ese admirable cronista que no quiere hacer gracia de nada, refiere varias anécdotas sobre la indisciplina de su héroe. Rompe las filas en las maniobras y falta á las órdenes de su coronel; pero el coronel está subyugado por su hechizo, y no hay miedo de que se encolerice. Brummell asciende á capitán en tres años. De repente recibe su regimiento la orden de ir de guarnición á Manchester, y eso basta para que el capitán más joven del más magnífico regimiento del ejército abandone el servicio. Dijo al príncipe de Gales que no quería

(1) Si la hubiese, se podría ser dandí ajustándose á la ley. Sería dandí el que quisiera; todo se reduciría á seguir una prescripción. Por desgracia para los pollastros, no es así. Hay, sin duda, en materia de dandismo, algunos principios y algunas tradiciones; pero sobre todo eso se levanta el capricho, y el capricho no es lícito sino á aquellos á quienes cuadra y que saben consagrarlo prácticamente.—(N. DEL A.)

alejarse de él—explicación más lisonjera que hablar de Londres, que era lo que realmente le llamaba.— Allí había nacido su gloria; era autóctono de los salones donde la riqueza, el ocio y el último grado de civilización producen esas afectaciones encantadoras que han reemplazado á la naturalidad. ¡Caer en Manchester, ciudad manufacturera, la perla del dandismo, era cosa tan monstruosa como ver á un Rivarol en Hamburgo!

Salvó el porvenir de su renombre: se quedó en Londres. Tomó habitación en Chesterfield-Street, número 4, frente á Jorge Selwyn—uno de esos astros de la moda á los cuales había hecho palidecer.—Su fortuna material, aunque bastante considerable, no estaba al nivel de su posición. Muchos hijos de lores y de nababs ostentaban un lujo que hubiese eclipsado al suyo, si lo que no piensa pudiese eclipsar á lo que piensa. El lujo de Brummell era más inteligente que brillante, era una nueva prueba de la superioridad de ese espíritu que dejaba el escarlata para los salvajes, y que más tarde inventó este gran axioma: «Para ir bien puesto no hay que llamar la atención». Bryan Brummell tuvo caballos de mano, un excelente cocinero y un *home* como el de una mujer poética. Daba comidas deliciosas en que los convi-

dados eran tan selectos como los vinos. Le gustaba beber hasta embriagarse, como á los hombres de su país, y, sobre todo, de su época (1). Linfático y nervioso, devorado por el tedio de esa existencia ociosa é inglesa de que no se libra más que á medias el dandismo, buscaba las emociones de la nueva vida que se encuentra en el fondo de los brebajes, vida que palpita más enérgicamente, que vibra y deslumbra. Pero aun entonces, con un pie en el vertiginoso abismo de la embriaguez, permanecía dueño de sus bromas y de su elegancia, como Sheridan, de quien se habla siempre, porque sin cesar se le ve en el ápice de todas las superioridades.

Por eso subyugaba. Los predicadores metodistas (é Inglaterra es el país de ellos), todos los miopes que se han atrevido á lanzar apreciaciones sobre Brummell, lo han pintado con falsedad notoria como una especie de figurín sin cabeza y sin entrañas, y para rebajar aún más al hombre, han rebajado la época

(1) Todos bebían, desde los más ocupados hasta los más ociosos, desde los *lazzaroni* de salón (los dandíes) hasta los ministros de Estado. *Beber como Pitt y Dundas* ha pasado á ser un proverbio. Cuando bebía Pitt, aquella gran alma, llena del amor de Inglaterra, pero no saciada por él, bebía sedienta de variedad. Los hombres fuertes tratan á menudo de aturdirse; pero ¡ay! la naturaleza no siempre se presta á sus deseos.—(N. DEL A.)

en que vivió, tildándola de loca. ¡Empeño y trabajo inútiles! Ya pueden menudear tajos y mandobles sobre ese tiempo glorioso para la Gran Bretaña, como se golpeaba en Florencia la bola de oro donde estaba contenida el agua que se quería comprimir; como aquí el elemento rebelde atravesó las paredes antes que ceder, allí no se conseguirá que la sociedad inglesa de 1794 á 1816 descienda hasta quedar reducida á una mera sociedad decadente. Hay siglos que resisten á cuanto se diga de ellos para denigrarlos. La gran época de los Pitt, de los Fox, de los Windham, de los Byron, de los Walter Scott, ¿habría de empequeñecerse de repente, sólo porque estuvo llena del nombre de Brummell? Pues, si tal pretensión es absurda, eso significa que Brummell poseía algo digno de atraer y de cautivar las miradas de una gran época—miradas que no se cautivan, como los pajarillos con el espejuelo, por el simple señuelo de graciosos ó espléndidos trajes.—Brummell, aunque apasionado de ellos, concedía, sin embargo, mucha menos importancia de la que se ha creído á ese arte del aderezo personal practicado por el gran Chatham (1). Sus

(1) El único hombre histórico que ha sido grande sin ser sencillo.—(N. DEL A.)

sastres Davidson y Meyer, á quienes se ha querido convertir, con toda la sandez de la insolencia, en padres de su fama, no ocuparon en su vida el puesto que se les atribuye. No hay sino escuchar á Lister, que pinta con fidelidad: «Repugnábale pensar que sus sastres entrasen por nada en su renombre, y no confiaba más que en el atractivo exquisito de la fina y noble desenvoltura que poseía en grado tan notable.» Claro es que al principio, con sus tendencias á la exterioridad, y en el momento en que el democrático Carlos Fox introducía el tacón rojo en los salones de Inglaterra, Brummell debió preocuparse de la forma bajo todos sus aspectos. No ignoraba que el traje tiene un influjo latente, pero positivo, sobre los hombres que más lo desdeñan desde las majestuosas alturas de sus espíritus inmortales. Pero en lo sucesivo se desprendió, como dice Lister, de esa preocupación de joven, salvo hasta donde era conforme con la observación y la experiencia. Siguió vistiendo de una manera intachable, pero gastó prendas de colores apagados, simplificó su corte y las llevó sin pensar en ellas (1). Por tal camino

(1) ¡Como si fuesen imponderables! Un dandí puede gastar, si quiere, diez horas en su arreglo, pero, una vez terminado, lo olvi-

llegó á esa perfección en que el arte se da la mano con la naturaleza. Eso sí, sus medios de producir efecto eran del más noble linaje, y es lo que ha solido olvidarse demasiado, al considerarlo como un ser puramente físico, cuando antes bien era intelectual hasta en su género de belleza, porque brillaba mucho más por la fisonomía que por la corrección de las facciones. Tenía el pelo casi rojo como Alfieri, y una caída del caballo en una carga había alterado el corte griego de su perfil. El carácter de la cabeza poseía más belleza que la cara, y su continente—la fisonomía del cuerpo—sobrepujaba á la misma perfección de sus formas. Escuchemos á Lister: «No era guapo ni feo; pero había en toda su persona una expresión de finura y de ironía concentrada, y una penetración increíble en sus ojos.» A veces esos ojos sagaces sabían helarse de indiferencia sin menosprecio, como cuadra á un dandí consumado, á un hombre que atesora dentro de sí algo superior al mundo visible. Su magnífica voz hacía que la lengua inglesa pareciese tan bella al oído como lo es á los ojos y al pensamiento. «No afectaba ser corto de vista—sigue diciendo Lister;—pero, cuando las

da. Los que han de advertir que va bien puesto son los demás.—(N. DEL A.)

personas que había delante de él no tenían la importancia que hubiese deseado su vanidad, sabía acertar con esa mirada tranquila, pero errante, que pasa por una persona sin reconocerla, que no se fija ni se deja atraer, que nada ocupa ni desvía.» Tal era el *bello* Jorge Bryan Brummell. Nosotros, que escribimos estas páginas, lo vimos en su vejez, y descubríamos lo que había sido en sus años más brillantes; porque la expresión no está á merced de las arrugas, y un hombre, notable ante todo por la fisonomía, es mucho menos mortal que cualquier otro.

Añadamos que lo que esa fisonomía prometía lo cumplía con creces el espíritu. No en balde se agitaba el rayo divino alrededor de su envoltura. ¿Y sería justo negarle inteligencia, porque su inteligencia, de una especie infinitamente rara, se consagrara poco á las cosas que dominan la de los otros hombres? Era un gran artista á su modo, sólo que su arte no era especial; no lo practicaba en momentos dados. Ese arte era su vida misma, el fulgurar eterno de facultades que no reposan en el hombre, creado para vivir con sus semejantes. Agradaba con su persona, como otros con sus obras. Su valía estaba en el campo de acción. ¡Cosa difícil! Sacaba de su

torpeza (1) á una sociedad terriblemente extragada, culta, presa de todas las fatigas de las civilizaciones viejas, y eso sin sacrificar un ápice de su dignidad personal. Se respetaba hasta sus caprichos. Ni Etherege, ni Cibber, ni Congrève, ni Vanburgh, podían introducir tal personaje en sus comedias, porque nunca le alcanzaban los dardos del ridículo. Si no los hubiese esquivado á fuerza de tacto y desafiado á fuerza de aplomo, se hubiese precavido contra ellos á fuerza de ingenio — escudo que tenía un dardo en su centro y convertía la defensa en agresión. — Ahora se comprenderá mejor quizá al hombre. Los más refractarios para apreciar la gracia insinuante, estiman la fuerza que impone, y cuando se sepa — que no se sabe lo suficiente — la fuerza satírica que poseía Brummell, parecerá menos fabuloso é inexplicable el imperio que ejerció sobre su época. La ironía es un genio que dispensa de todos los demás: comu-

(1) Sin salir de la suya. Hay, efectivamente, en la amabilidad algo demasiado activo y directo para que un dandí sea perfectamente amable. Un dandí no tiene nunca preocupación ni ansiedad por nada. Si hay, pues, quien se ha aventurado á decir que Brummell fué amable ciertas noches, es porque la coquetería de los hombres de valer puede ser mediana y parecer irresistible. Son como las mujeres bonitas, á quienes se lo agradecemos todo (los hombres, por supuesto). — (N. DEL A.)

nica al hombre un aspecto de esfinge que preocupa como un misterio é inquieta como un peligro (1). Ahora bien: Brummell lo poseía y sabía emplearlo de modo que helaba todos los amores propios, aun halagándolos, y redoblaba el interés de una conversación superior provocando el miedo de las vanidades, el cual, si no da ingenio, estimula el de los que lo tienen, y hace circular más deprisa la sangre de los que no lo tienen. El genio de la ironía es el que hizo de él el mayor burlón que hubo jamás en Inglaterra. «No había — dice el autor de *Granby* — exhibidor de animales más hábil en poner de manifiesto la destreza de un mono que él en descubrir el lado ridículo, más ó menos profundamente oculto, de todo hombre; no tenía igual su talento para trastear á la víctima y obligarla á ella misma á exponer sus ridiculeces bajo el mejor aspecto posible. Gusto un poco feroz, si se quiere; pero el dandismo es fruto de una sociedad que se aburre, y el aburrimiento no cría buena sangre.

He ahí lo que importa no perder de vista cuando se juzga á Brum-

(1) «Es V. un palacio en un laberinto» — escribía una mujer, impacientada á consecuencia de mirar sin ver y de buscar sin descubrir. No sabía ella que expresaba un principio de dandismo. *Palacio* no lo es ciertamente el que quiere, pero siempre puede ser uno *laberinto*. — (N. DEL A.)

mell. Ante todo era un dandí, y no se trata más que de su poder. ¡Singular tiranía que no sublevaba! Como todos los dandíes, se gozaba más en asombrar que en agradar: preferencia muy humana, pero que lleva lejos á los hombres, porque el más bello de los asombros es el espanto. ¿Dónde parar en esa pendiente? Sólo Brummell lo sabía. Derramaba en dosis perfectamente iguales la simpatía y el terror, y con ellas componía el filtro mágico de su influjo. Su indolencia le vedaba el entusiasmo, porque entusiasmarse es apasionarse, apasionarse es rendirse á alguna cosa, y rendirse á alguna cosa es mostrarse inferior; pero, en cuanto á sangre fría, daba quince y raya. Era tan mordaz en la conversación como Hazlitt en sus escritos. Sus palabras crucificaban (1); sólo que su im-

(1) No las lanzaba, sino que las dejaba caer. El gracejo de los dandíes, jamás es retozón ni chispeante. No tiene esos movimientos de azogue y de llama del de un Casanova, por ejemplo, ó de un Beaumarchais, pues si por acaso se le ocurriesen las mismas palabras, las pronunciaría de otro modo. Aunque los dandíes representen el capricho en una sociedad metódica y simétrica, no dejan de respirar el afrentoso contagio del puritanismo, por bien organizados que estén. Viven en esa torre de la Peste, y semejante habitación es malsana. Por eso hablan tanto de dignidad. Creerían probablemente carecer de ella, si se entregasen al frenesi de las ingeniosidades. Se hallan constantemente en las alturas de la dignidad como en el remate de una estaca, lo cual, por flexible que uno sea, embaraza

pertinencia, revistiendo demasiadas proporciones para condensarse y encerrarse dentro de los límites del epigrama, trascendía de las frases, que la expresaban, á los actos, á los ademanes y al sonido de su voz; era, en suma, un arte vivo que Brummell practicaba con la superioridad indiscutible que exige, entre personas distinguidas, para ser tolerado, por lo mismo que está á dos pasos de la grosería como lo sublime de lo ridículo, y, no bien sube de color, se degrada y desvanece. Genio semi-velado siempre, la Impertinencia no ha menester, para exteriorizarse, del auxilio de palabras; sin hacer gran hincapié, tiene una fuerza de penetración harto superior al más brillante epigrama.

Cuando existe, es el arma que mejor puede imponer respeto á la vanidad de los demás, tan hostil frecuentemente; es asimismo el manto más elegante para ocultar las propias flaquezas. ¿Qué otra cosa necesitan los que la tienen? ¿No ha hecho ella por la reputación del talento del príncipe de Talleyrand más que ese mismo talento? Hija de la Ligereza y del Aplomo—cualidades que parecen excluirse—es también hermana de la Gracia, á la cual debe ir unida.

un poco para moverse, y obliga á estar demasiado tieso.—(N. DEL A.)

Las dos se embellecen por su mútuo contraste: porque la Gracia sin la Impertinencia, ¿no se parecería á una rubia demasiado sosa? y la Impertinencia, sin la Gracia, ¿no sería una morena demasiado provocativa? Para que ambas ganen, conviene entremezclarlas.

Y he aquí lo que Jorge Bryan Brummell conseguía como nadie. Ese hombre, tan superficialmente juzgado, fué una verdadera potencia intelectual: como que reinó por su porte y sus maneras más aún que por sus palabras. Su acción era más directa que la que ejerce exclusivamente el lenguaje. La producía merced á la entonación, la mirada, el ademán, la intención transparente, el silencio mismo (1); y eso puede explicar las pocas palabras que ha dejado. Hay que advertir, por otra parte, que esas palabras, á juzgar por las que registran las Memorias

(1) Cultivaba demasiado la conversación para no estar frecuentemente silencioso; pero ese silencio no tenía la profundidad del que guardaba el que ha escrito: «Me miraban para saber si comprendía sus ideas y sus juicios sobre no sé qué. Pero probablemente me tomaban por una medianía de salón, y á mí me divertía mucho la opinión presumible que formaban de mi persona. He pensado en los reyes que gustan de guardar el incógnito.» Esta solitaria y orgullosa conciencia de sí mismo debe ser desconocida de los dandíes. El silencio de Brummell era un medio más de producir efecto, la coquetería de esos seres seguros de agradar y que saben por dónde se enciende el deseo.—(N. DEL A.)

del tiempo, no tienen sabor para nosotros ó le tienen excesivo — que es otra manera de no tenerlo. — Se nota en ellas la ruda influencia del genio salobre de ese pueblo que riñe á puñetazos y se emborracha, y que no estima groseras cosas que dejarían de ser delicadas para nosotros. Medítese esto. Lo que se llama *donaire* en los productos del pensamiento, como cosa íntimamente relacionada con la lengua, con las costumbres, con la vida social, con las circunstancias que más varían de pueblo á pueblo, debe morir, como en extraño ambiente, en el destierro de una traducción. Las mismas expresiones que lo designan son intraductibles con propiedad en la profundidad de su sentido. Pruébese, si no, á encontrar correlativos al *wit*, al *humor* y al *fun*, que constituyen la *vis* inglesa bajo su triple aspecto original. Mudable, como todo lo individual, el *donaire* no se trasporda de una á otra lengua, á la manera que no se trasporda la poesía, á pesar de inspirarse en sentimientos generosos. Como ciertos vinos que no pueden viajar, hay que saborearlo en su tierra. Tampoco puede envejecer; es de la condición de las rosas más bellas, que pasan pronto; y quizá en eso reside el secreto del placer que proporciona. Dios ha reemplazado á menudo la duración por la intensidad de la

vida, á fin de que no se perdiese en nuestros corazones el generoso amor á las cosas perecederas.

No se citarán, pues, las frases de Brummell, ni justificarían su renombre, á pesar de que se lo dieron, porque las circunstancias de donde surgían, y que, por decirlo así, las cargaban de electricidad, ya no existen. No removamos ni contemos, pues, esos granos de arena, antiguas chispas que el tiempo dispersó después de apagarlas. Gracias á la diversidad de las vocaciones, hay glorias que no son más que ruidos en medio de un silencio, y que deben alimentar para siempre las divagaciones soñadoras desesperando á la razón.

Mas ¿cómo no maravillarse de que cayese esa oleada de gloria sobre un hombre tan positivo como Brummell, que lo era tres veces, puesto que era vanidoso, inglés y dandí? A imagen de todas las gentes positivas, que no viven lejos de sí propias, y que no tienen fe ni voluntad más que para los goces materiales, Brummell no deseó nunca sino esos goces, y los tuvo á discreción. Fué pagado por el destino en la moneda que más estimaba. La sociedad le brindó los deleites de que dispone, y no los había mayores para él (1); porque no

(1) Los moralistas preguntarán arrogante-mente: ¿Y fué feliz sin más que esa felici-

pensaba, á ejemplo de Byron — tan pronto renegado como relapso del dandismo — que el mundo no vale una sola de las alegrías que nos quita. El mundo no le había quitado ninguna á aquella vanidad eternamente embriagada. Desde 1799 á 1814 no hubo en Londres *raout* (1) ni fiesta donde no se mirase como un triunfo la presencia del gran dandí, y su ausencia como una catástrofe. Los periódicos inscribían su nombre á la cabeza de los más ilustres invitados. En los bailes de Almack, en los *meetings* de Ascott, todo se doblegaba á su dictadura. Fué jefe del club Watier, de que era miembro lord Byron, juntamente con lord Alvanley, Mildmay y Pierrepont. Era el alma (¿es alma lo que hay que decir?) del famoso pabellón de Brighton, de Carlton-House, de Belvoir. Unido más particularmente con Sheridan, la duquesa de York, Erskine, lord

dad del mundo que inspira compasión? ¿Y por qué no?... La vanidad satisfecha puede bastar á la vida lo mismo que el amor satisfecho. Pero ¡el hastío!... ¡Eh, Dios mío! Esa es la paja en que se quiebra el acero mejor templado en punto á felicidad. Es el fondo de todo, y para todos; con mayor razón para un alma de dandí, para uno de esos hombres de quienes se ha dicho muy ingeniosa, pero también muy tristemente: «Reunen en torno suyo todos los atractivos de la vida, pero al modo de una piedra que atrae el musgo sin dejarse penetrar por la frescura que lo envuelve.» — (N. DEL A.)

(1) Reunión. — (N. DEL T.)

Townshend y aquella apasionada y singular duquesa de Devonshire, poetisa en tres lenguas, y que besaba á los carniceros de Londres con sus labios patricios para ganar votos á Mr. Fox, imponíase aun á los mismos que podían juzgarlo, á los que hubieran podido encontrar el vacío dentro del hermoso busto, si no hubiese sido realmente más que el favorito del azar. Se ha dicho que madame de Staël casi llegó á afligirse por no haberle agradado. La omnipotente coquetería de su talento fué constantemente rechazada por el alma fría y la burla eterna del dandí que tenía buenas razones para reirse del entusiasmo. Corina no conmovió á Brummell, como tampoco á Bonaparte: coincidencia que recuerda la frase ya citada de lord Byron. En fin, éxito más original aún: otra mujer, lady Stanhope, la amazona árabe que huyó á galope de la civilización europea y de las rutinas inglesas — ese viejo circo en que la gente da vueltas sin cesar — para reanimar sus sensaciones en medio de los peligros y de la independencia del desierto; esa mujer, al cabo de muchos años de ausencia no se acordaba, de entre todos los seres civilizados que dejaba tras de sí, sino del más civilizado quizá, del dandí Jorge Brummell.

Confesémoslo: cuando se refle-

xiona en esas impresiones vivas é imborrables experimentadas por las eminencias de una época, no hay más remedio que tratar al que las produjo, así fuese un fatuo, con la seriedad que merece todo lo que triunfa de las imaginaciones de los hombres. Los poetas, por la sola razón de reflejar su tiempo, se han impregnado de Brummell. Moore lo ha cantado; pero ¿quién dice Moore? (1) Brummell fué acaso una de las musas de *D. Juan*, invisible para el poeta. Por lo menos, ese extraño poema tiene un tono esencialmente dandí desde el principio hasta la conclusión, é ilustra de una manera extraordinaria la idea que podemos formarnos de las cualidades y de la índole del espíritu de Brummell. A esas cualidades extinguidas debió el subir y mantenerse sobre el horizonte, de donde no bajó, sino que cayó, llevándose consigo una cosa que después no ha reaparecido más que degradada. Al dandismo ha reemplazado el *turf* embrutecedor. Ahora, en la *high life* no hay ya más que jockeys y azuzadores de perros (2).

(1) Dejando aparte el sentimiento irlandés, no era sino un poeta de pastaflores.— (N. DEL A.)

(2) Ha habido un D'Orsay. Pero D'Orsay, león en el sentido de la *fashion*, y que no dejaba de tener la belleza de los del Atlas,

Al escribir esta historia de impresiones más bien que de hechos, pronto se llega á la desaparición del meteoro, al fin de esa novela increíble, aunque nada fabulosa, de que fué heroína la sociedad de Londres, y héroe Brummell. Pero,

no era un dandí. La gente se ha engañado á propósito de él. Era una naturaleza infinitamente más compleja, más amplia y más humana que esa singularidad inglesa. Se ha dicho mucho, pero hay que insistir en ello sin cesar: la linfa, esa especie de agua muerta que no levanta espuma más que cuando la fustiga la vanidad, es la base fisiológica del dandí, y D'Orsay tenía la sangre roja de Francia. Era un hombre nervioso, sanguíneo, de recios hombros, de pecho á lo Francisco I y de belleza simpática. Tenía una mano soberbia y una manera de alargarla que cautivaba y arrebatava los corazones. No era el *shake-hand* altanero del dandismo. D'Orsay agradaba tan natural y apasionadamente á *todo el mundo*, que ¡hasta hombres llevaban su retrato! mientras que los dandíes no hacen llevar á los hombres sino lo que sabéis, y *agradan á las mujeres incurriendo en su desagrado*. (Jamás se olvide, al juzgarlos, este matiz.) D'Orsay, en fin, era un rey lleno de benevolencia, y la benevolencia es un sentimiento enteramente desconocido de los dandíes. Verdad es que tenía, como ellos, el arte del aderezo personal, no brillante, sino profundo; y por eso, sin duda, lo han mirado los superficiales como el sucesor de Brummell; pero el dandismo no es el arte brutal de ponerse una corbata. Dandíes ha habido que ni siquiera la han llevado nunca. Ejemplo: lord Byron, que tenía un cuello tan hermoso. A mayor abunda-

PERTENECE AL FONDO DE LA BIBLIOTECA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE MADRID

en la realidad, ese fin se hizo esperar mucho. A falta de hechos, que son la medida histórica del tiempo, tómense fechas, y se apreciará la profundidad de ese influjo por su duración. De 1793 á 1816 van veintidós años. Ahora: en el mundo moral como en el físico, lo que es ligero fácilmente se disipa. Un éxito continuo de tantos años prueba, pues, claramente que la existencia de Brummell respondía á

miento, D'Orsay fué un artista. Con aquella mano que daba demasiado — porque la coquetería reina mucho más por lo que rehusa que por lo que concede — esculpía, y no á la manera que Brummell pintaba sus abanicos para caras postizas y cabezas huera. Los mármoles que ha dejado D'Orsay tienen pensamiento. Añádase á este talento de escultor que estuvo á punto de ser escritor, y que á los veintitrés años mereció aquella carta de Byron á Alfredo D... incluida en esas famosas Memorias en que la vileza de Moore ha reemplazado los nombres por asteriscos y las anécdotas curiosas por puntos... (¡Buena persona el tal Moore!) Aunque fatuo, D'Orsay fué amado por las mujeres más *fatuas* de su tiempo. No se habla de las naturales: nunca hay más de dos ó tres en un siglo; ¿á qué hablar de ellas? Hasta llegó á inspirar una pasión duradera, y que será siempre histórica. No sucede lo mismo con los dandíes, á quienes no se ama sino por *espasmos*. Las mujeres, que los detestan, no dejan de rendírseles de todos modos, y para ellos vale por muchas libras esterlinas estrechar odios en sus brazos... En cuanto al dandí delicioso en que vemos á D'Orsay tirando su plato á la cabeza de un oficial que hablaba mal de la Virgen, y batiéndose por ella, porque era una mujer, y no quería que se faltase al respeto á una mujer en su presencia, ¿hay nada menos dandí y más francés? — (N. DEL A.)

una necesidad de la naturaleza humana bajo el imperio del convencionalismo social. Así, cuando más tarde tuvo que abandonar á Inglaterra, no desapareció el interés que supo concentrar en su persona. El entusiasmo no se apartaba de él. En 1812 y en 1813 era más poderoso que nunca, á pesar de los descalabros que por culpa del juego sufrió su fortuna material, base de su elegancia. Era muy jugador, en efecto; y no hay para qué dilucidar si estaba en su organismo ó en las tendencias de la sociedad en que vivía, esa audacia que afronta lo desconocido y esa sed de aventuras que engendra los jugadores y los piratas; lo seguro es que la sociedad inglesa se siente más avida aún de emociones que de guineas, y que no se domina una sociedad sino compenetrándose de sus pasiones. Otra razón había, á lo que parece, para que Brummell declinara, aparte de las pérdidas en el juego, y fué su ruptura con el Príncipe que le consagró su amistad, y que, por decirlo así, había sido el único cortesano de sus relaciones. El Príncipe adquirió obesidad — pólipos que atenaza la belleza, y la mata estrujándola suavemente — y Brummell, con su implacable ironía y con ese infernal orgullo que el éxito inspira á los corazones, llegó á burlarse á veces de los es-

fuerzos de coqueta impotente para reparar las injurias del tiempo que comprometían al príncipe de Gales. Habiendo en Carlton-House un portero de una corpulencia monstruosa á quien se apodaba *Big-Ben* (Benjaminón), Brummell trasladó al señor el apodo del criado. A mistress Fitz-Herbert la llamaba también *Benina*. Befas tan audaces no podían menos de herir en lo hondo á aquellas almas vanidosas; y entre las mujeres que rodeaban al Príncipe heredero, no fué su amante la única en ofenderse por las familiaridades de la ironía de Brummell. Tal fué, para decirlo de pasada, la causa real de la desgracia en que cayó de repente el gran dandí. La historia de la campanilla, que se dió como explicación en un principio, es apócrifa, á lo que parece (1). Mr. Jesse la rechaza, apoyándose, no sólo en la negativa de Brummell, sino en la vulgar insolencia (*the vulgar impudence*) que revela, y tiene razón; porque insolencia, muy á menudo la tenía el dandí, pero vulgaridad nunca.

(1) He aquí la historia. Supónese que una noche, estando cenando, y para ganar la más irrespetuosa de las apuestas, Brummell dió esta orden al príncipe de Gales: «¡Jorge, llame V.!» señalándole la campanilla. Se añade que el Príncipe obedeció, y que, indicando á Brummell, dijo al criado que se presentaba: «Lleven á la cama á ese borracho.»—(N. DEL A.)

Sobre que, además, un hecho aislado, por significativo que sea, no iguala en gravedad, para motivar la caída, á los cien mil saetazos envenenados que Brummell disparaba con la mayor naturalidad contra las afectaciones del Regente. Lo que toleró el marido de Carolina de Brunswick, no podía soportarlo el amante de mistress Fitz-Herbert, de lady Conyngham (1). Y si

(1) La influencia y las chanzas mismas de Brummell entraron por mucho en el alejamiento del príncipe de Gales respecto de Carolina de Brunswick. Sabido es que aquella famosa noche de bodas, pasada por el Príncipe sobre una alfombra al lado del fuego, mientras la joven esposa lo esperaba entre las blandas plumas del lecho nupcial, fué precedida de una cena con los dandíes. Esos hombres positivos no se entusiasmaban con el sentimentalismo vaporoso, algo materializado después, que Carolina traía entonces de Alemania; ¡y luego, Carolina era la mujer legítima en el país de la felicidad conyugal oficial, y de las *escanciadoras* de té! Ahora bien: el dandismo, que busca lo imprevisto y detesta la pedantería de las virtudes domésticas, debe preferir todas las desgracias acarreadas por una amante á la imperturbable felicidad pública de lord y lady Grey, por ejemplo, tan ensalzada por madame de Staël. Los dandíes, que se cocean en Inglaterra con esas dichas legales, no tienen ni pueden tener las opiniones de madame de Staël, que no podía verlas mucho en los salones de París. La poesía nace de la distancia, y bien es que la imaginación tenga siempre una quimera que acariciar; pero cuando la mujer que se retrata en Corina, que amó á D..., que amó á C..., que amó á T..., acaricia una quimera como aquella, se halla más lejos de la verdad del corazón y de la imaginación que los dandíes, y rebaja á madame de Staël, reduciéndola á simple hija de madame Necker.—(N. DEL A.)

aun hubiera soportado que el favorito hiriese impunemente á las favoritas, el Príncipe no podía sufrir sin resentirse que se le atacase á él en su persona física, su verdadero yo. El «¿Quién es ese gordinflón?» dicho públicamente por Brummell en Hyde-Park, señalando á su Alteza Real, y multitud de frases semejantes, lo explican todo mucho mejor que un olvido de las conveniencias, máxime disculpado por una apuesta.

Pero hacia esa época (1813) ni el alejamiento rencoroso del Príncipe ni los reveses sufridos en el juego, habían quebrantado todavía la posición de Brummell. La mano que sirvió á su elevación no lo dejó caer al retirarse, y la opinión de los salones le quedó fiel. No fué eso todo. El Regente vió con amargura á un dandí medio arruinado luchar arrogantemente en influencia contra él, el hombre más elevado de la Gran Bretaña. Anacreonte-Arquíloco Moore, que no siempre escribía en papel azul celeste, y cuyo odio irlandés sabía acertar á veces con la frase más mortífera, ponía en boca del príncipe de Gales estos versos dirigidos al duque de York y citados en todas partes: «Nunca he tenido resentimientos ni deseo de hacer daño á nadie, salvo, ahora que lo pienso, al bello Brummell, que el año pasado me amena-

zó colérico con hundirme en la nada, y hacer ocupar mi puesto en la *fashion* al viejo rey Jorge.» Esos versos ofensivos ¿no daban la razón al rey de los dandíes cuando, á propósito del dandí regio, decía al coronel Mac-Mahon: «Yo, que he hecho de él lo que es, bien puedo deshacerlo?» ¿Y no demostraban palmaria mente la independenciam y la soberanía del poder que ejercía en la opinión ese Warwick de la elegancia? Una prueba más patente aún de ese poderío dieron en 1813 los jefes del Club Watier, que preparando una fiesta solemne, deliberaron en serio si invitarían al príncipe de Gales, estando enemistado con Brummell. Fué preciso que Brummell, que sabía ser impertinente hasta en la generosidad, insistiera mucho en que se invitase al Príncipe. El se alegraba, sin duda, de ver en su campo (puesto que era del Club) al anfitrión que no veía en Carlton-House, y se bañaba en agua de rosas, preparando ese encuentro de los dos en presencia de toda la juventud dorada de Inglaterra; pero el Príncipe, inferior á sí mismo en esta entrevista, y olvidando sus pretensiones de cumplido caballero, no se acordó siquiera de los deberes que impone la hospitalidad á los que la reciben; y Brummell, que esperaba oponer dandismo á dandismo, respondió á los es-

guinces de su Alteza con esa elegante frialdad en que se escudaba como en una armadura, y que lo hacía invulnerable (1).

De todos los Clubs de Inglaterra ese Club Watier era precisamente en el que más dominaba el furor del juego. Había allí escándalos inauditos. Ebrios de Porto aderezado con jengibre, esos *estragados*, consumidos de *spleen*, iban todas las noches á engañar su mortal aburrimiento y á enardecer su sangre normanda — sangre que no hierve más que cuando se saquea — exponiendo á un golpe de dados las más espléndidas fortunas. Brummell, como se ha visto, era el astro de ese famoso Club. No lo hubiera sido, á no engolfarse en lo más recio del juego y de las apuestas que en él se cruzaban. En puridad de verdad, no era ni más ni menos jugador que todos los que se agitaban en ese delicioso pandemonium, donde se perdían sumas locas con una perfecta indiferencia, que era en tales casos para el dandí lo que la gracia para los gladiadores que

(1) Quizá sería mejor decir: *que hacía creerlo invulnerable*. Pero los dandíes ahogan en su pecho el bello suspiro de laxitud de la Cleopatra de Shakespeare: «¡Ah! ¡Si tú supieses qué trabajo es llevar tan cerca del corazón, como yo la llevo, esta indiferencia!» Esos estoicos de los salones embeben en su máscara la sangre que les corre, y siguen enmascarados. Para los dandíes, como para las mujeres, *parecer es ser*. — (N. DEL A.)

caían en el circo. Muchos participaron, en todos conceptos, de la suerte común exactamente lo mismo que él; pero muchos hubo que pudieron afrontarla más tiempo. Aunque hábil á fuerza de sangre fría y de costumbre, no podía nada contra el albur que debía hacerle pagar la felicidad de su vida con la pobreza de sus últimos días. Los extranjeros que llegaron á Londres en 1814, los oficiales rusos y prusianos de los ejércitos de Alejandro y de Blücher, redoblaron la conflagración del juego entre los ingleses. Fué el momento terrible del desastre para Brummell. Su gloria y su posición tenían un punto aleatorio por donde una y otra debían eclipsarse. Como todos los jugadores, se encarnizó contra la suerte, y fué vencido. Recurrió á los usureros, y se hundió en los préstamos — se ha añadido que arrastrando su dignidad en la caída, pero sobre esto nada preciso consta. — Lo que acaso habría podido autorizar algunos rumores es que estaba dotado de las cualidades peligrosas que, haciendo aparecer blanco lo negro, subliman hasta las mismas bajezas (1), y que él abusó á veces de

(1) Esas cualidades han arrastrado siempre á los que las tuvieron. Recuérdese, por ejemplo, á Enrique IV, al duque de Orleans (el Regente), á Mirabeau, etc., etc. Enrique IV las tenía en pequeño grado, es ver-

esas cualidades. Así, por ejemplo, se recordaba haberle visto aceptar, en sus últimos apuros, una cantidad bastante considerable de un individuo que quería figurar entre los dandíes, acogiéndose al hombre á quien reconocían por soberano. Después, reclamando el dinero en medio de un círculo numeroso, Brummell respondió tranquilamente al importuno acreedor que ya le había pagado. «¡Pagado! ¿cuando?» preguntó sorprendido el prestamista; y Brummell, de la manera inolvidable que sabía, contestó: «Pues estando en la ventana de White, cuando pasó V., y le dije: *Jemmy, ¿cómo está V.?*» Tal respuesta extremaba la gracia hasta el cinismo, y no hacen falta muchas de ese jaez para prevenir desfavorablemente contra el que las pronuncia á todo el que las oye.

A parte de esto, acababa de sonar para Brummell la hora en que ya no se es justo con nadie, la hora

dad, pero el Regente las tenía en gran escala, y Mirabeau en escala enorme. Mirabeau desplegaba tanto orgullo en remover el cieno como alegría y gracia el duque de Orleans en afrontar sus manchas. ¿No se ha visto á éste *espiritualizar* puntapiés en...? ¿y de qué pie?... de la pezuña de Dubois. En esto pecaron más que Brummellesos profanadores de facultades adorables, porque no tenían, como él, enfrente de sí, una sociedad puritana: cosa que explica todos los excesos y justifica muchos errores. — (N. DEL A.)

de la desgracia. Su ruina estaba consumada; él lo sabía. Con su impasibilidad de dandí calculó, reloj en mano, el tiempo que le quedaba de estar en el campo de batalla, en el teatro de los éxitos más admirables que jamás ha tenido hombre de mundo, y resolvióse á no exhibir en él su humillación después de la gloria. Hizo lo que esas orgullosas coquetas que prefieren abandonar al que aman todavía, antes que verse abandonadas por quien no las ama ya. El 16 de Mayo de 1816, después de comer un plato de capón enviado por Watier, se bebió una botella de Burdeos (1) — Byron se bebió dos, cuando respondió al artículo de la *Revista de Edimburgo* con su sátira de los *Bardos ingleses y de los críticos escoceses* — y en seguida, á la manera que aventura una jugada el que se ve perdido, aun contando de antemano con el fracaso, escribió negligentemente esta carta, ya conocida:

«Mi querido Scrope: Mándeme doscientas libras. El Banco está cerrado, y tengo todos mis fondos en el 3 por 100. Le devolve-

(1) Sistema fisiológico inglés. El valor moral marcha al par con la fuerza física. Los ingleses son malos soldados, si están mal alimentados. La gloria de Wellington, es haber sido siempre un excelente abastecedor. — (N. DEL A.)

ré ese dinero mañana por la mañana.

»Suyo affmo.,

»*Jorge Brummell.*»

Scrope Davies le contestó inmediatamente con esta otra carta, espartana en punto á laconismo y amistad:

«Mi querido Jorge: Es un gran contratiempo, pero tengo en el 3 por 100 todos mis fondos.

»Suyo affmo.,

»*Scrope.*»

Brummell era demasiado dandí para sentirse de esta respuesta. No era hombre para moralizar sobre la materia, dice con mucha oportunidad Mr. Jesse. Por afición de jugador á las decisiones del azar, echó un papel al agua, y el agua se lo llevó. La respuesta de Scrope tenía una sequedad cruel; pero no era vulgar. Quedaba, pues, sano y salvo el honor de dandí á dandí. Brummell se vistió estoicamente, y aquella misma noche se presentó en la Opera. Allí fué lo que el fénix en la hoguera, y con más belleza aún, porque comprendía que no renacería de sus cenizas. ¿Quién hubiera dicho, al verlo, que era hombre al agua? El coche que tomó después de la ópera fué una silla de posta. El 17 estaba en Douvres, y

el 18 había abandonado á Inglaterra. Algunos días después de esa partida se vendía *by auction* (1), por orden del *sheriff* de Middlesex, el elegante mobiliario del dandí (*man of fashion*), «que había partido para el Continente», según decía el libro de venta. Los compradores fueron las personas más de moda de Londres y lo más distinguido de la aristocracia inglesa. Entre ellos figuraban el duque de York, los lores Yarmouth y Besborough, lady Warburton, sir H. Smyh, sir H. Peyton, sir W. Burgoyne, los coroneles Sheddon y Cotton, el general Phipps, etc., etc. Todos querían, y pagaron como pagan los ingleses un capricho, aquellas preciosas reliquias de un lujo refinado, aquellos objetos consagrados por el gusto de un hombre, aquellas bagatelas tocadas y usadas por Brummell. Lo que más caro pagó esa sociedad opulenta, en que lo superfluo había pasado á ser lo necesario, fué precisamente lo que menos valor tenía en sí, las fruslerías (*the knick-knacks*) que no son nada sino por la mano que las ha escogido y por el capricho que las ha engendrado. Brummell pasaba por tener una de las más numerosas colecciones de tabaqueras que ha habido en Inglaterra. Se abrió una

(1) En pública subasta. — (N. DEL T.)

en que se leía, escrito de su puño: «Yo destinaba esta caja al Príncipe Regente, si se hubiese portado mejor conmigo». La naturalidad de semejante frase hace subir de punto su impertinencia. Sólo las fatuidades de bajo vuelo carecen de sencillez.

Llegado á Calais, «asilo de los deudores ingleses», Brummell trató de engañar el destierro. Se había llevado en la huida algunos restos de su pasada magnificencia, y esos restos de una fortuna inglesa eran casi una fortuna en Francia. En casa de un librero de la ciudad alquiló una habitación y la alhajó con un gusto suntuoso, que recordaba su gabinete de Chesterfield-Street ó sus salones de Chapel-Street, en Park-Lane. Sus amigos —si es lícito escribir una palabra tan sincera, porque los amigos de un dandí son hasta cierto punto los chichisveos de la amistad— proveyeron á los gastos de su vida, que durante mucho tiempo conservó cierto brillo. El duque y la duquesa de York, con quienes había intimado más desde su ruptura con el príncipe de Gales, Mr. Chamberlayne y otros muchos, acudieron entonces y después nobilísimamente en ayuda del *Bello* desgraciado, demostrando así, con más elocuencia que nunca, la poderosa impresión que produjo en todos los que

lo conocieron. Fué pensionado por los hombres á quienes cautivó, como un escritor ó un orador político lo son á veces por los partidos cuyas opiniones representan. No era nueva ni degradante en las costumbres inglesas, esa liberalidad. ¿No recibió Chatham una suma considerable de la vieja duquesa de Marlborough por un discurso de oposición? Y Burke mismo, que no tenía la grandeza de Chatham, y que hacía *bombast* (1) en materia de virtud como de elocuencia, ¿no aceptó del ministro, marqués de Rockingham, una propiedad que le valió el ser elegible para el Parlamento? Lo que era nuevo era el motivo de esa liberalidad; lo que era nuevo es que algunas personas recompensasen un placer sentido como se recompensa un servicio prestado; en lo cual no iban descaminadas, porque ¿puede hacerse mayor servicio á las sociedades aburridas, que proporcionarles algún placer?

Pero todavía hubo algo más asombroso que ese ejemplo de una gratitud siempre rara. El ascendiente del dandí no había muerto á manos de la ausencia; sobrevivía á su partida. Los salones de la Gran Bretaña se ocuparon de Brummell

(1) *Buches*, diríamos, conservando la frase, en castellano vulgar. *Bombast* es hinchazón.—(N. DEL T.)

desterrado tanto como cuando estaba presente, dictando sus decretos á esa sociedad que se somete al que la ama, pero que aplasta al que la abandona. La atención pública traspasaba la niebla, franqueaba el mar, y llegaba hasta esa ciudad extraña de la otra orilla donde el dandí se había refugiado. La *fashion* hizo más de una peregrinación á Calais. Allí se vió á los duques de Wellington, de Rutland, de Richmond, de Beaufort, de Bedford; á los lores Sefton, Jersey, Willoughby Eresby, Craven, Ward y Stuart de Rothsay. Tan soberbio como en Londres, Brummell conservó todos los hábitos de su vida exterior. Lord Westmoreland, pasando un día por Calais, le envió á decir que tendría mucho gusto en darle de comer y que la comida sería á las tres de la tarde. El *Bello* respondió que no comía nunca á esa hora, y desairó á su excelencia. Vivía, por lo demás, con la monótona rutina con que viven en el continente los ingleses ociosos, y en medio de una soledad tan sólo interrumpida por las visitas de sus compatriotas. Aun cuando no afectase altanería de aristócrata ó de misántropo, su cortesía respiraba tal solemnidad, que no atraía mucho á los hombres á quienes el azar lo acercaba: seguía siendo un extraño por la lengua (1), y

(1) Se conoce la broma de Scrope Davies á

lo era más aún por los hábitos de su pasado. Un dandí es más insular que un inglés, porque la alta sociedad de Londres es como una isla dentro de otra isla; y á mayor abundamiento, no ha de excederse allí en flexibilidad y en agrado el que quiera parecer distinguido. Con todo, á pesar de su reserva un poco orgullosa (1), resistía menos á las insinuaciones, cuando se le hacían con el aliciente de una buena comida. Su afición á la mesa, delicada como un gusto, y exigente como una pasión, fué siempre uno de los aspectos más desarrollados de su sibaritismo. Gracias á esa sensualidad, bastante común en los hombres espirituales, era menos intratable su vanidad; pero todo lo oscurecía

que Byron dispensó el honor de un eco en uno de sus poemas: «Como Napoleón en Rusia, Brummell, al aprender el francés, fué vencido por los *elementos*.» Es un poco fuerte; pero, en fin, es una broma. No dejó de ser incorrecto é inglés en nuestra lengua, como todas esas bocas acostumbradas á mascullar el guijarro sajón y á hablar á orillas de los mares; pero su manera de decir, corregida por la selección, ya que no por la propiedad de las palabras, y sus maneras de *gentleman* intachable, daban á lo que decía una distinción extraña y extranjera, una originalidad seria, aunque rara, que no dejaba de favorecerle.

(1) Los dandíes no rompen nunca completamente con el puritanismo original. Su gracia, por grande que sea, no tiene la *soltura* de la de Richelieu; no llega nunca hasta el olvido de toda reserva. «En Londres — dice el príncipe de Ligne — cuando uno es persona afable y corriente, pasa por extranjero.—(N. DEL A.)

su incomparable aplomo. «¿Quién es ese que le saluda á V., Sefton?» preguntaba á lord Sefton en un paseo público, y era el honrado provinciano en cuya casa comía él, Brummell, el día mismo que lo saludaba.

Vivió en Calais varios años, y probablemente ocultó muchos dolores bajo la capa de esa vanidad siempre prevenida. No dejó de sufrirlos también su inteligencia, viendo que le era imposible conversar, á él, hombre de conversación ante todo (1). Su espíritu, necesitado de la chispa del ajeno para inflamarse, se hallaba huérfano de recursos. ¡Terrible angustia que ha sentido mada-

(1) Se habla varias lenguas, pero no se *conversa* familiarmente más que en una. París mismo no hubiera reemplazado á Londres para Brummell. Esto aparte de que París corre hoy parejas con cualquier otra ciudad en punto al cultivo de la conversación amena y chispeante (de la *causerie*). La conversación es aquí casi nula, y Mad. de Staël no estaría ahora muy prendada de su *arroyo de la calle del Bac*. En París todos se preocupan demasiado del dinero que no tienen, y se creen demasiado iguales para pensar en lo que hablan... Hay tan pocas ganas de derrochar el ingenio como cualquier otra cosa. En Londres el interés de hacer una fortuna agita y domina á muchos espíritus; pero á cierta altura existe una sociedad que puede pensar en algo más en que eso. Luego hay clases (clasificación buena ó mala, no hace al caso), y no se necesita más para poner en prensa el ingenio y hacer que brote su espuma. En una sociedad así ¡es menester tanta delicadeza para ser impertinente, y tanta gracia para que complazcan las cortesías! Ahora bien: las dificultades crean los héroes, y en París es de-

me de Staël! El pensamiento de que su nombre llegaba á Londres, de que los más encopetados personajes de esa sociedad que ya no frecuentaba iban de cuando en cuando á llevarle algún recuerdo mezclado de una curiosidad imperecedera, no bastaba para indemnizarle de lo que había perdido. Pero la vanidad de un dandí, cuando sufre, es casi orgullo; enmudece, como la vergüenza. ¿Quién le ha tenido en cuenta eso al hombre frívolo? No sabiendo qué hacer quizá de facultades, inútiles para lo sucesivo, se consagró á una correspondencia con la duquesa de York, á quien pintó un abanico de chimenea sumamente

masiado fácil la vida de salón: todo se reduce á entrar y salir. Los escritores y los artistas, que deberían reanimar las sensaciones de los demás y tener siempre en su espíritu siquiera las limaduras de oro de sus trabajos, quedan tan deslucidos en sociedad como las gentes medianas. Fatigados de pensar durante todo el día, van á desentumecerse por la noche escuchando música que los absorbe como faquires, ó á tomar té como chinos. No conozco más que una excepción...

Brummell vino á París, pero no permaneció. ¿Qué podía hacer aquí? No gastaba ya el lujo que lo hubiera transformado de nuevo en un ser fascinador, así hubiese sido tan tonto y tan feo como el príncipe T... No le quedaban más que las maneras, cuya significación se pierde de día en día. El pasado de ese hombre hubiese sido totalmente incomprendible: ¡triste impresión para él, y triste espectáculo para los demás! Uno parecido ha dado la señora Guiccioli; y sin embargo, era mujer, y cuando se trata de una mujer, hay siempre sexo y nervios en nuestras opiniones. —(N. DEL A.)

complicado, con figuras inventadas por él. En Belvoir, en Oatlands, en todas partes lo habían colmado de favores los Duques; pero desde la traición de la fortuna, la Duquesa le atestiguó sentimientos que proyectan un rayo de seria ternura sobre esa brillante y árida vida (1). Brummell no lo olvidó jamás. Más aún: prece que, á no ser por la amistad de la duquesa de York, á quien había prometido no revelar lo que sabía de la vida íntima del Regente, hubiese escrito Memorias

(1) Son sentimientos singulares. No existe amistad entre las mujeres (¿por qué la verdad no es siempre original?), y un dandí es mujer en ciertos respectos. Cuando deja de serlo, es peor que una mujer para las mujeres; es uno de esos monstruos que llevan la cabeza encima del corazón. Hasta como amigo es detestable. Hay en el dandismo una frialdad, una sobriedad, un espíritu burlón, y una movilidad, aunque contenida, que deben prevenir inmensamente á esas máquinas dramáticas de lágrimas para quienes los enternecimientos son más aún que la ternura. En la primera juventud, menos les previene, por ejemplo, el odioso puritanismo. Los jóvenes muy graves agradan á las jovencuelas. Subyugadas por una actitud y no pocas veces por un encogimiento que se domina para no ser notado, creen ver profundidad cuando miran al vacío. Delante de un dandí, delante de la ligereza del espíritu, piensa en esa otra ligereza de que hablan las madres delante de sus hijas haciendo repulgos. Sin embargo, á pesar de eso —y quizá por eso, porque no dominan á quien las domina— pueden muy bien enamorarse de un dandí; y, en general, ¿de quién no cabe enamorarse en esta vida? Pero aquí no se trata sino de amistad, es decir, de una elección más aún que de una simpatía. —(N. DEL A.)

y rehecho así su fortuna; porque los editores de Londres le ofrecieron sumas inmensas por precio de sus indiscreciones. Ese silencio tan delicado (bien se lo hiciese guardar la Duquesa ó lo guardase de suyo) no traspasó grandemente la espesa capa de egoísmo de Jorge IV. Verdad es que, cuando pasó por Calais, para ir á visitar su reino de Holanda (1821) dejó, con el abandono de un alma indiferente, que su séquito arreglase las cosas para una reconciliación; pero Brummell no cedió sino muy á remolque á esas combinaciones oficiosas. Como *la vanidad no nos suelta nunca, ni aun en el potro*, se negó á pedir audiencia al Príncipe, que no era á sus ojos más que un dandí muy inferior á él. Puesto al paso de Jorge, permaneció dolorosamente cohibido. El antiguo convidado de Carlton-House le vió sin la emoción que se experimenta al volver á ver á un compañero de la juventud—ese sentimiento sonriente del pasado, poesía para uso de los más vulgares.—Otra vez, como le ofreciesen una tabaquera que él recordaba haber pertenecido á la famosa colección de Brummell, pidió que se lo presentaran, y señaló la hora de la recepción para el día siguiente. ¿Qué habría pasado si lo hubiese visto? ¿Habría vuelto á reinar en Londres el *Rey de Calais*, como se llamaba á Brummell? Pero

al día siguiente, habiendo recibido Jorge IV despachos que le obligaban á adelantar su salida, se olvidó completamente de Brummell. La poca diligencia del dandí fué igual por lo menos á la indiferencia del Príncipe. Esa indolente repulsa de toda aproximación al rey de Inglaterra no dejaba de ser una falta, colocándose en el punto de vista de la política de la vida; pero, si no la hubiera cometido, Brummell hubiese sido menos Brummell (1).

Jorge IV no volvió á hablar después del dandí encontrado en Calais; cayó nuevamente en la letargia de los recuerdos. Brummell no se quejó; guardó ese firme y discreto silencio que es el buen gusto del orgullo; y eso que un alma más débil hubiese encontrado no pocos motivos de recriminaciones en los acontecimientos que siguieron. A muy poco se agotaron sus recursos de Inglaterra; vinieron las deudas; vino la miseria. Brummell iba á empezar á bajar esa esca-

lera del destierro en medio de la pobreza, de que habla Dante, y á cuyo pie debía hallar la prisión, la limosna y un hospital de locos para morir. La mano que lo detuvo otra vez en los primeros peldaños de esa horrible escalera fué una mano real, la mano de Guillermo IV, cuyo Gobierno creó una plaza de Cónsul en Caen, y se la dió. Ese puesto, débilmente retribuido en un principio, acabó por no serlo nada á consecuencia de la incapacidad (1) desdeñosa de Brummell para desempeñarlo (2), y hasta se lo quitaron más tarde. Los Gobiernos, que deberían clasificar á los hombres, ¿creen haber hecho mucho por ellos, cuando los colocan en situaciones reñidas con su vocación? El tiempo que pasó Brummell en Caen fué una de las fases más largas de su vida. La nobleza de esa ciudad, acogiéndolo caluro-

(1) Más exacto sería decir: la *imposibilidad* desdeñosa.

(2) El necesitaba hombres que seducir, y le daban negocios que arreglar. Si el capricho, si la suerte loca de la mitad de su vida no lo hubiesen hecho refractario á todo lo que fuesen funciones y deberes públicos, quizá se hubiesen encontrado en él facultades de diplomático que poder utilizar. Decimos *quizá*; no afirmamos. Lord Palmerston ha demostrado sobradamente lo que puede ser el dandismo en política, cuando se trata de él sólo. Enrique de Marsay es una ficción bien tentadora; pero un destino creado por un poeta. No es decir que sea imposible; pero es el menos posible de todos los héroes de novela. — (N. DEL A.)

(1) Involuntariamente piensa uno en los versos divinos (del *Sardanápalo*):

If.....
.....thou feel'st an inward shrinking from this leap through flame into the future, say, it: *I shall not love thee less; nay, perhaps more for, yielding to thy nature...*

«Si sientes un estremecimiento interior al pensar precipitarte en el porvenir al través de estas llamas, dílo: *no te he de amar menos por eso, no; quizá te ame más por haber cedido á tu naturaleza.*» — (N. DEL A.)

samente y rodeándolo de consideraciones, demostró que los antepasados de los ingleses eran normandos. Eso pudo templar, pero no evitar las angustias que amargaron sus últimos días. Mr. Jesse ha consignado esas humillaciones, esos dolores; nosotros los callaremos. ¿A qué contarlos? De lo que aquí se trata es del dandí, de su influencia, de su vida pública, de su papel social. Lo demás ¿qué importa? El que se muere de hambre sale de la atmósfera de afectaciones de toda sociedad para entrar en la vida humana: deja de ser dandí (1). Doble-

(1) ¿Dejó él también de serlo alguna vez?... Cierta día, un veneciano, que se contentaba entonces con ser el Canova de la música, y que ha llegado á ser su Gustavo Planche — M. P. Scudo, actualmente de la *Revista de Ambos Mundos* — daba en Caen uno de esos conciertos en que, como bufón y como músico, disipaba sus facultades en pasmar á los imbéciles, si los imbéciles eran nerviosos. Quiso tener en su velada al dandí desterrado, que era aún una potencia *rue Guillebert*. Habiéndolo encontrado en casa de un amigo, lo invitó, y sacando del bolsillo su paquete de billetes (cosa de trescientos), lo abrió como un manojo de cartas, para ofrecerle algunos, cuando Brummell, con un movimiento soberano y con la naturalidad de un dandí que tiene el mundo por suyo, se apoderó de todos. «Jamás los pagó — dice M. Scudo — pero hizo aquella jugada de una manera admirable, y yo tuve una idea más acerca de Inglaterra á expensas de mi bolsillo.»

A poco tiempo de esto fué cuando se volvió loco, y como el dandismo, más poderoso que su razón, había penetrado todo el hombre, su locura se tiñó de dandismo. Tuvo la manía furiosa de la elegancia. No se quitaba ya

mos, pues, la hoja; pero no sin hacer á Brummell la justicia de reconocer que fué dandí hasta donde puede serlo un hombre en medio de la pobreza y del hambre. La facultad que en él descollaba permaneció enhiesta mucho tiempo sobre las ruinas de su vida. Las restantes que no valían sino para sostenerla, armonizándose con ella, no sirvieron de nada para su gloria, ni de mucho para su felicidad. Así, era poeta; tenía el grado de fantasía indispensable para un hombre cuya vocación es agradar; pero las poesías que ha dejado, aunque nota-

el sombrero en la calle, cuando lo saludaban, por temor de desarreglarse la peluca, sino que devolvía el saludo con la mano, como Carlos X. Vivía en el *hotel de Inglaterra*. Ciertos días, con no pequeño asombro del personal del hotel, mandaba que le preparasen su habitación como para una fiesta. Arañas, candelabros, bujías, flores á granel, nada faltaba; y él, al fulgor de todas aquellas luces, ostentando toda la elegancia de su juventud, vistiendo el frac azul Whig con botones dorados, chaleco de piqué y pantalón negro, ajustado como el calzón del siglo XVI, estaba en pie en el centro, y esperaba... ¡Esperaba la Inglaterra muerta! De repente, y como si se hubiese decidido, anunciaba á toda voz al príncipe de Gales, luego á lady Connyngham, después á lord Yarmouth, y, en fin, á todos los altos personajes de Inglaterra cuya ley viva había sido; y creyendo verlos presentarse á medida que los llamaba, y cambiando de voz, iba á recibirlos á la puerta, abierta de par en par, de aquel salón vacío, por la cual ¡ay! no debía pasar nadie aquella noche, ni las siguientes; é iba saludando á esas quimeras de su pensamiento, y ofrecía el brazo á las mujeres que entre todos

bles para un dandí, no ilustrarían á un escritor (1). No tenemos, pues, que ocuparnos de ellas. En este estudio de un hombre tan especial á su modo, todo lo que no es la vocación misma, todo lo que no es el dedo de Dios sobre la inteligencia debe dejarse á un lado.

esos fantasmas acababa de evocar, y que á buen seguro no hubiesen querido abandonar sus tumbas ni por un instante para acudir á ese *raout* de dandí caído. Esa escena se prolongaba mucho tiempo... Cuando todo estaba lleno de fantasmas, cuando había llegado toda esa gente del otro mundo, acertaba á llegar también la razón, y el desgraciado se apercibía de sus ilusiones y su demencia, ¡y entonces caía en uno de aquellos sillones solitarios, donde lo sorprendían bañado en lágrimas!

Pero en el *Bon-Sauveur* esas locuras fueron menos conmovedoras. El mal empeoró y adquirió un carácter de degradación que parecía un desquite de la elegancia de su vida. Imposible contar nada... ¡Afrentosa ironía del terrible genio de la burla, oculto en el fondo de todas las cosas, que acaba por reivindicar su parte en la vida ligera de los que más se han burlado! El pabellón del *Bon-Sauveur* hizo pagar á Brummell el pabellón de Brighton. Entre esos dos pabellones está su vida! —(N. DEL A.)

(1) Mr. Jesse, á quien habrá que mencionar en adelante siempre que se trate de Brummell, cita en su libro versos del célebre dandí. Los había escrito Brummell en un álbum bellísimo donde habían escrito los suyos Sheridan, Byron y el mismo Erskine. No son versos de álbum, líneas trazadas rápidamente, sino composiciones bastante extensas, y en que circula cierto soplo de inspiración. —(N. DEL A.)

XII

Se sabe ahora qué vocación fué esa y cómo la cumplió. Había nacido para reinar por facultades muy positivas, aunque Montesquieu, en una hora de despecho, las haya llamado el *yo no sé qué*, en vez de definir lo que son. Por ellas dominó su época. Como diría el príncipe de Ligne, «fué Rey por la gracia de la gracia», pero con la condición, que pesa sobre cuantos anhelan influencia, de aceptar los prejuicios y aun, hasta cierto punto, los vicios de su tiempo. Confesión triste de hacer para los castos amigos de la verdad en todas las cosas: si su gracia hubiese sido más sincera, no hubiese sido tan poderosa, no hubiese seducido y cautivado á una sociedad sin naturalidad. ¿A qué grado de civilización refinada y de secreta corrupción no ha debido llegar, en efecto, la sociedad inglesa, para que sea exacta y profunda esta frase, dicha á propósito de un dandí como Brummell: *Desagradaba demasiado generalmente para no ser buscado?* (1) ¿No se ve aquí la comezón que experimentan á veces las mujeres enérgicas y libertinas

(1) Bulwer en *Pelham*.—(N. DEL A.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

de que las peguen? ¿Por ventura, la gracia sencilla, candorosa, espontánea, sería estimulante bastante poderoso para remover esa sociedad exhausta de sensaciones y agarrada por preocupaciones de todas clases? Si uno se conservase tal cual es en semejante medio, ¿qué sería? Un ser apenas notado por algunas almas escogidas que se hubiesen conservado á su vez sanas y grandes (1): público ¡ay! muy inseguro. Pero somos vanidosos, queremos la aprobación de los demás: movimiento encantador del corazón humano, calumniado en demasía. He ahí quizá toda la explicación de las afectaciones del dandismo. No sería, pues, éste en definitiva, sino la gracia falseándose para hacerse sentir mejor en una sociedad falsa (2), es decir, si bien se mira, no sería más que el natural, hartamente violentado ciertamente, pero imperecedero.

(1) Como esa miss Cornel, por ejemplo, la actriz que Stendhal ha alabado tanto. Pero para descubrir la sencilla grandeza de aquel alma, rara como un diamante negro en Londres, se necesitaba un Stendhal, es decir, un hombre positivo espiritualmente hasta el maquiavelismo, pero que amaba la naturalidad como ciertos Emperadores romanos lo imposible.—(N. DEL A.)

(2) Y que carece del instinto de las bellas artes. Los nombres de Lawrence, de Romney y de Reynolds no sirven sino para hacer resaltar más esa indigencia. El pueblo romano no era artista, porque tuviese flautistas. En Inglaterra no existe el arte más que litera-

Se ha dicho al comienzo de este escrito: el día en que se transforme la sociedad que produjo el dandismo, el dandismo habrá dejado de existir; y como ya, á pesar de ese apego á sus añejas costumbres, que parece una fatal esclavitud, la aristocrática y protestante Inglaterra se ha modificado mucho desde hace veinte años (1), el dandismo apenas es ya más que la tradición de un día. ¿Quién lo habría creído, ó, mejor, quién no hubiera podido preverlo? Esa modificación se ha producido siguiendo una pendiente invariable. Inglaterra, víctima de su vida histórica, después de haber dado un paso hacia el porvenir, vuelve á descansar en su pasado. Por mucho que se engolfe en el mar del tiempo, jamás rompe del todo —como el *Corsario* de su más gran poeta— la cadena que la sujeta á la orilla. Para ella, que todo lo conserva, que todo lo guarda, *marble*

riamente. Miguel Angel es Shakespeare. Como en ese original país todo es singular, el mejor escultor que ha producido era una mujer, lady Hamilton, digna de ser italiana, y que esculpía en el mármol del más hermoso cuerpo que ha palpitado jamás. Estatuaría extraña, que era también la estatua, y cuyas obras maestras han muerto con ella; gloria vitalicia que no ha durado más que las palpitaciones de la vida y la ardiente emoción de algunos días. Es otra página que está por escribir; pero ¿dónde encontrar la pluma de Diderot para trazarla? —(N. DEL A.)

(1) La primera edición de este estudio data de 1844.—(N. DEL T.)

to retain, tienen los hábitos una influencia avasalladora, extraordinaria: la sétima piel de la serpiente se parece siempre á la primera que mudó. Un momento créese desvanecida la huella de lo que ya no existe: se escribe en ese palimpsesto, y basta una circunstancia para que lo que se creía borrado reaparezca legible, claro y brillante. Hoy el puritanismo, á que el dandismo hizo una guerra de Partho con las flechas de su ligera ironía—más bien huyendo de él que atacándolo de frente—el puritanismo se levanta y restaña sus heridas. Después de Byron, después de Brummell—dos burlescos de tan diversa especie, pero de influjo casi igual—¿quién no hubiese creído enterrada la antigua moral inglesa? Pues bien: no, no lo está. El inevitable, el inmortal *cant* ha vencido de nuevo. La adorable fantasía puede derramar en el vacío su sangre de esencia de rosas. Sucumbe bajo el peso de la naturaleza tenaz de ese pueblo aferrado á sus costumbres; sucumbe por la ausencia de esos grandes escritores que electrizan las imaginaciones y les comunican todas las audacias (1); sucumbe, en fin bajo el influjo

que ejerce en la alta sociedad una reina joven que posee la afectación del amor conyugal, como Isabel poseía la de la virginidad. ¿Qué mejores fuentes de hipocresía y de *spleen*? El metodismo, que había pasado de las costumbres á la política, vuelve á pasar, á la hora presente, de la política á las costumbres. Un poeta, un hombre de raza, que debe á su nacimiento el valor facilísimo de tener una opinión independiente, como podría esperar de su talento una verdadera inspiración, lord John Manners, ¿no acaba de publicar un tomo de poesías en honor de la Iglesia establecida de Inglaterra? El ateo Shelley no contaría ya siquiera con la seguridad del destierro. El liberalismo de ideas, que había brillado en ese país del farisismo altanero y del convencionalismo helado y engañoso, como un rayo de la inteligencia de sus más grandes hombres, no ha lucido más que un momento fugaz, y la momia del sentimiento religioso, el formalismo, sigue reinando siempre en el fondo de su sepulcro blanqueado. De aquella bella sociedad, cuyo ídolo fué Brummell, porque era su expresión viva en las cosas del mundo, en las gratas y amenas relaciones de esa sociedad, no queda nada, toda ha muerto. Un dandí como Brummell no volverá á verse; pero hombres como él puede afirmarse

(1) No es completa esa ausencia de escritores, puesto que existe Th. Carlyle; pero ¡qué lástima que prefiera frecuentemente el éter sedativo del espiritualismo alemán á ese cabial excitante que gusta á los ingleses y produce sensaciones tan francas!—(N. DEL A.)

que siempre los habrá, aun en Inglaterra, cualquiera que sea la libra que el mundo les ponga. Atestiguan la magnífica variedad de la obra divina: son eternos como el capricho. La humanidad necesita de esos hombres y de sus atractivos tanto como de sus héroes más imponentes y de sus más austeras grandezas. Deparan á criaturas inteligentes el placer á que esas criaturas tienen derecho. Son un ele-

mento de la felicidad de las sociedades, como lo son otros hombres de su moralidad. Naturalezas dobles y múltiples, de un sexo intelectual indeciso, en las cuales la gracia brilla más aún en el seno de la fuerza, y la fuerza se descubre todavía en el seno de la gracia: andróginos de la historia, no ya de la fábula, cuyo más hermoso tipo en la más hermosa de las naciones fué Alcibiades.

J. BARBEY D'AUREVILLY.

A ver á nuestro amigo el capitán B... taniente de movilizados del Sena. Precisamente estaba de guardia esa buena plaza. Imposible moverse de allí. Hay que quedarse pasado de arriba á abajo, como marineros de cuarte, en la poltrona del fuerte, charlando acerca de la guerra y de nuestros queridos asuntos... De pronto mi oficial, que bajo su uniforme de guardia móvil continúa siendo el mismo inaprobable zumbón de siempre, se interrumpe, se para, y exclama como del brazo, me dice en voz baja:

— ¡Oh, qué hermoso Dalmatín! Y con el rabillo de sus ojos grises, súbitamente encendidos como si fuera un sol, me mira con una intensidad que me hace sentir que él es el único que importa en este mundo.

LAS MADRES

(RECUERDO DEL SITIO DE PARÍS)

Aquella mañana había yo subido al monte Valeriano á ver á nuestro amigo el pintor B..., teniente de movilizados del Sena. Precisamente estaba de guardia esa buena pieza. Imposible moverse de allí. Hay que quedarse paseando de arriba á abajo, como marineros de cuarto, ante la poterna del fuerte, charlando acerca de París, de la guerra y de nuestros queridos ausentes... De pronto mi oficial, que bajo su uniforme de guardia móvil continúa siendo el mismo implacable zumbón de siempre, se interrumpe, se para, y cogiéndome del brazo, me dice en voz baja:

—¡Oh, qué hermoso Daumier! (1)

Y con el rabillo de sus ojuelos grises, súbitamente encendidos co-

(1) Pintor de género, á cuyo estilo se parecen las dos figuras protagonistas del presente cuadro de costumbres.—(N. DEL T.)

mo los ojos de un perro de caza, me mostraba las dos venerables siluetas que acababan de aparecer en la explanada del monte Valeriano.

En efecto: un hermoso «Daumier». El hombre, con largo gabán de color de castaña, con cuello de terciopelo verdoso que parecía hecho de viejo musgo de los bosques, flaco, pequeño, rojizo, frente deprimida, ojos redondos, nariz en forma de pico de lechuza. Una cabeza de pájaro encogido, solemne y estúpida. Para concluir, un saco de mano de alfombra floreada, de donde salía el gollete de una botella, y debajo del otro brazo un bote de conservas alimenticias, el eterno bote de hoja de lata que los parisienses ya no podrán ver nunca sin pensar en sus cinco meses de bloqueo... De la mujer no se veía de primeras sino una gigantesca capota y un chal viejo, ajustado

estrechamente á ella de alto á bajo, como para modelar bien su miseria; luego, de vez en cuando, por entre los lacios bullones de la capota, la punta de una nariz picuda que traspasaba, y algunos cabellos grises y escasos.

Al llegar á la meseta, el hombre se detuvo para alentar y enjugarse la frente. Sin embargo, allá arriba no hace mucho calor durante las brumas de fines de Noviembre; ¡pero habían venido tan de prisa!...

La mujer no se detuvo. Marchando en derechura hacia la poterna, quedósenos mirando un minuto con vacilación; como si quisiera hablar con nosotros; pero, intimidada sin duda por los galones del oficial, prefirió dirigirse al centinela, y oí que pedía con timidez ver á su hijo, un guardia móvil de París «de la sexta del tercero».

—Espere V. ahí—dijo el faccionario;— voy á hacer que le avisen.

Rebosando de alegría, con un suspiro de alivio á sus ansiedades, se volvió junto á su marido, y ambos fueron á sentarse á un lado, al borde de un talud.

Tuvieron que aguardar mucho tiempo. ¡Ese monte Valeriano es tan grande, con tal complicación de patios, glacis, bastiones, cuarteles y casamatas! Echaos á buscar á un móvil de la sexta por aquella

ciudad enmarañada, suspensa entre cielo y tierra, y flotante en espiral en medio de las nubes como la isla de Laputa. Sin contar con que á la sazón el fuerte está lleno de tambores, de trompetas, de soldados que corren, de herraduras que suenan. Es el relevo de la guardia; son las faenas, la distribución; un espía ensangrentado, á quien los francotiradores traen á culatazos; campesinos de Nanterre que vienen á quejarse al General; una estafeta que llega al galope, transido el jinete y chorreando el animal; jamugas que regresan de las avanzadas con los heridos que se balancean en los hijares de las mulas y gañen dulcemente como corderillos enfermos; marineros que izan una pieza nueva al son del pífano y de los «¡ah... oh!»; el rebaño del fuerte, á quien lleva por delante un pastor de pantalón encarnado, cayada en mano y fusil en bandolera; todo ello va y viene, se entrecruza por los patios, se abisma por la poterna como por la puerta baja de un fondak del Oriente.

—¡Con tal de que no se olviden de mi chico!—decían durante este tiempo los ojos de la pobre madre; y cada cinco minutos se ponía de pie, acercábase discretamente á la puerta y lanzaba una mirada furtiva al antepatio, arrimándose contra la muralla; pero no se atrevía á

volver á preguntar nada, por miedo de poner en ridículo á su hijo. El hombre, aún más tímido que ella, no se movía de su rincón; y cada vez que su compañera regresaba para sentarse con el corazón angustiado y el ánimo abatido, veíase que él la regañaba por su impaciencia y que le daba un montón de explicaciones acerca de las necesidades del servicio militar, con gestos de imbécil que presume de entendido.

Siempre he sido ávido de curiosidad por estas breves escenas silenciosas é íntimas, que se adivinan más que se ven, de esas pantomimas de la calle que se codean con vosotros al andar y que con un gesto os revelan toda una existencia; pero lo que más me cautivaba en el presente caso era la torpeza, la simplicidad de mis personajes, y sentía verdadera emoción al seguir á través de su mímica, expresiva y límpida como el alma de dos actores de Serafín, todas las peripecias de un adorable drama familiar...

Veía yo á la madre diciéndose una mañanita:

—Me carga este M. Trochu con sus consignas... Hace tres meses que no he visto á mi hijo... Quiero ir á abrazarle.

El padre, tímido como si estuviera de prestado en la vida, congojoso ante la idea de los pasos que ha-

bría que dar para proporcionarse un permiso, había tratado al pronto de disuadirla con razones.

—Piénsalo bien, querida. Ese monte Valeriano está en los quintos infernos... ¿Cómo harás para llegar allí sin coche? Además, ¡es una ciudadela! No pueden entrar las mujeres.

—Pues yo entraré,—dijo la madre; y como hace todo cuanto quiere, el hombre se puso en camino, fué á la comandancia correspondiente del recinto, á la alcaldía, á las oficinas del Estado Mayor, á ver al Comisario, sudando de miedo, yerto de frío, tropezando en todas partes, equivocándose de puerta, formando cola un par de horas en una oficina..., y resultando al cabo que no era allí. A la postre regresó al anochecer con un permiso del Gobernador militar en el bolsillo... A la mañanita siguiente, levántanse con el alba, con frío, con luz artificial. El padre hace crujir entre sus muelas un currusco de pan para entrar en calor; pero la madre no tiene hambre. Prefiere desayunar allá con su hijo. Y para obsequiar un poco al pobre guardia móvil, amontonan de prisa y corriendo en el saco de mano las últimas reservas de los víveres del sitio, chocolate, dulces, botellas de vino lacradas, todo, hasta el bote de conservas, un bote de ocho francos que se

reservaba preciosamente para cuando viniesen los días de gran escasez. Y en seguida, andandito los dos. Al llegar á las murallas acababan de abrir las puertas. Fué menester enseñar el permiso. La madre es quien tenía miedo... ¡Pero no! Parece que todo estaba en regla.

—¡Dejad pasar!—dijo el ayudante de servicio.

Solamente entonces respiró ella:

—¡Qué fino ha estado ese oficial!—Y ágil como una perdiz, trota y se apresura. El hombre apenas puede seguirla al paso:

—¡Cuánto corres, querida!

Pero ella no le escucha. Allá arriba, entre los vapores de la lontananza, el monte Valeriano le hace señas:

—¡Llega pronto... aquí está él!

Y ahora que ya han llegado, surge nueva angustia:

—¡Si no lo encontrarán! ¡Si no podrá venir!...

De pronto la vi estremecerse, tocar en el brazo al viejo y levantarse de un salto... Desde lejos había conocido su paso, bajo la bóveda de la poterna.

¡Era él!

Cuando se presentó, toda la fachada del fuerte parecía luminosa.

Un buen mozo, ¡á fe mía!, apuesto y gentil, con la mochila al hombro y el fusil en las manos... Acercóse á ellos, con el rostro radiante

y exclamó con voz varonil y alegre:

—¡Buenos días, madre!

Y en el acto, saco, manta, fusil, todo desapareció bajo las inmensas alas de la gran capota. En seguida llegó al padre su turno, pero no fué largo. La capota colosal lo quería todo para ella: era insaciable...

—¿Cómo estás?... ¿Vas bien abrigado?... ¿Qué tal andas de ropa blanca?

Y por debajo de los bullones de la capota, imaginaba yo la amplia mirada de amor con que le envolvía de piés á cabeza, entre una lluvia de besos, de lágrimas y de sonrisas; unos atrasos de tres meses de ternura maternal que le pagaba ella á él de una sola vez. El padre estaba muy conmovido, pero no quería aparentarlo. Comprendía que nosotros le mirábamos, y nos guiñaba el ojo como para decirnos:

— Dispensadla... es una mujer.

¡Y tanto como yo la excusaba!

Un toque de clarín vino á apagar de súbito esta hermosa alegría.

—Llaman...—dijo el muchacho.

—Es preciso que me vaya de aquí.

—¡Cómo! ¿No almuerzas con nosotros?

—¡Pues no! No puedo... Estoy de guardia veinticuatro horas en lo alto del castillo.

—¡Oh!— exclamó la pobre mujer. Y no pudo añadir más. Se que-

daron los tres un momento, mirándose con aspecto consternado.

— Por lo menos, llévate el bote de conserva—dijo al punto el padre con voz desgarradora, con una expresión á la vez conmovida y cómica de gula sacrificada. Mas, hete aquí que, con el trastorno y la emoción de los adioses, no encontraban ya aquel maldito bote; y daba lástima ver aquellas manos febriles y temblonas que buscaban y se agitaban; oír aquellas voces entrecortadas de lágrimas, preguntando: ¡El bote! ¿Dónde está el bote? Sin avergonzarse de mezclar este pequeño detalle casero con aquel intenso dolor... Encontrado el bote, hubo un postrero y largo abrazo, y el hijo volvió á entrar corriendo en el fuerte.

Recapacitad que habían venido desde bastante lejos para ese almuerzo, que se prometían de él una gran fiesta, que la madre no había dormido en toda la noche, y decidme si conocéis algo más tris-

te que aquella partida de campo fracasada, aquel rinconcito de paraíso que se entrevé y se encierra á escape tan brutalmente.

Aún aguardaron por algún tiempo, inmóviles en el mismo sitio, con los ojos siempre clavados en aquella poterna por donde acababa de desaparecer su hijo. En fin, el hombre se removi6, dió media vuelta, tosió dos ó tres veces con aire resuelto, y una vez seguro de su voz, dijo á gritos y con decisión:

— ¡Vamos, madraza; en marcha!—En seguida nos hizo un gran saludo y agarró el brazo de su mujer... Yo los seguí con la vista hasta el recodo del camino. El padre tenía aspecto de furioso; esgrimía el saco de mano con gestos desesperados... La madre parecía más tranquila. Caminaba junto á él, con la cabeza baja y los brazos colgantes. Pero por momentos parecíame ver estremecerse convulsivamente su chal sobre sus estrechos hombros.

ALFONSO DAUDET.

DE LA ESCLAVITUD EN ESPAÑA

Que desde remotísimos tiempos ha existido la esclavitud en todas las naciones, nadie puede negar con razón ó apariencias de ella. Es la historia de la triste y sufrida humanidad; opresores que no han querido que cese la opresión por conveniencia propia siglos y siglos, y oprimidos sin más recurso que la resignación ó la tardía esperanza de cobrar la libertad por su trabajo ó por la benevolencia de la condición de sus dueños.

Voy, pues, á hablar de la esclavitud dentro del cristianismo y especialmente de lo que á España pertenece desde el siglo xvi hasta los principios del presente, asunto merecedor de grandes meditaciones, de desengaños y de contrariedades inverosímiles. Soy el primero que ha emprendido este estudio con constancia y no del todo adversa fortuna, como se verá, en cuanto á

noticias recónditas buscadas y adquiridas las más por no usados caminos, y que forman un cuadro notísimo de las costumbres sociales de España en tres siglos con respecto á la esclavitud.

Dos poderes, desde los tiempos de algunos de los primeros Césares de Roma, intentaron, cuando menos, dulcificar la servidumbre mísera que tantos y tantos experimentaban: uno era el de la filosofía gentílica, otro el de la filosofía cristiana.

Séneca, en una de sus epístolas á Lucilio, filósofo y su amigo venía á decir, volviendo por la dignidad del hombre y en sus deseos de practicar el bien por el bien, doctrina tan aproximada á los krausistas:

« Con regocijo supe por aquéllos, que me envías, que con tus siervos vives, como en familia, acción correspondiente á un varón de tu pru-

dencia y sabiduría; siervos son también hombres; siervos son igualmente tus comensales; siervos son asimismo tus humildes amigos; siervos son, pues, tus compañeros, y si piensas en todos, nos hallamos sometidos á las veleidades de la fortuna.»

Recuerda los testimonios de lealtad de los esclavos, y que en su siglo no se dejaba á esos míseros hablar de noche para que no murmurasen de sus señores, y comparando tiempos con tiempos, exclama: «Pero cuando se les permitía hablar ante sus dueños y con sus dueños mismos, estaban prontos á morir por ellos; y si en los banquetes proferían sus juicios, callaban en los tormentos.»

Para fortificar á Lucilio en la creencia de que debieran ser tratados como hombres, decía: «Quieres considerar que aquél á quien tú llamas esclavo, ha nacido de la misma semilla, goza del mismo cielo, igualmente respira, igualmente vive é igualmente muere.»

Por último, previene un contrario argumento exponiendo con gran ingenio y verdad estas razones á Lucilio: «Quizás me opondrás que anhelo que recuperen su libertad los esclavos y que se prive de su autoridad á los señores, cuando aconsejo y procuro que te honren y que no te teman... Satisfaciéndose

Dios con ser amado y engrandecido, esto debe satisfacer á los dueños, porque en amor y miedo, hay incompatibilidad. Procedes excelentemente en huir de que te tengan temor y en darles la corrección por medio de palabras; pero la malicia nos ha dado condición tan violenta, que nos enciende en cólera cuando algo contra nuestro gusto se ejecuta.»

Aquí se escuchan las vehementes expresiones de un filósofo pagano. Pues ahora conviene oír los sublimes conceptos del Apóstol de las gentes: de San Pablo.

En su epístola á los de Éfeso, ¿qué aconseja á los siervos, dirigiendo una elocuente lección á los señores?

«Siervos, obedeced á vuestros dueños temporales con temor, y respeto y sencillez de corazón, como á Cristo.

» Y este servicio prescribe que sea con buena voluntad como al Señor y no como á los hombres, sabiendo que cada uno recibirá de él cuanto bien ó mal hiciere, ya sea siervo, ya libre.»

A Timoteo escribía en la primera de sus epístolas:

«Todos los siervos que están bajo el yugo estimen á sus señores por dignos de toda honra, para que el nombre del Señor no sea blasfemado.»

Esto se refería á los esclavos de gentiles.

A los que lo eran de cristianos les previene que sean fieles, que no los tengan en poco porque son hermanos, y antes sírvanles mejor porque son fieles y amados.

Cuando escribe á Filemón, cristiano, de que se había huido su esclavo Onésimo, cristiano igualmente, por él, le ruega y reconoce el derecho que sobre su persona tenía como tal esclavo, no obstante que fuese su hermano por el bautismo.

Así, pues, ni por la filosofía ni por la luz cristiana, se realizó en el Imperio romano la redención del esclavo, porque la esclavitud prosiguió como una de las costumbres fundamentales de la sociedad, sin que pudiesen prevalecer los ejemplos de almas grandes que, dejándose llevar de los caritativos impulsos de su corazón, manumitiesen á sus siervos con mayor frecuencia de la que ocurría en los tiempos del gentilismo.

En los de la decadencia del Imperio romano, aún permanecían en España aquellos siervos ó colonos libres que habían sufrido tantas miserias y maltratamientos, siendo el nombre de *Bagaudas* en el siglo de la feroz invasión de los bárbaros un título tan de menosprecio, que por él se creían los invasores más autorizados aún que lo que podían por

la fuerza de las armas, para ejercer sobre ellos todo género de crueldades.

Los esclavos personales, durante la última parte del período de la dominación visigoda en España, eran mirados con más humanidad que en el dominio de los gentiles y hasta en el de los cristianos del Imperio de Roma.

No hay duda en que los reyes adquirieron confianza en su mucha fidelidad, cuando por una ley se ordenó que los godos ó romanos, dueños de esclavos, les diesen armas en ocasiones de guerra, poniéndose aquéllos al frente, con lo que se aumentaba el ejército. Y no consta que esos esclavos faltasen á su lealtad. Al contrario, los dueños, con el perjuicio que se les seguía por la pérdida de ellos, ó por incurables heridas ó mutilación de miembros, ó por la libertad concedida en premio de su valor, procuraban evadir el precepto del Código militar que les imponía la obligación de convertir en soldados la décima parte de sus siervos.

Dejando de ser cosas, se enaltecían hasta el ejercicio de cargos importantes en el palacio regio. Así consta del Concilio XI de Toledo, reinando Egica, que prohibió dar oficios palatinos á libertos que no lo fueran del Fisco. En éstos prestaban su servicio en la corte como

pudieran prestarlo los esclavos en el serrallo del califa de Damasco.

En la Edad Media, no obstante los señores de horca y cuchillo (*cuchillo*, entiéndase bien y no hacha, porque á nadie se decapitó con ésta ni mandoble, salvo las licencias ó ignorancias de pintores y poetas), se modificaron en algo las costumbres.

D. Alonso X, en su Código venerando (tít. 5.º de la Partida IV), quitó el absoluto dominio del señor sobre el siervo, pues estableció que aquél no debe matarlo, *maguer lo ficiere porqué, sin mandamiento del juez del lugar*.

En esto siguió al emperador Antonino, que por una constitución quiso que no se pudiese dar muerte á los esclavos, sino en casos expresados por las leyes.

¿Qué pasó al emperador Augusto, dueño del Universo entonces conocido, y uno de los monarcas más absolutos? Que en un banquete á que asistió, dado por un opulento senador, éste se indignó ó exageró su indignación contra un esclavo que involuntariamente había roto un bellissimo jarro de pórfido. Y de tal manera creció su ira ó su anhelo de ostentar su señorío, que ordenó, en presencia del César mismo, que los otros esclavos se apoderasen de la persona de aquel malaventurado, é inmediatamente lo arrojasen vivo

al lago ó estanque de las murenas para su pasto.

Muy á mal llevó el César la acción; pero como el senador usaba de su derecho, no pudo dar orden en contrario. Había aquél dispuesto de lo que ilimitadamente era suyo al condenar á muerte á su esclavo. Y sólo sí, para manifestar su disgusto, se retiró al punto sin articular una queja ó desaprobación y respetando una ley á que no podía sobreponerse.

Y se había sobrepuesto á cuantas quiso; pero aquel hombre pertenecía á la condición de esclavos y no merecía que un Emperador violase el derecho por cosa de tan ninguna importancia.

En España tenían siervos los magnates, los tenían los monasterios, los tenían los prelados y hasta los eclesiásticos particulares, colonos adheridos al término que cultivaban, cuyos poseedores los vendían con el mismo.

Después de satisfacer la renta, podían con lo sobrante juntar para su rescate y hasta contraer matrimonios con mujeres nobles.

Pero la servidumbre personal, cuyo origen casi siempre estaba en el cautiverio, no dejaba de tener cierta libertad, cual era la de poderse casar ya los esclavos con esclavas, ya con personas libres. A veces acontecía que dos esclavos

casados, cada uno había distinto señor, caso en que se debía compeler á uno de los dueños á que comprase ó á que vendiese, y si ambos se negaban, la Iglesia estaba obligada á la compra.

La voz *esclavo*, española, está tomada de la de *sklevos*, griega, y la de *esclavitud*, de *sklavia*.

Para asegurarse de que no tuviesen fácil huida, los dueños los sometían comúnmente en su crueldad con un sello ardiente en la cara, en que para explicar que el así sellado era un esclavo, le ponían una *ese* y dentro de ella un *clavo*.

De castigos, horrorizan los que permanecían en España durante los siglos *xvi* y *xvii*. El elocuente agustiano de Sevilla, Fr. Pedro de Valderrama, en sus *Ejercicios de Cuaresma*, así nos habla de uno de ellos sin dar muestras de compasión:

«Acontece — dice — que tiene un hombre honrado un esclavo, ladrón incorregible, á quien no puede ya sufrir. Para castigarlo llama un verdugo. Cierra las puertas y ábrelo á azotes, y derrítele un hacha encima para que, pringándolo, aprenda á ablandarse el que es tan duro y emperrado; pero nunca los hombres ordinariamente castigan á sus esclavos con su propia mano, cuando quieren que el castigo sea muy atroz.»

En cuanto á los esclavos, todos

de origen mahometano en la Edad Media, unos, y eran quizás los menos, recibían el Sacramento del bautismo más bien por conveniencia que por convicción. Además que personalmente, tratando á lo humano el asunto, no veían la ganancia, pues no por ello conseguían inmediata ni aun más lejana á veces la libertad. El ejemplo contrario de lo que los mahometanos usaban con los cautivos de nuestra religión que se convertían á la de ellos, lo debían tener muy presente. No sé si debe creerse la malicia de un poeta del siglo *xv*, pero esos siervos, en casas de magnates y otros caballeros de menos alta guisa, solían ser hasta cierto punto peligrosos. Recordemos que en el Cancionero de burlas hay unas coplas del esclavo Jorgico, á quien su señora le decía:

Canta, Jorgico, canta,

y él acostumbraba responderle:

No quiere cantá.

Su propósito era conseguir los secretos favores de su señora, en tanto que el marido lidiaba en la Tierra Santa, ó en hábito de peregrino caminaba á visitar el sepulcro de Jesucristo.

Notorio es á todos que en la conquista del Nuevo Mundo se consideraron esclavos á aquellos indios,

si bien luego se modificaron con leyes más benévolas la dureza de la esclavitud primera, desgraciadamente en los más de los reinos pura teoría por la codicia de los gobernantes.

Entonces con las navegaciones y descubrimientos de los portugueses por las tierras africanas, se introdujo en el país de ellos como en el nuestro y en los señoríos de América la esclavitud de los negros.

La esclavitud se había ido más y más acrecentando en Europa desde los siglos anteriores. Juzgábase una verdadera represalia de la que ejercitaban contra los cristianos los turcos y moros incesantemente.

La impotencia de nuestras armas para obtener en aquellos días grandes y trascendentales victorias sobre los infieles, dió ocasión á dos caritativas fundaciones: las órdenes de Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia y de la Santísima Trinidad, para redimir cautivos cristianos.

Adonde no podía llegar la fuerza llegaba la religión de aquellos frailes, que se consagraban á predicar, á recoger limosnas y acudir al rescate de los cautivos, con la obligación de dar su libertad personal por alguno, caso de ser imposibles los medios para su redención, ó quedándose á veces en rehenes hasta completar la suma de los re-

dimidos, empresa admirable, pues entregando su libertad y aun la vida por sus hermanos, se acercaban más y más á Jesucristo. En materias de amor al prójimo, esta era una de las eminentes.

Mas con la sucesión de los tiempos, vinieron á hacerse por algunas naciones poderosas tratados con monarcas mahometanos, con que en mucho empezaron á disminuirse la cautividad y aquellos constantes apresamientos de barcos, aquellos asaltos por nuestras costas y aquellas crueldades.

El P. Haedo, en su *Topografía de Argel*, nos retrata los sufrimientos de los cautivos cristianos de todas naciones en aquella ciudad y aquel Estado de corsarios.

Los religiosos de ambas órdenes deseaban libertar los cuerpos de sus hermanos, y del peligro sus almas, porque muchos de los cautivos renegaban, ó por flaqueza de fe ó por no sentirse con valor para tolerar trabajos excesivos y los tratamientos rigurosísimos de sus amos.

Libertad, protección y lisonjas afectuosas, por considerarlos los infieles como personas inspiradas de Dios para aceptar la ley de Mahoma, les aguardaban, en vez de cadenas, prisiones, duros alimentos y palos.

Con la conversión aparente eran

ya libres y podían vivir independientes.

Bastantes de estos renegados, algunos de los cuales llegaron á ser corsarios más terribles y feroces que los mahometanos mismos de nacimiento, y de que se leen famosos ejemplos en las historias, permanecieron en tierras de infieles en el goce de riquezas y comodidades, pero otros, cuando podían, no deseaban proseguir en aquel género de vida, y convidados del amor de la religión, patria y familia, tornaban á ellas cuando tenían ocasión, pues los huidizos terriblemente eran castigados si se les malograban sus designios.

Al volver á España, justificando ante el Santo Oficio de la Inquisición con cartas de Padres Redentores, que por debilidad de ánimo se habían sometido al mahometismo, y que ocultamente se mostraban cristianos entre cristianos, y protegido á los cautivos, y hasta tratado con el cariño de hermanos á los que poseían, aquel Tribunal, con muy moderadas penas espirituales y ejercicios de desagravio á Dios, los admitían á reconciliación sin notas infamantes y sin salir á autos públicos, facilitando con esta benignidad que volviesen al seno de la Iglesia muchas de aquellas personas.

Mas esas instituciones de caridad

tan verdaderamente divinales, ya en los inmediatos tiempos al nuestro, donde las armas europeas se imponían en las más de las ocasiones á los agarenos, cuyo poderío empezaba á decaer, vinieron á convertirse en un mal, porque aumentaban la codicia de los infieles para multiplicar sus empresas de cautiverio, las sorpresas de nuestros buques, el saqueo de los lugares vecinos á las playas y hasta el atropello de los tratados con sus amigos los franceses é ingleses.

La compra de esclavos era un negocio muy lucrativo para los argelinos en término primero; por eso lo continuaban, mientras no llegó la hora de que nuestras fuerzas marítimas, acrecentadas, les dieron á entender que aquel interés ya no era tan seguro, porque se aventuraban á riesgos de muerte.

No puedo pasar en silencio la notable y poco conocida carta del marqués de la Mina al de la Ensenada, escrita en Barcelona el 24 de Noviembre de 1750.

Acababa de permitir el Rey que las religiones calzada y descalza de la Merced y los Trinitarios hiciesen una redención copiosa, que según el de la Mina excedería de un millón de pesos fuertes, con las limosnas que se esperaba obtener para la libertad de esclavos.

«Mirando sólo al individuo, de-

cia, no es negalle que se le hace un gran beneficio sacándole de aquel trabajo, pero si atendemos á la especie, *no hay piedad más tirana ni obra tan injusta, pues de cada esclavo que se redime resultan muchos cautivos: el riesgo continuo de las marinas, la invasión de los pueblos, la profanación de los lugares sagrados, la pobreza de los vasallos y todos los sacrilegios y males que vaticinan estos principios»* (1).

El marqués de la Mina ejercía el mando superior en Cataluña y hablaba por experiencia propia. «El encargo en que me hallo — proseguía — me enseña los desvelos, las cautelas y las tropas que me cuesta poner y ocupar para que los corsarios no insulten la costa, no saqueen las casas y los lugares inmediatos á las playas, y aun sorprendan los caminantes por los des poblados vecinos á las calas. Y como todo lo expresado se ha visto más de una vez, ni es pánico, ni terror, ni exajerado celo.

»El modo más seguro de hacer las redenciones es evitar que haya esclavos, y si la creada suma de que se trata se emplease en un armamento naval, sería más útil, más seguro y más digno de la soberanía del Rey, que entonces pondría en

respeto su nombre y en reconocida obligación á toda Italia.»

El marqués de la Ensenada presentó el papel que, entre otras, inclina estas poderosas razones al Rey D. Fernando VI, quien entendiendo ser asunto muy delicado, lo pasó á informe de su confesor el P. Francisco Rávago. Este combatió por escrito las cartas del marqués de la Mina, probando que en la ley natural, en la ley escrita y mucho más en la de Gracia, estaba el redimir cautivos: habló del peligro de las almas, de los que apostataban por miedo del trabajo y crudos castigos: citó á los Santos Padres que aconsejaban las redenciones, y negó que ascendiese la solicitada á la suma de un millón de pesos fuertes, y sólo sí á la de 130.000 pesos fuertes recogidos en término de once años, desde 1739 en que hicieron los Padres Trinitarios su misión última.

No prevaleció el intento del marqués de la Mina, pero las experiencias posteriores han venido á dar la razón á este magnate, de tanto valor en el campo como de libertad en palacio para decir verdades.

Volviendo al siglo xvi, la esclavitud continuaba en España, y para ver de qué modo, cumple narrar aquí lo que aconteció á Felipe II.

Un día de Diciembre del año de 1575, recibió esta carta de su her-

(1) *Biblioteca colombina*, tomo LXXXI de varios en folio.

mano D. Juan de Austria, que con armada numerosa se hallaba en las aguas de Nápoles.

Merece leerse íntegro el documento:

«En las galeras hay algunos forzados condenados á vida, y otros á tiempo que por edad y enfermedad han venido á ser inútiles para el servicio de V. M., haciéndole la misma costa que si fuesen á propósito para serville.

»Destos ha habido algunos que, ayudados de su industria *han alcanzado facultad para poder poner en su lugar un esclavo*, y de los tales han acudido algunos á pedirme que les dé libertad *poniendo en su lugar un esclavo*; yo, informándome primero si para ello hay inconveniente notable de los oficiales de V. M.; y hallando que los delitos porque fueron condenados en esta pena, no son atroces, con parecer de dichos oficiales, he dado libertad á algunos, *poniendo en su lugar á esclavos*; y por parecerles que para armar las galeras será buen arbitrio ese, teniendo cuenta con que los condenados por delitos atroces no sean oídos, admito á algunos á esta manera de composición.

»V. M. verá si es servido que se use de él con los que verdaderamente consultare que no están para servir, y me avisará su voluntad para que en todo la siga.»

No puede hallarse un más vivo testimonio de lo que importaba un esclavo, fuese infiel, fuese pagano, y hasta negaron admitir como sustitutos de criminales, para que por ellos cumpliesen condenas tan rigurosas como la de servir en galera, atados al banco y remo. Desde luego, sin obstáculo creyó D. Juan de Austria que podía hacerse.

Nos parece ver á Felipe II en su severidad al enterarse del contexto de tal carta, y más con el dictamen marginal de Antonio Perez:

«Que parece inconveniente y que así no se haga en ninguna manera.»

El Rey escribió de su puño y letra en su carta lo que sigue, volviendo por los fueros de su dignidad real que creía menoscaba, aunque involuntariamente, por su hermano:

«Así, y es de consideración por, que dispensar con las culpas, con los que están condenados á galeras por vida ó por tiempo, *no conviene ni lo debe hacer nadie sino yo*, como sabéis, aunque den esclavos; y cuando se haya tratado de ello me lo avisad, y convendría que se hallase algún letrado en ello (1).»

Pero cuando faltaba chusma de forzados para galeras en el mismo

(1) Documentos inéditos para la historia de España.

siglo de Felipe II, se puso en práctica un medio á fin de obtener á poca costa brazos para los remos con esclavos voluntarios y temporales, cogidos por el interés y el azar.

En las playas del puerto, donde surtas se encontraban las galeras, erigiase un dosel con las armas reales, debajo se colocaban un sillón para un oficial y una mesa con tapete y sobre ella dados y barajas. Acudía la gente perdida y poníanse á jugar dos, ya á los unos ya á las otras. El que ganaba, llevábase un bolso que el oficial le entregaba, y el que perdía, acto continuo era llevado á las galeras como esclavo por el tiempo del empeño (1).

En algunas partes, cuando no había quien quisiera ejercer el oficio de verdugo por la retribución correspondiente, se remediaba esta necesidad comprando un esclavo que lo fuese. Así sucedió en Cádiz, pues en 1618 ejercía ese ministerio el esclavo Domingo Castroverde.

En 1666 se compró del mismo modo otro esclavo. No se podía abusar más de la esclavitud (2).

Cádiz hallábase en ciertos tiempos, como el año de 1616, muy en recelo porque había en la ciudad más de trescientos moros esclavos

y otros quinientos negros, esclavos también, en tanto que frente á Arenas Gordas se hallaban surtas muchas naves artilladas, con cinco mil turcos y moriscos expulsos de estos reinos, corriéndose el peligro de que en inteligencia con aquéllos y en una ciudad muy mal fortificada, pudiesen invadirla por sorpresa los enemigos.

Un regidor solicitó que el corregidor y capitán á guerra de Cádiz, hiciese salir desde luego á moros y turcos cautivos ó libres, y así se pidiese á Felipe III. El Municipio, en este sentido, dictó un acuerdo.

En 1637 vino orden para que los esclavos cristianos, negros, mulatos é indios que en ella había, se remitiesen á las galeras.

No se conformó el Municipio con que los dueños quedasen de esta suerte desposeídos de sus esclavos, y gestionó cerca del Rey y de los del consejo, que el mandato se revocase.

Diez años después, renovóse. Pero ya antes se habían dado ostensibles y previsoras muestras de temores con los esclavos. En 10 de Mayo de 1614, el corregidor de Cádiz había mandado publicar bando, para que después de dadas las oraciones no pudiesen andar aquellos que fuesen moros por las calles, advirtiéndoles que sufrirían el castigo de prisión. El propósito se dirigía á

(1) Jorge Bruin en su *Teatro de las ciudades de Europa*, artículo de Cádiz.

(2) Actas del Ayuntamiento.

evitar que huyesen de la ciudad. Esta era entonces abierta, de manera que por el mar, y desamarrando algún barco pequeño y con la cercanía de Tánger, muchos solían fugarse con el favor de las sombras de la noche ó cautivando á sus guardas, ó dueños ó dándoles muerte.

En 1646 el conde de Frigiliana, gobernador de Cádiz, previno de orden del Rey, que los esclavos turcos se trasladasen á vivir á diez leguas tierra adentro, y todo en el plazo de seis días, y que los de diez y seis años arriba que infringiesen el bando, quedaban condenados á galera por esclavos toda la vida.

Ocho años después, el capitán don Juan Marrufo de Negrón, en el Ayuntamiento se lamentaba de la cantidad de esclavos moros que en la ciudad había, lo que prueba que el bando anterior, ó no se cumplió ó se aparentó cumplirlo, pues pasaban del número de mil quinientos. Muchos vecinos los utilizaban como granjería para gozar de los jornales; otros los compraban de los recientemente apresados para revenderlos. Y aquél señor pedía al Concejo que saliesen de la ciudad los moros, y que los dueños los vendiesen ó traspasasen. El Municipio, agradeciendo el buen celo del Regidor, comitió al conde de Molina que tenía el gobierno de Cádiz, que resolviese

lo que más conviniera en presencia de las leyes y pragmáticas para el caso.

Pero cuando se llegó á una formal determinación en el asunto, surgieron obstáculos que levantó naturalmente el interés privado.

El alférez mayor de la ciudad, D. Juan Ignacio de Soto, expuso á la población ser general el desconsuelo de los vecinos y la necesidad á que estaban reducidos por haberse sacado muchos moros, á causa de nuevas órdenes del Rey, recibidas por el Gobierno de la plaza.

Se consideraban importantísimos los moros para la obra de las nuevas fortificaciones por haberse dado principio á ellas con esos mismos esclavos de las galeras, habiendo continuado en la construcción de trabajos tan grandes con celeridad suma y conveniente.

Vista esta tolerancia, los vecinos de Cádiz trajeron esclavos que pagaban en las Aduanas sus derechos de entrada como cosa lícita. Dedicábanse al servicio de los despachos de flotas y armadas, á las cargas en embarques y desembarques, al comercio del trigo y de los víveres y á la limpieza de los arenales que arrojaban el mar y el viento á las murallas, por no haber entonces en la ciudad trabajadores ni sirvientes.

Negros de Portugal no podían

traerse, por la guerra que sustentaba aquella nación contra España.

Con los jornales que los esclavos moros ganaban, mantenían á sus dueños que eran muchas veces viudas, y otras personas pobres que no hallaban otro modo de atender á las necesidades de sus vidas sino con el valor de los trabajos de aquéllos.

El Ayuntamiento acordó exponer estos males á la consideración del Rey, quejándose del despojo que quería hacerse de estos esclavos moros á sus poseedores.

Véanse, pues, las vicisitudes que la esclavitud de blancos y hasta de blancos cristianos corría en España. Se continuaba por la necesidad, hasta cierto punto, de criados y de trabajadores. Es evidente que la labranza de los campos, las constantes emigraciones á América, las aventuras de una nación continuamente belicosa y el alhago de la vida militar tan libre, si bien expuesta á peligros, alejaban del servicio doméstico á muchas gentes.

Pero ¿á qué venía á reducirse la propiedad de los esclavos blancos en el siglo xvii? A una ilusión; cuando el Gobierno quería apoderarse de ellos con pretextos de convenir así á la seguridad de España, lo verificaba.

En medio de las gestiones que se promovían por algunos para que de Cádiz se sacasen cautivos moros ó

turcos para llevarlos á galeras, la Iglesia vino á interponerse á los designios de la Corona, apresurando la conversión de los infieles para salvarlos de los sufrimientos que les esperaban.

Don Fray Alonso Vázquez de Toledo, obispo de Cádiz y Algeciras, el 19 de Mayo de 1671, celebró un bautismo solemne y confirmaciones de varios esclavos en acto verificado en medio de la plaza ó corredera frente á las casas del Consistorio, así como casó á un esclavo con esclava dispensando las amonestaciones.

Como no era posible celebrar en edificio cerrado ceremonia tan grandiosa por la numerosidad de esclavos y esclavas y correspondientes padrinos, hubo de prepararse este acto público de fe en sitio tan amplio.

Y no era solamente así la esclavitud en Cádiz hacia los fines del siglo xvii y á los principios del xviii. Cito los casos ocurridos en la esclavitud, como muestra de lo general de la nación y porque así más fácilmente he logrado allegar los documentos que ilustran las noticias de una parte de nuestras costumbres sociales. Bruzon de la Martinière (1), nos refiere que en Sevilla se traficaba con esclavos venidos de la

(1) *Diccionario comercial.*

India y de Africa, los cuales eran marcados en la nariz ó el carrillo, á los cuales se vendía por dineros como bestias y se les obligaba á trabajar. Los míseros abrazaban comúnmente la religión cristiana, pero esto no les servía gran cosa para volver la esclavitud más dulce.

Y esto debió ser verdad. Las sospechas estaban siempre contra los convertidos, según opinión tradicional, porque España sabía que los hebreos del siglo xiv y del xv habían, en determinadas ciudades, recibido el bautismo por miedo de perder si no, vidas ó bienes en tumultos populares.

Mas de repente, hacia el último tercio del siglo xvii, variaron estos recelos. Leopoldo I, emperador de Alemania, formó contra Francia la famosa liga de Augsburgo, en que entraron España, Baviera y Sajonia.

Mientras que aquél empleaba una parte de sus fuerzas contra Luis XIV, la Hungría, irritada por los actos tiránicos de Tekely, y los turcos de concierto con los rebeldes, se adelantaron hasta Viena en 1683. La capital se salvó por el valeroso socorro de Juan Sobiesky, el rey y héroe de Polonia, el cual derrotó al Visir, obligándolo á abandonar todo el territorio austriaco.

El duque de Lorena, Luis de Ba-

den y el príncipe Eugenio de Saboya, lo secundaron con otras y otras victorias. La ciudad de Buda fué recuperada; quedó libre la Hungría. Tras la reducción de Belgrado, la Servia se humilló al poder de los cristianos y la Bosnia y Herzegovina recibió su yugo por la fuerza de las armas.

El número de cautivos, que no prisioneros, fué grandísimo. Esparciéronse como despojos de aquella guerra felicísima para la cristianidad y desde la cual empezó la declinación del Imperio turco.

En Cádiz llegaron á venderse sobre dos mil, probablemente traídos en buques venecianos ó dálmatas. Muchos se bautizaron entre hombres de buena edad, mujeres y niños. Aquí vivieron los más, sin que conste que cometiesen delitos. Bastantes pudieron morir como murieron libres, bien por rescate con su trabajo, bien por cariño ó generosidad en algunos de sus dueños, que depusieron antipatías antiguas contra los que fueron infieles (1).

La esclavitud se tenía por justa; todo el estado social poseía esclavos, porque los cautivos moros y turcos lo fueron en buena guerra.

(1) En el archivo parroquial de Santa Cruz, en Cádiz, se hallan las partidas de bautismos, casamientos y defunciones de tantos turcos y turcas.

En cuanto á los negros, se suponía que sólo fueron asimismo por adquirirse de los naturales de sus tierras, que se consideraban como dueños por haberlos apresado al tenor de las costumbres en aquéllas establecidas.

Recorramos rápidamente algunas noticias sobre la esclavitud según se practicaba en España.

En 1628 se hizo en Cádiz, por el obispo D. Plácido Pacheco, examen general de esclavos negros, habiendo precedido el levantamiento de un padrón, por los curas, á causa de la duda moral que existía de si habían sido ó no bautizados.

En 21 de Octubre de ese año se bautizó, *sub conditione*, á Lucrecia, esclava de D.^a Apolonia y de D.^a María de Peralta, monjas hermanas del convento de Santa María.

El mismo día, á Lucía, esclava de D.^a Teresa de Salazar, monja profesa del mismo dicho convento de la Concepción, padrino Pedro Díaz, presbítero.

Igualmente recibió el bautismo María de Jesús, esclava de D.^a Violante de Cuéllar y de D.^a Jerónima de Bedoya, monjas profesas del convento citado, así como María, esclava de D.^a Ana Terminal, su vicaria.

Todas las esclavas eran negras, de Angola, con las siguientes que recibieron el agua del bautismo por las causas referidas.

María, esclava de D.^a Juana Suárez y de D.^a Juana Aguirre, priora del convento de Nuestra Señora de la Candelaria, y también otra esclava de D.^a Lucía y D.^a Ana Aragonés, monjas del mismo.

En 26 de Junio de 1891 se bautizó Rosa María de Santa Ana, de 25 años turca esclava de D.^a Gracia María de Soto, religiosa profesa en el convento de Santa María.

En 11 de Octubre de 1693 se bautizó, *in articulo mortis*, en el convento de Nuestra Señora de la Candelaria, Teresa de Jesús, negra de doce años, esclava de Sor Ana María de los Dolores, monja profesa. En 1694 la negra Petrola Juana, de diez y siete años, esclava de Sor Juana de Casas, religiosa en dicho convento. En Junio de 10 de ese año, se bautizó una turca de doce años, esclava de la monja doña María de Acha. El 25 de Julio, Teresa Paula Josefa, turca de diez y ocho años, esclava de doña María Galindo, monja profesa, éstas últimas también de la Candelaria, y en 1702 Francisca Juana de la Cruz, esclava de doña María de Deba, Priora de ese convento.

Esta clase de poseedores de esclavas sorprende la atención de los que contemplamos sucesos y costumbres desde el siglo xvii hasta el siglo xix, en que tenemos otros y muy diversos criterios con respecto

á la libertad personal. Nos parece estar narrando como acontecimientos absurdos; pero en aquel tiempo nada más natural, nada más lícito dentro de las legislaciones civil y canónica.

De todas las esclavitudes, ésta creeríamos más grave para la mujer, pero no era así. Las esclavas de procedencia turca ó mora estaban desde niñas acostumbradas al encerramiento, de manera que la vida del claustro no las sorprendería.

Ciertamente allí no lograban, por su condición de esclavas, la libertad relativa que en el recinto de sus moradas gozaron, pero fácilmente se acostumbrarían á la tranquila vida de los conventos.

La de las cristianas cautivas en Turquía ó en Africa, era de otro modo. Con los atractivos de la belleza y juventud, solían las más hallar alivio en sus desgracias, salvo aquéllas que se viesan compeliadas á seguir la religión mahometana.

Sus maestros venían á ser los mercaderes, judíos que tomaban gran empeño en educarlas antes de su venta, para que sus precios alcanzasen mayor altura por los superiores atractivos ó encantos con que despertaban el ánimo de los compradores.

Con aquéllos aprendían danzas, canto y el tañer de los instrumen-

tos, á más de otras habilidades de primores, para captarse el amor de sus dueños, con lo que muchas lograban casarse ventajosamente.

Los religiosos también de algunas órdenes tenían esclavos propios: los tenían las casas de expósitos, los hospicios y hasta los templos. Mencionemos algunos esclavos de Cádiz.

En 15 de Octubre de 1671, se bautizó á Vicente de San Juan de Dios, negro adulto, esclavo de Fray Juan de la Cruz, religioso de la orden del mismo San Juan de Dios.

En 21 de Febrero de 1672, á José, hijo de Fernando Manuel y de María de la Concepción, morenos, casados, y ella *esclava de la Cuna*, ó casa de expósitos.

En 1689, á 10 de Julio, á Nicolás de Bari, turco de ocho años, esclavo del P. Maestro Fr. Juan Alonso Nieto, Prior de su convento.

En 7 de Diciembre de 1690, á José Aguiar, turco de la Bosnia, y de quince años, esclavo de Fray Diego de Castro, religioso Agustiniiano.

El 28 de Diciembre de 1692, á José de la Esperanza, de nación turco, de edad como diez años, esclavo del *convento de la Merced* (Redención de cautivos).

En 26 de Mayo de 1693, á un negro de cuarenta años, *in articulo*

mortis. Era esclavo de la capilla Real del Populo.

En 22 de Diciembre de 1699, á Josefa Nicolasa, esclava de Nuestra Señora de Loreto. (¿Sería de la capilla de este nombre, perteneciente á la Orden Tercera de San Francisco?)

En 28 de Mayo de 1703, á Petronila Bonifacia, hija de Juana María, negra esclava del hospital de Nuestra Señora del Carmen, para mujeres.

Hasta prelados poseían esclavos. En Febrero, 23 del año de 1670, se bautizó en Cádiz á Petronila Mena, hija de Domingo Tomás, esclavo berberisco del Ilmo. Sr. Obispo de Canarias.

Los hijos de esclavos seguían la suerte de los padres, nacían en la servidumbre y como esclavos se bautizaban, pues la Iglesia por sí no tenía potestad para declararlos redimidos: unos quedaban en libertad porque sus dueños, en la solemne ceremonia, acudían al templo por sus personas ó por escrito, para conceder á los recién nacidos ese inmenso bien, guiados de un espíritu de sublime caridad cristiana.

Véanse algunos ejemplos confirmatorios de mis aseveraciones.

En 1670 se bautizó á Juan Tomás, como esclavo del capitán Francisco Petite; pero en Abril de

1678 se presentó éste al Provisor y dijo que, contra verdad, llevaba Juan Tomás el nombre de esclavo porque es hijo natural suyo, habido en mujer libre y *honesta y recogida*, para que en ningún tiempo le sirva de perjuicio.

Pongo esto como un caso raro de padre bautizando á su hijo como esclavo, sin duda para ocultar la debilidad de la madre y que no se rastrease su nombre, con objeto de evitar la infamia ó vergüenza de sus parientes.

En 1681 dió doña Josefa de Avalos libertad, en la pila, á María Francisca, hija de una esclava suya.

En 1688, 30 de Noviembre, á Jerónima Antonia, hija de esclava, del alférez D. Juan Navarro (¿general de Marina luego?), el cual, en el acto y en presencia del cura, le otorgó la libertad.

En 1691, á María Antonia, hija de Tomás López y Catalina María, negra esclava de D. Gaspar Portillo, quien dió libertad á la párvula por un papel suyo, que exhibieron al ser bautizada.

En 1692, 31 de Agosto, María Estefanía Donosa, hija de esclava, de D. Bernardino Morante, al recibir el bautismo fué libertada por su dueño.

En 6 de Setiembre de 1737 se bautizó á María Rosalía de la Cari-

dad, con madre de nación turca, esclava del hospicio de Santa Elena, hospital de la Caridad. Fué liberada por la Hermandad en el mismo acto.

Otros se redimían á precio por sus propios padres, logrando, con los ahorros de sus trabajos, dispensar ese bien á su prole, prefiriendo, á verse libre, que lo fuesen sus hijos.

Véase otro ejemplo del rescate de una niña esclava, por serlo su madre, aunque el marido era ingenuo. El martes 5 de Agosto de 1692 se bautizó Ignacia María de los Angeles, hija de Juan de la Madre de Dios y de Josefa María, su mujer, parida, esclava de D. Martín de Viera, presbítero. Rescataron á la párvula sus padres.

La Iglesia observaba rigurosamente no casar á libre con esclava ni á esclavo con libre, sin que la persona ingenua declarase que le constaba el estado civil del ó de la contrayente, para que no se pudiese alegar luego que al verificarse el casamiento hubo engaño.

En Mayo de 1667 se casó en Cádiz José de la Cruz, esclavo de Juan de Tejeda, con Juana María, natural de esta ciudad, *hija de la Iglesia*. «Y yo el dicho cura (dice la partida sacramental), de orden del señor Provisor, recibí declaración y exploré la voluntad si sabía y

conocía que se casaba con persona cautiva, y declaró que así lo conocía y sabía, y que era su voluntad contraer matrimonio.»

Al bautizarse los niños esclavos, aunque los padres fuesen infieles, no se verificaba la ceremonia sin que constase previamente la aquiescencia de aquéllos. Algún bien los padres esperaban de ello, aunque no ocurriese inmediatamente.

El 20 de Junio de 1608 se bautizó Juan, esclavo de Simón Gómez, de nación berberisco, *con beneplácito* y voluntad de su madre Fátima.

Otra mora Fátima, esclava, prestó su consentimiento para que su hija se bautizase, en 21 de Julio de 1608, con el nombre de Juana.

En 18 de Agosto de 1619 se bautizó á Agustín, esclavo de doña Isabel de Espinosa, hijo de padres infieles, esclavos, los cuales dieron licencia para ello.

En 13 de Marzo de 1623, Juan, berberisco de nación, esclavo de doña Catalina de Cubas, se bautizó con voluntad de sus padres por no ser adulto.

En 18 de Diciembre de 1629, Leocadia María, hija de Sahara (*sic*), esclava del Licenciado Robles Millán, y de Alí, turco de nación, esclavo del Sr. D. Fadrique de Toledo (célebre general de Marina), se bautizó con consentimiento de su madre.

Esto se ejecutaba para evitar cuidadosamente que se atribuyese á una sorpresa el bautismo de niños esclavos, que continuaban fuera del gremio de la Iglesia.

Consérvase la noticia de esclavos mahometanos, que después de recibir el cristianismo, volvían á su religión en Cádiz ó cometían actos de que se deducen sospechas de que aún se conservaban ocultamente.

Entre los sambenitos que cubrían las paredes de la iglesia de San Juan de Dios en Cádiz y que por mandato de las Córtes se quitaron en 1813, después de la supresión del Santo Oficio (1), recuerdo los de estos vecinos de esa ciudad, penados por el Tribunal de Sevilla con reconciliación y por mahometismo.

1537, Hernando, esclavo de Jacobo Negron, canónigo de la Iglesia gaditana.

1537, Pedro Alonso, esclavo de D. Bernardino Constantino, maestro-escuela de la misma.

1583, Martín de Herrera, esclavo de D. Miguel del Carpio, que estaba ejerciendo la misma dignidad por muerte de aquél.

En todo el siglo xvi y en el xvii hubo algunos más, pero respecto al gran número de esclavos procedentes de la ley mahometana, fué muy

(1) Archivo de la Hermandad de la Caridad en Cádiz, que era el de los religiosos de San Juan de Dios.

insignificante el de los reos sospechosos. Muchos esclavos ya libres murieron en el seno del cristianismo, y siendo ricos, dieron muestras de su piedad en los testamentos con dotaciones más ó menos espléndidas.

La esclavitud fué poco á poco decayendo desde mediados del siglo xviii en España, y al decir en España, hablo sólo de la Península. Aún el comercio de negros era muy poco frecuente ya en España. Todavía en 1812, y algunos años después, se bautizaron algunos esclavos negros.

En 10 de Febrero del primero de estos años recibió el agua sacramental Pablo José María de Santa Casilda, de doce años, suceso ocurrido en el sitio de Cádiz y cuando nuestras Cortes se ocupaban en la publicación del primer Código de libertad política.

¡Qué nombres dieron á las artes ó á las letras tantos y tantos esclavos á nuestra patria! Voy á indicar á algunos. El primero que cito, no sé si lo era, más indudablemente procedía de un siervo, Pedro Abad, escribió el poema llamado del Cid, obra tan famosa dentro y fuera del nuestro país y monumento venerando de la épica romántica española. ¿Fué el copiante ó fué el autor? El Padre Risco, el sabio historiador de la vida de Rui-Díaz de Vivar, notó

que en documentos contemporáneos jamás se le denomina *Cid*, pero más no averiguó. Yo en cambio he hecho mis investigaciones. Ciertamente que tal nombre no debe tenerse por vulgar en vida ni muchos años después, del héroe castellano. Rui-Díaz el Campeador lo llama el Arzobispo D. Rodrigo reiteradamente en su historia.

Ahora bien: el poema del *Cid* aparece suscrito por Pedro Abad. Este debe ser, más que el copiante, el autor. *Abad*, en el árabe vulgar de España, según el Padre Guadix en su vocabulario, significaba, entre otras cosas, el siervo, el esclavo, el criado.

A cada paso en el poema se califica del *mío Cid*, ó *el mío Cid* al de Vivar, que es lo mismo que el *mío Señor*, en castellano. Ese Pedro Abad debió criarse desde pequeño como siervo ó criado en la casa del Campeador.

Del célebre escritor Juan Latino, nos habla Lope de Vega en su famosa comedia *La Dama boba*:

«No era tan blanco en Granada
Juan Latino, que la hija
de un veinticuatro enseñaba;
y con ser negro y esclavo
porque era su madre esclava
del claro duque de Sesa,
honor de España y de Italia,
vino á casarse con ella
que gramática estudiaba,
y la enseñó á conjugar
en llegando al *amo, amas.*»

Casóse con ella, y libre tuvo descendencia ilustre, y su hijo fué veinticuatro en Granada como su abuelo.

Cuéntase á Sebastián Gómez, el mulato, entre los esclavos. En el estudio de su maestro Murillo aprendió á moler colores y preparar los lienzos, pasando al estudio de la pintura, en que se distinguió con cuadros que llevan su nombre, y muy apreciables por la viveza de las expresiones y dulzura de las tintas en imitación de Murillo.

D. Luis Antonio de los Arcos, pintor y esposo de la afamada escultora doña Luisa Roldán, tuvo en Cádiz un negro esclavo que murió el 10 de Abril de 1688, cuando ayudaba á sus dueños á desbastar las maderas de las esculturas y á los aparejos para los estofados de las mismas.

Basta, para ejemplos, los expuestos. No puede explicarse fácilmente cómo siendo tan odioso el nombre de esclavitud, haya servido en España para la expresión de afectos y para cumplimientos.

La palabra *dueño*, que llevaba tras sí la señal de una esclavitud respetuosa, se aplicaba por el hombre á la mujer ó por la mujer al hombre, como término galante ó de cariño vehementísimo.

«Hermoso *dueño* de la vida mía»,

palabra con que empezaba un soneto de Góngora.

El que estaba enamorado de una mujer se llamaba su esclavo.

«Esclavo soy, pero cuyo
eso no lo diré yo;
que cuyo soy me mandó
que no diga que soy suyo.»

escribió Baltasar de Alcázar.

Para explicar más tiernamente que un caballero obsequiaba á una dama ¿cómo se decía? Que era su *cautivo*. Cautivar era, no sólo el acto de reducir á prisión á un enemigo para que su libertad quedase á merced del vencedor, sino ganar la voluntad de tal modo á uno que viniese á reducirlo á la condición de casi esclavo por simpatía ó agradecimiento:

«Gallardo eres capitán
y cortés como valiente:
por tu espada y por tu trato
me has *cautivado* dos veces.»

decía un romance de Góngora.

En cartas familiares, y aun por algunos, se usa en arcaica forma como encarecimiento de su deseo de servirle en todo, *Muy señor mío y dueño*, presuponiendo por cumplimiento una esclavitud voluntaria.

Y aun en el siglo últimamente pasado, en cartas de mucho amor ó de mucho respeto, se ponía como fin *Queda de V. su rendido esclavo*, etc.

Para engrandecer el extremo de la devoción se fundaron asociaciones ó hermandades religiosas, con el título de *Esclavos del Santísimo Sacramento*; *Esclavos de María*; *Esclavos de Nuestra Señora de la Merced*, etc.; y aun en Cádiz he visto partidas de bautismo en que padres cristianos, de generación en generación, para consignar su fervor católico y poner más y más bajo la protección divina á sus hijos, así como los verdaderamente esclavos en la sociedad, procuraban que en el acto de recibir las aguas de la redención, los suyos apareciesen libres, hacían constar que eran *Esclavos del Santísimo Sacramento*.

Todos estos términos para el filósofo prueban una verdad, y es, que moros y turcos toleraban, por lo común, con mansedumbre en España su cautividad, y que eran bondadosos y leales, en contraposición á los tiempos que eran libres y peleaban enardecidos y constantemente contra los enemigos de Alá.

Pero aquellas naturalezas bravas se sometían con resignación á su suerte, por la firme persuasión de que así Dios lo había dispuesto, y que al creyente no tocaba otra cosa que la conformidad.

De suceder lo contrario, y no existir en las costumbres de los esclavos ese afecto cariñoso, presto, obediente, agradecido y fiel en la

generalidad para con sus señores, jamás esas frases comparativas se hubieran aplicado para explicar obsequios y anhelos de servir y complacer. Para pintar opuestos afectos, sí, se hubiera usado palabras de crueldad, de aspereza, de desvíos ó exquivez y deslealtades al usar las palabras de esclavitud ó señorío.

Aun hoy mismo ¿no decimos para expresar lo mucho que sentimos, *soy esclavo de mi palabra, soy esclavo de mi deber, soy esclavo de mis deberes, soy esclavo de mis pasiones ó de mis culpas?* Las voces familiares van dando explicaciones históricas, si profundamente se meditan.

El abad Guarrico, dirigiéndose á Cristo, decía, para que los fieles lo repitiesen: «Venciste, dulcísimo dueño mío, venciste: rendido doy con gusto las manos y los pies á tus prisiones y á tu argolla el cuello. Recíbeme, aunque siervo inútil, en el número de tus esclavos; pues no hay felicidad como serlo de tan generoso y divino Señor... Ganaste tú un valiosísimo esclavo; yo gané un clementísimo Señor.»

Tal es el cuadro que ofrezco á los ojos de la inteligencia acerca de la esclavitud en general, y especialmente de los blancos, en España. Contra los deseos de muchos de los filósofos paganos en Grecia y Roma; contra las miras de varo-

nes insignes cristianos que ante la constitución de las sociedades son siervos, sólo procuraban lo que les era permitido: decir, como San Agustín, al esclavo: «El bueno, aunque lo sea, es libre; el libre, siendo malo, esclavo es, como sujeto al peor de los cautiverios: al de las pasiones.»

El gran Inocencio, en el libro de la *Vileza de la vida*, exclamaba: «Infeliz suerte la de la humanidad. Dios nos creó libres, y la fortuna adversa nos convierte en esclavos.»

Quizá algunos imaginen que debiera haber disertado con extensión en algunos de los variados acontecimientos que he referido, y, sobre todo, con observaciones de altas filosofías. He preferido que estas parezcan nacer espontáneamente en el ánimo de los lectores, cuando quizá el modo de narrar los hechos equivalga á reflexiones profundas. Creo este un arte mucho más fino y persuasivo en los autores. No es esto afirmar que yo lo haya logrado, sino que lo he pretendido con inhabilidad ó con fortuna.

Felicitémonos de haber nacido en un siglo donde Rusia se ha visto obligada, por el ejemplo poderoso de las naciones cultas, á modificar favorablemente la trabajosa suerte de los siervos, y donde en un país

de derechos y libertades se tuvo que promover una guerra para restituir á la dignidad de hombres á los esclavos entre los que querían perpetuar las cadenas, dando Dios la victoria á la mejor de las causas y completando la obra de la emancipación, empezada en parte hacia los fines del pasado siglo en el país de Washington.

Felicitémonos también de que se va extinguiendo en islas donde flota la bandera española, la esclavitud de la raza negra, para que des-

aparezca el baldón que heredamos de la culta Grecia, imitadora de las antiguas y crueles naciones asiáticas, en perdonar la vida á los vencidos, no por caridad, sino por el interés de enriquecerse, utilizando los sufrimientos de los hombres, ya reducidos por la desdicha, á la triste condición de los animales.

Aún la propaganda generosa se sigue para que la esclavitud cese en toda la tierra. ¡Gloria, pues, á la mayor de las victorias de nuestro siglo!

ADOLFO de CASTRO.

LOS HORNEROS

Á FELICIA DARREGO DEL SOLAR

I

Es prosaico este título, Felicia?
Te diré la verdad:
Cuando canta un poeta, dondequiera
Brotará del arte el límpido raudal.

¿Has visto desde ayer cómo las jóvenes
Más rosadas están;
Cómo hay algo en sus faldas armoniosas
Del revuelo gentil de la torcaz?

Pues con esto, Felicia, ya sabemos
Quién anda por acá:
¡La ardiente, infatigable tejedora
De nupciales guirnaldas de azahar!

La dulce primavera, que desdeña
La estéril soledad,
Y entre el alma del joven y la niña
Entreteje las flores del rosal.

—«Se cuida de nosotras, no de pájaros,»
Sin duda me dirás;

¡Pero así que la sienten los horneros
También revuelan con intenso afán!

En torno giran del ombú, que empieza
Sus hojas á mostrar,
Y estremeciendo las rojizas plumas,
De rama en rama tropezando van.

Arrójanse de lo alto, como heridos
De congoja mortal;
El rocío, á los golpes de sus alas,
Salta en gotas de luz del trebolar.

Y después, en la noche se reposan
En dulce intimidad,
La cabeza adormida bajo el ala,
Con los santos ensueños del hogar.

II

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinaba
La fecunda y magnífica región.

Mugían en los campos los ganados,
Ya trémula la voz;
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda á su clamor.

El potro de las pampas, que otro tiempo,
Nervioso y vencedor,
A Chile y al Perú, nuestros hermanos,
Con San Martín la libertad llevó,

Sobre el inmenso llano, que á sus cascos
Era breve extensión,

¡Hasta del vil chimango presa inerme
Con fúnebres relinchos, expiró!

III

Allá, á lo lejos, donde finge ríos
La falaz brillazón,
Los sedientos rebaños se dispersan,
Gimiendo de fatiga y de dolor.

Implacable, entre cárdenos vapores,
Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

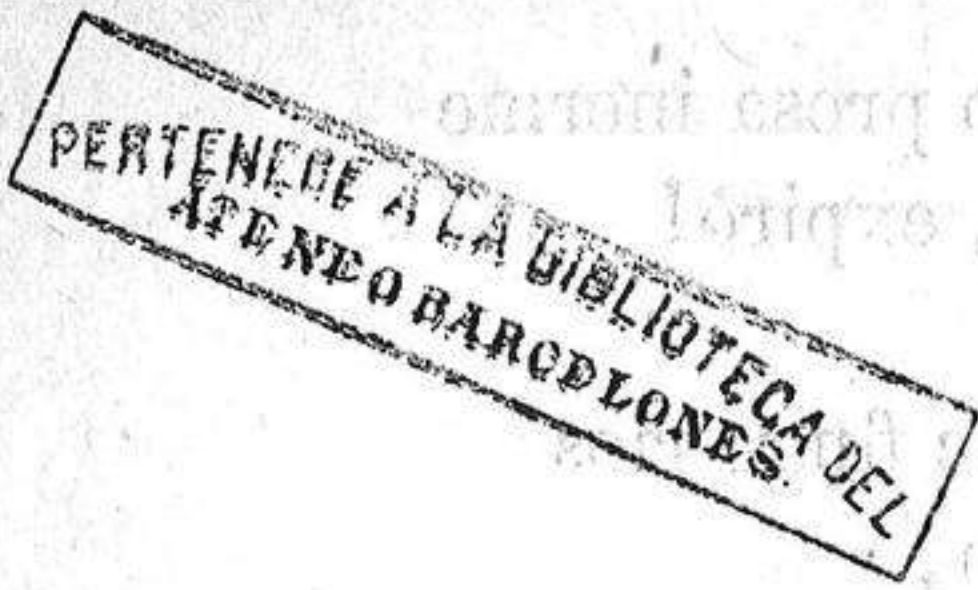
Ya no entonan alegres los horneros
Su vibrante canción:
Pasan mustios, callados, largos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor.

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque, en toda estación,
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador.

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.



III

¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!
 ¡De Occidente se ve
 Avanzar densa nube color plomo,
 Ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
 Que empiezan á caer,
 Y el olor desabrido de la lluvia
 Es fragancia al espíritu esta vez.

Con frenético impulso, los ganados
 Descienden en tropel
 Al polvoroso lecho del arroyo,
 Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
 Las aves, cien á cien,
 Sobre cada laguna se dispersan
 Y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
 Difunden, á la vez,
 El chasquido de bronce de sus alas,
 Barriendo el agua para hallar sostén.

Entre tanto, redobla el aguacero,
 Y hasta el rayo cruel,
 Al herir la llanura á latigazos,
 ¡Parece que la hiere por su bien!

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo,
 Volvió el sol á verter

Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que como plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pié;
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

IV

El anhelo, el afán que los domina,
¡Quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños, en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí!

¡Y sus cantos vibrantes, repetidos,
Que resuenan al fin,
Cual si niños robustos y felices
Se echaran como locos á reir.

Dan principio después á la tarea
Con ansiedad febril;
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Y amasadas con barro, en un cemento
Mejor que el portland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio, cuyos planos
Saben ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil,
(Que hasta el mismo Palladio envidiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí).

El cimiento comienzan de la fábrica
En círculo á construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡Cuán poco basta para ser feliz!

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil;
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio á destrüir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al alguacil,
A la abeja, á la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió á la puerta agrupados los polluelos
Y á sus padres llamarlos á vivir.

Luego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse á los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

V

¡Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo
Lo argentino se va!
¡La antigua sencillez de la familia!
¡La sombra de la casa paternal!

¡Que la fe de los héroes y las madres
Apagándose está!
¡Que no irán nuestros hijos desgraciados
De nuestros templos al divino altar!

¡Que todo cuanto existe, cuanto amamos,
Mañana olvidarán,
Porque es ley antipática del hombre
Echar por tierra lo que adora más!

Con el rancho argentino, los ombúes
Van cayendo, en verdad,
Y polvo vendrá á ser cuanto recuerda
Nuestra antigua grandeza nacional;

¡Mas, por siempre, la choza del hornero
En símbolo será
El rancho de la raza vencedora
De Salto y San Lorenzo y Tucumán!

Eres madre, Felicia, y eres nieta
De un patriota inmortal...
¡Dios bendiga á tus hijos! ¡Dios los llene
De las virtudes del paterno hogar!

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires.

LA ÚLTIMA PALABRA

SOBRE LA SALIDA DE CRISTÓBAL COLÓN EN SU PRIMER VIAJE

I

La verdad es siempre clara y brilla en todo su esplendor con sólo enunciarla; no se necesitan grandes esfuerzos de inteligencia, ni argumentos rebuscados para su demostración, al paso que la paradoja es de suyo sutil, alambicada, oscura, ejercicio propio de ingenios de dudosa originalidad que, ansiosos de singularizarse, acuden á ella para hacer gala de agudeza y huyen de la verdad que no presenta campo para antítesis ni sutilezas, ni permite alardes de erudición abarrotada con rasgos heterogéneos y con argucias que penden sólo de un cabello.

Entre la verdad y la paradoja, ó mejor dicho, entre los escritores que de la una y de la otra se hacen defensores, encontramos la diferencia que nuestro inimitable *Figaro*

señalaba con su donosura y gracia habituales, entre los reyes verdaderos y los representados por cómicos sin instrucción tan audaces como adocenados; los primeros, acostumbrados desde la niñez á ser comprendidos por una mirada, obedidos al menor gesto, entendidos con la más leve indicación, apenas usan palabras imperativas, son casi siempre afables y comedidos y jamás alzan la voz para comunicar sus órdenes. Por el contrario el actor ignorante á quien toca hacer el papel de rey en la escena, se presenta tieso y erguido, habla en tono campanudo, ahueca la voz, se mueve con dificultad, cual figura de madera, y dá sus órdenes á gritos, creyendo que así remeda la verdad y llena su cometido á la perfección.

Estas y otras muchas reflexiones de igual índole se han agolpado á nuestra pluma después de leer el artículo que el autor de aquel extraño y paradójico folleto titulado *¿La salida definitiva de Cristóbal Colón desde la Península para el descubrimiento del Nuevo Mundo, no fué de Palos, sino de Cádiz?* consagra á defender su insostenible tesis de una somera é incidental observación que sobre su falsedad dejamos estampada á otro propósito, sin que fuera nuestro ánimo engolfarnos en refutar lo que no necesita refutación, ni sacar á plaza argumentos que concurran á patentizar la *insensatez* de tal paradoja.

Sin fijarnos en la violenta sintaxis del título, que, sin duda para llamar la atención, ha forjado un académico correspondiente de la Real Española; sin hacer uso de tantas y tantas contradicciones como á la simple lectura del menguado librito saltan á la vista, lo citábamos solamente en nuestro trabajo (1) fijándonos en la conveniencia, en la necesidad, mejor dicho, de conocer los textos primitivos de las cartas de *Cristóbal Colón*, para no incurrir en errores de tanto bulto como el que intenta sostener

(1) *La Carta de Cristóbal Colón, con la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo.* — (Véase en LA ESPAÑA MODERNA, número XXXIV. — Octubre de 1891.)

hoy el antiguo y conocido historiador de Cádiz.

Nunca nos han agradado las polémicas. Apasionados de la verdad, procuramos buscarla á través de todos los obstáculos, y exponerla claramente, presentándola desnuda de adornos vanos, en la forma que pueda ser más agradable y de todos comprendida. Pero de ese discreto que tanto se usa en las polémicas literarias, de las alusiones personales, que son, por lo general, la mejor salsa con que se aderezan y suele prestarles el mayor de sus atractivos, hemos huido constantemente, hasta el punto de no recordar una sola en que hayamos intervenido para defender nuestros juicios y opiniones, ni vindicar nuestras propias obras. Con la mayor brevedad que juzgamos posible, con cuanta sencillez y claridad son compatibles con el asunto tratado, damos al público las opiniones que formamos, sin abrigar pretensiones de acierto, seguros únicamente de la buena fe con que buscamos la verdad y esperamos el juicio de los lectores. Tanto respetamos al que con ellas se conforma, como al que disiente; de igual manera aceptamos las alabanzas y las censuras sin tratar de discutir las.

Y no se juzgue que en la ocasión presente faltamos á nuestro propósito ni alteramos nuestra conducta

de siempre, por dar contestación al artículo del Sr. D. Adolfo de Castro. Se trata de un punto importante de la historia del descubrimiento, tanto de interés como cuanto se relaciona con el primer viaje emprendido por *Cristóval Colón* y los españoles; y á más es hoy verdadera cuestión de actualidad por muchas razones: y no nos ha parecido que podían dejarse sin correctivo las apreciaciones que en sus artículos citados ha hecho aquel literato, por la contingencia, aunque poco probable, de que pueda inducir en error á algunas personas que no se dediquen al estudio detenido de la historia colombina.

Para los que prestan atención al movimiento científico de nuestra época, y con mayor razón para los que hoy consagran sus vigili-
as á la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, no ofrecen peligro esas y otras paradojas ni merecerán atención alguna; mas no todos se encuentran en tales condiciones, y es de necesidad, en evitación de nuevos errores, señalar el camino seguro y poner á la vista de todos la verdad, aunque por lo claro de la cuestión parezca labor excusada. No intentamos, sin embargo, hacer una argumentación prolija y detenida en contra de la opinión del señor Castro; no somos nosotros los que vamos á refutarla, pues segui-

mos creyendo que es suficiente la exposición que antes de ahora hicimos del texto del *Diario de navegación*. Por ahora sólo tenemos el propósito de oponer á sus fútiles razones, fútiles hasta un extremo inconcebible, por más que estén expuestas con frase rimbombante y voz campanuda, como las de los reyes de teatro, las opiniones de un autor ya un poco antiguo, aunque no tanto que puedan haberse olvidado sus escritos, y que en la época á que vamos á referirnos discurría con bastante más acierto que en la ocasión presente.

II

No osaríamos combatir en su terreno al Sr. D. Adolfo de Castro, que se anunció en la república de las letras allá por los años 1848 con un fraude literario, tan bien fraguado, que es fama llegó á embaucar á algunos doctos. Aunque la falsedad era notoria, tanto por los antecedentes históricos, como por el sentido del librito, el Sr. Castro defendía con audacia su obra, y llenó de improperios á cuantos con razón, con buen juicio, con erudición verdadera demostraron el engaño que se quería hacer pasar por

verdad. *El Buscapié* fué triunfo semejante, aunque de menor importancia, que el obtenido por el célebre abate Marchena, con sus fragmentos contrahechos de Cátulo y de Petronio.

Pero el Sr. Castro es un innovador incansable que ha de alterar, si Dios le da tiempo, el aspecto general de la historia de la literatura española, y aun el de la historia de nuestra patria según vamos viendo. Después de emplearse en falsificar á Cervantes, juzgó meritísima ocupación de su ingenio buscar al fingido autor del *Centon epistolario*, acabando con el dudoso Bachiller Fernan-Gómez de Ciudad-Real, cerrando luego con el inmortal *cantor de las flores*, para disputarle la *Epístola moral*, preciada joya de nuestro Parnaso. Emprendió también, á la faz de cuantos historiadores y geógrafos encierra España, la demostración de que la Munda Pompeyana estuvo situada justamente entre Jerez de la Frontera y Lebrija, aunque por desgracia cayó en absoluto descrédito y olvido tan grave opinión; y tal vez de uno á otro día nos sorprenderá con grandes novedades sobre la batalla del Guadalete, con los inapreciables documentos que haya sacado de la *Biblioteca colombina* en época reciente, en tanto que estuvo pensionado al efecto, según parece, por

el Ayuntamiento de la ciudad de Cádiz.

Ahora nos dice que el propio Ayuntamiento le confía la defensa de su primera gloria en aquel grandioso suceso del descubrimiento de las Indias Occidentales. No lo creemos.

Propio y natural rasgo de su ingenio, es que tome á su cargo el señor Castro la tarea de ponernos ante los ojos el crasísimo error en que todos estamos, creyendo que la salida de las tres carabelas que llevaron á feliz término el viaje más extraordinario que registra la historia fué del Puerto de Palos, y de convencernos de que nada hay en ello de cierto, pues las carabelas zarparon de Cádiz. Pero que tal cosa se le haya encomendado por nadie, nos parece muy duro y poco probable.

Defecto debe de ser de la limitación de nuestra inteligencia; pero nada razonable acertamos á ver en la opinión que sustenta el Sr. Castro, si es que verdaderamente es opinión suya, que lo dudamos, pues desde niños nos acostumbraron á desconfiar del literato gaditano. En esta ocasión los textos hablan y la paradoja retrocede.

Pero no queremos detenernos más de lo absolutamente necesario; por eso nos limitaremos á deshacer una grave equivocación que asienta en su artículo último, dudando si es de

intento ó por precipitación, pero que no puede pasar sin rectificarse; y á recordarle el juicio que un escritor muy amante de la ciudad de Cádiz consignó hace años en su *Historia*, calificando la opinión que hoy defiende el Sr. Castro, y otras de análoga extravagancia, que había dejado consignadas en sus escritos un autor antiguo, cuya obra se imprimió también á expensas de la ciudad de Hércules.

III

Como medio el más directo y eficaz para que fuera patente el error y ningún lector, por confiado, por ligero que fuera, pudiera dejarse arrastrar por él, nos limitábamos á estampar sin rodeos el texto de la carta de *Cristoval Colon* y algunas frases de su *Diario de navegación*, que no dan lugar á interpretaciones, ni es posible que al leerlas se crea otra cosa sino que las carabelas pusieron el rumbo *directamente* desde Palos á Canarias.

El escritor que deseara buscar la verdad no tenía que salir de aquel terreno. Las palabras del *Diario* se conforman con las de la *carta*.

Pero el Sr. Castro no abandona, á pesar de esto, el texto de la traducción latina de Leandro Cosco, y

no contento con ofrecerlo en latin, recurre á una traducción del mismo hecha en nuestros días; aunque dejándose llevar ya de una temeridad que puede aproximarse á mala fe, y por no dar, como vulgarmente se dice, su brazo á torcer, se atreve á presentarlo como texto de otra carta igualmente escrita por *Colón*, y los presenta frente á frente como para patentizar que el gran navegante dijo en la una que dirigió al Escribano de ración Luis Santángel, algo diferente de lo que había escrito en la que iba enderezada al Tesorero Gabriel Sánchez. Mas como él sabe muy bien, que el texto que cita, como de carta á este último funcionario, no solamente no es escrito por *Cristoval Colon*, sino que es traducción española (hecha por don Francisco Antonio González, Bibliotecario del Rey D. Fernando VII) de la traducción latina de Cosco, y esto es facilísimo de demostrar, nada significa en la cuestión ni puede presentarse como prueba directa ni indirecta. Es el texto adulterado de Leandro Cosco y nada más.

Como la cosa más corriente y con admirable frescura, escribe el señor D. Adolfo en su artículo (1) los párrafos siguientes:

(1) *Cádiz y la expedición de Colón. Refutaciones al Sr. Asensio.*—ESPAÑA MODERNA, tomo XXXVII, 15 de Enero de 1892, pág. 137.

«Ciertamente la carta dirigida á Santángel comienza así:

«Señor: Porque sé que habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vos escribo esta, por la cual sabréis como en 33 dias pasé á las Indias con la armada que los Ilustrisimos Rey y Reina Nuestros Señores me dieron, donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, etc.»

«La que escribió á Sanchez dice de este modo:

«Conociendo que os será de placer que yo haya tenido feliz éxito en mi empresa, he querido escribir esta carta que os manifieste todos y cada uno de los sucesos ocurridos en mi viaje, y los descubrimientos que han sido el resultado. *Treinta y tres dias despues de mi salida de Cadiz, arribé al mar de la India*, donde hallé muchas islas habitadas por innumerable gente, etc.»

No se necesita sea gran *sage* para conocer en ésta el estilo de una traducción. Pero si los lectores quieren verla por entero, con todos los párrafos que antes copia en su artículo el Sr. Castro, no tienen más que acudir á la hermosa y conoci-

da obra del Sr. D. Martín Fernández Navarrete (1), y en su tomo primero, á la pág. 222, la encontrarán bajo el epígrafe de *Traducción Latina de la carta de Cristoval Colon al Sr. D. Rafael Sanchez* (sic) *hecha por Leandro Cosco*; acompañada de su versión al castellano, de la cual dice el Sr. Navarrete en su *Advertencia del editor*, refiriéndose al texto latino:—«que el señor D. Francisco Antonio González, no sólo había confrontado el texto de la *Hispania illustrata* con la copia de Juan B. Muñoz, sino que lo había traducido *con elegancia y precisión á la lengua castellana para hacer más general su conocimiento.*» En tales textos funda el Sr. Adolfo de Castro sus argumentos, y con ellos hace sus confrontaciones para combatir lo escrito por *Cristoval Colon*.

Por afán de sostener lo insostenible, se echa mano de esa que juzgamos equivocación voluntaria; porque no hay exactitud en ella, y el error es de grandísimo bulto, sin que haya nada que la justifique.

El primer texto es cierto. Sea de la carta dirigida á Santángel, sea de la que se cree escrita al Tesorero Gabriel Sánchez, el principio de ella es exactamente y sin variación como en el primero de aque-

(1) *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.*—Segunda edición.—Madrid, 1858.

llos párrafos copia el Sr. Castro. En el segundo texto que reproduce *no hay tal escrito de Cristoval Colón*, sino que está tomado muy á sabiendas de una versión sobre la traducción de Cosco; es decir, que el señor Castro vuelve á dar como argumento nuevo el mismo que le sirvió para fundar su paradoja.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEÓ BARCELONÉS.

IV

No se asuste el Sr. D. Adolfo.

Nosotros creemos con Humboldt, Varnhagen, HARRISSE y otros profundos colombistas, que no existen dos cartas diferentes escritas por Cristobal Colón dando noticia de su viaje y descubrimientos, sino una sola, de la cual dirigió traslado á Luis Santángel, á Gabriel Sánchez y tal vez á algún otro de sus protectores y amigos en la corte de los Reyes.

Las ediciones primitivas, hechas en nuestro sentir en Sevilla y en Barcelona, como al describirlas decíamos, ofrecen, al parecer, el texto de la carta dirigida á Santángel, *Escribano de ración*, y lo mismo dice el manuscrito de Simancas, publicado por Navarrete. El nombre de Gabriel Sánchez, *Tesorero de los Reyes*, no aparece en los tex-

tos castellanos, sino en el latino de Leandro Cosco, muy posterior á aquellos, y que dió cabida á muchos errores, pues al mismo Tesorero se le llama en unas ediciones *Gabriel* y en otras *Rafael*.—«¿Por qué no creer, dice el citado Varnhagen, que este último nombre (el de Gabriel Sánchez) que Cosco creía necesario declarar, fué resultado de averiguaciones suyas?—Preguntaría en Roma á los delegados del Rey católico el nombre del *Escribano de ración*, y le darían el del *Tesorero general*.»

El texto es uno sólo. Pero sea uno ó fueran varios, conste que en ninguno de los que corren como escritos por *Cristóval Colón*, figuran las palabras—«*treinta y tres días después de mi salida de Cádiz arribé al mar de las Indias*.»—Esas fueron adicción viciosa de Leandro Cosco, interpolación arbitraria que no se encuentra sino es en el texto latino y en la traducción de éste, que publicó Navarrete; el Sr. Castro la alega como un nuevo argumento, siendo el texto mismo presentado por partida doble.

V

Pero la opinión de haber salido las carabelas de Cristóbal Colón del

puerto de Cádiz para el primer viaje de descubrimiento, aunque errónea é infundada, no es nueva. Achaque antiguo es de historiadores poco escrupulosos y dados á novedades, el de recojer fábulas, cuentos, tradiciones y consejas, por extravagantes que sean, para aumentar la importancia de sus obras, halagando el amor propio de los pueblos con la narración de remotos orígenes y de sucesos graves que jamás ocurrieron; y en el siglo xvii el P. Fray Gerónimo de la Concepción compuso una voluminosa historia con el pretencioso título de *El Emporio del orbe, Cádiz ilustrada*, en la que á vueltas de otras muchas, se estampaba la estupenda noticia de que *Cristóval Colón* había salido de aquella bahía para el primer viaje en que descubrió las Indias Occidentales.

La obra del P. Gerónimo de la Concepción, á pesar del lujo con que fué impresa (Amsterdan, Joan Bus, 1690), logró poquísima aceptación entre los estudiosos, cosa muy natural y justa atendidas sus condiciones. Pero al mediar nuestro siglo, en el año 1858, salió á luz otra *Historia de Cádiz y su provincia, desde los remotos tiempos hasta 1814* (1), y en ella se juzgó seve-

rísimamente la obra del P. Concepción y aun alguna otra.

Trasladaremos aquí algún párrafo del *Prólogo*, que ciertamente ha de llamar la atención y poner á los lectores en camino de conocer, lo que el historiador, novel entonces, opinaba sobre algunos puntos de rara significación, y entre ellos del mismo que nos ocupa.

«De las historias de D. Bernardino López Moncayo, decía el citado *Prólogo*, del capitán Aldana y del canónigo D. Antonio Ramírez Barrientos, sólo se conserva el recuerdo entre los eruditos gauditanos. Este último compuso también un *Elucidario de las medallas de la isla y ciudad de Cádiz*, que he visto Ms.—*Es un conjunto de falsedades y desatinos.*

»No lo es menos el *Emporio del orbe, Cádiz ilustrada*, tomo en folio, impreso con todo lujo en Flandes, á expensas de la ciudad. Su autor, Fr. Gerónimo de la Concepción, lo escribió á fines del siglo xvii bajo la protección del Ayuntamiento. Sesenta mil ducados costó á la ciudad su historia. El P. Concepción, queriendo prestar un servicio á su patria y corresponder á la confianza del Ayuntamiento, trató de probar

(1) Escrita por D. Adolfo de Castro, caballero comendador de la Real orden americana de Isabel la Católica, etc., etc., etc.—

Cádiz, imprenta de la *Revista Médica*, 1858, in 4.º

»que los Reyes Magos pasaron por
 »Cádiz cuando hicieron su viaje á
 »Belén, y que fueron en naves ga-
 »ditanas; que la Virgen María era
 »descendiente de una mujer natural
 »de Cádiz, según el árbol genealó-
 »gico que presenta; que esta ciudad
 »tuvo silla episcopal desde la venida
 »de Santiago á España, y QUE CRIS-
 »TOVAL COLÓN SALIÓ DE CÁDIZ LA PRI-
 »MERA VEZ AL DESCUBRIMIENTO DEL
 »NUEVO MUNDO.—El estilo corres-
 »ponde á la INSENSATEZ de las no-
 »ticias.»

Buscábamos una calificación apropiada, y nos la ofrece la *Historia de la ciudad de Cádiz*. Abrigamos el temor, bastante fundado, de que así como hoy se sostiene que Colón salió de Cádiz, se venga todavía demostrando que por allí pasaron también los Reyes Magos.—No rehusará el Sr. D. Adolfo de Castro el texto que aducimos, tomado de

su *Historia*; no podrá tacharnos de que traemos autores enemigos de su gloria para contradecirle, ni menos podrá censurarnos porque estampamos que es una INSENSATEZ el sostener que *Cristoval Colon* hizo de Cádiz su primera salida. Es duro el juicio, pero exacto. Procurábamos en vano un título para esta réplica, y no nos hubiera ocurrido, ni nos hubiéramos atrevido tal vez á usarlo, si antes no lo hubiera hecho el autor en su obra.

¿Para qué hemos de cansarnos y cansar la atención de los lectores, cuando ciertamente no ha de haber uno sólo de éstos que dé crédito á la paradoja de que *Colón* se dirigiera á Cádiz desde Palos? ¿Qué razón hemos de aducir cuando, después de señalar los textos auténticos de *Cristoval Colón*, presentamos á D. Adolfo de Castro calificado por D. Adolfo de Castro?

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO

DE

ESCRITORAS AMERICANAS DEL SIGLO XIX

MAULEY (EMMA CATALINA). — Literata nacida en 1808 en Nueva-York, y esposa del banquero Daniel Embury. Dió á la prensa las obras tituladas *Guido*, poesías, *Constanza*, *Latimer ó la joven ciega*, *Retratos de la juventud*, *Las flores silvestres de Norte América*, *La familia Waldorf*. Algunos de sus trabajos se publicaron bajo el pseudónimo de *Yanthe*.

MENKEN (DOLORES). — Artista nacida en 1841 en Luisiana y muerta en 1868 en París. Durante su accidentadísima vida, además de bailarina, escultora, pintora y actriz, fué periodista. A los catorce años tradujo *La Iliada*. En Tejas fundó el diario político *La Libertad*, y en Cincinnati fué redactora de *El Israelita*. Todos sus trabajos literarios le proporcionaron grandes triunfos, así como las demás artes que cultivó, con especialidad la escénica.

MIRANDA (MARIA BELÉN). — Estrenó

esta señora un drama titulada *El rosario perdido*, en la Habana, el año de 1880.

MITCHELL Ó MITCKEIL (MARÍA). — Ilustre astrónoma americana nacida en Nantucket en 1818. Al lado de su padre, profesor de vastos conocimientos, aprendió las primeras nociones de astronomía, demostrando excelentes aptitudes. A los diez y ocho años de edad dirigió la biblioteca del Ateneo de su ciudad natal. Más tarde, dejándose llevar de sus aficiones, descubrió ocho cometas, uno de los cuales lleva su nombre, y desempeñó en el colegio de Vassar (Estados Unidos) la cátedra de astronomía por espacio de veintidos años, hasta que en 1888 se retiró á Lym, donde construyó un Observatorio, y donde murió el veintiocho de Junio de 1889. Escribió algunos estudios y memorias, y fué condecorada en 1847 por el Rey de Dinamarca, siendo también recibida de

doctora en diferentes Universidades.

MOLINA (LUISA).—Poetisa cubana de cuyas composiciones han hecho algunos escritores compatriotas suyos una edición.

MONTES DEL VALLE (AGRIPINA).—Distinguida poetisa colombiana, nacida en Antioquía, que empezó á darse á conocer en 1861.

MORALES (N.).—Escritora cubana de la que no tenemos noticias concretas.

MUJÍA (MARIA JOSEFA).—Poetisa boliviana nacida en Sucre en 1820. Privada de la vista, sus composiciones rebosan idealismo, corrección, ternura y delicadeza. Buena prueba de ello son las tituladas *La ciega*, *La maga* y otras muchas publicadas en periódicos diversos, y recitadas en sociedades y ateneos.

N

NARCISA (AMALIA).—Poetisa nacida en Río Janeiro, autora de un libro en prosa y una colección de poesías titulada *Nebulosas*.

NASH (FELICIA VICTORIA).—Poetisa riobambeña. Fué objeto de grandes aplausos una de las composiciones que se la deben, y que lleva por título *A mi patria*.

O

ORREGO DE URIBE (ROSARIO).—Inspirada escritora chilena, directora en 1873 de la *Revista de Valparaiso*. Su ardiente imaginación se revela bien á las claras en sus cantos patrióticos, y en su novela *Alberto el jugador*.

P

PALACIOS (NATALIA).—Inspirada poetisa boliviana nacida en la ciudad de La Paz. Goza de gran reputación entre sus compatriotas, y merecen especial mención sus composiciones *Elegía al doctor D. Evaristo Valle*, *Sobre la tumba de mi padre*, *A un niño huérfano* y otras diseminadas en multitud de publicaciones.

PALAU DE PRATS (EMILIA).—Poetisa nacida en Mayagüez y muerta en 1883 en el convento de María Reparadora de Barcelona, donde tomó el hábito de religiosa, á la muerte de su esposo el doctor D. Federico Prats. La señora Palau fué premiada por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida.

PÁRRAGA DE QUIJANO (MERCEDÉS). — Poetisa colombiana autora de las composiciones *A un mendigo* y *Seguidillas elegíacas*.

PELLIZA DE SAGASTA (JOSEFINA). — Poetisa nacida en Entre-Ríos (República argentina), en 1848, del coronel D. José María Pelliza. Desde la edad de diez y siete años comenzó á revelarse su excelente disposición para la poesía, y en la Exposición Universal de París de 1889 presentó *Novelas*, *Conferencias* y *Album de poesías*.

PERDOMO (JOSEFA A.) — Poetisa nacida en la capital de Santo Domingo en Junio de 1834. Sus numerosas y notables poesías han sido publicadas con el pseudónimo de Laura.

PEREZ DE MONTES DE OCA (LUI-SA). — Distinguida escritora nacida en 1837 en las cercanías de la villa del Cobre (Santiago de Cuba). Nacida en el campo y privada de medios de ilustración, su genio se sobrepuso á estos obstáculos, publicando algunos trabajos en los periódicos de la Habana y un notabilísimo volumen de poesías en 1857.

PEREZ DE RODRIGUEZ (CARMEN). — Poetisa guayaquileña, entre cuyas composiciones populares en algunas Repúblicas americanas, y muy elogiadas por la prensa, se cuentan las tituladas *En fuerza de un sentimiento* y *A. R. T. de G. en mi jardín del Nato, á orillas del río*, en 1853. *La Guirnalda literaria*, contiene también poesías de esta autora.

PEREZ DE ZAMBRANA (LUI-SA). — Escritora cubana viuda del catedrático y periodista D. Ramón Zambrana. Publicó en la Habana un tomo de *Poesías* (1860).

PINO Y PICHET (MARIA DEL). — Poetisa que dió á luz en la Habana, en 1866, una colección de poesías titulada *Lágrimas y flores*.

POTTS (CARMEN). — Poetisa peruana autora de una poesía dedicada *A Chile* en 1865.

POZO DE ARAMAYO (CORINA DEL). — Poetisa nacida en La Paz (Bolivia), colaboradora de publicaciones diversas, y conocida también por el pseudónimo de *Rebeca*. Su *Canto á la isla de Cuba* y su *Epitalamio* dedicado á su hermana Lastenia, merecieron generales elogios. Murió esta distinguida escritora con posterioridad á 1880, á poco de haber contraído matrimonio con D. Apolinar Aramayo.

PRIETO DE LANDAZURI (ISABEL). Poetisa mejicana que se ha dado á conocer por un tomo de poesías y varias composiciones publicadas en periódicos de su país.

R

RAMSAY (CARLOTA). — Escritora, hija del coronel Santiago Ramsay. Se la deben varias notables obras escéni-

- cas, novelas y traducciones, entre las que se distinguen *Poemas sobre temas diversos* (1747), *Memorias de Harriet Stuart* (1751), *Shakespeare* (1753), *Enriqueta* (1758), *El museo de las señoras* (1760), *Sofía* (1762), *Eufemia* (1795), *Filandro*, drama (1757), *La hermana* (1769), *Costumbres de la antigua ciudad* (1775), *Memorias de la condesa Berey*, *Memorias de Sully* y *Teatro griego* (traducciones).
- REINCKE DE ELVRS (NANCY).—Poetisa nacida en Guayaquil en 1834. Aunque son muchas sus composiciones, son muy escasas las que ha dado á la estampa, y entre ellas la más conocida es la que lleva por título *Un recuerdo al joven marino D. Aurelio Ballen*.
- RIGLOS DE ORBEGOSA (ROSA MERCEDES).—Distinguida escritora peruana, muerta en Lima en el presente año de 1891. Algunos periódicos limeños tales como *El Nacional* y el *Boletín comercial y biográfico*, propagan actualmente la idea de coleccionar y publicar las obras de esta literata.
- RIVAS DE ROBINSÓN (MERCEDÉS).—Poetisa guayaquileña que ha dado á luz la mayoría de sus trabajos velados por el anónimo. Sin embargo, se conocen de ella las composiciones *Glosa pedida por el señor Jacinto Badero*, *Al señor general A. Elizalde*, *A la señorita Rosa Remaggi al ausentarse de Guayaquil* y *En el album de la señorita Carmen Cordeiro*.
- RODRIGUEZ DE MORALES (CATALINA).—Poetisa cubana colaboradora, en 1879, de *La Raza latina*, Nueva-York.
- RODRIGUEZ (CLOTILDE).—Poetisa cubana muerta en Cienfuegos en Abril de 1881. Sus composiciones aparecen firmadas por el pseudónimo de *La hija del Damuji*.
- RODRIGUEZ (MARIA ANGELA).—Poetisa ecuatoriana, muy elogiada por la prensa y la opinión de su país. En 1876 el periódico *La Luciérnaga* insertó algunas composiciones suyas, entre las cuales se distinguen dos que llevan el mismo título *A María*.
- RODRIGUEZ DE TIÓ (DOLORES).—Poetisa nacida en San Germán (Puerto Rico, el 14 de Septiembre de 1849, hija del magistrado D. Sebastián Rodríguez de Astudillo, y casada en 1865 con el publicista Sr. Tió Segarra. Débense á esta inspirada escritora un libro que, con el título de *Mis cantares*, apareció en Mayagüez en 1876, y numerosas poesías, entre las que merecen citarse la titulada *La vuelta del pastor* y la escrita con motivo del centenario de Calderón. Publicó igualmente un tomo de poesías titulado *Claros y nieblas* (1835) y *A mi patria en la muerte de Corchado*.
- ROJAS (MARIA IGNACIA).—Poetisa chilena á cuya pluma se deben las composiciones *Consuelo* y *A Emilia*.
- ROSENDE DE SIERRA (PETRONA).—Escritora argentina, redactora por

los años 1830 á 1831 del periódico *La aljaba*.
 RUIZ (DOLORES). — Escritora argentina. Presentó en la Exposición Universal de París de 1889, una obra titulada *La provincia de Buenos Aires estudiada bajo el punto de vista estadístico*.

S

SALAZAR DE CÁMARA (MERCEDÉS).

— Poetisa mejicana que ocupó un lugar distinguido entre las escritoras americanas.

SAMPER DE ANCIZAR (AGRIPINA).

— Se deben á esta inspirada poetisa colombiana varias composiciones, entre las que descuellan las tituladas *Un cuento que no acaba*, *En la noche* y *A Rosa*.

SANCHEZ (JESUSA). — Peruana autora de las composiciones *A mi hermano* y *A una amiga*.

SANTA CRUZ (SEÑORITA). — Autora del libro *Historias campesinas*, publicado en la Habana.

SAURÍ (LEONOR). — Escritora peruana autora de las poesías *A una alondra* y *Mi llanto (á mi hermana muerta)*.

SEDGWICK (CATALINA MARIA). — Escritora norteamericana nacida en Massachussetts en 1790 y muerta en 1867. He aquí las principales

obras de esta distinguida literata, algunas de las cuales obtuvieron singular aceptación, siendo traducidas á diversos idiomas: *Historia de la Nueva Inglaterra* (1822), *Redwood*, novela, *Hope Leslie*, novela, *Clarence*, descripción de costumbres, *El Jorobado*, *Las letras extranjeras*, *Cartas escritas desde el extranjero á su familia* (1839), *Los Linwoods* (1835), *El pobre rico y el rico pobre* (1836), *Vivid y dejad vivir* (1837), *Moralidad de las costumbres* (1846), *El pastor del monte Righi* (1849) y *El libro de las jóvenes* (1846).

SEIXAS (MARIA JOAQUINA). — Poetisa brasileña, nacida en Villarica en 1767 y muerta en 1853.

SERRANO (MARIA). — Escritora norteamericana á la que la literatura española debe una gran parte de su popularización en el Nuevo Mundo, pues ha traducido *Doña Luz*, *Pepita Jiménez*, *El cisne de Villamorta*, *Morriña*, *Un viaje de novios* y otras varias novelas de los más notables escritores contemporáneos.

SIGOURNEY (LYDIA HUNTLY). — Poetisa nacida en Norwich en 1791 y casada en 1849. Se la deben las obras *Miscelánea* (1815), *El Connecticut desde hace cincuenta años*, *Los aborígenes de América*, poema, *Ensayos poéticos*, *Cuentos en prosa*, *Pequeños poemas*, *Versos para los niños*, *Cartas á las madres de familia*, *Zinzendorf*, novela, *Recuerdo agradable de agradables países*, *Pocahontas*, poema. Falleció en 1865.

SOLER DE MARTINEZ (FRANCISCA).

—Escritora argentina autora de unas *Lecciones de teoría musical, de fisiología, anatomía, botánica, zoología, geología, mineralogía, higiene moral y lengua nacional*, que presentó en la Exposición Universal de París de 1889.

SOUTHWORTH (EMMA NEVITTE).—Escritora nacida en Washington en 1818, á la que se deben las novelas *Retribución* (1849), *La mujer abandonada* (1850), *El valle del Shannon*, *La suegra* (1851), *Los niños de la Isla*, *Las hermanas de leche* (1852), *La maldición de Clifton*, *Antiguas vecindades y nuevas colonias*, *El heredero perdido* (1854).

STEPHENS (ANA S.)—Distinguida novelista nacida en Conneticut en 1805. Dirigió un periódico en Maine y publicó en Nueva-York *Mary Demoent*, *Lujo y miseria* (1854), *El antiguo hogar de la familia* (1856).

SUAREZ (MERCEDÉS).—Poetisa colombiana, colaboradora de algunos periódicos, y autora de las composiciones *A la esperanza*, *Al retrato de mi padre*, *El hogar paterno* y otras muchas.

SUCRE (DOLORES).—Escritora ecuatoriana cantora del Guayás y de las glorias de su patria, y autora de las composiciones *El pobre*, *En un album*, *Los dos cisnes*, *Al señor General D. Mateo Guerra Marcano*, y otras varias.

SUMMIS (ISABEL).—Distinguida publicista nacida en Nueva-York en 1818. Contrajo matrimonio con el catedrá-

tico y médico Guillermo Ellet, y dió á luz las obras que siguen; *Mujeres de la revolución americana*, *Teresa Cantarini*, drama histórico, *Escenas de la vida de Juana de Sicilia*, *Estudio sobre Schiller*, *Historia íntima de la revolución de América*, *Viaje de verano en el Oeste*, *Las mujeres exploradoras del Oeste*, *Noches de Woodlawn*, leyendas, *Los angeles de la guarda*, *Historias de músicos*, *Los personajes de Schiller*, *Paseos por el campo*, *Relatos familiares basados en la Biblia* y otras.

T

TAPIA DE CASTELLANOS (ESTER).

—Poetisa mejicana nacida en Marelia (Michoacán). Alentada por distinguidos literatos, colaboró en varios periódicos, y dió á conocer composiciones tan geniales é inspiradas como *Loca de amor*, *Europa y América*, *Costumbres*, *En el campo* título de *Flores silvestres* (1871).

TRONCOSO DE OIZ (MATILDE).—Escritora cubana colaboradora de diversos periódicos y revistas, y fundadora en Las Palmas de las conferencias de San Vicente de Paul.

U

UGARTE Y QUIROGA (SARA).—Poetisa boliviana nacida en Cochabamba. Entre sus poesías que han merecido mayores elogios se encuentra la titulada *La huérfana*.

URBINA Y MIRANDA (GREGORIA).—Escritora nacida en San Francisco de California el 11 de Enero de 1857. Estudió la carrera del magisterio y diferentes ramas científicas y literarias. Aparte de su colaboración en los periódicos de España y América, se la deben las obras *Septenario de melodías divinas*, *Novena á Santa Elena, madre del Emperador Constantino*, *Una madre cristiana* (1878), *Cartas del solitario de las selvas á una niña* (1879), *Apuntes históricos sobre el pueblo hebreo* (1879), *Historia de Gabriela* (1880) y *La mujer en sociedad*; *Una visita al hospital del Niño Jesús* (1878), *La condesa de Orchis*, novela, *Caracuali*, novela (1879), *Jacobo Cook*, *La mujer en el siglo XIX* (1879), *Los actores de la humanidad* (1880).

V

VALDÉS MENDOZA (MERCEDÉS).—Poetisa habanera, autora de un

tomo de poesías titulado *Cantos perdidos*.

VARAS MARIN (QUITERIA).—Ilustre poetisa chilena que goza de gran reputación literaria.

VARELA (MANUELA).—Poetisa peruana. Se la deben las composiciones *A Dios* y *Amargura*.

VEINTIMILLA (MARIETA DE).—Escritora ecuatoriana de la familia del general Veintimilla ex-presidente de aquella República. Ha publicado en 1890 *Páginas del Ecuador*, donde se hace la historia de esta nación desde la época del Presidente Flores hasta nuestros días.

VEINTIMILLA DE GALINDO (DOLORES).—Poetisa ecuatoriana nacida en Quito en 1829. Fue hábil música y pintora, y se suicidó en 1857 quemando antes sus trabajos literarios, entre los que citaremos *Letrilla*, *A un reloj*, *A Carmen*, *¡Quejas!*, *A mis enemigos*, *Sufrimiento*, *Aspiración*, *Desencanto* y *Anhelo*.

VILLARÁN (MANUELA).—Poetisa peruana á la que se deben las composiciones *El Pescador* y *La Pastora*.

W

WARNER (ANA B.)—Novelista americana autora de *Dollares y cientos*, publicó en 1853, bajo el pseudónimo de Amy Lotrhopo, *Los niños de Rutherford*, *Carlos Krinken* y otros trabajos.

WARNER (SUSANA). — Escritora nacida en 1825 en Nueva-York. Publicó las obras siguientes, algunas de las cuales, traducidas han alcanzado gran popularidad en Europa: *El Mundo*, *El vasto mundo*, novela firmada con el pseudónimo de *miss Wetherell* (1853), *Queccky*, novela, *Las colinas del Shatemuc* (1856), *La ley y el testimonio*, estudio teológico, *Ensayo sobre los deberes cívicos de la mujer americana*, *Al joven americano* (1862), *Leonor Pomle* (1865), *El casco viejo* (1863), *Melbourne* (1864), *Series de palabras* (1865), *Tres niñas y tres jardines* (1870), *Oportunidades* (1870), *Las cuatro lecciones de Jacobo* (1871), *La pequeña Anita ó Dichosos los que procuran la paz* (1874). Falleció en Agosto de 1885.

Y

YARA (N.) — Escritora cubana, autora de una comedia de costumbres titulada *El avaro supersticioso*.

Z

ZAMUDIO (ADELA). — Poetisa boliviana contemporánea, nacida en Cochabamba, y más conocida por el pseudónimo de *Soledad*. Colabora en multitud de periódicos, y entre sus más notables composiciones se distinguen las tituladas *Otoño*, *A un árbol* y *Media noche*. En Buenos Aires se ha publicado una edición de sus poesías, y en el teatro de su país natal se ha estrenado recientemente su comedia infantil *Violeta ó La Princesa azul*. Esta escritora, correcta, apasionada y romántica, ha merecido ser llamada *Reina del Parnaso boliviano*.

ZENEA (PIEDAD). — Hija del malogrado escritor cubano Sr. Zenea. Con el pseudónimo de *La Golondrina*, colabora en diversos periódicos americanos, prometiendo ser una brillante realidad en el mundo de las letras.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Doble propensión de la política en el mes pasado. — Los intereses materiales y los dogmas religiosos. — Rompimiento mercantil entre Francia y España. — Estado tristísimo de Portugal. — Energía y entereza de Oliveira Martins. — Portugal y sus colonias. — Triste alternativa en que Portugal se halla. — Grandes agitaciones religiosas en varias naciones. — El manifiesto de los Cardenales franceses. — El nombramiento de nuevo General para la Orden de Jesús. — El cardenal Manning. — Estado religioso de la Gran Bretaña. — El pusseysmo y el Cardenal. — Pasó naturalísimo de éste desde la doctrina de Pussey á la doctrina de Roma. — Su papel en la Iglesia católica y sus ideas ultramontanas. — Vuelta desde la religión á la política. — Situación económica de nuestro pueblo, agravada por la incertidumbre del partido liberal. — Últimas fases de la política europea, y juicio sumario respecto de todas ellas. — Conclusión.

I

La característica del mes que ha concluido hace tres días, véola yo en cierto embargo del espíritu público por dos atenciones, al igual poderosas, los intereses materiales y las ideas cristianas. Doquier atendáis, oiréis hablar de tratados mercantiles, de valores fiduciarios, de tarifas aduaneras, de presupuestos más ó menos equilibrados, de horribles déficits más ó menos cancerosos, de rebajas en los intereses, de arreglos en las deudas, de cortes en las cuentas, de tristes desniveles en los cambios: clara manifestación de la enfermedad económica, cuyos estragos más ó menos á todos los pueblos aquejan y adoloran en el grado correlativo con el capital propio y con sus fuerzas productivas. Pues tanto como de las cuestiones económicas, háblase de las cuestiones religiosas. La organización del catolicismo en la Gran Bretaña, los procederes y procedimientos del clero irlandés en los agudos conflictos de su patria, los manifiestos últimamente publicados por los Cardenales franceses respecto de sus relaciones con la República, el voto de la delegación austriaca requiriendo un arreglo á

la cuestión pontificia, el debate sobre los desórdenes del panteón empeñado por Crispi con el Gobierno italiano, la ley de pública enseñanza puesta por Guillermo II en apasionada y candente discusión, la salud quebrantadísima del Papa y los rumores muy divulgados en todas partes acerca del cónclave futuro, han concentrado el espíritu público sobre lo más interesante al hombre, sobre sus futuros destinos, envueltos en el misterio sublime de las ideas religiosas, tan íntimamente unidas con la moral y con el derecho. Por lo que al estado económico respecta, no tenemos bastantes ojos para llorar los pueblos occidentales del viejo mundo, Portugal y España. El empeño de los conservadores castellanos en dar, como si viviéramos por la centuria décimatercia, un ficticio valor á nuestra moneda de plata, sin escrúpulo batida en la codicia de allegar engañosas ganancias al Tesoro; y las forzadas medidas de aumento á la circulación de los valores fiduciarios, por tal modo deprecian el papel nuestro fuera y agravan la crisis metálica dentro, que pasa el comercio un período terrible de atraso y de quebranto. A este crónico y agudo mal se une la guerra de aranceles entre Francia y España, proveniente de las supersticiones reaccionarias en sus sendas

Cámaras imperantes, con verdaderos caracteres de suicidas; pues mientras por el centro de nuestra Europa, en los imperios austriaco y alemán, propenden los Estados á estrechas inteligencias mercantiles, que amplíen por Oriente los beneficios del interior zollverein germánico; nosotros, los pueblos de la idea y de la luz, los pueblos hechos para entenderse intelectual y mercantilmente; los pueblos reveladores y progresivos, los pueblos de raza latina, brutalmente, por un retroceso increíble, nos encerramos en egoismo y en soledad ajenos por completo á toda nuestra naturaleza y á toda nuestra historia. Así una piedra negra marcará en el templo de los recuerdos mutuos para franceses y españoles el rompimiento de nuestro último tratado comercial, tan adverso á los unos como á los otros, todos por igual heridos bajo sus onerosas ruinas. Y el estado de Portugal pareceme todavía más grave, por haberse las obligaciones allí centuplicado hasta lo desmedido, mientras por la revolución del Brasil, por el pronunciamiento de Oporto, por el cambio de reinado, por los despilfarros de las sociedades de crédito, por las agresiones de Inglaterra y los nerviosos desórdenes en la vida corriente y ordinaria, todo el peculio nacional se desconcertaba y se perdía. Pedíase para tan sabi-

dos males el cauterio, y los Gobiernos últimos contentábanse con el expediente. Pero el expediente sólo sirvió á enconar el mal y á traer las catástrofes. Quebradas las sociedades poderosísimas que hicieron los ferrocarriles portugueses; el escándalo aumentó el malestar, un poco recatado por el misterio y el silencio. Carvalho, hacendista de los expedientes, confesó que había sido el último arbitrado por su fecundidad arrojarle á la sima, ofreciendo hasta el sacrificio de su honra en aras de su patria. Pero la hora de los emplastos pasó, y se necesitaban las extirpaciones del cáncer al hierro y al fuego. Encontróse para esta radical operación quirúrgica un pensador, más que un estadista, en quien se junta con la idea profundísima la forma bella, Oliveira Martins, ilustre y amado amigo mío, quien vino con el doble propósito de aligerar, aunque fuese por medidas casi revolucionarias, todas las cargas, y sanear y aumentar en lo posible todas las rentas. Lista civil, deuda exterior é interior, pensiones y sueldos, todo ha sufrido una rebaja casi violenta, mientras se antepone y sobrepone á todo el propósito firme de que suban, por medio de una energía implacable para la recaudación, los ingresos. No hay, en vista de todo ello, para qué maravillarse, como se ha maravillado tanto inexperto político, de que saliese á la superficie un proyecto, de suyo tan grave, como el proyecto consistente de antiguo en largas enajenaciones del gran patrimonio colonial. Desde los tiempos más antiguos hubo en Lusitania un partido agrícola, tendente á concentrar todas las actividades nacionales en el cultivo de la hermosa y fecunda porción de territorio nacional que ha tocado en suerte á los lusitanos, y otro partido mercantil y marinero, tendente á irradiar la vida portuguesa por los mares y los archipiélagos que pusiera el mar á sus puertas y que tributaran y sirvieran á la civilización europea por obra de las navegaciones y de los descubrimientos, constitutivos para Portugal de su mejor gloria y de su más fecunda ocupación. La felicidad, con que aquella dinastía surgida en el monje de Avis y acabada con el romántico D. Sebastián, inició y coronó las épicas invenciones lusitanas en el mar con las glorias del infante D. Enrique y los martirios de D. Fernando y la fortuna de D. Juan II y de D. Manuel, tan espléndido como grande, hicieron que Portugal venciese á los que resucitaban la política de Catón el Censor en Roma y se marchase con la cohorte de sus milagrosos Escipiones al descubrimiento y á la conquista. Pero siempre hubo

allí quien dijera, y si no lo dijera, quien lo pensara, que para sostener sus colonias necesita Portugal perder su nacionalidad, uniéndose á España; y que para conservar su nacionalidad aparte y distinta de la nacionalidad española, necesita perder sus colonias. Hay muchos espíritus superiores allí, los cuales deben por sus adentros pensar, aunque nunca lo deban en público decir, que sería preferible á todo la unión estrecha con España, en la que caben muchos grados; pero, vista esa invencible repugnancia del pueblo portugués á ella, conformanse con reconcentrarse dentro de sí mismos y aperebirse á enajenar colonias, preñadas de complicaciones por su enclave peligroso entre territorios británicos, como aquellos, que ponen á diario en peligro la paz y la independencia nacional. Yo tengo los libros de Oliveira Martins frecuentemente sobre mi mesa, y los leo por lo mucho que amo á Portugal, objeto preferente de tales libros, y por lo mucho que admiro al autor y que aprendo con el autor en este frecuentísimo comercio literario. Y considero libro capitalísimo suyo, profundo y uno hermoso, que se titula: *El Brasil y las colonias portuguesas*, tanto por la copia de sus ideas como por la corrección de sus formas. Pues bien: allí estaban anunciadas con profética pre-

visión las dificultades que hallaría Portugal en el río Zambeze por las maquinaciones inevitables de Inglaterra. Allí está dicho con toda claridad cómo los principios generales, proclamados en el Congreso de Berlín, van contra la exclusiva dominación portuguesa en los dos grandes ríos del Africa ecuatorial, en el Zaire y en el Zambeze, y cómo amenazan disminuir en mucho los rendimientos de Angola y de Mozambique, tan admirablemente colocadas en sus respectivas desembocaduras. Por sus libros adquiere uno el conocimiento de cómo apenas quedan en aquellas factorías otra cosa de la dominación lusitana que su bandera; de cómo el comercio predominante por doquier allí resulta ó francés ó británico; de cómo Lourenzo Marques vive con los rendimientos del pasaje impuesto á las producciones y á las mercancías del Transvaal; de cómo las construcciones del ferrocarril inglés intentado sobre los dominios portugueses australes serán siempre origen de conflictos, para conjurar los cuales fáltanle á Portugal recursos; de cómo la colonización, aun la portuguesa, tan idónea para en todos los climas prosperar y en las zonas más difíciles acomodarse, tropieza con dificultades económicas sólo vencibles por un rico presupuesto. Así no ha podido extrañar-

nos que se haya intentado por algún hombre importantísimo, no á la verdad Oliveira Martins, otro, la enajenación completa de las colonias africanas, y especialmente de la codiciadísima Mozambique. Pero todo esto habrá de resultar imposible mientras Portugal tenga su mar enfrente, y desde las puertas de Lisboa con su desembocadura del Tajo al Africa el collar de perlas compuesto por las maravillosas islas del tentador Atlántico.

II

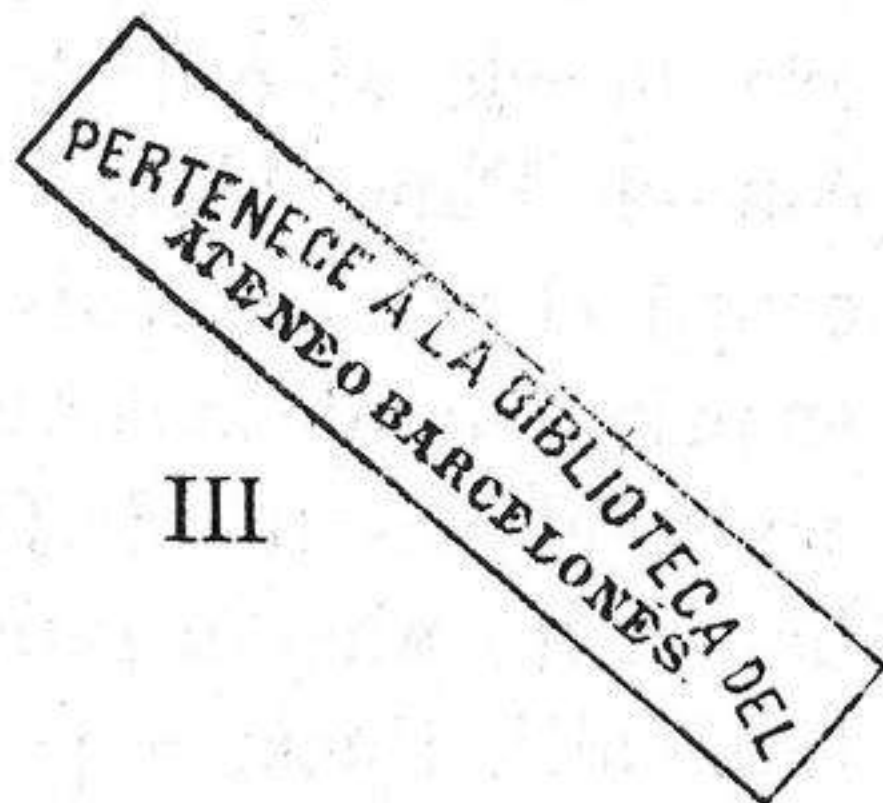
Pues lo que aquí en Portugal, tan embargado por las cuestiones económicas y coloniales, pasa poco más ó menos en todas partes. Quéjase Inglaterra de sus negocios con el Plata, y sigue sus engrandecimientos en Africa; traba y rompe Francia tratados mercantiles al par que pugna por nuevas extensiones de su poder territorial en el Jout y en el Tonkín; Bélgica se cura de cómo podrá entenderse mercantilmente con Alemania y de cómo quedar airosa en ese difícil Estado del Congo, donde se ha metido de hoz y de coz con tan poca prudencia; distri-

buye Rusia sus empréstitos allegados á tanta costa y entra en el Pamir tan conocido por todos los estrategos que han estudiado el Asia militarmente; procura Luzatti en la Hacienda italiana economías con la retirada de las subvenciones concedidas al plan de ferrocarriles militares, y no ciega el verdadero mantial de los gastos, su alianza con los Imperios centrales y su incierta ocupación de una colonia exótica; por manera que doquier vuelve uno los ojos, halla el mismo empeño en disminuir los gastos públicos sin tocar á lo que creen todos su raíz, á los crecimientos coloniales y á los ejércitos numerosos. Creeríase por un observador superficial nuestra Europa factoría complicada, si el movimiento de las ideas religiosas no acompañase al movimiento económico. Pero aquél comparte con éste la universal atención. Cosa curiosísima el manifiesto último de los Cardenales franceses, quienes, constreñidos á reconciliarse con la República por impulsos del Papa incontrastables, ponen á la reconciliación condiciones tan imposibles, como la condición de que sea ultramontana la República. No deben proponerse tal cosa las gentes eclesiásticas; cual no deben proponerse las gentes republicanas convertir en infieles los eclesiásticos. Ni la República puede renunciar á su carác-

ter civil, ni la Iglesia puede renunciar á su carácter dogmático. No hay que pedirle á la República lo imposible; abolición del carácter civil, propio al Estado moderno, ya republicano ya monárquico; cual no hay que pedirle á ninguna Iglesia un tilde ó una coma de sus ideales y de sus principios dogmáticos. El cardenalato francés hace una bien platónica declaración de amor á la República, en su recelo de que lo compela el Pontífice á concesiones mayores, y exige por este reservadísimo acto un cambio radical de instituciones y leyes en lo tocante á materia eclesiástica, por el cual no puede pasar Francia. Pero con todo su platonismo, la declaración trasciende lejos, muy lejos. No menos trascendente, no menos el problema escolar en Alemania, tal como lo ha presentado el emperador Guillermo al Parlamento prusiano por medio del ministro Sedlitz. En el retroceso necesario, que impuso la Iglesia el día de su triunfo á Bismark, revocador de las leyes dadas por él mismo en Mayo del 73 contra la independencia eclesiástica, no podía creerse que hubiera de llegarse hasta la intervención directa de todas las Iglesias, y especialmente de la Iglesia católica, en el círculo completamente laico de la instrucción oficial. Pues se ha entrado, y cada grupo de fieles podrá tener el respectivo sacerdote propio que le adoctrine á diario en sus creencias; y aquellos no adscritos, por motivo y razón de su filosofía, en culto ninguno, habrán de proclamarse por fuerza deistas é ingresar en cualquier comunión cristiana; pues así como los obispos del siglo xvi bautizaban á los judíos y á los moros por fuerza, estos alemanes al uso quieren por fuerza imponer en lo externo á ciertos discípulos de sus gimnasios ideas á las cuales no quiere asentir la razón y la conciencia de ellos. Ante un retroceso de tal clase, compréndese que los nacionales liberales de Prusia se hayan erguido hasta negarse al voto de semejante ley; y esta negativa ponga, por mantener un equilibrio parlamentario bastante difícil, al Gobierno prusiano á merced y arbitrio por completo del catolicismo alemán. Lo cierto es que tales como se han puesto las cosas públicas en Alemania, el Gobierno, manteniendo la ley escolar, se desaviene de los liberales; y suspendiéndola, se desaviene de los católicos, desavenencias igualmente peligrosas, no sólo para su influjo, sino para su vida. Sí, porque habiendo entrado Miquel en la gobernación pública y servido en este ministerio de Caprivi una importante cartera por su representación y procura de los li-

berales; el acto de retroceso, en hora terrible ideado y cumplido por sus compañeros de Gabinete, le obliga y constriñe á una dimisión inevitable, la cual puede traer consigo las perturbaciones connaturales á disentimientos hondos en la falange ministerial germánica. ¡No dirán, visto lo sucedido en pueblos tan adelantados como Prusia y Francia, que sufrimos, al par de una crisis económica, una crisis religiosa también! Así embargan mucho el interés público las alteraciones traídas por la muerte á cargo religioso tan importante como el generalato de los jesuítas. El influjo de la Orden, tras los largos eclipses de otros días, ha se reanimado con brillo extraordinario en los últimos tiempos. Dúctil y flexible, ha sabido aprovecharse de la libertad obtenida por todos á la sombra del derecho contemporáneo para deslizarse astuta en el seno de los pueblos y sugerirles ideas de retroceso. Esta su habilidad hala colocado en la cumbre del mundo romano; y su general, el Papa negro, ha conseguido un poder oculto superior al poder aparatoso del Papa blanco. En tiempo de Pío IX, el padre Beckx, á quien yo conocí personalmente, imperaba mucho en el Vaticano, habiendo sido como el alma de toda la política y de toda la dogmática reinante sobre aquel período. El sucesor suyo no ha obtenido en los postreros tiempos igual influencia, por haber el Papa, como buen tomista, puesto su favor en la Orden dominicana de un escolasticismo puro, no muy sabido entre los compañeros de Jesús, más ultramontanos, pero también más humanistas que los dominicos. Suizo el general, al morir le ha sustituido ahora interinamente, y acaso le sustituirá mañana para siempre, un español, á quien he visto muy alabado hasta en los periódicos demócratas de Madrid. Llámase P. Martín y ha nacido en Burgos. Con el Papa negro sucede algo de lo que sucede con el Papa blanco. Desde que ocupó el trono papal un flamenco, en principios de la centuria décimasexta, el maestro de Carlos V, no ha vuelto ningún extranjero á sentarse allí. Pues, á pesar de haber sido la Orden de Jesús institución de un español, ha tenido cinco naturales de nuestra España en el generalato únicamente, mientras once italianos. Dicen que al padre Martín le distinguen excepcionales conocimientos en letras divinas y humanas, así como una grandísima elocuencia. Creo lo primero y dudo lo segundo completamente. No podría resonar su elocuencia muy alta y muy lejos, cuando no la conocemos en España, y tiempo tuvo de haberla llevado á todos los

oídos el padre Martín, pues tiene la edad madura de cuarenta y cinco años. Ignoro por qué se han puesto en tanta boga los jesuitas entre los periódicos liberales. Una orden de tal disciplina y rigor excluye las espontaneidades individualistas de que brotan la poesía y la elocuencia. Diga cuanto quiera nuestra prensa democrática, la oratoria del padre Martín debe parecerse á la literatura del padre Coloma y á la Historia Literaria de un padre agustino, tan rico en santidad, como pobre de letras y de gramática.



III

Un prelado acaba de morir, el cardenal Manning, en Londres, á la edad avanzadísima de ochenta y dos años. Nacido en rígidas familias protestantes inglesas; educado por la Universidad célebre de Oxford; sacerdote anglicano muy oído por el mérito de su predicación que unía con el sentimiento evangélico la profundidad científica, dejó, tras una serie de medidas evolucionales, la Iglesia de sus padres, hasta irse, de retroceso en retroceso, al catoli-

cismo, y dentro del catolicismo ya, hasta ideas tan reaccionarias como la soberanía temporal de los Papas en lo canónico y en lo dogmático la Infalibilidad pontificia. Un hombre, que había nutrido con los principios de la religión anglicana el espíritu desde sus comienzos y había experimentado las ventajas del régimen parlamentario y liberal en su grandiosa patria, no cejó hasta reconocer algo de divino á la palabra pontificia y prosperar por todos los medios imaginables una reacción teocrática, sosteniendo el poder temporal de Cristo, vinculado en la para él indiscutible soberanía política de los Papas. Difíciles, muy difíciles de comprender tales saltos atrás en sabio tan conspicuo, como no estudiemos antes el desarrollo de la Religión en Inglaterra, por el cual estudio habremos de llegar á entender con facilidad la indeclinable conversión de Manning al catolicismo y al catolicismo ultramontano. Estadme atentos. Verdaderamente curiosa es la descomposición del protestantismo burocrático y oficial en la Gran Bretaña. No se ha establecido todavía con vigor en tiempo de Eduardo VI, cuando ha visto entrar en su seno la herejía, que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena,

llevó á Londres la herejía sociniana. Pues años más tarde, la secta holandesa, conocida con el nombre de Arminia, rechaza primero el dogma protestante de la predestinación y luego la igualdad consubstancial de las tres personas divinas. Un capellán de la embajada inglesa, John Hales, trasportó el espíritu arminio á Inglaterra, después de haber mandado, como decía él, á pasear á Calvino, y de haber propuesto aquella latitud amplísima de interpretación, que ha dado nombre tan gráfico á su secta. En esta secta se alimentó á su niñez la escuela fundadora del protestantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura confianza en el criterio y en el testimonio de la razón. Así, las sectas que rompían la ortodoxia y la tradición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increíble rapidez. Los presbiterianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los independientes separaban las iglesias de todo Estado, concediéndoles interior autonomía. Los kuáqueros derogaban todo privilegio eclesiástico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como sucedía á las antiguas iglesias apostólicas. Tomás Edwards contaba en tiempo de la revolución ciento setenta y seis sectas heréticas diver-

sas. No debía la ciencia favorecer mucho la unidad protestante. Bacon separaba los dogmas religiosos de las ideas filosóficas. Locke mantenía un cristianismo racional. Thegeorli fundaba su escuela puramente deista. Hume hacía del Universo una ilusión fantasmagórica del cerebro. Wesleisse iniciaba el metodismo. Coleridge, admitiendo la distinción de Kant, esa distinción entre la inteligencia, facultad de las nociones, y la razón, facultad de las ideas, restauraba un cristianismo, aunque por su fondo idealista, por sus tendencias tan racional y tan humano como el cristianismo de Locke y de Bacon.

IV

La verdad es que todos estos sectarios últimos, conciliadores de la filosofía germánica y la tradición cristiana, como conciliara Santo Tomás el catolicismo con el aristotelismo, tienen el mérito de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para impedir un divorcio sacrílego, el divorcio entre la razón y el cristianismo. Un mismo fenómeno se observa en Alemania é Inglaterra,

después de la interior descomposición que ha tenido el protestantismo. Este fenómeno es la institución de una filosofía independiente del dogma, y aun al dogma contraria. En Alemania, las escuelas extremas del protestantismo, como la escuela de Lessing, combatían de tal modo la tradición ortodoxa, que no se daban cuenta de cómo, al probar, ó tratar de probar, que hasta los tiempos de Lutero, desde los tiempos apostólicos, toda revelación pecaba de artificial y fantasmagórica, realmente combatían en su fondo el cristianismo entero y lo relegaban al triste rango de las supersticiones fantásticas. No se puede, no, descomponer dentro de sí misma una idea tan grande como la idea teológica, sin que venga de suyo á sustituirla otra idea tan grande como la idea científica. Los primeros filósofos griegos trataron de contener sus principios en la simbólica del paganismo. Tras los dioses de mármol centelleaban los resplandores de las ideas filosóficas. Aquella fué la edad de paz entre la religión y la ciencia. Thales, Pitágoras, parecían, más que oráculos de la razón humana, oráculos de la divinidad y sus múltiples personificaciones. Pero, al separarse la conciencia de la religión, al dividirse el espíritu y el Estado, al encontrar un hombre como Sócrates el oráculo divino en la humana conciencia; este divorcio de la filosofía y de la religión estaba llamado á traer dogmas nuevos destructores del paganismo, y con el paganismo de las sociedades antiguas. Con seguro presentimiento lo comprendieron así aquellos estadistas, como los treinta tiranos griegos; aquellos poetas populares, tan atenienses como Aristófanes; aquellos oradores como Simmaco; aquellos Césares como Juliano, quienes opusieron resistencia invencible, primeramente á la filosofía y á la moral de Sócrates, y luego á la ley de Cristo. Pues bien: así en Alemania como en Inglaterra, el protestantismo ha engendrado, durante nuestro siglo, dos grandes filosofías, que lo contradicen y lo niegan. Para el hegelianismo, que hace partir toda la vida, con sus desarrollos, de la idea pura, el cristianismo no aparece sino como un término dialéctico en la serie del movimiento universal y eterno. Y así como la filosofía hegeliana hizo del cristianismo un término de la idea, tan importante para el espíritu humano como el vedismo, como el budismo, como el mazdeismo, como el judaísmo, como el paganismo, como el helenismo, como el latinismo, como el germanismo; la filosofía de la evolución inglesa, filosofía, cuyos principios privan hoy

mucho en el favor universal, combate resuelta y definitivamente la idea cristiana, como si fuese cualquiera otra vieja y gastada superstición teológica. Ese Darwin, á quien los anglicanos dieron sepultura bajo las bóvedas sublimes de su primer catedral, derivando todas las especies de un embrión único por medio de la selección natural y decerniendo el preciado lauro de la victoria necesariamente á los fuertes sobre los débiles en el eterno combate por la vida; ese Spencer, quien después de proclamar el principio de la permanencia eterna de la fuerza, lo desarrolla luego en evoluciones incesantes, sin término y sin fin, cometa más amenazador á la idea cristiana que todo el hegelianismo germánico; ese Lewes, en cuyos conceptos la psicología toda entera se reduce á una simple fisiología, y la moral á una higiene, y el pensamiento á una secreción del cerebro, secreción que debe destruir metafísicas y religiones, como si fueran grandes telarañas, en cuyos pliegues oscuros se halla prendida, cual una mosca, la verdad; todos esos pensadores, sin exceptuar á Mill, admirador del positivismo, esa teoría negativa de todos los principios trascendentales; todos esos pensadores, sin excepción alguna, concluyen por descomponer el cristianismo británico de igual suerte que los filósofos antiguos descompusieron á una con sus sistemas varios, el paganismo heleno y el paganismo romano. Sin embargo, esa ciencia, con todo su poder, con toda su fuerza, con el esplendor que le presta la copia riquísima de sus ideas, no puede sustituir, no, lo mismo que trata de derribar. Spencer lo confiesa paladinamente, cuando dice que su primer principio de la fuerza y de la energía se halla envuelto en misterios tan oscuros como el primer principio creador, que anima y preside á todo el Universo. Después que hayáis demostrado la unidad química de la materia, y la hayáis reducido á oxígeno puro en su esencia; después que hayáis visto la inmanente perpetuidad de la fuerza y hayáis sacado de ella el movimiento, el calor, el magnetismo, el éter; después que hayáis mostrado como todas las estrellas provienen de la primera nebulosa, difusa en la inmensidad de lo infinito, la cual por todas partes nos penetra; después que hayáis podido comprobar cómo el dolor y la muerte se dilatan hasta donde se dilata el hombre y la vida; después que hayáis retrasado millones y millones de siglos los orígenes de nuestro planeta, no habréis podido, no, destruir el sentimiento religioso, que permanecerá tan fuerte, intenso

y puro como después que Copérnico redujo nuestro planeta, centro del Universo en los conceptos antiguos, á mero satélite del sol; como después que Galileo probó con el péndulo en la mano el movimiento triunfal de la tierra por los espacios; como después que Newton explicó la gravedad universal: pues conforme se dilatan los horizontes de la ciencia en lo infinito, crece la idea de Dios en los profundos senos del alma, y necesariamente se impone una religión universal.

V

Así no puede maravillarme que, según iba el pensamiento científico apartándose de la fe religiosa, hubiese una reacción teológica, la cual tomó dos formas; una semi-puritana con los metodistas, otra semicatólica con el doctor Pussey, acompañado por los teólogos de Oxford. El metodismo con sus rigores, con sus arideces, con sus intransigencias, despojó al sentimiento anglicano de toda propensión idealista y al culto religioso de todo sabor artístico. El fondo de intui-

ción, de sensibilidad, de verdadera estética, de pasión á las plasticidades artísticas, congénito con la naturaleza humana, debía sublevarse contra la rigidez mortal de una doctrina casi algebraica, llena de fórmulas altísimas, pero abstractas, impropias de la fe religiosa, como de principios morales, muy buenos, pero sobradamente rigurosos para las contingencias y los dolores del humano ser. Así debía brotar una propensión invencible de los espíritus sensibles y tiernos á ritos y prácticas, que tienen tanta poesía en sí mismos, y á dogmas tradicionales consagrados por los prestigios del tiempo, que tiene tanto poder sobre las almas; y como el metodismo confinó con la Iglesia presbiteriana escocesa, confinó el pusseysmo con la Iglesia católica romana. Quiénes relacionaban la regeneración total por el bautismo con las regeneraciones parciales por la eucaristía; llamaban á la Iglesia triunfante única depositaria del dogma ingenuo y puro; atribuían el mismo carácter á los obispos que á los apóstoles; aludían á la existencia en el texto sagrado de la idea viva pero sujeta con rigor á una catolicidad de interpretaciones muy rara en protestantes y á una infalibilidad difundida por todo el cuerpo de la grande asociación cristiana como una especie de sangre ideal, pe-

ro semejante á la infalibilidad pontificia; ponían los Padres de la Iglesia primitiva como verdaderos oráculos de la verdad revelada; y revestidos con insignias del ritual católico, sobre la tabla del altar, muy ornado, entre resplandores de cirios y espirales de incienso, decían una misa muy semejante á la misa romana, estaban cerca, muy cerca, de reingresar en el catolicismo y reconocer la supremacía dogmática y moral del Papa. Un sentimiento monárquico, muy sobrepuesto por la educación al carácter inglés, los detenía en el dintel de Roma, temiendo amenguar y disminuir las facultades religiosas de los reyes, tan importantes en el espíritu religioso de los ingleses. Pero varones como el fuerte Manning, de ánimo entero, de lógica inteligencia, de firme y resuelta voluntad, no podían detenerse á tal consideración, y extrayendo con rigor las consecuencias de los principios, abandonaban la sociedad anglicana y caían de hinojos al pie de los altares católicos. El Cardenal, nacido á comienzos de la centuria, en el año 8 de ella, proclamó el catolicismo su fe personal, cuando apenas contaba cuarenta y dos años, habiéndole guardado una fidelidad inquebrantable hasta la muerte, sucedida en edad tan avanzada. La idea católica y la idea socialista han ocupado su alma y han poseído por ende su inteligencia y su voluntad. Caritativo, muy caritativo, no pudo creer nunca suficiente la caridad particular al consuelo de los dolores y al remedio de las imperfecciones sociales. Dando al catolicismo tendencias y propensiones quizá ajenas de su carácter dogmático y moral, predicaba un comunismo del púlpito análogo al comunismo alemán de la cátedra; é intervenía, más con el carácter de un economista que con el carácter de un prelado, en los litigios formidables del trabajo con el capital. Dentro de la protestante, y amén de protestante, individualista Inglaterra, estos dos caracteres le han suscitado muchos enemigos, y estos enemigos han tenido poder bastante para sacarlo de quicio y enfurecerlo hasta sugerirle afectos, si no de odio, de rabia. Pero, envejecido y muerto sobre aquella sede católica de Westminster, fundada el año 61 por Pío IX, y sucesor del ilustre Wisseman, su nombre ha conseguido un gran respeto de los contemporáneos, como sus obras tendrán una grande resonancia en la posteridad.

VI

Pero, engolfado en la contemplación histórica de tanto instituto como ha influido sobre el desarrollo de la conciencia y de todo el espíritu contemporáneo, había dado á olvido los hechos recientes, á que vuelvo en mi calidad y condición de cronista. Mucho ha conmovido la opinión europea el inútil sacrificio de un veinte por ciento en la lista civil que ha ofrecido el Rey de Portugal á la nivelación del presupuesto definitivo. Medidas y disposiciones tan radicales, cual ésta y las formuladas por el ilustre pensador que dirige la Hacienda y el Tesoro lusitanos, pueden darse por bien empleadas y aplaudirse con entusiasmo, cuando conducen al fin apetecido y extirpan de raíz un mal canceroso. Pero, si, como sucede ahora, según muchos, quizá pesimistas, no hay remedio en lo humano para el Tesoro portugués, el mal se aumenta y encona con las acerbidades horribles del remedio. ¿Será verdad que la situación del vecino Estado no tiene remedio? Tenémoslo, sin duda, en España para nuestra perturbación económica, y no queremos aplicarlo. Go-

bierno conservador y oposición liberal adolecen de irresoluciones iguales. Compréndolas en el Gobierno, á quien su responsabilidad impone cierta medida y reserva; pero no las comprendo en un partido de oposición, únicamente obligado á decir fórmulas y prosperar tendencias. Cree la opinión pública y quiere la pública voluntad graves determinaciones del poder público á las economías en todo, pero en Guerra y Marina especialmente. Pues bien: el partido liberal está organizado por manera tan defectuosa y en organismo tan por extremo flaco, ya merced á deficiencias irremediabiles de su credo, ya merced á bondades nativas de su jefe, que hay soldados varios de importancia é influencia en sus filas opuestos á las economías al punto de aparecer cómplices, cuando no fautores, en los aumentos desastrosos presentados en el ejercicio, que corre ahora, por nuestro imposible presupuesto de la Guerra. Tal camino á parte ninguna puede conducir más que á la propia perdición. Y lo mismo digo de la guerra económica con Francia, en que franceses y españoles nos hemos precipitado locamente, aumentando, cual si no tuviéramos bastante con las penurias interiores, el mal colectivo de un retroceso en el comercio exterior. Echense mutuamente la

responsabilidad respectiva el Gobierno español al Gobierno francés y el Gobierno francés al español, desconociendo cómo la tienen los dos, por igual desatentados, el uno, el de allende, á causa de su debilidad ante la mayoría proteccionista de la Cámara, que corre al abismo con una inconsciencia propia de su irresponsabilidad, á la cual debió poner freno la iniciativa del Gobierno responsable por una dimisión á tiempo; y el otro, el de aquende, ó sea el nuestro, á causa de un dogmatismo proteccionista, sólo comparable, por lo perturbador y por lo reaccionario, á su dogmatismo socialista. En tal estado de las cosas, no hay para qué maravillarse á la desatentadísima guerra mercantil, donde han entrado todos los pueblos con daño del derecho público europeo en detrimento y detención del progreso universal humano. Cuando vemos las dos repúblicas existentes en Europa, toda cubierta de monarquías, Francia y Helvecia, declarándose una guerra de tarifas, cuyos estragos alcanzan á las letras mismas, ¡oh! sentimos la desesperación propia de quien ha trabajado toda la vida por un principio y lo encuentra combatido por aquellos en quienes pusiera su confianza. Cerremos esta Revista diciendo que las disidencias parlamentarias en Alemania por la ley escolar llegan al extremo de haber amenazado Caprivi con una insinuación de golpe de Estado al Parlamento y haber el Parlamento silbado á Caprivi por esta insinuación; que las elecciones húngaras, provocadas por el Gobierno teniendo mayoría de ciento cincuenta votos para robustecerla y afirmarla por nuevos comicios, le han disminuido las fuerzas y han puesto los ánimos en una exaltación por cuyos espasmos compelidos acaban ahora de aunarse y entenderse los partidarios de Kossuth el republicano, todos ellos separatistas, con el conde Aponyi, jefe antes de la oposición parlamentaria y constitucional; que la herida, por un pistoletazo debido á personal descuido abierta en la pierna del hábil ministro búlgaro, Stambuloff, no ha traído las consecuencias temidas por cuantos vieron en ella una reapertura de las terribles cuestiones orientales; que ha triunfado la candidatura liberal en el distrito mismo donde tuvo la confianza perpetua de los electores el apóstol Hartington, negante de Gladstone como Pedro de Cristo, y jefe de los unionistas pasados al viejo torrysmo; que la reforma constitucional se impone á los belgas, así como la grande amplitud y extensión del sufragio; que todo acusa por desgracia un cónclave nuevo y otro nue-

vo Papa, terrible caso temido por todos los liberales de veras en el mundo, pues difícilmente podrá encontrarse un cardenal, capaz de sustituir al santo y venerable varón cuya ciencia, sólo con su virtud comparable, ha iniciado la obra mayor quizá de nuestro siglo, la reconciliación del catolicismo con la libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Difícil es la misión de la crítica, tomada esta palabra en su más recto sentido; pero la dificultad crece cuando el crítico se propone juzgar obras y autores contemporáneos de él. Formar juicio exacto de lo que amamos ó aborrecemos, haciendo abstracción completa de nuestros afectos y pasiones para aplicar al objeto sometido á nuestro dictamen el código del buen gusto, empresa es superior á todo encarecimiento. Acontécele al crítico que juzga de lo que le es presente algo parecido á lo que le sucede al soldado en la batalla. A éste, el ruido del combate le ensordece, ciégale el humo de la pólvora, pertúrbale el deseo de venganza y trastórnale finalmente la embriaguez de la lucha. Inútil sería pedirle, después de terminada, que narrase con exactitud el hecho de armas en que ha tomado parte,

ni menos esperar que juzgue con verdad los diferentes episodios del combate. Para apreciar serena y juiciosamente la contienda, preciso es que hasta el observador no lleguen ni los proyectiles de la pelea ni los apasionados gritos de los combatientes.

Razón es esta por la cual el crítico debe alejarse sistemáticamente de aquellas personas á quienes ha de juzgar, procurando con el mayor esmero posible que ni la amistad enturbie sus apreciaciones ni las desvirtúen el odio y el rencor. Creo haber oído que entre las leyes que rigen en España, existe una que prohíbe al juez ejercer su cargo en el pueblo de su naturaleza ó de su habitual residencia. El espíritu de esta ley no debe ser desatendido por los jueces de la crítica.

El P. Blanco, encerrado en su celda del monasterio de San Loren-

zo, apartado de las escaramuzas en que diariamente tienen que intervenir, por regla general, cuantos escriben, hubiera podido mejor que crítico alguno, realizar tan difícil misión, la cual parece estar formulada en estos versos del inimitable cantor de *La vida del campo*:

«Libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.»

¿Ha logrado el P. Blanco convertir en realidad este bello ideal de la crítica? He aquí la pregunta que ocurre en cuanto se acaba de leer la *Segunda parte de la literatura española en el siglo XIX*. Nótese, á medida que avanzamos en la lectura de este por todos conceptos notable libro, que aquella casi absoluta imparcialidad que se advierte en la primera parte y en las páginas con que comienza la segunda, se debilita considerablemente, en los capítulos dedicados á los escritores de nuestros días. ¡También ha salvado los muros del Escorial algo del ambiente que todos respiramos! ¡También hasta la celda del sabio agustino ha debido de llegar alguna bala perdida de las que sin tregua se cruzan en el campo de las letras!

Echase de ver, en efecto, extremada severidad en algunos juicios, exceso de crítica negativa en otros, y olvido varias veces de aciertos contenidos en obras que, sea quien

quiera su autor, deben ser celebradas. Si en la gacetilla de la hoja periódica, destinada á morir á las pocas horas de haber nacido, merecen cierta disculpa los apasionamientos é injusticias, tanto por lo inmediato de la impresión de que ella es como eco, cuanto por la falta de reflexión que esos trabajos efímeros suponen, en un libro, fruto de detenidas meditaciones y destinado á larga vida, nada que sea producto de la pasión debe estamparse. En la obra del P. Blanco no siempre habla la justicia. Algunas páginas, pocas por fortuna, lo prueban.

*
*
*

La crítica del joyen religioso se mueve entre estos dos polos: la fe católica y un gusto artístico tan exquisito como delicado. Cuando el autor se deja guiar por este último, sus juicios son acertados; sabe descubrir con rara escrupulosidad las bellezas, y muestra con seguridad convincente los defectos. Tiene además una cualidad tan estimable como poco común: la independencia de criterio estético. En vano sería buscar en la obra del P. Blanco las líneas inflexibles de un sistema: en este punto es absolutamente libre su espíritu. No pone á

los clásicos sobre los románticos, ni á los realistas sobre los idealistas, ni á los que siguen las huellas de la poética alemana sobre los discípulos de las escuelas francesa ó inglesa. El verdadero artista (salvo en lo tocante á religión) es ensalzando y celebrado, sin tener para nada en cuenta su procedencia, por el P. Blanco. Poco importa que en Hartzenbusch se manifiesten las tendencias de Schiller, derivadas, como es sabido, de la estética de Kant; que Becker represente entre nosotros algo así como un eco del tono, más bien que del pensamiento del autor del *Intermezzo*; que leyendo á Tassara se adivine á Leopardi; que en tal autor se descubra la influencia de Ruskin ó de Carlyle ó de cualquiera de los estéticos modernos, desde Richter hasta Schopenhauer, desde Macaulay hasta Spencer, desde Cussin hasta Taine. El autor de *La literatura española en el siglo XIX*, no pregunta el artista de dónde viene, si no lo que trae. Para él lo bello no es patrimonio de ninguna escuela: pertenece á todas. De este modo salva victoriosamente el P. Blanco un escollo en que rara vez han dejado de tropezar los críticos aun los más ilustres. ¡Cuántas veces han sido anatematizadas obras inmortales tan sólo porque no pertenecían á la escuela de aquel que las juzgaba!

Dígalo si no en época no muy remota, aquel período de nuestra literatura á que Quintana llamó *guerra literaria*, en el cual período, según el autor citado, hubiérase podido decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes et manus omnium contra eum*, en que Forner é Iriarte se combatían sin descanso, en que los Moratines, los Cadalso, los Veras, los Trigueros, los Salas... inspirados todos en exclusivismos sistemáticos, se disparaban á la continua sátiras aceradas y epigramas virulentos, por encima de los cuales se alzan invulnerables las obras de verdadero mérito, sin distinción de escuela ni de parcialidad, producidas en medio de aquella lucha. Combates parecidos sostuviéronse en España, de idéntica manera que en Francia, entre clásicos y románticos, y hoy mismo no aleccionados por estos y otros análogos ejemplos, siguen luchando con menos saña, pero con el mismo estéril resultado, naturalistas, idealistas y modernistas. El P. Blanco, ajeno á todos los prejuicios que informan estos sistemas, se coloca en terreno neutral y otorga la palma al mérito verdadero, sin mirar las divisas que los autores ostentan en sus escudos.

Pero si sabe apartarse de toda influencia sistemática, no le acontece lo propio con el otro de los dos factores que constituyen el eje de su

crítica. De la lectura del libro se desprende que la fe católica, á juicio del P. Blanco, no sólo abre las puertas de la gloria celestial, sino que es además parte poderosa para forzar la entrada de lo que los verificadores llaman por gala poética los cielos del arte. Tamayo, en concepto del crítico, vale más que Ayala. ¿Por qué? El autor de la literatura española contesta á esta pregunta con razones algunas de peso, pero entre las cuales el lector advina que es, entre todas, la primera el acendrado catolicismo del creador de *Un Drama nuevo*. A Sánchez de Castro, autor del *Hermenegildo* y del *Theudis*, lo considera como un sol con cuyos arreboles luminosos habría ganado mucho la escena patria, hipérbole que aunque basada en la opinión de Revilla, más parece engendrada por solidaridad religiosa, que por espíritu de austera imparcialidad. Tal vez al mismo sentimiento religioso responden los elogios tributados á *El Escándalo* sobre otras obras de Alarcon, y á *Pequeñeces*, del P. Coloma, así como las severas censuras enderezadas contra *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, de Galdós, y *Marta y María* de Palacio Valdés. Tampoco se pasa de justo el P. Blanco con *La Fe*, última novela de Palacio, á la cual, aunque mucho más endeble que otras del mismo autor,

no puede aplicársele con verdad el dictado de *melodrama sainetesco*.

Acaso el hábito que viste el ilustrado religioso sea causa de la desmedida importancia que concede al elemento católico en la producción artística. Circunstancia es esta que, á pesar de lo respetable de su origen, perjudica considerablemente á su crítica. Sin negar yo que el fin ético, y por lo tanto el religioso, son cosas ambas que merecen sinceros elogios, y aun concediendo de buen grado que el arte adquiere gran valor moral cuando *canta la gloria del Señor*, creo también, y la historia literaria así lo enseña, que ninguno de los dos fines tiene nada que ver con el valor intrínseco de la obra, valor que estriba exclusivamente en la fiel expresión de una concepción verdadera en cuanto al objeto, sincera en cuanto al sujeto. El fin en el arte es algo secundario: Voltaire se sirve de este para destruir la religión cristiana, Chateaubriand para enaltecerla; he aquí dos artistas ilustres, á pesar de entender la finalidad del arte de modo tan diametralmente opuesto. Heine, expresando sinceramente su escepticismo, vale tanto, artísticamente considerado, como San Juan de la Cruz dejando correr en sus inmortales versos el purísimo caudal de su amor divino. La ermita barroca, consagrada al Dios de nues-

tros padres, tiene una finalidad—valga la palabra—mucho más noble y elevada que el templo ateniense dedicado á Venus afrodita; pero como obras artísticas no hay más remedio que admirar la construcción griega y desdeñar la edificación cristiana, sin tener para nada en cuenta el fin á que cada uno de los dos templos se destina. En arte, lo herético es lo feo, y no hay bula que libre de justos anatemas al *Nuevo jardín de flores divinas*, de Alonso de Bonilla, y á todas las demás extravagancias religiosas de que es muestra aquel originalísimo título, tantas veces repetido de un libro del siglo XVII, *Jeringa espiritual para curar los empachos de la culpa*.

En la obra artística, vuelvo á repetirlo, como tal obra artística nada significa su religiosidad ó su impiedad, como no aumenta ni disminuye el mérito de una espada el que fuese labrada para el caballero Bayardo ó para el corsario Barbarroja. Tan cierto es lo que acabo de decir, que una obra impía es tanto peor en el sentido religioso, cuanto mejor es en el sentido artístico. Esta oposición, que puede existir, y de hecho existe muchas veces, entre la religión y el arte, prueba que no es posible por la una juzgar del valor de la otra. Fr. Juan de la Cruz, ya lo he dicho, es un poeta sublime; pero ¿quién le puede negar ese mismo tí-

tulo al escéptico Heine ó al panteísta Goethe? Admiro yo con entusiasmo, que no cede al más grande, á fray Luis de León; pero admiro también sobremanera al hereje Juan de Valdés. Teresa de Jesús es una artista casi divina; pero Mad. Ackerman, á pesar de su ateísmo, es un gran poeta. El cielo del arte no es el de los bienaventurados, es aquél otro lugar, que ni pertenece á la gloria divina ni al infierno, y cuya vista hizo estremecer al poeta florentino cuando se encaminaba á los parajes donde no brilla resplandor alguno.

*
**

De ver el arte á la luz de la lámpara de la religión, se desprende el criterio un tanto estrecho con que el P. Blanco juzga á los escritores contemporáneos, entre otros á Galdós, particularmente al tratar de sus novelas más celebradas, *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*. Decir que el autor de estos tres libros es un imitador de Fernández y González y de Ayguals de Izco, es tan equivocado como afirmar que «esta trinidad, esencialmente una, dió la vuelta á España en alas de la celebridad, hija del escándalo». No, no fué el escándalo lo que dió envidiable popularidad á estas novelas;

fué su mérito positivo. Los que conozcan la sociedad de la mayor parte de los pueblos de Castilla, los caciquismos, las intrigas, las ruindades que en ellos hierven y pululan, no podrán menos de reconocer que el cuadro de Villahorrenda es de una verdad un tanto sombría si se quiere, pero no inferior en su género á la de Velázquez en la pintura. No es ocasión esta de hacer análisis de todo punto impertinentes; pero sí de decir que cuantos hayan leído con juicio sereno las obras del autor de *Los episodios nacionales*, no es posible que crean que Ficóbriga «está cerca de Babilonia», ni que *La familia de León Roch* «es una apología del divorcio», ni, finalmente, que *Doña Perfecta* «es un conato infeliz de novela».

Si el P. Blanco se hubiera propuesto hablar, como sacerdote cristiano, desde la cátedra del Espíritu Santo, bueno que condenase la tendencia de esas novelas; pero al escribir como crítico literario, analizando las perfecciones ó defectos de obras artísticas, forzoso debió haberle sido prescindir un tanto de lo divino. ¡Cuantos escritores irán de cabeza á los infiernos, mientras que la humanidad levantará estatuas á su memoria!

No obstante lo dicho, es de justicia hacer constar que, por regla general, si falta á veces en la obra del

P. Blanco la imparcialidad, nunca la sinceridad en el propósito. El autor de *La literatura española* puede equivocarse, se equivoca algunas veces; pero jamás hace traición á su pensamiento, y lo que cree bueno lo elogia sin reservas ni temores, como fustiga sin piedad lo que cree malo.

*
* *

Esta virilidad sin desfallecimientos, es, á mi juicio, uno de los mayores méritos del libro del padre Blanco, á los cuales deben unirse otros muchos que se descubren sin esfuerzo en *La historia de la literatura española en el siglo XIX*. Revela esta obra caudal tan vasto de conocimientos y tan larga y pacienzuda lectura, que, á no saberlo de cierto, no podría imaginar el lector que el trabajo del religioso agustiniano fuese obra de un joven que aún no ha cumplido los treinta años. Asombra al leer este libro el esfuerzo poderosísimo que es necesario emplear para enfrascarse en el farrago de libros buenos y malos, profundos é insustanciales que ha tenido que analizar el distinguido crítico, para ir separando el oro del oropel, lo bueno de lo mediano y esto de lo malo. Paciencia grande es menes-

ter para ese trabajo de benedictino. Porque hay que advertir que el autor ha leído todo lo que critica, y no con la superficialidad del que hojea un libro por entretenimiento ó distracción, sino con el cuidado con que se estudia lo que se desea conocer á fondo.

Y mayor maravilla aún que la de leer la innumerable biblioteca que representa *La literatura española*, es la de conservar sereno el juicio sin vacilaciones ni decaimientos en medio de ese *maremagnum* de libros, folletos, dramas, comedias, cuadernos de revistas y periódicos que ha tenido que leer el padre Blanco para dar á cada escritor el dictado que le corresponde, según la opinión del crítico.

Adviértense, sin embargo, en el libro, algunas omisiones dignas de notarse. Nada se dice en él, por ejemplo, de Roberto Robert, satírico de gran vigor, y á cuyo espíritu bien pueden encontrársele, y en este caso con ingenua verdad, grandes afinidades con el de Voltaire. Tampoco se hace mención especial de las obras de Peña y Goñi (cuyas opiniones cita, copia y comenta con elogio el P. Blanco), escritor de nervioso estilo, el primero de nuestros críticos musicales y uno de los más ingeniosos literatos de nuestro tiempo; ni de Vicente Colorado, personalidad de verdade-

ro relieve, cuyos versos tienen no poco que admirar y cuyos cuentos pueden competir con los mejores que cita el padre agustiniano. Mella-do, atildado estilista y Suárez de Figueroa, cuya pluma aventaja á las de muchos renombrados literatos; Feliú y Codina, autor dramático y prosista correctísimo; Solsona, cuyo estudio acerca de *Ayala* le acredita de escritor notable, y otros que, no sólo no son inferiores, sino que superan á muchos de los que el P. Blanco cita con elogio, son preteridos en el libro sin causa alguna que lo justifique (1).

¿Cuál es el origen de estas omisiones? No creo que tengan por fundamento el deseo de mortificar á literatos distinguidos. Creo, más bien, que son resultado de la celebridad con que está escrita esta segunda parte de la literatura. Nótese en ella cierto deseo de acabar, algo de precipitación, un tanto divorciada, á decir verdad, con la calma reflexiva que debe presidir á los trabajos críticos serios y razonados. Esto, que en cierto modo es un defecto, prueba, por otra parte, la facilidad prodigiosa que tiene el P. Blanco para la crítica.

Otra de las cualidades que posee

(1) Sesenta y cuatro autores todos de indiscutible mérito, cita el Sr. Fernández Ramón en un artículo publicado recientemente en *La Ilustración Española y Americana*.

el escritor agustiniano es una exquisita sensibilidad estética y un entusiasmo ardiente por lo bello. Entre nosotros, es raro el crítico que no tiene algo del D. Hermógenes de *La comedia nueva*. De aquel chistosísimo modelo abundan las copias más de lo que vulgarmente se cree; insoportables figurones que hablan en griego ó en alemán para mayor claridad, y que creen que la crítica consiste en engendrar soporíferos artículos de nombres exóticos y de títulos de obras, que los tales sólo conocen por los índices de las librerías, incapaces de comprender la belleza, y atentos sólo á rebuscar con ojos de miope las faltas menudas, única cosa que su cortedad de vista les permite distinguir. El padre Blanco en nada se parece á esos alguacilillos ó corchetes de la crítica. La belleza de las obras que contempla le arranca á menudo gritos de admiración, encerrados en frases ó imágenes tan poéticas como las que contienen las obras analizadas. Sabe seguir el vuelo, por remontado que sea, de la inspiración del artista, y ver en conjunto las obras, cosa que nunca se consigue sin mirar desde lo alto.

En esta segunda parte, como en la anterior, muestra tino especialísimo para hallar lo bueno; así es que en las citas con que esclarece y demuestra sus apreciaciones, se en-

cuentra casi siempre la perla de más valor de cuantas forman el tesoro literario de cada escritor criticado.

La ironía agudísima y de intachable corrección, es arma que, aun cuando no á menudo, maneja alguna vez el P. Blanco, pero sin llegar casi nunca á la burla sangrienta ni menos al sarcasmo.

Si á todo esto se añade un hábil manejo de la lengua patria, una dicción castiza y correcta, un estilo viril y siempre sostenido, se podrá formar idea aproximada del libro que con el título *Historia de la literatura española en el siglo XIX* acaba de ver la luz pública.

La utilidad que el P. Blanco ha reportado á los estudios literarios es grande, agrupando, no en un cuadro sintético, pero sí con orden y método, las obras de los escritores contemporáneos. Esto no obstante, justo es decir que algunos nombres hay en ella que nada hubieran perdido la ciencia ni la historia dejándolos en el olvido.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

El regionalismo es, por decirlo así, la quinta esencia del amor patrio. Hay algo que nos atrae con fuerza irresistible al suelo en que nacimos; no sé qué misteriosas raíces,

que en vano pretendemos arrancar de nuestro corazón, y que nos hacen pensar alguna vez en la utopía de doña Oliva Sabuco, que atribuía, como el naturalista alemán Smith, al reino vegetal el origen de la especie humana. En nuestra ciudad, en nuestro pueblo, la idea de patria no es una mera abstracción; toma cuerpo en las calles y plazas pobladas de nuestros recuerdos, en los templos henchidos de nuestras plegarias, en nuestro hogar nunca olvidado, en los rostros conocidos, en todo eso cuya imagen llevamos grabada siempre en el alma, y que el tiempo y la distancia, lejos de debilitarlo, lo agrandan y avivan.

Cosecha periodística, de Miguel S. Oliver, reúne á otras notables cualidades ese sentimiento de amor patrio, que al reflejarse sobre las páginas del libro, las avalora é impregna de poderoso encanto.

Miguel S. Oliver, conocido ya de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, ha consagrado á Mallorca las primicias de su talento. Todos los artículos que componen la colección que tengo á la vista, dedicados están á la hermosa isla que vió nacer á Raimundo Lulio y á Palau, la cual, como el autor dice elegantemente, «sumerge sus piés en el mar, cómo las Susanas de la antigua pintura.»

Pero no se contenta el Sr. Oliver con describir poéticamente su patria ni con dedicarle, poeta como es, amorosos requiebros; antes bien, celoso de la gloria de ella, trata de comunicarle vida y vigor y de impulsarla por los caminos de la prosperidad y del progreso. Los artículos titulados *Desde la terraza*, en que el articulista, después de describir con hábil pincel las perspectivas que se descubren desde las azoteas de Palma, señala las reformas que la ciudad necesita, y estimula á los baleares á que sacudan enervantes desfallecimientos, acometiendo con actividad las empresas que el mismo autor señala, son de lo mejor que el libro contiene.

Hay, sin embargo, un artículo que por su profundidad y por la sinceridad de su melancolía, supera á los citados. Me refiero al que lleva por título *La literatura y el fin de siglo*. En este hermoso trabajo, no sólo se ve al literato que maneja gallardamente la pluma, sino al pensador que sabe descubrir con penetrante mirada el sentido íntimo, el fondo amargo que existe en la literatura del siglo á cuyas últimas convulsiones estamos asistiendo.

El escritor mallorquín siente, como la mayor parte de los no contaminados por el escepticismo, la nostalgia por el ideal, nostalgia que

le hace escribir las siguientes frases, que son como un eco de la voz que habla en el fondo de casi todos los cerebros: «Permitid al espíritu alguna de esas fugas encantadas á la región de la luz y del aire puro, á las salubres soledades de lo que llamaban infinito esos ilusos y soñadores, en cuyos talleres vamos á recoger las limaduras de oro para dorar á trechos el barro que ahora moldeamos pobrementemente.»

Al artista que así escribe, bien se le puede asegurar honroso y brillante puesto en la literatura.

*
* * *

Si en las diferentes comarcas de España progresa el arte nacional con más lozanía que en la capital de España (á semejanza de lo que en el árbol sucede, que mientras que el tronco parece seco, las ramas se cubren de flores y de hojas), en Barcelona nótase en los tiempos presentes un florecimiento del arte literario que, si he de hablar con verdad, como amante que soy de las glorias castellanas, me causa no poca envidia, si bien esta es de aquella que Cervantes llamó «santa, noble y bien intencionada». Oller, Serafi Pitarra, Verdaguer, Mes- tres, Federico Soler, Guimerá, con

otros poetas, novelistas y escritores, notables todos, forman una pléyade digna de ser conocida y estudiada.

En ella ocupa lugar muy distinguido D. Ramón D. Perés, autor de un libro titulado *A dos vientos*, colección de críticas y semblanzas trabajos en los que se descubre un literato de raza y un crítico de cualidades nada comunes.

Dos partes tiene la obra del señor Perés: una dedicada á la crítica de obras castellanas, y otra cuyo objeto es el estudio de composiciones que pertenecen á Cataluña. En una y otra trabajos muéstrase el escritor catalán crítico de alto vuelo y ameno y correcto prosista. Pero, á decir verdad, donde brillan con más fuerza las cualidades del Sr. Perés, es en el estudio de los literatos catalanes.

El autor de *A dos vientos*, no sólo es crítico en el sentido estrecho de la palabra, es además poeta. Yo no sé si habrá hecho versos, pero lo que sí sé, porque para conocerlo basta leer el libro que tengo delante de los ojos, es que quien lo ha compuesto *siente hondo y piensa alto*, cualidades esenciales de la poesía.

En virtud de ellas sabe interpretar las obras artísticas y extraer todo su perfume, su esencia toda, para presentarlas á los lectores, dándoles á conocer al mismo tiempo

cómo han brotado en la mente del escritor, qué factores intervinieron en la concepción, qué parte tienen en ella la razón, el temperamento, los estudios, el medio ambiente, todo lo que pudiera llamarse el paralelogramo de las fuerzas artísticas de que es resultante la obra literaria.

El artículo dedicado á estudiar las poesías de Mestres, es el mejor de todos los que componen la colección. Los lectores que aspiren á formarse idea de lo que es la literatura catalana de nuestros días, deben leer las críticas y semblanzas del periodista y literato barcelonés. Es un excelente guía.

F. F. VILLEGAS.

IBSEN

Tranquila en el orden político, lejana del centro de Europa, ignorada casi, nos figuramos á Noruega como pueblo patriarcal, dormido entre sus brumas, saturado en sus costumbres sencillas y pacíficas instituciones, que no han parecido alteradas por la agitación de la vida moderna. Sólo estudiada su literatura en los cuentos de Andersen y de algunos curiosos literatos, por las novelas de Bjoersen, Teigner y Kielland, lo conocido de ella no desmentía la general atribución de una literatura sencilla, propia lectura de largas veladas familiares: novelas de costumbres, narraciones de empresas y viajes marítimos, y como poesía, en fin, baladas populares de melancólica frescura, como el eterno verdor de aquellos pinos que

bordean un mar plumizo; los cuentos de Andersen, con sus reinas de los ventisqueros y sus cazadores enamorados; candorosos cuentos de infantil poesía, con dejos, no obstante, de brumosa tristeza.

Pero bajo la quietud aparente, la lucha de la vida moderna, el afán de reforma, el proceso de la sociedad, en suma, atacada y discutida en sus bases, agítase como en toda Europa la vida de aquella región apartada. Y esta lucha viene á mostrárnosla Ibsen, reflejada en sus libros con atrevimientos de que no fuera capaz acaso otro autor europeo.

En todas sus obras presenta alguna tesis por medio de símbolos. Autor de charadas le han llamado, y aparte lo despreciativo del dicho, es indudable que de todas las obras

de Ibsen puede preguntarse: ¿Cuál es el todo? ¿Qué significan sus personajes, de qué idea son símbolo? Ibsen, en lucha abierta con la sociedad, nada espera de la energía social para reconstruirla. Esas grandes complicidades sociales: religión, política, justicia, que revestidas de aparatosas apariencias, cual arca santa de una gran idea, suelen calificarse como bases de la sociedad, Ibsen no las respeta ni las acata. En rebelión contra ellas, sólo en la energía individual espera y confía. Los personajes simpáticos en sus obras, son siempre los que sin otra norma que su conciencia, irregulares en la apariencia de su conducta, luchan contra las preocupaciones é imposición de la sociedad. Los personajes antipáticos son, en cambio, los sacerdotes, los leguleyos, los sabios, académicos, mundanales moralistas de conducta morigerada, celosos del buen parecer y del qué dirán, refrenadores de sus pasiones é implacables para los que desenfrenados en las suyas atropellan respetos y leyes. Ibsen es individualista. Piensa que cada individuo debe educar por sí mismo su conciencia y de ella emanar religión, moral y ley. ¡Cuántas sanas energías individuales no sucumben ahogadas en el medio social, débiles para resistirle ó cobardes para opo-

nerse á él. Así en *Los Muertos vuelven*, una de sus obras mejores, Usbaldo personifica el genio individual atrofiado, sucumbiendo al fin á las influencias de herencia y de medio ambiente. En su sangre lleva la podredumbre de generaciones anteriores, el ambiente le envuelve en sombras cuando él, según su frase, anhela beber luz.

En *La Casa de muñecas*, en los *Rosmersholm*, en *Las Bases de la sociedad*, en todas sus obras, hasta en la última, *Hedda Gabler*, la más audaz acaso, puede notarse la misma lucha.

Presenta en la primera un matrimonio con toda la apariencia de felicidad, en el cual los dos esposos parecen unidos por el amor conyugal más acendrado. Pero la flojedad del lazo que les une se muestra al primer choque. La mujer, que por salvar á su esposo ha cometido una imprudencia que le compromete, no halla en él la defensa y apoyo que creyó encontrar siempre, aun en situación más apurada, y al ver así traicionado su corazón y cómo la santidad del amor conyugal, la fe jurada, todo vacila y se pierde en un momento, piensa que su unión ha sido más bien concubinato; que aquel hogar santo no era sino una casa de muñecas, y los esposos, compañeros de juegos y placeres, separados y en lucha apenas un asunto

serio reclama protección y auxilio mutuos. Y aquella mujer, que siente vacilar sus creencias y sentimientos, abandona la casa de su esposo porque se considera incapaz de educar á sus hijos, y antes quiere educarse ella, saber lo que debe pensar, lo que debe creer.

Sin duda que Ibsen apura la tesis en esta obra, y el desenlace sorprende más de lo que debiera. Defecto inherente á toda obra de arte que lleva en sí un fin preconcebido. Cuando los personajes representan símbolos, han de ser falsos por necesidad. Apenas tienen un arranque de pasión propia, verdadera, humana; el autor, que los ve desviarse de su propósito, vuelve á encauzarlos y á falsear su carácter en el molde forzado del simbolismo.

Resulta al cabo que los personajes, con tal tira y afloja y á fuerza de concesiones entre la idea filosófica y el sentimiento artístico, pierden su fuerza en ambos, y como símbolos nada prueban, y nada hacen sentir como seres humanos. En cambio, las puras expresiones artísticas, sin finalidad filosófica, por la belleza sólo de expresión, suelen parecer símbolos de una gran idea. Con juiciosa crítica no puede sostenerse que Shakespeare y Cervantes en su obra maestra se propusieron simbolizar idealidades filosóficas. Ni Shakespeare al dar vida á Hamlet

pensó simbolizar en él la inacción de la idea, el pensamiento perdido entre dudas, sin manifestarse en acción por creencia ó propósito; ni Cervantes en su Don Quijote, lo ideal elevado en lucha con miserias de la realidad. Sus personajes, hijos sanos y equilibrados de una inteligencia artística poderosa, son tan grandes de cuerpo como de alma; vivos nos aparecen y vivos quedan por siempre en la imaginación, el hidalgo avellanado, caminando jinete en ruín cabalgadura por las pedradas llanuras de la Mancha, donde sólo su mente enloquecida pudo fundar castillos y aventuras caballerescas: vivo también el príncipe dinamarqués, elegante figura de Van-Dick, discurriendo en el camposanto, en la hedentina de huesos y calaveras con delectación de curioso, más que con horror de mortal, sobre el destino de Alejandro el Grande. En Ibsen el símbolo se sobrepone casi siempre á la figura. En su obra última, *Hedda Gabler*, donde según declaración del autor no presenta ninguna tesis, y sólo, sí, la lucha de dos medios sociales diferentes puestos en contacto, los personajes aparecen tan indefinidos, tan borrosos, que obliga á pensar inevitablemente, que algo más significan de lo que representan.

Hedda, es para algunos el fastidio, el tedio universal, la eterna

aspiración al no sé qué, á lo ideal indefinido, y en el final de la obra ven algunos el suicidio universal, el vacío inmenso, el mundo y la vida concluidos en la expansión de un horrible bostezo.

Añadiré algo sobre la estructura de las obras de Ibsen. Por oposición á esas obras dramáticas artificiosas, sin caracteres ni pasiones verdaderos y humanos, donde todo el interés se concentra en una trama ingeniosa dispuesta con habilidad, en las cuales si el mecanismo remeda á veces con perfección la vida, la vida parece impulsada por mecanismos; género, en fin, del que llevan la mayor parte de gloria y culpa, Scribe primero y después Sardou, si bien en éste la imitación de lo vivo es más perfecta; como protesta, decía, se ha pretendido fundar el interés de las obras dramáticas en el análisis de caracteres, en la lucha de pasiones, pero no entre maraña de sucesos escalonados para llegar de sorpresa en sorpresa á un desenlace inesperado y falso casi siempre, sino en medio de una acción sencilla, de lo que puede ocurrir todos los días, sin marcar época en la historia de la humanidad ni del individuo. Afectan los que tal pretenden evitar cuanto pueden esos recursos teatrales, que los autores se transmiten de unos á otros, como alambres donde se cuelgan

distintas figuras, si ya no es que figuras y alambres son los mismos. Prescinden, pues, de la acción, y en cualquier momento presentan á sus personajes y en cualquier momento los retiran. Si logran interesarnos es por sí mismos, no por circunstancias de la situación complicada en que puedan hallarse. El ser más insignificante, por contingencia excepcional colocado en situación difícil ó lastimosa, logrará interesarnos: en el curso corriente de la vida, entregado á sus tareas habituales, en la existencia monótona diaria, sólo puede interesarnos un hombre cuando de él hacemos objeto de estudio, profundizando en su organización, en sus pasiones, en esas mil menudencias que en todo momento aparecen á la superficie, como las aguas más dormidas burbujan de continuo antes de desbordarse un día en oleadas. Entre los que tal juzgan verdadero en el arte dramático, sirve de bandera el nombre de Ibsen, y como protesta literaria fueron dados á conocer sus dramas.

En ellos la acción es siempre sencilla y se desenvuelve sin complicaciones. Sin embrollar su sentido, pudiera alterarse en muchos casos el orden de los actos. La situación de los personajes cambia poco, la acción sólo avanza al profundizar en un carácter, al descubrirle un

nuevo aspecto. ¿Hasta qué punto puede ser esto un mérito? ¿Hasta qué punto el interés de la acción puede perjudicar el interés que inspiran los caracteres? Hasta ahora en todos los autores que han preferido lo primero, se ha echado de menos lo segundo, y al contrario: Dumas, hijo, que puede bien presentarse como término medio de los dos bandos, asegura: que el autor dramático conoedor del teatro como Scribe, y del hombre como Balzac, marcaría lo sumo del arte dramático. ¿Quién duda que nadie podría disputar á Tirso el primer lugar de la dramática española, si á su fuerza en la expresión de caracteres uniera habilidad para presentarlos? La acción deslabazada de sus obras las perjudica sobremanera. Brilla en cambio Calderón en primera línea, aunque en fuerza dramática no llega á Tirso, ni en fecundidad y ternura á Lope, ni á Rojas en pasión trágica y verdad cómica, por la habilidad en la disposición de sus obras, por el artificioso enredo de algunas, por su travesura, en fin, para realzar lo más insignificante. Volvamos á Ibsen y á sus procedimientos dramáticos. La exposición en sus obras es, como el resto de la acción, clara y sencilla. Los personajes aparecen de bulto, algo borrosos en sus contornos, pero destacada la fisonomía en una luz á lo

Rembrandt, que sombrea y aclara con fuerza.

De la pintura de costumbres y del estilo de sus obras, es aventurado juzgar sin conocer los originales. El segundo, por lo que puede apreciarse en fieles traducciones, es siempre natural, sobrio, y lo que es más de estimar en un expositor de tesis, verdaderamente dramático; sin que el autor, ni aun al expresar sus ideas propias, suplante de modo visible á la persona dramática. He aquí cuanto al correr de la pluma, ha caído de ella al discutir sobre el autor dramático hoy en boga. Para explicarla, fuera preciso estudiar algo de la genealogía literaria del siglo, y por qué miras y conveniencias se ha pasado á buscar en literaturas extrañas y casi desconocidas, como la noruega y la rusa, no sé decir si una literatura joven y vigorosa que fecunde la nuestra envejecida, si estudio interesante de pueblos y literaturas, casi ignorados, ó capricho de extravagancias y novelería. A este último propósito me atengo, y hoy por hoy, juzgo que, sólo de ocasión y por antojo de estómago estragado, figuran en la cocina literaria europea el caviar noruego y la ensalada rusa; que nunca sentarán bien nieblas del Norte en esta parte meridional de Europa, donde fueron siempre literatura y filosofía claras

como su cielo, amables y risueñas hasta en sus negaciones. Algo decaída parece la boga del autor noruego, después del estreno en París, de *Hedda Gabler*. El *esprit* de los críticos franceses ha empezado á brillar á costa suya y alguna chinita ha caído sobre el ídolo. Bien que la moderna capital del Arte, puede decirse lo que Pulgar, en sentido lamento, exclamó de Castilla: ¡Ay Castilla, que haces los hombres y los gastas!

J. BENAVENTE.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>La Guerra franco-prusiana</i> , por el general Conde de Moltke.	5
<i>Querida</i> , (novela), por Edmundo de Goncourt.....	45
<i>El Dandismo y Jorge Brummell</i> , por Barbey d' Aurevilly.....	97
<i>Las Madres</i> (recuerdos del sitio de París), por Alfonso Daudet.....	123
<i>De la esclavitud en España</i> , por Adolfo de Castro.....	128
<i>Los Horneros</i> , poesía por Rafael Obligado.	150
<i>La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje</i> , por José María Asensio.....	157
<i>Apuntes para un Diccionario de escritoras americanas del siglo XIX</i> , por M. Ossorio y Bernard.	166
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.	174
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	190
<i>Ibsen</i> , por J. Benavente.....	201



LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

Las ciencias jurídicas y sociales atraviesan un período de profunda y radical transformación. El clasicismo agoniza y el positivismo moderno gana terreno de día en día. El método experimental y de observación que tiempo atrás produjo tan beneficiosos resultados en las ciencias físicas y naturales, se aplica hoy con innegables frutos al estudio de las morales y políticas. Al fundar una Revista española que sirva de palenque á todas las ideas bajo el lema: «La nueva ciencia jurídica» —título de ancha base que permite tratar del mismo modo y bajo distintos aspectos, las cuestiones sociales y los problemas puestos sobre el tapete por los modernos criminalistas italianos— nos proponemos dar á conocer las producciones más notables, en orden á estos trabajos, de los escritores nacionales y extranjeros, y fomentar de una manera especialísima en nuestra España la afición al estudio de esta nueva fase de las ciencias sociales y jurídicas. Contamos con la cooperación valiosísima de los más ilustres tratadistas españoles, y la sección extranjera estará á cargo de personalidades tan eminentes como Lombroso, Ferri, Garofalo, Fioretti, Marro, Lacassagne, Puglia, Benedik, Tarde, Ribot, Morselli, Frenck-Feré, Pival, Sergi, Fouillée y Morrison.

Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscripciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscriptor los números atrasados.

En España, un año.....	12 pesetas.
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América.....	15 —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.